

Haruki Murakami
SAUCE CIEGO,
MUJER DORMIDA

colección andanzas



Haruki Murakami

Sauce ciego,
mujer dormida

«Mekurayanagi to, nemuru onna» (Sauce ciego, mujer dormida), 1996. «Basudei garu» (La chica del cumpleaños), 2002. «Nyuyoku tanko no higeki» (La tragedia de la mina de carbón de Nueva York), 1983. «Hikoki - aruiwa karewa ikanishite shi wo yomuyouni hitorigotowo ittaka» (Avión... o cómo hablaba él a solas como si recitara un poema), 1990. «Kagami» (El espejo), 1983. «Warerano jidaino fokuroa» (El folclore de nuestra generación: prehistoria del estadio avanzado del capitalismo), 1990. «Hantingu naifu» (El cuchillo de caza), 1985. «Kangaru biyori» (Un día perfecto para los canguros), 1983. «Kaitsuburi» (Somorgujo), 1983. «Hitokui neko» (Los gatos antropófagos), 1991. «Binbo na obasan no hanashi» (La tía pobre), 1983. «Outo 1979 (ichikyunanakyu)» (Náusea, 1979), 1985. «Nanabanme no otoko» (El séptimo hombre), 1996. «Supageti no toshi ni» (El año de los espaguetis), 1983. «Tony Takitani» (Tony Takitani), 1996. «Tongariyaki no seisui» (Conitos), 1983. «Koriotoko» (El hombre de hielo), 1996. «Kani» (Cangrejo), no publicado en Japón. «Hotaru» (La luciérnaga), 1984. «Guzen no tabibito» (Viajero por azar), 2005. «Hanarei Bei» (Hanalei Bay), 2005. «Dokodeare sorega mitsukarisona basho de» (En cualquier lugar donde parezca que esto pueda hallarse), 2005. «Hibi idosuru jinzo no katachi wo shita ishi» (La piedra con forma de riñón que se desplaza día tras día), 2005. «Shinagawazaru» (El mono de Shinagawa), 2005.

HARUKI MURAKAMI
SAUCE CIEGO, MUJER DORMIDA

Traducción del japonés de Lourdes Porta

Por decirlo de la forma más sencilla posible, para mí escribir novelas es un reto, escribir cuentos es un placer. Si escribir novelas es como plantar un bosque, entonces escribir cuentos se parece más a plantar un jardín. Los dos procesos se complementan y crean un paisaje completo que atesoro. El follaje verde de los árboles proyecta una sombra agradable sobre la tierra, y el viento hace crujir las hojas, que a veces están teñidas de oro brillante. Mientras tanto, en el jardín aparecen yemas en las flores y los pétalos de colores atraen a las abejas y a las mariposas, y ello nos recuerda la sutil transición de una estación a la siguiente.

Desde el comienzo de mi carrera de escritor de obras de ficción en 1979 he alternado con bastante constancia entre escribir novelas y escribir cuentos. Mi pauta ha sido ésta: una vez termino una novela, siento el deseo de escribir algunos cuentos; una vez he hecho un grupo de cuentos, entonces me entran ganas de concentrarme en una novela. Nunca escribo cuentos mientras estoy escribiendo una novela, y nunca escribo una novela mientras estoy trabajando en unos cuentos. Bien puede ser que los dos tipos de género hagan funcionar partes distintas del cerebro y se necesite cierto tiempo para pasar de uno a otro.

En 1973 empecé mi carrera literaria con dos novelas cortas, *Oíd cantar el viento* y *Billar eléctrico*; y fue después, de 1980 a 1981, cuando comencé a escribir cuentos. Los tres primeros fueron «Un barco lento a China», «La tía pobre» y «La tragedia de la mina de carbón de Nueva York». En aquel tiempo, poca idea tenía yo de cómo escribir cuentos, así que me resultó difícil, pero la verdad es que encontré la experiencia realmente memorable. Sentí que las posibilidades de mi mundo ficticio aumentaban en varios niveles. Y, al parecer, los lectores apreciaron esta otra vertiente mía como escritor. «Un barco lento a China» se incluyó en mi primera colección de cuentos, *El elefante desaparece*, y los otros dos se encuentran en la presente colección. Ése fue mi punto de partida como autor de cuentos y también el momento en el que creé mi sistema de alternar novelas y cuentos.

«El espejo», «Un día perfecto para los canguros», «Somorgujo», «El año de los espaguetis» y «Conitos» formaron parte de una colección de «relatos breves» que

escribí de 1981 a 1982. «Conitos», como pueden ver fácilmente los lectores, revela en forma de fábula mis impresiones del mundo literario cuando me publicaron por primera vez. En aquel momento no pude integrarme bien en el *establishment* literario japonés y esta situación persiste hoy día.

Uno de los placeres de escribir cuentos es que no se tarda tanto tiempo en terminarlos. Generalmente me lleva alrededor de una semana dar a un cuento una forma presentable (aunque las correcciones pueden ser interminables). No es como la total entrega física y mental que se requiere durante el año o los dos años que tardas en redactar una novela. Entrás en una habitación, terminas tu trabajo y sales. Eso es todo. Para mí, al menos, escribir una novela puede parecer una tarea que nunca acaba y a veces me pregunto si voy a salir vivo del empeño. Así que encuentro que escribir cuentos es un cambio de ritmo necesario.

Otra cosa agradable de escribir cuentos es que puedes crear un argumento a partir de los detalles más nimios..., una idea que brota en tu mente, una palabra, una imagen, cualquier cosa. En la mayoría de los casos es como la improvisación en el jazz, y el argumento me lleva a donde a éste le plazca. Y otra cosa buena es que en el caso de los cuentos no tienes que preocuparte por el fracaso. Si la idea no sale como esperabas, te encoges de hombros y te dices que no todas pueden salir bien. Incluso en el caso de maestros del género como F. Scott Fitzgerald y Raymond Carver —hasta en el caso de Antón Chéjov— no todos los cuentos son obras maestras. Para mí esto es un gran consuelo. Puedes aprender de tus errores (dicho de otro modo, aquellos a los que no puedes llamar éxitos totales) y usarlos en el siguiente cuento que escribas. En mi caso, cuando escribo novelas me esfuerzo mucho por aprender de los éxitos y los fracasos que experimento cuando escribo cuentos. En ese sentido, para mí el cuento es una especie de laboratorio experimental como novelista. Es difícil hacer experimentos como a mí me gusta dentro del marco de una novela, de modo que sé que, sin cuentos, la tarea de escribir novelas resultaría aún más difícil y exigente.

Me considero esencialmente novelista, pero muchas personas me dicen que prefieren mis cuentos a mis novelas. Eso no me preocupa y no intento convencerlas de lo contrario. De hecho, me gusta que me lo digan. Mis cuentos son como sombras delicadas que he puesto en el mundo, huellas borrosas que han dejado mis pies. Recuerdo con exactitud dónde puse cada uno de ellos y cómo me sentí en aquel momento. Los cuentos son como postes que indican el camino para llegar a mi corazón, y me siento feliz, como escritor, de poder compartir estos sentimientos íntimos con mis lectores.

El elefante desaparece se publicó en 1991 y se tradujo luego a muchos otros idiomas. La colección *Después del terremoto* apareció el año 2000 en Japón. Este libro contenía seis cuentos relacionados de una u otra forma con el terremoto de 1995 en Kobe. Lo escribí con la esperanza de que los seis cuentos formasen una imagen unificada en la mente del lector, así que tenía más de colección monográfica que de colección de relatos cortos. En ese sentido, pues, el presente libro, *Sauce ciego, mujer dormida*, es la primera colección auténtica de cuentos que he sacado desde hace mucho tiempo.

Este libro, como es natural, contiene algunos cuentos que escribí después de que se publicara *El elefante desaparece*. «La chica del cumpleaños», «Los gatos antropófagos», «El séptimo hombre» y «El hombre de hielo» son algunos de ellos. Escribí «La chica del cumpleaños» a petición del editor cuando me hallaba trabajando en una antología de historias sobre cumpleaños escritas por otros autores. Seleccionar cuentos para una antología es una tarea relativamente fácil para el escritor, si te falta uno, puedes escribirlo tú mismo. «El hombre de hielo», por cierto, se basa en un sueño que tuvo mi esposa, a la vez que «El séptimo hombre» tiene su origen en una idea que se me ocurrió cuando era aficionado al *surfing* y estaba contemplando las olas.

A decir verdad, con todo, desde comienzos de 1990 hasta comienzos de 2000 escribí muy pocos cuentos. No porque hubiera perdido el interés por ellos, sino porque estuve tan ocupado escribiendo varias novelas que no tenía tiempo. No tenía tiempo para cambiar de género. Es cierto que escribía algún cuento de vez en cuando si no había más remedio, pero nunca me concentré en ellos. En lugar de eso escribía novelas: *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*; *Al sur de la frontera, al oeste del sol*; *Sputnik, mi amor*; *Kafka en la orilla*. Y entremedio escribí obras que no eran de ficción, las dos que componen la versión inglesa de *Bajo tierra*. Cada una de ellas me exigió muchísimo tiempo y energía. Supongo que en aquel entonces mi principal campo de batalla era éste: escribir una novela tras otra. Quizás era simplemente una etapa de mi vida para hacer aquello. Mientras, igual que un *intermezzo*, publiqué la colección *Después del terremoto*, pero, como ya he dicho, en realidad no fue una colección de cuentos.

En 2005, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo sentí un fuerte deseo de escribir una serie de cuentos. Un poderoso impulso se adueñó de mí, podríamos decir. Así que me senté ante mi escritorio, escribí a razón de un cuento por semana, aproximadamente, y terminé cinco en no mucho más de un mes. Francamente, no podía pensar en nada más que en esos cuentos y los escribí casi sin parar. Estos cinco cuentos se publicaron hace poco en Japón en un volumen titulado *Cuentos extraños de Tokio* y aparecen reunidos al final del presente libro.

Como indica el título, todos comparten el hecho de ser extraños, y en Japón salieron en un solo volumen. A pesar de tener un tema en común, cada cuento puede leerse con independencia de los otros y no forman una sola unidad definida claramente como los cuentos de *Después del terremoto*. Pensándolo bien, sin embargo, todo lo que escribo es, más o menos, un cuento extraño.

«Cangrejo», «La tía pobre», «El cuchillo de caza» y «Sauce ciego, mujer dormida» se han revisado en gran medida antes de traducirlos, por lo que las versiones que aparecen ahora son muy diferentes de las primeras que se publicaron en Japón. También en varios de los cuentos anteriores encontré detalles que no acababan de gustarme e hice algunos cambios de poca importancia.

Asimismo debería mencionar que muchas veces he reescrito cuentos y los he incorporado a novelas; la presente colección contiene varios de estos cuentos. «El pájaro que da cuerda al mundo» y «Las mujeres del martes» (incluidos en *El elefante desaparece*) se convirtieron en el modelo del principio de la novela *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* y, de modo parecido, tanto «La luciérnaga» como «Los gatos antropófagos» se incorporaron, con algunos cambios, a las novelas *Tokio blues*, *Norwegian Wood* y *Sputnik, mi amor*, respectivamente. Hubo un periodo en el que narraciones que había escrito como cuentos continuaron creciendo en mi mente, después de publicarlos, y se transformaron en novelas. Un cuento que había escrito mucho tiempo antes irrumpía en mi casa en plena noche, me zarandeaba hasta despertarme y gritaba: «¡Eh, que éste no es momento de dormir! ¡No puedes olvidarte de mí, todavía quedan cosas por escribir!». Impulsado por esa voz, me encontraba escribiendo una novela. También en este sentido mis cuentos y novelas se conectan dentro de mí de una manera orgánica, muy natural.

H.M.

Sauce ciego, mujer dormida

Al cerrar los ojos percibí el olor del viento. Un airecillo de mayo con turencias afrutadas. Ahí estaba la piel, y la pulpa, blanda y jugosa, y las semillas. La fruta reventó en el aire y las semillas, convertidas en una nube de blandos perdigones, dieron contra mi brazo desnudo. Atrás, sólo dejaron un dolor tenue.

—¿Qué hora es? —me preguntó mi primo. Como yo le llevaba casi veinte centímetros de estatura, me hablaba con el rostro alzado hacia mí.

Eché una ojeada al reloj de pulsera.

—Las diez y veinte.

—¿Va bien ese reloj? —me preguntó mi primo.

—Yo diría que sí.

Mi primo me tiró de la muñeca y observó el reloj. Sus dedos eran finos y suaves, más fuertes de lo que cabía esperar.

—Oye, ¿es caro?

—No, qué va. Es una baratija —contesté echándole otro vistazo a la esfera.

No hubo respuesta.

Al mirar a mi primo descubrí que me observaba con una expresión de desconcierto. Aquellos dientes blancos que le asomaban entre los labios parecían huesos atrofiados.

—*Es una baratija* —repetí articulando bien cada sílaba y mirándolo a la cara—. *Es una baratiija, pero funciona muy bien.*

Él asintió en silencio.

Mi primo es sordo de la oreja derecha. Justo al empezar primaria, una pelota de béisbol le dio en la oreja y su oído se resintió. Pero esto apenas supone un impedimento a la hora de llevar a cabo sus quehaceres diarios. Va a una escuela normal, su vida se desarrolla con normalidad. En clase, a fin de poder orientar hacia el profesor la oreja izquierda, se sienta siempre en el extremo derecho de la primera fila. No saca malas notas. Por lo que respecta a los ruidos ambientales, hay épocas en que los oye bastante bien y otras en las que no. Alternativamente, como el flujo y el reflujo de la marea. Y, muy de vez en cuando, a razón de una vez cada seis meses aproximadamente, pierde casi por completo la audición de ambos oídos. Como si el silencio de la oreja derecha se hiciera más profundo y acabara sofocando los sonidos de la oreja izquierda. Cuando esto sucede, como es lógico, deja de poder llevar una vida normal e incluso tiene que faltar durante un tiempo a clase. Por qué le ocurre semejante cosa no lo saben ni los médicos. Es un caso sin precedentes. Sin tratamiento posible.

—Que un reloj sea caro no quiere decir que sea bueno —dijo mi primo como si intentara convencerse a sí mismo—. El que yo tenía antes era bastante caro, pero funcionaba fatal. Me lo compraron al empezar secundaria, pero al año lo perdí y desde entonces no llevo. Como no han vuelto a comprarme otro...

—Pues debe de ser complicado apañárselas sin reloj, ¿no?

—¿Qué? —repuso mi primo.

—¿No es complicado eso de no llevar reloj? —repetí mirándolo a la cara.

—No tanto —contestó moviendo la cabeza en un ademán negativo—. Yo no vivo solo en medio de la montaña. La hora se la puedo preguntar a cualquiera.

—Sí, claro —dije.

Y volvimos a enmudecer durante unos instantes.

Era consciente de que debería ser un poco más amable con él, hablarle de esto y de lo otro. Intentar disipar el nerviosismo que sentía antes de llegar al hospital. Pero habían transcurrido cinco años desde que nos vimos por última vez. Durante esos cinco años, mi primo había pasado de los nueve a los catorce años, y yo, de los veinte a los veinticinco. Y ese lapso de tiempo había levantado entre nosotros una barrera opaca imposible de atravesar. Me esforzaba en pronunciar las palabras oportunas, pero éstas se negaban a acudir a mis labios. Y a cada balbuceo, a cada omisión, mi primo me miraba con expresión apurada. Con la oreja izquierda ligeramente vuelta hacia mí.

—¿Qué hora es? —me preguntó mi primo.

—Las diez y veintinueve —le contesté.

El autobús llegó a las diez y treinta y dos minutos.

El autobús era mucho más moderno que los de mi época de instituto. El cristal de la ventanilla del conductor era grande; parecía un enorme bombardero desprovisto de alas. Y estaba más lleno de lo que esperaba. No tanto como para que hubiese gente de pie en el pasillo, pero lo suficiente para que no pudiéramos sentarnos juntos. Así que optamos por permanecer de pie ante la salida posterior. De todas formas, el trayecto no era demasiado largo. Lo que yo no lograba explicarme era por qué había tanta gente a aquella hora. El autobús iniciaba su trayecto en una estación de los ferrocarriles privados, recorría una urbanización de la zona alta y volvía a la estación: a lo largo del camino no había ningún lugar de interés turístico ni ninguna institución. Había algunos colegios y, a la hora de ir a la escuela, el autobús estaba siempre lleno, pero a mediodía no tendría por qué estarlo tanto.

Mi primo se agarró con una mano a la barra y yo, a la correa que colgaba del techo. El autobús brillaba, parecía recién salido de fábrica. Los metales relucían, sin una nube que los empañara, tan limpios que podías ver tu cara reflejada en su superficie. El tapizado de los asientos era tupido, y las señales de orgullo y optimismo características de las máquinas nuevas, eran evidentes, incluso, en cada uno de los pequeños tornillos.

Que el autobús fuera nuevo y que estuviese más lleno de lo que yo suponía

me desconcertó. Tal vez hubiese cambiado de trayecto sin que yo lo supiera. Recorrí el interior del vehículo con ojos atentos, miré hacia fuera. Pero allí sólo encontré la apacible zona residencial de costumbre.

—Vamos bien con este autobús, ¿verdad? —me preguntó mi primo con inquietud. Tal vez le preocupara la expresión de desconcierto que asomaba a mi rostro desde que habíamos montado en el autobús.

—Sí, tranquilo —le dije, a medias para convencerme a mí mismo—. No hay equivocación posible. Es la única línea que pasa por aquí.

—Antes cogías este autobús para ir al colegio, ¿verdad? —me preguntó mi primo.

—Sí.

—¿Y a ti te gustaba la escuela?

—No mucho —le dije con franqueza—. Pero allí veía a mis amigos, e ir a clase tampoco era tan duro que digamos.

Mi primo reflexionó sobre lo que le había dicho.

—Y a esos amigos, ¿los ves todavía?

—No, ya hace mucho que no he vuelto a verlos —respondí eligiendo las palabras con cuidado.

—¿Y por qué? ¿Por qué no os veis?

—Porque vivimos muy lejos. —No era cierto, pero tampoco tenía otra explicación que darle.

Cerca de mí estaba sentado un grupo de ancianos. Habría unos quince en total. A ellos se debía, en realidad, que el autobús estuviera tan lleno. Los ancianos estaban todos muy morenos. Lucían un bronceado uniforme hasta en el cogote. Y todos, sin excepción, estaban delgados. La mayoría de los hombres vestía camisa gruesa de montaña, la mayoría de las mujeres, una blusa sencilla sin adornos. Sobre sus rodillas descansaban mochilas pequeñas, de esas que se llevan a las pequeñas excursiones a la montaña. Todos los ancianos presentaban un aspecto sorprendentemente parecido. Como si alguien hubiera sacado un cajón de muestras clasificado al detalle y lo hubiera traído tal cual. Pensándolo bien, era muy extraño. Rutas para ir a la montaña, a lo largo de aquella línea, no había ninguna. ¿Adónde diablos se dirigían? Agarrado a la correa, intenté dilucidarlo, pero no se me ocurrió ninguna explicación.

—¿Crees que esta vez me harán daño? —me preguntó mi primo.

—Pues no lo sé —dije—. Apenas he oído nada sobre el tratamiento.

—¿Y tú? ¿Has ido alguna vez al otorrino?

Sacudí la cabeza en ademán negativo. Ahora que lo pensaba, no había ido jamás, ni siquiera una sola vez en toda mi vida.

—¿Las otras veces te ha dolido mucho? —le pregunté.

—No, no tanto —contestó mi primo poniendo cara hosca—. No es que no

me haya dolido *nada*, algunas veces me ha dolido *algo*. Pero no se puede decir que me hayan hecho un daño *horroroso*.

—Pues, entonces, esta vez irá igual. Por lo que dice tu madre, no parece que el tratamiento vaya a variar gran cosa.

—Pero si me hacen lo mismo de siempre, esta vez tampoco me curaré, ¿no?

—Vete a saber. A veces las cosas pasan así, por las buenas.

—¿Como si se descorchara una botella de repente? —dijo mi primo.

Le eché una rápida ojeada, pero en su rostro no advertí la menor sombra de sarcasmo.

—Con un médico distinto, todo es diferente y quizás un cambio en el tratamiento, por pequeño que sea, pueda tener una gran importancia. No debes desanimarte tan fácilmente.

—Yo no estoy desanimado —replicó mi primo.

—¿Harto, entonces?

—Pues sí, la verdad —suspiró—. Lo peor es el miedo. Lo más horrible, lo que más miedo me da, no es el dolor en sí, es imaginar el daño que pueden llegar a hacerme. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —le respondí.

Aquella primavera me habían sucedido muchas cosas. Debido a una serie de circunstancias había dejado la pequeña agencia de publicidad de Tokio donde había trabajado los últimos dos años. Por esas mismas fechas, había roto con la chica con la que había estado saliendo desde la universidad. Un mes más tarde, mi abuela moría de cáncer de intestino y yo regresaba a esta ciudad, después de cinco años de ausencia, cargado sólo con una pequeña bolsa, para asistir a los funerales. Mi habitación seguía tal como yo la había dejado. En las estanterías se alineaban los libros que yo había leído, allí estaba la cama donde yo había dormido y el pupitre que había usado, los viejos discos que había escuchado. En aquella habitación todo estaba reseco, perdidos el color y el aroma que habían poseído en el pasado. Sólo el tiempo permanecía inalterado, de una manera casi prodigiosa.

Pensaba tomarme unos dos o tres días de descanso tras los funerales y, luego, regresar a Tokio. Tenía contactos y quería ver si se concretaban en un nuevo empleo. También quería mudarme, empezar de nuevo en un decorado distinto. Pero conforme pasaba el tiempo se me hacía más difícil ponerme en pie. No. Hablando con propiedad, aunque me esforzara en moverme, era incapaz de hacerlo. Encerrado en mi habitación, escuchaba mis viejos discos, releía las novelas que había leído mucho tiempo atrás, a veces arrancaba los hierbajos del jardín. No veía a nadie, no hablaba con nadie excepto con los miembros de mi familia.

Un día vino mi tía y me dijo que mi primo iba a iniciar un tratamiento en un nuevo hospital y que si podía acompañarlo. En realidad tenía que haber sido ella quien lo acompañara, pero le había surgido, según me explicó, un compromiso

inexcusable. El hospital estaba cerca de mi antiguo instituto y yo conocía bien la zona, además, no tenía nada que hacer aquel día, así que no había ninguna razón para negarme. Mi tía me tendió un sobre con dinero diciendo que luego nos fuéramos a almorzar los dos juntos.

El motivo por el cual mi primo cambiaba de hospital era porque el tratamiento que recibía en el anterior no había surtido efecto. Peor aún, los periodos en que empeoraba eran cada vez más frecuentes. Cuando mi tía se quejó, el médico apuntó que las causas no pertenecían al ámbito de la medicina, que debían de hallarse en el entorno familiar, y ambos se enzarzaron en una pelea. Hablando con franqueza, nadie esperaba que el cambio de hospital propiciara una súbita mejoría en las condiciones auditivas de mi primo. Nadie lo formulaba en voz alta, claro está, pero lo cierto es que todo el mundo había perdido ya la esperanza de que se recuperara.

Mi primo y yo vivíamos cerca, pero, llevándonos como nos llevábamos más de diez años, jamás habíamos mantenido una relación muy estrecha. En las reuniones familiares, yo me limitaba a sacarlo a pasear o a jugar con él. A pesar de ello, los parientes empezaron a asociarnos el uno al otro. Empezaron a creer que él sentía un cariño especial por mí y que yo sentía, a mi vez, una debilidad especial hacia él. Durante mucho tiempo no entendí la razón. Pero, en aquel momento, al mirarlo con la cabeza un poco ladeada y la oreja izquierda vuelta hacia mí, me sentí extrañamente conmovido. Como el rumor de la lluvia oído largo tiempo atrás, aquella postura envarada caló en mi corazón. Y creí adivinar por qué nuestros parientes se empeñaban en asociarnos el uno al otro.

Cuando el autobús hubo efectuado siete u ocho paradas, mi primo volvió a alzar inquieto los ojos hacia mí.

—¿Falta mucho todavía?

—Sí, tranquilo. El hospital es muy grande, es imposible que nos pasemos de largo.

Yo miraba distraídamente cómo el aire que entraba por las ventanillas hacía ondear con dulzura la visera de los sombreros y los pañuelos anudados al cuello de los ancianos. ¿Quién diablos era aquella gente? ¿Y adónde diablos iba?

—Oye, ¿vas a trabajar en la empresa de mi padre? —me preguntó mi primo.

Lo miré sorprendido. Su padre, es decir, mi tío, poseía una imprenta bastante grande en Kobe. Pero yo jamás había contemplado la posibilidad de trabajar en ella. Tampoco me habían hecho ninguna propuesta en ese sentido.

—A mí nadie me ha dicho nada —dije—. ¿Por qué?

Mi primo enrojeció.

—Se me ha ocurrido, así, sin más —respondió—. Pero a mí me gustaría. Así te quedarías aquí. Y todo el mundo estaría contento.

La voz pregrabada anunció por los altavoces la siguiente parada de autobús,

pero nadie apretó el botón solicitándola. Tampoco se veía a nadie en la calle esperando.

—Es que tengo cosas que hacer en Tokio —dije.

Mi primo asintió en silencio.

«En realidad, no tengo nada que hacer en ninguna parte. Pero el último lugar donde puedo estar es aquí.»

Conforme el autobús fue subiendo la cuesta de la montaña, las hileras de edificios se hicieron más escasas. El tupido ramaje de los árboles arrojaba una densa sombra sobre la calzada. Empezaron a aparecer casas de estilo extranjero, de paredes pintadas y vallas bajas. El aire era fresco. Cada vez que el autobús tomaba una curva, el mar aparecía bajo nuestros ojos para desaparecer a continuación. Mi primo y yo fuimos siguiendo con la mirada el paisaje hasta llegar al hospital.

Mi primo me dijo que la visita sería larga y que no me necesitaba, que lo esperara en alguna parte. Tras dirigir un breve saludo al médico, salí de la sala de consulta y me dirigí a la cafetería. Aquella mañana apenas había desayunado y tenía el estómago vacío, pero en el menú no encontré nada que me despertara el apetito. Al final, pedí sólo un café.

Era un día laborable por la mañana y en el comedor, aparte de mí, únicamente había una familia. El que debía de ser el padre era un hombre cuarentón, con un pijama a rayas azul marino y unas zapatillas de plástico. La madre y las dos niñas pequeñas, gemelas, estaban de visita. Las dos gemelas vestían idénticos vestidos blancos y ambas estaban inclinadas sobre la mesa con cara muy seria tomándose un zumo de naranja. Las heridas o la enfermedad del padre no parecían ser graves y en el rostro de todos, tanto en el de los padres como en el de las hijas, se reflejaba el aburrimiento.

Al otro lado de la ventana se extendía el césped. El sistema de aspersión giraba ruidosamente esparciendo sobre la hierba gotas de blancos destellos. Dos pájaros de largas colas y chillido estridente cruzaron el césped en línea recta para desaparecer, al instante, de mi campo visual. En un extremo de la extensión de hierba había unas canchas de tenis, sin redes, y no se veía un alma en ellas. Más allá de las pistas había unas hileras de olmos y, a través de las ramas, se divisaba el mar. Aquí y allá, pequeñas olas centelleaban al sol de principios de verano. El viento que soplabá a través de los árboles hacía oscilar las hojas verdes de los olmos y desviaba levemente la regular aspersión del sistema de riego.

Tuve la sensación de haber visto aquella escena en el pasado, en algún otro lugar. Un amplio cuadro de césped, dos gemelas tomando zumo de naranja, unos pájaros de larga cola que volaban a alguna parte, el mar asomando tras unas pistas de tenis sin red... Pero se trataba de una ilusión. Era una sensación terriblemente vívida e intensa, pero yo sabía que no era más que una ilusión. Era la primera vez que pisaba aquel hospital.

Apoyé los dos pies en la silla de delante, respiré hondo y cerré los ojos. En la oscuridad vi una masa blanca. Se dilataba y contraía en silencio como un microorganismo bajo la lente del microscopio. Mutaba y se multiplicaba, se dispersaba y volvía a agruparse.

Hacía ochos años que había ido a *aquel* hospital. Un pequeño hospital junto al mar. Por las ventanas de la cafetería sólo se veían unos laureles. El edificio era viejo y olía siempre a lluvia. Habían operado del pecho a la novia de un amigo mío y habíamos ido a visitarla los dos. Eran las vacaciones estivales del segundo año de instituto.

No fue una intervención quirúrgica importante. Sólo le corrigieron la posición de una costilla que, de nacimiento, ella tenía ligeramente desplazada hacia dentro. Tampoco se trató de una operación de urgencia, sino de una de esas operaciones ineludibles que, ya que tienes que hacértela un día u otro, te la quitas de encima en cuanto puedes. La intervención en sí fue muy breve, pero después tuvo que hacer reposo, así que permaneció hospitalizada unos diez días. Nosotros dos fuimos a verla al hospital montados en una Yamaha 125 c.c. A la ida condujo él, a la vuelta, yo. Me había pedido que lo acompañara. «No quiero ir solo al hospital», me dijo.

Mi amigo se pasó por la confitería que había enfrente de la estación y compró unos bombones. Yo me agarraba con una mano a su cinturón mientras, con la otra, asía la caja de los bombones. Aquel día hacía calor y nuestras camisas se empaparon enseguida de sudor para, acto seguido, secarse al viento. Mientras conducía, mi amigo cantaba una cancioncita estúpida a voz en cuello. Aún recuerdo el olor de su sudor. Aquel amigo murió poco después.

La novia llevaba un pijama azul y, sobre los hombros, una fina bata que le llegaba hasta las rodillas. En la cafetería nos sentamos los tres a una mesa, nos fumamos unos Short Hope, bebimos Coca—Cola y comimos helados. Ella tenía mucho apetito y se tomó dos donuts espolvoreados con azúcar y un cacao con toneladas de nata. Ni siquiera después de zamparse todo eso pareció satisfecha.

—Aquí en el hospital te pondrás como una cerdita —dijo mi amigo, atónito.

—Bueno, ¿y qué? Estoy convaleciente, ¿no? —replicó ella secándose con una servilleta las yemas de los dedos, impregnadas de la grasa de los donuts.

Mientras ellos hablaban, yo contemplaba los laureles al otro lado de la ventana. Los arbustos eran tan grandes y tupidos que parecían un bosque. Se oía el rumor de las olas. La barandilla de la ventana estaba oxidada por el aire húmedo del mar. El ventilador que colgaba del techo, una auténtica pieza de anticuario, removía el aire caliente de la estancia. La cafetería olía a hospital. Incluso la comida y la bebida, como de común acuerdo, estaban impregnadas de ese olor. El

pijama de la chica tenía dos bolsillos en el pecho. En uno llevaba un pequeño bolígrafo dorado. Cuando se inclinaba hacia delante, tras el escote de pico se veía un pecho liso y blanco al que no le había dado la luz del sol.

Mis recuerdos se detenían en este punto. Intenté recordar qué sucedió a continuación. Me tomé una Coca—Cola, contemplé los laureles, le vi el pecho y, ¿qué ocurrió después? Me removí sobre la silla de plástico y, con la mejilla apoyada en el cuenco de la mano, hurgué en los estratos más profundos de mi memoria. Como si intentara extraer un tapón clavando la punta del cuchillo en el corcho.

Yo aparté la mirada e intenté imaginar cómo los médicos le rasgaban la carne del pecho, cómo introducían los dedos enfundados en guantes de plástico, cómo le corregían la posición del hueso. Me pareció terriblemente irreal. Igual que una metáfora.

Sí. Luego hablamos de sexo. Fue mi amigo quien lo hizo. ¿Qué dijo? Posiblemente contó alguna anécdota referida a mí. Algún ligue frustrado o algo por el estilo. Sí, creo que se trataba de eso. Nada del otro mundo, en realidad. Pero lo exageró tanto que ella acabó riéndose a carcajadas. Incluso yo me reí. Mi amigo era muy bueno contando historias.

—No me hagas reír —dijo la novia con una mueca de dolor—. Al reír me duele el pecho.

—¿Dónde? —le preguntó mi amigo.

Ella se apretó, por encima del pijama, un punto en la parte interior del seno izquierdo, justo donde debía encontrarse el corazón. Mi amigo bromeó sobre ello y la novia volvió a reírse.

Miro mi reloj de pulsera. Son las once y cuarenta y cinco minutos y mi primo aún no ha regresado. Como se acerca la hora del almuerzo, el comedor ha empezado a llenarse. Una mezcla de sonidos diversos y de voces envuelve la estancia como si fuera una nube de humo. Regreso a mis recuerdos. Pienso en el pequeño bolígrafo dorado que la novia de mi amigo llevaba en el bolsillo del pecho.

... Sí. Con ese bolígrafo ella garabateó algo en una servilleta de papel. Hizo un dibujo. Pero el papel de la servilleta era demasiado blando y la punta del bolígrafo no se deslizaba bien por su superficie. Con todo, la novia de mi amigo dibujó una colina. En la cima había una casita. Dentro de la casita había una mujer durmiendo. Alrededor de la casa crecían los sauces ciegos. Y eran éstos los que le provocaban el sueño.

—¿Y qué diablos son los sauces ciegos? —preguntó mi amigo. —Pues esos árboles de ahí.

—Jamás he oído hablar de ellos.

—Es que me los he inventado yo —sonrió ella—. Los sauces ciegos tienen un polen muy fuerte, y cuando unas pequeñas moscas portadoras de ese polen penetran en el oído de una mujer, ésta se queda dormida.

La novia de mi amigo cogió una servilleta de papel y dibujó un sauce ciego. Era un árbol de tamaño similar a la azalea. Tenía flores, pero éstas estaban rodeadas de gruesas hojas verdes. Las hojas recordaban un ramillete de colas de lagartija. Los sauces ciegos no se parecían en absoluto a los sauces de verdad.

—¿Tienes tabaco? —me preguntó mi amigo. Le arrojé por encima de la mesa un paquete de Short Hope y una caja de cerillas empapados de sudor.

—Los sauces ciegos parecen pequeños, pero sus raíces son terriblemente profundas —explicó ella—. De hecho, cuando llegan a determinada edad, los sauces ciegos dejan de crecer hacia arriba y empiezan a extenderse hacia abajo. Como si se nutrieran de las tinieblas.

—Entonces, las moscas transportan el polen, penetran en el oído de una mujer y la duermen, ¿no? —dijo mi amigo mientras intentaba trabajosamente encender un cigarrillo con una cerilla húmeda—. ¿Y qué hacen luego esas moscas?

—Se quedan dentro del cuerpo de la mujer y van comiéndose su carne, claro —explicó ella.

—¡Ñam! ¡Ñam! —dijo mi amigo.

Sí. Aquel verano, ella estaba escribiendo un largo poema sobre los sauces ciegos y nos explicó de qué iba. Eran sus únicos deberes de verano. Se inventó una historia basada en un sueño que había tenido una noche y tardó una semana en escribir, en la cama, una larga poesía. Mi amigo dijo que la quería leer, pero ella se negó aduciendo que todavía no había perfilado los detalles y, a cambio, hizo un dibujo y nos explicó el contenido de la poesía.

Un joven subió a la colina para salvar a la mujer dormida por el polen de los sauces ciegos.

—Ése soy yo. Seguro —intervino mi amigo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no eres tú.

—¿Y tú, eso, puedes saberlo? —preguntó mi amigo.

—Sí —dijo ella con la cara muy seria—. No sé cómo, pero lo sé. ¿Te sienta mal?

—Pues, claro. ¡Tú dirás —dijo mi amigo. medio en broma, frunciendo el entrecejo.

El joven iba subiendo despacio la colina y abriéndose paso entre los frondosos sauces ciegos. A decir verdad, era la primera persona que subía la colina desde que los sauces ciegos se habían adueñado de ella. Con la gorra encasquetada hasta la cejas, el joven avanzaba ahuyentando con una mano las moscas que

pululaban a su alrededor. Para ver a la joven dormida. Para despertarla de su largo y profundo sueño.

—Pero, allá en lo alto de la colina, las moscas ya habían devorado el cuerpo de la mujer, ¿verdad? —dijo mi amigo.

—En cierto sentido —respondió ella.

—Eso de que, en cierto sentido, su cuerpo haya sido devorado por las moscas debe de significar que, en cierto sentido, ésta es una historia triste. Seguro —dijo mi amigo.

—Pues, tal vez —dijo ella tras reflexionar unos instantes—. ¿Qué te parece a ti? —me preguntó.

—Pues que suena, en efecto, a historia triste —respondí.

Mi primo volvió a las doce y veinte minutos. Tenía la mirada perdida y llevaba una bolsa con medicamentos en la mano. Plantado en la entrada de la cafetería, tardó mucho tiempo en localizar mi mesa. Sus pasos eran rígidos, como si le costara mantener el equilibrio. Al tomar asiento frente a mí, aspiró una profunda bocanada de aire, como si hubiera estado tan ocupado que se le hubiese olvidado respirar.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté.

—¡Uf! —suspiró mi primo. Aguardé unos instantes a que empezara a hablar, pero no dijo nada.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Mi primo asintió en silencio.

—¿Tomamos algo aquí, entonces? ¿O cogemos el autobús y vamos a comer a la ciudad? ¿Qué prefieres?

Mi primo recorrió el interior del local con mirada dubitativa y dijo:

—Aquí mismo está bien.

Compré los tiquets y pedí el almuerzo para dos. Hasta que nos trajeron la comida, mi primo estuvo contemplando en silencio el paisaje al otro lado de la ventana. El mar, la hilera de robles, los aspersores: la misma vista, en definitiva, que había estado contemplando yo hacía unos instantes.

En la mesa contigua, un matrimonio de mediana edad, muy atildado, comía unos sándwiches y hablaba de un conocido suyo ingresado por cáncer. De que si cinco años atrás le habían prohibido fumar pero que, al parecer, ya entonces era demasiado tarde, de que si al levantarse escupía sangre, cosas por el estilo. La mujer preguntaba y el marido respondía. El marido le explicó que, en cierto sentido, el cáncer era el reflejo de la vida de quien lo padecía.

Nuestro almuerzo consistió en hamburguesas y pescado blanco frito. Ensalada y pan. Comimos el uno frente al otro, en silencio. Mientras tanto, el matrimonio siguió hablando con pasión de la génesis del cáncer. Por qué se había extendido tanto en los últimos tiempos, por qué no había sido posible conseguir un

medicamento eficaz, cosas por el estilo.

—En todas partes, igual —dijo mi primo con voz carente de inflexión contemplándose las dos manos—. Siempre te preguntan las mismas cosas, todos te hacen las mismas pruebas.

Estábamos delante del hospital, sentados en un banco esperando el autobús. Sobre nuestras cabezas, el viento mecía de vez en cuando las hojas de los árboles.

—¿Y hay veces en que pierdes el oído por completo? —le pregunté a mi primo.

—Sí —respondió él—. Y no oigo nada.

—¿Y qué se siente en esos momentos?

Mi primo se quedó reflexionando con la cabeza ladeada.

—De pronto, va y no oyes nada. Pero tardas mucho tiempo en darte cuenta. No oyes ningún sonido. Como si estuvieras en el fondo del mar con tapones en los oídos. *Eso* continúa durante un tiempo. Mientras, no oyes nada, pero no se trata sólo del oído. No oír es sólo una parte de todo *eso*.

—¿Es desagradable?

Mi primo hizo un breve y categórico gesto negativo con la cabeza.

—No sé por qué, pero no. Tiene inconvenientes, eso sí. No poder oír nada.

Intenté hacerme una idea. Pero ninguna imagen acudió a mi cabeza.

—¿Has visto *Fuerte Apache* de John Ford? —me preguntó mi primo.

—Sí, la vi hace mucho tiempo —respondí.

—El otro día la pusieron en la televisión. Es muy interesante.

—Sí, sí que lo es —asentí.

—Al principio de la película sale un general recién destinado al fuerte. A este general sale a recibirlo un capitán veterano, que es John Wayne. El general no conoce todavía la situación en la que se encuentra el Oeste. Y en los alrededores del fuerte los indios se han rebelado.

Mi primo se sacó del bolsillo un pañuelo blanco doblado y se secó las comisuras de los labios.

—Al llegar al fuerte, el general se dirige a John Wayne y le dice: «De camino hacia aquí he visto a algunos indios». Entonces, John Wayne, con rostro impasible, le responde: «No hay de qué preocuparse, mi general. Si dice usted que ha visto indios, es que los indios no estaban allí». No recuerdo las palabras exactas, pero era algo por el estilo. ¿Entiendes lo que quiere decir?

No recordaba que en *Fuerte Apache* existiera tal diálogo. Me daba la impresión de que era un poco demasiado abstruso para tratarse de una película de John Ford. Pero hacía ya mucho tiempo que la había visto.

—Pues querrá decir que lo que cualquiera puede ver no tiene gran importancia. Vaya, eso me parece.

Mi primo frunció el entrecejo.

—Tampoco acabo de entenderlo yo, pero cada vez que alguien me compadece por lo del oído, no sé por qué, pero me acuerdo de estas palabras: «Si dice usted que ha visto indios, es que los indios no estaban allí».

Me reí.

—¿Es raro? —me preguntó mi primo.

—Sí, lo es —dije. Mi primo también se rió. Hacía tiempo que no lo veía reír. Tras dejar pasar unos instantes, mi primo dijo como si me confiara algo:

—Oye, ¿puedes mirarme el oído?

—¿Mirarte el oído? —le pregunté con una ligera sorpresa. —Basta con que lo mires desde fuera.

—Sí, claro. Pero ¿por qué quieres que lo haga?

—Pues, no sé —contestó mi primo sonrojándose—. Es que me gustaría que miraras qué aspecto tiene.

—Vale —dije—. Ahora mismo te lo miro.

Mi primo se sentó dándome la espalda y encaró hacia mí la oreja derecha. Tenía la oreja muy bien formada. En sí, era de pequeño tamaño, pero la carne del lóbulo aparecía abultada como una magdalena recién horneada. Se trataba de la primera vez que le inspeccionaba la oreja a alguien. Observándola con atención pude constatar que, en comparación con otros órganos del cuerpo humano, la oreja es, desde el punto de vista morfológico, un gran enigma. Presenta, en algunos puntos, pliegues y vueltas hasta lo irrazonable, en otros, protuberancias y depresiones. Posiblemente haya ido adoptando esta curiosa forma en el transcurso de la evolución con el objeto de captar mejor los sonidos, y retenerlos. Rodeado de paredes deformes, parece un único agujero negro que se abre como si fuera la entrada de una gruta misteriosa.

Pensé en las minúsculas moscas del poema de la novia de mi amigo, anidando en los oídos. Penetraban en su cálido y oscuro interior transportando un dulce polen adherido a sus seis patitas, mordisqueaban la rosada y suave carne, sorbían su jugo, ponían sus pequeños huevos en el cerebro. Pero no logré verlas. Ni oír el zumbido de sus alas.

—Ya está bien —dije yo.

Mi primo se dio la vuelta, cambió de posición sobre el banco.

—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Ha habido algún cambio?

—Por lo que he podido ver desde fuera no ha cambiado nada. —¿Tampoco hay ningún indicio, por pequeño que sea?

—Pues, no. Está de lo más normal.

Mi primo pareció decepcionado. Tal vez había pronunciado las palabras equivocadas.

—¿Te han hecho daño durante la visita? —le pregunté.

—No mucho. Como siempre. Todos te hurgan en el mismo lugar. Deben de haberlo desgastado ya. Ni siquiera me da la impresión de que la oreja sea mía.

—¡El veintiocho! —dijo poco después mi primo volviéndose hacia mí—. El veintiocho nos va bien, ¿verdad?

Yo me había pasado todo el tiempo pensando en otra cosa. Cuando le oí y alcé la mirada, vi cómo el autobús tomaba la curva de la cuesta disminuyendo la velocidad. No se trataba del autobús moderno de antes sino de aquel modelo antiguo al que yo estaba acostumbrado. Al frente, colgaba el número 28. Me dispuse a levantarme. Pero fui incapaz de moverme. Los brazos y las piernas, como si estuviera en medio de una fuerte corriente, no me obedecían.

Entonces me acordé de la caja de bombones que llevamos aquella tarde de verano al hospital. Cuando la novia de mi amigo abrió la caja, no quedaba ni rastro de la docena de pequeños bombones, convertidos en una masa pegajosa adherida a los papeles separadores y a la tapa. A mitad de camino hacia el hospital, mi amigo y yo habíamos detenido la motocicleta en la playa. Nos habíamos tendido en la arena a charlar. Dejamos la caja de bombones bajo el ardiente sol de agosto. Y, debido a nuestra negligencia, a nuestra arrogancia, los dulces se habían estropeado, habían perdido su forma, se habían echado a perder. Aquel día, nosotros deberíamos haber sentido algo al respecto. Alguien, uno de los dos, debería haber dicho algo con sentido, aunque no fuera mucho, sobre aquello. Pero lo cierto es que aquella tarde, nosotros no sentimos nada, intercambiamos algunas bromas estúpidas y nos separamos. Nada más. Y dejamos atrás la colina donde proliferaban los sauces ciegos.

Mi primo me agarró del brazo con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó.

Volví en mí, me puse de pie. Esta vez pude levantarme sin dificultad. Pude volver a sentir en la piel aquella preciosa brisa de mayo. Luego permanecí durante unos segundos en un extraño lugar envuelto en tinieblas. En un lugar donde no existía lo visible y sí existía lo invisible. Unos instantes después, el autobús 28 real se detenía ante nuestros ojos y abría sus puertas reales. Y nosotros pasábamos a su interior y nos dirigíamos a otra parte.

Apoyé una mano en el hombro de mi primo.

—Estoy bien —le dije.

La chica del cumpleaños

El día de su vigésimo cumpleaños también trabajó de camarera, como de costumbre. Le tocaba todos los viernes, pero, de hecho, *aquel* viernes por la noche no debería haber trabajado. Había intercambiado su turno con otra chica que también trabajaba por horas. Lógico. La mejor manera de pasar el vigésimo cumpleaños no es sirviendo *gnocchi* de calabaza y *fritto misto di mare* entre los berridos del cocinero. Pero el resfriado de la compañera con quien debería haber intercambiado el turno empeoró y ésta tuvo que meterse en cama. Con casi cuarenta grados de fiebre y una diarrea imparable, no podía ir a trabajar. Ésa era la situación. Y fue ella quien tuvo que acudir apresuradamente al trabajo.

—No te preocupes —consoló por teléfono a la enferma ante sus disculpas—. No porque una cumpla veinte años tiene que hacer algo especial.

En realidad, la decepción no había sido muy grande. Y una de las razones era que, días atrás, había tenido una seria disputa con su novio, la persona con quien debería de haber pasado la noche de su cumpleaños. Salían juntos desde la época del instituto y la pelea había empezado por una tontería. Pero la historia se había complicado de manera insospechada y, tras corresponder a una palabra ofensiva con otra insultante, y viceversa, ella sintió que se habían roto de manera irreversible los lazos que los unían. En su corazón, algo se había endurecido como una piedra y había muerto. Después de la pelea, él no la había llamado y a ella tampoco le apeteció llamarlo a él.

Trabajaba en un restaurante italiano bastante conocido de Roppongi.¹ El local databa de mediados de los sesenta y su cocina, pese a carecer del ingenio de la cocina de vanguardia, era excelente, con lo que uno no se hartaba de comer allí. El ambiente era tranquilo y relajado, nada agobiante. La clientela habitual la componían, más que jóvenes, gente madura y, entre ella, se contaban algunos escritores y actores famosos, cosa nada de extrañar en aquella zona.

Dos camareros fijos trabajaban seis días a la semana. Ella y otra estudiante trabajaban a tiempo parcial, por turno, tres días a la semana cada una. Además había un encargado. Y una mujer delgada de mediana edad que se sentaba tras la caja registradora. Se decía que la mujer llevaba en el mismo sitio desde la inauguración del local. Apenas se alzaba de su asiento, como la patética abuela de *La pequeña Dorrit* de Dickens. Cobraba y se ponía al teléfono. No tenía otra función. No abría la boca si no era estrictamente necesario. Siempre vestía de negro. Su apariencia era dura, fría y, de estar flotando en el mar de noche, el barco que hubiese chocado con ella seguro que se habría hundido.

¹ Elegante barrio de Tokio famoso por sus restaurantes, bares y discotecas. (*N. de la T*)

El encargado rondaba la cincuentena. Era alto, ancho de espaldas, posiblemente, de joven, había sido deportista. Ahora empezaba a echar barriga y papada. El pelo, corto y duro, le clareaba un poco por la coronilla. Lo envolvía, en silencio y soledad, el olor propio de los solterones. Un olor a caramelos de eucalipto y papeles de periódico guardados juntos en un cajón. Un tío soltero de la chica olía de la misma forma.

El encargado vestía traje negro, camisa blanca y llevaba pajarita. No una de esas de corchete, sino de las que se anudan de verdad. Era muy diestro y podía hacerse el lazo sin mirar al espejo. Para él, eso era un motivo de orgullo. Su trabajo consistía en controlar las entradas y salidas de la clientela, saber cómo iban las reservas, conocer el nombre de los clientes habituales, saludarlos sonriente cuando venían, escuchar con aire sumiso las posibles quejas, responder con la mayor precisión posible a las preguntas especializadas sobre vinos y supervisar el trabajo de los camareros. Desempeñaba su labor, día tras día, con eficacia. Otra de sus funciones era llevarle la cena al propietario del local.

—El dueño tenía una habitación en la sexta planta del mismo edificio. No sé si vivía allí o si la utilizaba como despacho —dice ella.

Ella y yo hemos empezado a hablar por casualidad sobre nuestro vigésimo cumpleaños. Sobre cómo pasamos el día y demás. La mayoría de la gente recuerda muy bien el día en que cumplió los veinte años. Ella hace más de diez años que los ha cumplido.

—Pero el dueño, vete a saber por qué, no aparecía nunca por el restaurante. El único que lo veía era el encargado, solamente él le llevaba la comida. Los trabajadores subalternos ni siquiera sabíamos qué cara tenía.

—¿O sea que el propietario encargaba todos los días la comida a su propio restaurante?

—Pues sí —dice ella—. Todos los días, pasadas las ocho, el encargado le llevaba al dueño la cena a su habitación. Era la hora en que el local estaba más lleno y que el encargado desapareciera justo en ese momento suponía un problema, pero no había nada que hacer. Así había sido desde siempre. El encargado ponía la comida en un carrito de esos del servicio de habitaciones de los hoteles, lo empujaba con aire sumiso hasta el ascensor, subía y, unos diez minutos después, regresaba con las manos vacías. Una hora más tarde volvía a subir y bajaba el carrito con los platos y vasos vacíos. Y eso se repetía, día tras día, de manera idéntica. La primera vez que lo vi me quedé de piedra. Parecía un ritual religioso. Pero después me acostumbré y dejé de prestarle atención.

El dueño comía siempre pollo. La manera de cocinarlo y las verduras de guarnición variaban según el día, pero tenía que ser pollo. Un cocinero joven me

contó una vez que le había servido el mismo pollo asado una semana seguida para ver qué pasaba, pero que no le oyó una sola queja. Con todo, los cocineros intentan siempre idear nuevas recetas y los sucesivos chefs se imponían el reto de cocinar el pollo de todas las maneras posibles. Elaboraban salsas complicadas. Probaban el pollo de distintos proveedores. Pero todos sus esfuerzos resultaban tan inútiles como lanzar piedrecitas en el abismo de la nada. No había reacción alguna. Y todos acababan resignándose a cocinar, día tras día, un plato de pollo corriente y moliente. Que *fuese pollo* era todo lo que se les pedía.

El día de su vigésimo cumpleaños, un diecisiete de noviembre, la jornada laboral se inició como de costumbre. La llovizna que había empezado a caer a primeras horas de la tarde se convirtió, al anochecer, en un aguacero. A las cinco, el personal se reunía a escuchar las explicaciones del encargado sobre el menú del día. Los camareros debían aprendérselo palabra por palabra, sin llevar chuleta. Ternera a la milanesa, pasta con sardinas y col, *mousse* de castaña. A veces, el encargado hacía el papel de cliente y los camareros tenían que responder a sus preguntas. Luego comían lo que les servían. No fuera a ser que les sonaran las tripas mientras les anunciaban el menú a los clientes.

El restaurante abría a las seis, pero, debido al aguacero, aquel día los clientes se retrasaban. Incluso hubo quien canceló la reserva. Las mujeres detestan mojarse el vestido. El encargado mantenía los labios apretados con aspecto malhumorado y los camareros, para matar el tiempo, limpiaban los saleros o hablaban con el cocinero sobre la comida. Ella recorría con la mirada el comedor, ocupado sólo por una pareja, mientras escuchaba la música de clavicordio que sonaba a bajo volumen por los altavoces del techo. El profundo olor de la lluvia de finales de otoño invadía el comedor.

Eran las siete y media pasadas de la tarde cuando el encargado empezó a encontrarse mal. Se derrumbó tambaleante sobre una silla y permaneció unos instantes apretándose el vientre. Como si hubiese recibido en la barriga el impacto de una bala. Grasientas gotas de sudor le poblaban la frente.

—Creo que debería ir al hospital —dijo con voz pesada.

Era muy raro que se encontrara mal. Desde que empezó a trabajar en el restaurante, diez años atrás, no había faltado un solo día. Jamás había estado enfermo, nunca se había hecho daño. Ése era otro motivo de orgullo para el encargado. Pero su cara contraída por el dolor anunciaba que la cosa iba en serio.

Ella abrió un paraguas, salió a la calle principal y paró un taxi. Un camarero sostuvo al encargado hasta el taxi, lo ayudó a subir y lo llevó a un hospital cercano. Antes de montar en el taxi, el encargado le dijo a ella con voz ronca:

—A las ocho, lleva la cena a la habitación seiscientos cuatro. Sólo tienes que llamar al timbre, decir: «Aquí tiene su comida», y dejarla allí.

—La seiscientos cuatro, ¿verdad? —dijo ella.

—A las ocho en punto —insistió el encargado. Hizo otra mueca de dolor. La portezuela del taxi se cerró y él se fue.

Tras la marcha del encargado, siguió sin amainar la lluvia y los clientes continuaron llegando sólo de cuando en cuando. Únicamente había una o dos mesas ocupadas a la vez. Así que no representó ningún problema que el encargado y uno de los camareros se hubieran ido.

Si se quiere, puede llamarse a eso buena suerte. No eran pocas las veces en que había tanto trabajo que les costaba controlar la situación aun estando todo el personal reunido.

A las ocho, cuando estuvo lista la cena del dueño, condujo el carrito hasta el ascensor, lo cargó dentro y subió al sexto piso. Un botellín de vino tinto descorchado, una cafetera llena, el plato del pollo, las verduras tibias de acompañamiento, pan y mantequilla: lo mismo de siempre. El denso olor de la carne llenó pronto el pequeño ascensor, mezclado con los efluvios de la lluvia. Al parecer, alguien había subido en el ascensor con el paraguas mojado ya que en el suelo había un pequeño charco.

Avanzó por el pasillo, se detuvo ante la puerta 604 y repitió para sí, una vez más, el número que le habían dado. El 604. Y tras un carraspeo, pulsó el timbre que había junto a la puerta.

Nadie respondió. Ella permaneció inmóvil ante la puerta unos veinte segundos. Cuando se disponía a pulsar el timbre de nuevo, la puerta se abrió hacia dentro, de repente, y apareció un anciano pequeño y delgado. Sería unos siete centímetros más bajo que ella. Llevaba traje oscuro y corbata. La camisa era de color blanco y la corbata tenía la tonalidad de la hojarasca. Pulcro, sin una arruga, el pelo cuidadosamente alisado, parecía listo para acudir a una fiesta de noche. Las profundas arrugas que le surcaban la frente hacían pensar en escondidos valles fotografiados desde el aire.

—Aquí tiene su cena —dijo ella con voz ronca. Y volvió a carraspear ligeramente. El nerviosismo siempre le enronquecía la voz.

—¿La cena?

—Sí. El señor encargado se ha sentido indispuerto de repente y le traigo yo la cena en su lugar.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano, como si hablara para sí, con una mano apoyada en el pomo de la puerta—. Ya veo. ¿Así que se encuentra mal?

—Sí. Le ha empezado a doler el estómago de repente. Y ha ido al hospital. Dice que posiblemente se trate de apendicitis.

—¡Vaya! —exclamó el anciano—. ¡Qué mal!

Ella carraspeó.

—¿Desea el señor que le entre la cena?

—¡Ah, claro! —dijo el anciano—. Si tú quieres.

«¿Si yo quiero?», pensó ella. Vaya manera más extraña de hablar. ¿Qué diablos voy a querer yo?

El anciano abrió la puerta de par en par y ella empujó el carrito hacia dentro. Una alfombra gris de pelo corto cubría el suelo por completo y no era preciso quitarse los zapatos al entrar. Parecía más un despacho que una vivienda y se había acondicionado la habitación como un amplio estudio. Por la ventana se veía, tan cercana que casi parecía que pudiera tocarse, la Torre de Tokio* completamente iluminada. Ante la ventana había un gran escritorio y, junto a éste, un pequeño tresillo. El anciano señaló una mesita que había delante del sofá. Una mesita baja de superficie plastificada. Ella dispuso allí la cena. La blanca servilleta de tela y los cubiertos de plata. La cafetera y la taza de café, el vino y la copa, el pan y la mantequilla, y, por fin, el plato de pollo y la guarnición de verduras.

—Vendré a recogerlo todo dentro de una hora, señor. ¿Será tan amable de sacar los platos vacíos al pasillo como de costumbre? —preguntó ella.

El anciano contempló durante unos instantes con profundo interés la comida dispuesta sobre la mesita y, después, respondió como si se acordara de repente.

—¡Ah, claro! Los dejaré en el pasillo. En el carrito. Dentro de una hora. Si así lo quieres.

«Sí, en este momento, eso es lo que quiero», se dijo ella para sus adentros.

—¿Desea algo más el señor?

—No, nada más —respondió el anciano tras pensárselo unos instantes. Llevaba unos zapatos de piel de color negro, bruñidos y brillantes. Unos zapatos de pequeño tamaño, muy elegantes. «¡Qué bien vestido va!», pensó ella. «Y tiene muy buen porte para su edad.»

—Entonces, con su permiso...

—No, espera un momento —dijo el anciano.

—Sí. ¿Qué desea?

—Oye, jovencita, ¿podrías dedicarme cinco minutos de tu tiempo? —preguntó el anciano—. Me gustaría hablar contigo.

«¿Jovencita?» Al oírlo, se ruborizó.

—Sí. Claro. No creo que haya problema. Es decir, si se trata de cinco minutos —dijo. ¡Pero si ella era una empleada suya que cobraba por horas! No se trataba de ofrecer o de quitarle el tiempo a nadie. Además, el anciano parecía una persona incapaz de hacerle daño.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes? —preguntó el anciano, de pie al lado de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola directamente a los ojos.

—Pues ahora tengo veinte —dijo ella.

—¿Ahora tienes veinte? —repitió el anciano. Y entrecerró los ojos como si estuviera atisbando por una rendija—. Eso de que *ahora tienes veinte* debe de significar que no hace mucho que los tienes, ¿verdad?

* Torre de acero de 333 metros de altura. Desde 1958 es la estructura metálica más alta del mundo (la Torre Eiffel de París tiene 320 metros). (N. de la T)

—Pues no, señor. Los acabo de cumplir. —Y, tras dudar unos instantes, añadió—: En realidad, hoy es mi cumpleaños.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano acariciándose la barbilla como si quisiera convencerse de algo—. ¡Ah, claro! Ya veo. Así que hoy cumples veinte años.

Ella asintió en silencio.

—Justo hace veinte años que, en un día como hoy, tú viste la luz por primera vez.

—Pues sí, en efecto.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —exclamó el anciano—. ¡Qué bien! ¡Felicidades!

—Muchas gracias —dijo ella. Pensándolo bien, era la primera vez que la felicitaban aquel día. Claro que, al volver a su apartamento, tal vez encontrara un mensaje de sus padres desde Ôita en el contestador automático.

—Eso hay que celebrarlo —dijo el anciano—. Es algo magnífico. ¿Qué te parece, jovencita? ¿Brindamos con un poco de vino tinto?

—Muchas gracias. Es que estoy trabajando y...

—Por un poco de vino no pasa nada. Además, si te invito yo, nadie va a decirte nada. Sólo un sorbito, para celebrarlo.

El anciano extrajo el tapón de corcho, le sirvió a ella un poco de vino en la copa, sacó otra copa para él de un pequeño armario con puerta de cristal, una copa normal y corriente, y se la llenó de vino.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo el anciano—. Que tu vida sea rica y fructífera. Que ninguna sombra la empañe jamás.

Brindaron los dos.

«Que ninguna sombra la empañe jamás.» Repitió ella para sí las palabras del anciano. ¿Por qué hablaría aquel hombre de forma tan peculiar?

—Veinte años sólo se cumplen una vez en la vida. Y son algo tan valioso, jovencita, que no pueden ser reemplazados por nada.

—Sí —repuso ella. Y bebió, con cautela, un único sorbo de vino. —Y tú, en un día tan importante como éste, me has traído la cena. Igual que un hada bondadosa.

—Yo me he limitado a hacer lo que me han dicho.

—Incluso así —dijo el anciano—. Incluso así. Hermosa jovencita.

El anciano se sentó en un sillón de piel que había delante del escritorio. Y le señaló el sofá. Ella se sentó en la punta del asiento, todavía con la copa de vino en la mano. Con las dos rodillas juntas, tiró del dobladillo de la falda. Y carraspeó. Miró cómo los gruesos goterones de lluvia trazaban líneas al otro lado del cristal. En la habitación reinaba un extraño silencio.

—Hoy cumples veinte años y, además, me has traído una magnífica comida caliente —dijo el anciano como si quisiera confirmarlo una vez más. Y dejó la copa sobre el escritorio con un golpecito—. ¡Qué dichosa coincidencia! ¿No te parece?

Ella asintió, no muy convencida.

—Así, pues —dijo el anciano, palpándose el nudo de la corbata de tonalidad parecida a la hojarasca—, voy a hacerte un regalo, jovencita. Un día tan especial como el del vigésimo cumpleaños requiere un recuerdo también muy especial.

Ella sacudió precipitadamente la cabeza.

—¡Oh, no! No se moleste, se lo ruego. Yo sólo le he traído la cena porque así me lo han ordenado.

El anciano levantó ambas manos con las palmas vueltas hacia delante.

—¡Oh, no, no! Eres tú quien no debe preocuparse. Es un regalo que no tiene forma. No tiene valor. En fin —dijo posando ambas manos sobre la mesa. Y lanzó un suspiro—. En fin, que voy a satisfacer un mego tuyo. Mi joven y preciosa hada. Voy a hacer que se cumpla un deseo. El que tú quieras. No importa cuál. Cualquier deseo que tengas. En el caso de que tengas alguno, por supuesto.

—¿Un deseo? —dijo ella con voz seca.

—*Algo que tú quieras.* Lo que tú desees, jovencita. De tenerlos, te concederé uno de tus deseos. Éste es el regalo de cumpleaños que puedo hacerte. Pero se trata sólo de uno, así que tienes que pensártelo muy, muy bien —dijo el anciano alzando un dedo en el aire—. Únicamente uno. Después no podrás cambiar de idea y echarte atrás.

Ella perdió el habla. ¿Un deseo? Impulsada por el viento, la lluvia azotaba a ráfagas los cristales con un sonido desigual. El silencio proseguía. Mientras, el anciano la miraba sin articular palabra. En el fondo de los oídos de ella resonaban los latidos irregulares de su corazón. —¿Concederme algo que yo desee?

El anciano no respondió a su pregunta. Todavía con las manos unidas sobre el escritorio, se limitó a sonreír. Fue una sonrisa natural y amistosa.

—Jovencita, ¿tienes algún deseo? ¿O no? —dijo el anciano con voz serena.

Ella me mira de frente.

—Esto sucedió de veras. No me lo estoy inventando.

—No, claro que no —digo yo. Ella no es el tipo de persona que se inventa las cosas—. ¿Y qué deseo le pediste?

Ella mantiene por unos instantes la mirada fija en mí. Lanza un pequeño suspiro.

—No vayas a pensar que me creí a pies juntillas todo lo que me decía el anciano. Vamos, que yo, a los veinte años, no creía en cuentos de hadas. Claro que, aun suponiendo que se tratara de una broma que se había inventado sobre la marcha, no puede negarse que tenía su gracia. El anciano tenía mucha clase y yo decidí seguirle la corriente. Aquel día yo cumplía veinte años y no estaba nada mal que sucediera algo fuera de lo normal. No se trataba de si me lo creía o no. —Asiento en silencio—. ¿Entiendes cómo me sentía? El día de mi cumpleaños iba a acabar así, sin más. Sin que pasara nada, sin nadie que me felicitase, sirviendo *tortellini* con salsa de anchoas. ¡Y yo cumplía veinte años!

Asiento de nuevo.

—Te comprendo —digo.

—Así que formulé un deseo, tal como me decía —me cuenta ella.

El anciano permaneció unos instantes mirándola fijamente, sin decir palabra. Seguía con las manos posadas sobre el escritorio. Encima se amontonaban gruesas carpetas similares a libros de cuentas. También había utensilios para escribir, un calendario y una lámpara con la pantalla de color verde. Aquel par de manitas parecía formar parte del mobiliario. La lluvia seguía azotando los cristales de la ventana y, más allá, se veían borrosas las luces de la Torre de Tokio.

Las arrugas del anciano se hicieron un poco más profundas.

—¿O sea que éste es tu deseo?

—Sí.

—Es un deseo muy raro para una chica de tu edad —dijo el anciano—. Lo cierto es que me esperaba otro tipo de cosa.

—Si no puede ser, pediré algo distinto —dijo ella. Y carraspeó otra vez—. No importa. Pensaré en otra cosa.

—¡Oh, no, no! —dijo el anciano levantando ambas manos y agitándolas en el aire como si fueran una bandera—. No hay ningún problema. En absoluto. Sólo que me has pillado por sorpresa, jovencita. ¿Seguro que no deseas nada distinto? Como, por ejemplo, ser más hermosa, o más inteligente, o rica. ¿No te importa no pedir una cosa de esas? ¿Uno de los deseos que pediría cualquier chica de tu edad?

Me tomé mi tiempo para escoger las palabras adecuadas. Mientras tanto, el anciano aguardaba paciente y sin decir nada. Con las dos manos apaciblemente posadas sobre el escritorio.

—Claro que me gustaría ser más guapa, y más inteligente, y rica. Pero si estos deseos se realizaran, no puedo ni imaginar qué sería de mí. Tal vez se me escapara todo de las manos. Yo aún no sé muy bien de qué va la vida. En serio. No sé cómo funciona.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano entrecruzando los dedos y descruzándolos a continuación—. ¡Ah, claro!

—¿Mi deseo es posible?

—Por supuesto —dijo el anciano—. Por supuesto. Por mi parte, no hay ningún problema.

De repente, el anciano clavó la vista en un punto del espacio. Las arrugas de la frente cobraron todavía mayor profundidad. Como si los pliegues del cerebro estuviesen concentrados en una idea. Parecía estar mirando algo —una diminuta pluma invisible a nuestros ojos, por ejemplo— que flotara en el aire. Luego extendió ambos brazos, se alzó un poco del asiento y entrechocó las palmas de las manos con energía. Sonó un chasquido seco. Después se sentó. Se palpó suavemente las arrugas de la frente con las yemas de los dedos y esbozó una pláci-

da sonrisa.

—¡Ya está! Tu deseo se ha cumplido.

—¿Ya se ha cumplido?

—Sí, ya se ha cumplido. Ha sido una tarea fácil —dijo el anciano—. Feliz cumpleaños, hermosa jovencita. Sacaré el carrito al pasillo, así que no te preocupes. Puedes volver a tu trabajo.

Montó en el ascensor y regresó al restaurante. Puede que se debiera a que iba con las manos vacías, pero sentía el cuerpo extrañamente liviano, tenía la impresión de estar andando sobre una materia blanda de naturaleza desconocida.

—¿Te ha ocurrido algo? Parece que estés en la luna —le preguntó el camarero joven.

Ella sacudió la cabeza con una vaga sonrisa.

—¿Ah, sí? Pues no me ha pasado nada.

—Oye, ¿y cómo es el dueño?

—Pues, no sé. Apenas lo he visto —respondió ella con indiferencia.

Una hora y media más tarde fue a recoger los cacharros. Estaban sobre el carrito, en el pasillo. Levantó la tapa y vio que, de la comida, no quedaba ni una miga y que la botella de vino y la cafetera también estaban vacías. La puerta de la habitación 604 estaba cerrada sin señal alguna. Ella permaneció unos instantes mirándola en silencio. Le daba la impresión de que iba a abrirse de un momento a otro. Pero no sucedió. Bajó el carrito en el ascensor y lo llevó al fregadero. El cocinero miró los platos, vacíos como de costumbre, y asintió de forma inexpresiva.

—No volví a ver al dueño jamás —dice ella—. Lo del encargado fue sólo un dolor de barriga y, al día siguiente, fue él quien le llevó la comida al dueño; además, al empezar el año yo dejé el trabajo. Y luego no volví nunca al restaurante. No sé por qué, pero me daba la sensación de que era mejor mantenerme alejada. No sé, tenía una especie de presentimiento.

Ella jugueteaba con el posavasos mientras pensaba en algo.

—A veces, me parece que todo lo que ocurrió la noche del día de mi vigésimo cumpleaños fue sólo una ilusión. Que, sea por lo que sea, acabó convenciéndome de que ocurrió algo que en realidad no ocurrió. Que únicamente se trata de eso. Pero ¿sabes? Aquello sucedió, sin ningún género de dudas. Aún hoy puedo recordar al detalle, con toda claridad, cada uno de los muebles y objetos que había en la habitación 604. Aquello ocurrió de verdad y, posiblemente, tuvo un gran significado para mí.

Durante unos instantes, los dos permanecemos en silencio, tomando nuestras respectivas bebidas y pensando, tal vez, en cosas diferentes.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo—. Aunque, hablando con propiedad, son dos.

—Sí —dice ella—. Pero me imagino que lo que quieres saber no es otra cosa

que cuál fue mi deseo, ¿me equivoco?

—No parece que quieras decírmelo.

—¿Eso parece?

Asiento.

Ella deja el posavasos y entrecierra los ojos como si estuviera mirando algo en la distancia.

—Los deseos no deben contarse a nadie.

—Ni yo pretendo sonsacártelo —digo—. Lo que me gustaría saber es si tu deseo se ha cumplido. Y si tú te has arrepentido alguna vez de *haber elegido el deseo que elegiste*, fuera el que fuese. Es decir, si alguna vez has pensado: «¡Ojalá hubiera pedido otra cosa!».

—La respuesta a la primera pregunta es sí y no. Mi vida todavía sigue y no sé qué va a sucederme en el futuro.

—¿O sea que es un deseo que tarda tiempo en realizarse?

—Sí —dice ella—. El tiempo desempeña aquí un papel importante. —

¿Como en la elaboración de algunas comidas?

Ella asiente.

Reflexiono un poco al respecto. Pero la única imagen que acude a mi cabeza es la de una gigantesca tarta cociéndose en un horno a baja temperatura.

—¿Y la segunda pregunta? —quiero saber.

—¿Cuál era la segunda pregunta?

—Si te has arrepentido alguna vez de tu elección.

Hay un breve silencio. Ella me mira con ojos faltos de profundidad. En sus labios aflora la sombra marchita de una sonrisa. A mí me recuerda a una renuncia silenciosa y triste.

—Yo ahora estoy casada con un miembro de la Contaduría del Estado tres años mayor que yo y tengo dos hijos —me cuenta—. Un niño y una niña. Y un *setter* irlandés. Y monto en mi Audi para ir dos veces por semana a jugar al tenis con mis amigas. Ésta es mi vida ahora.

—Pues no parece tan mala, la verdad —digo.

—¿Aunque el parachoques tenga dos abolladuras?

—¡Pero si los parachoques están para ser abollados!

—Eso tendría que ir en una pegatina —dice ella—. **LOS PARACHOQUES ESTÁN PARA SER ABOLLADOS.**

Le miro los abios.

—Lo que quiero decir —prosigue ella en voz baja. Se rasca el lóbulo de la oreja. Un lóbulo muy bien formado— es que una persona, desee lo que desee, llegue hasta donde llegue, jamás puede dejar de ser ella misma. Sólo eso.

—Eso tampoco quedaría mal en una pegatina: «Una persona, llegue hasta donde llegue, jamás puede dejar de ser ella misma».

Ella se ríe alegremente a carcajadas. Y aquella sombra marchita de una sonrisa desaparece como por ensalmo.

Ella hinca un codo en la barra y me mira.

—Oye, si tú hubieras estado en mi situación, ¿qué habrías pedido?

—¿Te refieres a la noche de mi vigésimo cumpleaños?

—Sí —dice.

Reflexiono durante largo rato. Pero no se me ocurre ningún deseo.

—Pues no se me ocurre nada —le digo con franqueza—. Mi vigésimo cumpleaños queda ya demasiado lejos.

—¿Nada? ¿En serio?

Asiento.

—¿Ni uno?

—Ni uno —digo yo.

Ella vuelve a mirarme a los ojos. Una mirada muy franca y directa.

—Seguro que ya lo habrás pedido —me dice.

—Pero se trata sólo de uno, hermosa jovencita, así que tienes que pensártelo muy, muy bien. —En las tinieblas, un anciano que llevaba una corbata de la tonalidad de la hojarasca alzó un dedo en el aire—. Únicamente uno. Después, no podrás cambiar de idea y echarte atrás.

La tragedia de la mina de carbón de Nueva York

Hay un hombre que, desde hace más de diez años, tiene la costumbre, bastante extraña, de encaminar sus pasos hacia el zoológico cada vez que hay un tifón o llueve torrencialmente. Es un amigo mío. Vive a unos quince minutos a pie del zoológico.

Cuando un tifón azota la ciudad, y mientras el común de los mortales va cerrando, uno tras otro, los postigos de las ventanas y corre a aprovisionarse de agua mineral y comprueba el estado de transistores y linternas, mi amigo se enfunda en una capellina impermeable suministrada por el ejército americano durante la guerra del Vietnam, se embute unas latas de cerveza en los bolsillos y se dirige al zoológico. Por ello, cuando hay un tifón, siempre se toma el día de fiesta.

Con un poco de mala suerte se encuentra con las puertas cerradas.

CERRADO POR MAL TIEMPO.

Lo que, bien mirado, no es una excusa baladí. ¿A quién diablos le va a apetecer contemplar jirafas y cebras en una tarde semejante?

Él lo acepta de buena gana, se sienta en una de las ardillas de piedra que flanquean la entrada, se bebe la cerveza que lleva en los bolsillos, ya un poco tibia, y se vuelve a casa.

Con un poco de buena suerte, la puerta está abierta.

Entonces compra la entrada, accede al recinto y, uno tras otro, va mirando con atención los animales mientras se fuma trabajosamente un cigarrillo empapado por la lluvia. El zoológico está desierto. Los animales permanecen dentro de sus guaridas. Contemplan la lluvia por las ventanas con mirada distraída y cara de pasmo, o brincan excitados al viento, o están intimidados ante el brusco cambio de la presión atmosférica, o irritados.

La primera cerveza se la bebe siempre sentado ante la jaula del tigre de Bengala (que es el que más irritado se manifiesta a causa del vendaval) y, a continuación, se toma la segunda cerveza frente al recinto del gorila. El gorila muestra una gran indiferencia ante el tifón. Parece intrigarle mucho más la figura que tiene delante. El gorila siempre lanza miradas compasivas al hombre medio pez que se está tomando una cerveza sentado sobre el suelo de cemento. «La situación me recuerda a dos desconocidos atrapados en un ascensor averiado», me dijo él en cierta ocasión.

Sin embargo, dejando aparte lo de las tardes de tormenta, es un hombre de lo más normal. Trabaja en una empresa de origen extranjero, pequeña y poco conocida, pero de ambiente laboral agradable, que se dedica al comercio exterior; vive en un pequeño y pulcro apartamento y, cada medio año, cambia de novia. Desconozco las razones que le impulsan a cambiar de novia con tanta regularidad.

Pero todas sus novias son tan similares que parecen hechas por división celular. Al menos yo no soy capaz de distinguir una de otra.

No sé por qué razón la mayoría de la gente piensa que es un hombre anodino y algo lerdo, pero eso a él le trae sin cuidado. Tiene un coche de segunda mano en bastante buen estado, las obras completas de Balzac, un traje negro idóneo para asistir a entierros, una corbata también negra y un par de zapatos negros de piel.

Cuando muere alguien y debo asistir a un funeral, lo llamo a él. Para pedirle el traje, la corbata y los zapatos. Tanto el traje como los zapatos me van, los dos, una talla y un número grandes, pero en una ocasión así el atildamiento está fuera de lugar.

—Lo siento mucho —le digo yo siempre—. Pero tengo otro entierro.

—¡Bah! No te preocupes. Supongo que te correrá prisa. Puedes venir a recogerlo cuando quieras —contesta él siempre. Y cuando llego me encuentro, dispuestos sobre la mesa, el traje bien planchado, la corbata, los zapatos relucientes, y la nevera la tiene llena de cerveza de importación puesta a refrescar. Todo preparado, listo para que se use de inmediato. Él es así. Sin duda, únicamente una persona así se tomaría la molestia de cambiar de novia cada medio año.

—Por cierto, hace poco vi un gato en el zoológico —me dijo el otro día abriendo una cerveza.

—¿Un gato?

—Sí. Ocurrió hace unas dos semanas, cuando fui a Hokkaido de viaje de negocios. Me metí en un zoológico que había cerca del hotel y me topé con una pequeña jaula de la que colgaba un cartel donde ponía GATO, y un gato durmiendo dentro.

—¿Qué tipo de gato?

—Un gato normal y corriente. De esos que te encuentras en todas partes. A rayas marrones, con el rabo corto, gordo a reventar. Imagínate, todo el día tumbado, durmiendo.

—¡Ah! Entonces, seguro que en Hokkaido apenas se deben de ver gatos —deduje.

—¿Bromeas? —dijo él boquiabierto—. ¡Cómo no va a haber gatos en Hokkaido! Gatos los hay en todas partes.

—Vale, pero si lo formulas al revés, ¿por qué no puede haber gatos en los zoológicos? También ellos son animales, ¿no?

—Es la costumbre. Los gatos y los perros son animales de lo más corriente. Nadie se molestaría en ir expresamente al zoológico a ver un gato o un perro. Para eso basta con echar un vistazo a tu alrededor —dijo él—. Pasa como con las personas.

Después de bebernos media docena de cervezas entre los dos, metió cuidadosamente en una gran bolsa de papel, de unos grandes almacenes, el traje envuelto en una funda de plástico, la corbata y la caja de zapatos.

—Siento andar pidiéndotelo siempre —le dije—. Tendría que comprarme uno, pero nunca encuentro el momento. Al comprarte un traje de luto, no sé, parece que se te vaya a morir alguien.

—No te preocupes. Total, yo no lo necesito. Incluso es posible que el traje prefiera que lo lleve alguien a estar colgado de la percha como un inútil —dijo.

Él mismo, desde que lo había adquirido, tres años atrás, no se lo había puesto nunca.

—Mírame a mí. Desde que lo tengo, no se me ha muerto nadie —comentó.

—Sí, estas cosas pasan —dije yo.

—¡Y tanto que sí! —exclamó.

Para mí, en cambio, aquél había sido un año de funerales. A mi alrededor, mis amigos y los que habían sido mis amigos se habían ido muriendo uno tras otro. Un cuadro parecido a un campo de maíz azotado por la sequía del verano. Yo tenía veintiocho años.

Mis amigos también contaban, más o menos, con la misma edad.

Veintisiete, veintiocho, veintinueve años... Una edad poco adecuada para morir. Los poetas mueren a los veintidós años, los revolucionarios y las estrellas del rock, a los veinticuatro. Una vez superada esa edad parece que, de momento, estés a salvo. Como mínimo, eso es lo que presupone la mayoría de la gente. Ya has dejado atrás la legendaria curva fatídica, ya has cruzado el túnel lúgubre y oscuro. Tienes por delante una recta autopista de seis carriles por la que (aunque no te apetezca demasiado) puedes volar hacia tu destino. Te cortas el pelo, te afeitas todas las mañanas. Ya no eres poeta, ni revolucionario, ni estrella del rock. Ya no duermes la borrachera dentro de una cabina telefónica, ni bebes hasta perder el sentido, ni escuchas ningún LP de los Doors a todo volumen a las cuatro de la madrugada. Has suscrito un seguro de vida por conveniencia, has empezado a beber en los bares de los hoteles, desgravas de los impuestos la factura del dentista. Porque tú ya tienes veintiocho años.

Fue justo entonces cuando empezó aquella inesperada masacre. Que se podría calificar, incluso, de ataque sorpresa.

Un apacible día de primavera nos hallábamos bajo los tibios rayos del sol, justo en el momento de cambiarnos de ropa. Se produjo un pequeño revuelo: las tallas no coincidían, las mangas estaban vueltas del revés, alguno embutía la pierna derecha en la pernera de un pantalón real mientras intentaba introducir la izquierda en la de un pantalón irreal.

La carnicería se inició con una extraña detonación.

Como si alguien hubiera emplazado una ametralladora metafísica en lo alto de una colina metafísica y ahora nos estuviera inundando de balas metafísicas.

Pero, en definitiva, la muerte no es más que la muerte. En otras palabras, salga de un sombrero o de un campo de trigo, un conejo no es más que un conejo. Un horno caliente no es más que un horno caliente y la negra humareda que se alza por una chimenea no es más que la negra humareda que se alza por una chimenea.

El primero en franquear el negro abismo que se abre entre lo real y lo irreal (o entre lo irreal y lo real) fue un amigo de mi época universitaria que trabajaba como profesor de inglés. Se había casado hacía tres años y su mujer había ido a casa de sus padres, a Shikoku, a dar a luz.

Un domingo por la tarde, muy cálido para ser enero, compró en la ferretería de unos grandes almacenes una navaja de afeitar alemana capaz de sajarle la oreja a un elefante, y dos botes de espuma de afeitar, volvió a casa y puso el agua del baño a calentar. Luego sacó hielo de la nevera y, tras vaciar una botella de whisky, se cortó sin más las venas de la muñeca dentro de la bañera y murió. Su madre encontró el cadáver dos días después. Y la policía sacó muchas fotografías del lugar de los hechos. Con la sangre, la bañera había tomado el color del zumo de tomate. El parte oficial de la policía fue: «Suicidio». La casa estaba cerrada con llave y, ante todo, había sido el propio muerto quien había comprado la navaja aquel mismo día. Sin embargo, nadie alcanzó a comprender qué le habría impulsado a comprar espuma de afeitar (y encima dos botes), que evidentemente no iba a poder gastar.

Quizá no se acabara de hacer a la idea de que, unas cuantas horas después, estaría muerto. O quizá temiese que el dependiente adivinara su intención de suicidarse.

No dejó ninguna carta, no garabateó ninguna nota. Nada. Sobre la mesa de la cocina sólo quedaban un vaso, una botella de whisky vacía, un recipiente para el hielo y, además, los dos botes de espuma de afeitar. Probablemente, mientras se tomaba un Haig con hielo tras otro esperando a que se calentara el agua del baño no despegó los ojos de la espuma de afeitar de encima de la mesa. Y tal vez pensara lo siguiente: «Ya no tendré que afeitarme nunca más».

La muerte a una edad tan temprana como los veintiocho años es tan triste como la lluvia de invierno.

Durante los doce meses siguientes murieron cuatro amigos más. Uno murió en marzo, en un accidente en los yacimientos petrolíferos de Arabia Saudí, o Kuwait, y en junio murieron dos más. Uno de un fallo cardíaco, otro en un

accidente de tráfico. Tras una época de calma que se extendió de julio a noviembre, a mediados de diciembre murió la última amiga, también en un accidente de tráfico. Exceptuando al amigo que se suicidó, todos tuvieron una muerte repentina, ninguno fue consciente de que se acercaba su hora. Como si hubieran estado subiendo una escalera que conocían de memoria y, de repente, les hubiera fallado un peldaño y se hubiesen precipitado al vacío.

—¿Me extiendes el Putón, por favor? —le pidió a su mujer el amigo que murió en junio de un fallo cardíaco.

Sucedió a las once de la mañana. Era diseñador de muebles. Se había levantado a las nueve y, tras trabajar un poco en su estudio, había dicho que tenía mucho sueño y se había ido a la cocina a prepararse un café. Pero el café no había logrado disipar el sopor que sentía.

—Voy a echar una cabezada —dijo—. No sé, es que siento una especie de cric—crac en la parte posterior de la cabeza.

Fueron sus últimas palabras. «No sé, es que siento una especie de cric—cric en la parte posterior de la cabeza.» Se escurrió dentro del futón, se durmió y ya no volvió a despertar jamás.

La persona que murió en diciembre fue la más joven de los fallecidos durante aquel año y, a la vez, la única mujer. Tenía veinticuatro años. Veinticuatro años: la edad en la que mueren los revolucionarios y las estrellas del rock. Una de las frías tardes de lluvia que precedió a la Navidad, mi amiga halló la muerte por aplastamiento en el trágico (y a la vez extremadamente cotidiano) espacio que se abría entre un camión de transporte de una fábrica de cerveza y un poste de la luz de hormigón.

Varios días después del último funeral, con el traje recién retirado de la tintorería y una botella de whisky de agradecimiento en los brazos, fui a visitar al dueño del traje.

—Muchas gracias. Me has sacado de un apuro. Como siempre, vamos —dije.

Tal como era de prever, la nevera estaba repleta de cerveza puesta a refrescar y el confortable sofá olía levemente a rayos de sol. Sobre la mesa, un cenicero recién lavado y una maceta con una ponsetia.

Tomó el traje envuelto en plástico y lo guardó cuidadosamente dentro de la cómoda con ademán de estar devolviendo un oseño que acaba de hibernar a su osera.

—Espero que el traje no huela a entierro —dije.

—Qué más da. Está para eso. Lo que importa no es el traje, sino lo que hay dentro.

—Sí, claro —repuse.

—Vamos, que tú este año has ido de funeral en funeral —dijo alargando las

piernas hacia el sofá que tenía enfrente y sirviéndose cerveza en un vaso—. ¿Cuántos han muerto en total?

—Cinco —contesté y le mostré la mano derecha con los dedos extendidos—. Pero, en todo caso, supongo que ya habrá terminado la racha.

—¿Tú crees?

—Sí. Ya ha muerto demasiada gente.

—¡Vaya! Parece la Maldición de la Pirámide —dijo—. Leí la historia. La maldición continúa mientras no haya muerto un número determinado de gente. O hasta que una estrella roja cruce el firmamento y las sombras de la luna eclipsen el sol.

Cuando nos terminamos la media docena de cervezas la emprendimos con el whisky. Los rayos del sol de aquella tarde invernal se deslizaban oblicuos hacia el interior de la estancia.

—Últimamente te veo un poco triste —dijo.

—¿Ah, sí? Es posible —dije.

—Seguro que por la noche le das demasiadas vueltas a las cosas —dijo—. Yo, de noche, dejo de pensar.

—¿Y cómo lo logras?

—Cuando parece que voy a deprimirme, empiezo a hacer la limpieza sin pensar en nada. Aunque sean, por ejemplo, las dos o las tres de la madrugada, lavo todos los platos sin dejarme uno, limpio el horno, paso un paño por el suelo de la casa, blanqueo los trapos, ordeno los cajones, plancho todas las camisas del armario —me contaba removiendo el hielo del vaso con la punta de un dedo—. Y, una vez que estoy agotado, me tomo una copa, sólo una, y me duermo. Muy sencillo. Por la mañana, cuando, al levantarme, me pongo los calcetines, ya lo he olvidado todo. Ni siquiera recuerdo en qué estaba pensando.

Repasé el interior de la habitación con los ojos. Estaba muy limpia y ordenada, tan pulcra como de costumbre.

—A las tres de la madrugada, a todo el mundo le vienen a la cabeza muchas cosas. Pensamos en esto y en lo de más allá. A todos nos ocurre lo mismo. Y todos debemos encontrar nuestro propio método para evitarlo.

—Sí, tal vez —admití.

—A las tres de la mañana, también los animales piensan, ¿sabes? —me lo dijo como si se le hubiera ocurrido de repente—. ¿Has ido alguna vez al zoo a medianoche?

—No —le respondí distraído—. No, claro que no.

—Yo fui una vez. Conozco a un hombre que trabaja en el zoológico y, una vez que tenía turno de noche, le insistí mucho para que me llevara. Es que no se puede, ¿sabes? —dijo él agitando el vaso—. Fue una experiencia realmente extraña. Es imposible explicarlo con palabras, pero me dio la sensación de que la tierra se abría en silencio y de que algo salía reptando de su interior. Y que esa cosa invisible que se había escurrido hacia fuera vagaba libremente por la

oscuridad de la noche. Era algo parecido a una masa de aire helado. Yo no lo veía. Pero los animales lo sentían. Y yo sentía lo que los animales sentían. Porque, en definitiva, la faz de la tierra que nosotros pisamos conduce al mismo centro del globo terráqueo, y éste, a su vez, ha absorbido una cantidad asombrosa de tiempo.

Yo permanecía en silencio.

—No pienso volver jamás a un zoológico a medianoche. —¿Es mejor con los tifones?

—Sí —dijo—. Muchísimo mejor

Sonó el teléfono. Él contestó en su habitación. Al parecer era una de las interminables llamadas clónicas de una de las novias clónicas. Yo quería decirle que me iba a casa, pero pasaban los minutos y él no volvía. Me resigné a poner la televisión. Era un televisor en color de veintisiete pulgadas y sólo con rozar un botón del mando a distancia que había al alcance de la mano cambiaba de canal sin ruido. Gracias a sus seis altavoces, el sonido era excelente. Nunca había visto un televisor tan fabuloso.

Tras cambiar de canal dos veces, siguiendo los botones de arriba abajo, decidí ver las noticias. Un incidente fronterizo, un edificio en llamas, valuación y devaluación de la moneda. Restricciones en la importación de automóviles, un campeonato de invierno de natación, el suicidio de una familia. Me dio la impresión de que cada uno de esos sucesos estaba ligado al otro, como los alumnos de una fotografía donde aparecen posando de pie el día de su graduación en el instituto.

—¿Algo interesante en las noticias? —me preguntó él al volver.

—¡Uf! —le respondí.

—¿Ves mucho la tele?

Sacudí la cabeza.

—No tengo televisor.

—La televisión tiene, como mínimo, un punto positivo —dijo él tras reflexionar unos instantes—. La puedes apagar cuando quieres. Y, aunque lo hagas, nadie va a quejarse.

Él tomó el mando a distancia y pulsó el botón de off. Al instante se borró la imagen de la pantalla. La habitación quedó en silencio. Al otro lado de la ventana empezaban a brillar las luces de los edificios.

Durante unos cinco minutos, estuvimos tomando whisky sin hablar de nada en concreto. El teléfono sonó de nuevo, pero esta vez él lo ignoró. Cuando dejó de sonar, pulsó de nuevo el botón de *on*. La imagen volvió a la pantalla de inmediato y se oyó al comentarista explicar las últimas fluctuaciones del precio del petróleo mientras señalaba con un puntero las curvas del gráfico que se encontraba a sus espaldas.

—¿Ves? Ese hombre ni siquiera se ha enterado de que hemos tenido la tele

apagada cinco minutos.

—Sí, es cierto —admití.

—¿Y sabes por qué?

Me daba pereza pensar, así que sacudí la cabeza.

—Porque en el instante en que la apagas una de las dos partes deja de existir. O nosotros o el hombre, no importa cuál. En cualquier caso, basta con rozar el botón para que se corte o se inicie la comunicación. Es muy cómodo.

—Pues sí. También se puede ver de esta forma —dije.

—Hay miles de maneras de ver las cosas. En la India crecen las palmeras. En Venezuela arrojan a los presos políticos desde los helicópteros —dijo él y volvió a apagar la televisión—. No quiero hablar de la gente. Pero en este mundo también hay muertes que no acaban en un funeral. También hay muertes que no huelen.

Asentí en silencio. Me daba la impresión de entender lo que quería decirme. Pero, a la vez, de no comprenderlo en absoluto. Estaba cansado, algo confuso. Permanecí unos instantes acariciando las verdes hojas de la *onsetia* con las yemas de los dedos.

—¿Sabes? Tengo una botella de champán —dijo él con expresión seria—. La traje de Francia de mi último viaje de negocios. No entiendo gran cosa de champán, pero éste tiene que valer mucho la pena. ¿Nos lo bebemos? Después de tantos entierros, te lo mereces.

—¿No lo tenías reservado para tomártelo con alguna chica en Nochebuena? —le pregunté.

Él trajo la botella de champán fría, dos copas limpias, lo depositó todo en silencio sobre la mesa. Esbozó una sonrisa terriblemente irónica.

—El champán no sirve para nada. Lo único que cuenta es el momento de descorchar la botella.

—¡Ah, ya! —dije admirado.

La descorchamos, hablamos *del* zoológico de París y de sus animales. Era un champán realmente superior.

A finales de año hubo una fiesta. Se celebraba todas las Nocheviejas en un local de Roppongi alquilado para la ocasión. Un *piano trio* amenizaba la velada, la comida y la bebida eran excelentes. Si te topabas con algún conocido, charlabas un rato. Había algunas razones (todas ellas relacionadas con mi trabajo) que me obligaban todos los años a acudir. A mí no me gustan las fiestas, pero aquélla era bastante fácil de sobrellevar. En Nochevieja yo no tenía otra cosa que hacer y, además, bastaba con que te sentaras solo en un rincón y escucharas tranquilamente la música tomándote una copa. No había ningún pesado, nadie se empeñaba en presentarte a nadie, no cabía la posibilidad de encontrarte atrapado en largas disquisiciones de media hora sobre cómo la dieta vegetariana puede

llegar a curar el cáncer.

Sin embargo, esta vez me presentaron a una mujer. Tras intercambiar unas palabras con ella, intenté retirarme a mi rincón como tenía por costumbre. Pero ella, con el vaso de whisky con agua en la mano, me siguió.

—Le he pedido yo que nos presentara —dijo ella afablemente.

No era una belleza de esas que te hacen volver la cabeza a su paso, pero era simpatiquísima. Llevaba con donaire un vestido de seda azul muy caro. Debía de tener unos treinta y dos años. De habérselo propuesto, habría podido quitarse con toda tranquilidad algunos años, pero no parecía considerarlo necesario. Lucía tres anillos en total y sus labios esbozaban una sonrisa pálida como un atardecer brumoso.

—¿Sabes? Eres idéntico a alguien que conozco —dijo ella—. La fisonomía de la cara, la figura, tenéis un aire idéntico, la misma manera de hablar. Es increíble lo mucho que os parecéis. Te he estado observando desde que has llegado.

—Si tan iguales somos, me gustaría conocerlo —dije. Eso es cuanto se me ocurrió decir.

—¿De veras?

—Pues, sí. Me gustaría saber qué se siente al conocer a alguien que es idéntico a ti.

Su sonrisa se acentuó por un instante y luego volvió a suavizarse. —Ya no es posible —replicó ella—. Murió hace cinco años. A la misma edad que debes de tener tú ahora.

—¿Ah, sí? —dije.

—Lo maté yo.

El *piano trio* finalizó su segunda interpretación y unos distraídos aplausos estallaron en torno a nosotros.

—¿Te gusta la música? —me preguntó ella.

—Si se trata de buena música en un mundo bueno, sí.

—En un mundo bueno no hay buena música —dijo ella como si me revelara un gran secreto—. En un mundo bueno, el aire no vibra.

—¿Ah, claro! —exclamé. No había otra respuesta posible. —¿Has visto aquella película en la que Warren Beatty toca el piano en un *night club*?

—Pues no.

—Elizabeth Taylor es una clienta, una mujer muy pobre, miserable.

—¿Ah!

—Y Warren Beatty le pregunta a Elizabeth Taylor si hay alguna canción que ella quiera escuchar.

—¿Y entonces? —le pregunté—. ¿Le pide Elizabeth Taylor que toque alguna canción?

—No me acuerdo. Es una película muy vieja —dijo ella y se tomó un trago de whisky haciendo refulgir sus anillos—. Pero yo lo odio, ¿sabes? Lo de ir

pidiendo canciones. Me deprime. Me pasa como con los libros que saco de la biblioteca. Una vez los empiezo, ya sé cómo terminan.

Ella se puso un cigarrillo entre los labios, yo se lo encendí con una cerilla.

—Por cierto —dijo ella—. Estábamos hablando del hombre que se parecía a ti.

—¿Cómo lo mataste?

—Lo arrojé dentro de una colmena.

—Es mentira, supongo.

—Lo es —dijo ella.

En vez de soltar un suspiro, tomé un trago de whisky. El hielo se había fundido por completo y el whisky apenas tenía sabor.

—Claro que, en términos legales, no se trató de un asesinato —dijo ella—. Tampoco se puede considerar un asesinato si lo miramos desde un punto de vista moral.

—O sea, que no fue asesinato, ni legal ni moralmente hablando.

—Aquello no me interesaba especialmente, pero hice el sumario de lo mencionado hasta el momento—. Pero tú mataste a alguien.

—Exacto —dijo ella asintiendo divertida—. A alguien que se parecía a ti.

Al otro lado de la estancia, alguien estalló en carcajadas. Quienes lo rodeaban rieron a coro. Se oyó un entrecocar de vasos. El sonido era lejano, pero increíblemente nítido. No sé por qué, pero el corazón empezó a latirme con furia. Se me dilataba, oscilaba de arriba abajo. Sentí como si estuviera andando por una superficie que flotase por encima del agua.

—No tardé más de cinco minutos —dijo—. En matarlo. —Siguió un silencio. Ella parecía deleitarse en la reacción de él—. ¿Has pensado alguna vez en la libertad?

—Pienso a veces —dije yo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Sabrías dibujar una margarita?

—Probablemente... ¡Caramba! Esto parece un test de personalidad. —Casi, casi —dijo ella riendo.

—¿Y qué? ¿Lo he pasado?

—Sí —respondió ella—. Tranquilo. No te preocupes. Seguro que llegas a viejo. Tengo esa intuición.

—Muchas gracias —dije.

El conjunto de música empezó a tocar *Auld Lang Syne*, la hora del adiós.

—Las once cincuenta y cinco —dijo ella tras echar una ojeada al reloj de oro que llevaba colgado de una cadena—. Me encanta *Auld Lang Syne*. ¿Y a ti?

—Yo prefiero *Home on the Range*. Salen ciervos y búfalos. Ella sonrió una vez más.

—Parece que te gustan los animales.

—Sí, los animales me gustan —dije. Y de repente me acordé de mi amigo amante de los zoológicos y del traje de los funerales. —Me ha encantado hablar

contigo. Adiós —se despidió.

—Adiós —dije yo.

Apagaron las linternas de un soplo para economizar oxígeno y de pronto se hallaron sumidos en una oscuridad negra como la tinta. Nadie hablaba. Sólo se oía el resonar de las gotas de agua que caían del techo a intervalos de cinco segundos.

—¡Respirad lo menos posible! ¡Queda muy poco aire!

Lo dijo el minero más viejo. Fue un murmullo casi imperceptible, pero la placa de roca del techo chirrió levemente. En las tinieblas, los mineros se apretujaron los unos contra los otros, aguzaron el oído esperando oír un único sonido. El sonido de la piqueta. El sonido de la vida.

Llevaban largas horas esperándolo. Las tinieblas habían ido borrando poco a poco el sentido de la realidad. Todo parecía haber ocurrido mucho tiempo atrás en un mundo lejano. O quizás estuviera a punto de ocurrir en el futuro en un mundo remoto.

«¡Respirad lo menos posible! ¡Queda muy poco aire!»

Fuera seguían excavando, por supuesto. Era como una escena de película.

Avión... o cómo hablaba él a solas como si recitara un poema

Aquella tarde ella se lo preguntó.

—Oye, ¿hace mucho que tienes la costumbre de hablar a solas?

Se lo dijo alzando con calma los ojos de la mesa, como si se le ocurriera de repente. Pero era obvio que no se trataba de una pregunta caprichosa que se le acabara de pasar por la cabeza. Posiblemente llevaba mucho tiempo rumiándola. Su voz poseía la inflexión, rígida y un poco ronca, que suele acompañar a las preguntas muy meditadas. En realidad, antes de formularlas, aquellas palabras debían de haber rodado, dubitativas, una y otra vez bajo su lengua.

Ambos estaban sentados a la mesa de la cocina, uno enfrente del otro. Exceptuando los trenes que pasaban de vez en cuando, en los alrededores reinaba un silencio absoluto. Demasiado, a veces. Cuando no circulaba ningún tren, la vía parecía extrañamente silenciosa. El suelo de la cocina estaba recubierto de tablas de vinilo y él sentía un frescor agradable en la planta de sus pies desnudos. Se había quitado los calcetines y se los había embutido en los bolsillos del pantalón. Era una tarde bastante calurosa para ser abril. Ella llevaba remangada hasta el codo la camisa a cuadros de tonalidades pálidas. Y, con sus blancos dedos, jugueteaba con el mango de la cucharilla del café. Él contemplaba las puntas de los dedos de la mujer. Al fijar la vista, la conciencia se volvía roma. Y daba la impresión de que ella hubiera levantado una esquina del mundo y de que en ese momento estuviese desembrollando, poco a poco, sus hilos. Y lo hacía de forma mecánica, con gran apatía, como si fuera consciente de que aquello le llevaría su tiempo, pero de que debía desenredarlos bien, desde el principio.

Él contemplaba sus movimientos sin decir nada. No hablaba porque no sabía qué decir. En su taza quedaba un poco de café, ya frío, que empezaba a enturbiarse.

Él acababa de cumplir veinte años. Ella era siete años mayor, estaba casada, incluso tenía una hija. En resumen, ella era para él como la cara oculta de la luna.

El marido de ella trabajaba en una agencia de viajes especializada en el extranjero. Así que siempre se pasaba casi medio mes fuera de casa. Iba a Londres, a Roma, a Singapur. Al marido debía de gustarle la ópera porque en las estanterías había alineados los gruesos álbumes, de tres o cuatro discos, con óperas de Verdi, Puccini, Donizetti, Richard Strauss, clasificados por compositores. Aquellos discos parecían, más que una colección de música, el símbolo de cierta visión del mundo. Plácida y muy estable. Cuando él se quedaba sin palabras o no sabía qué hacer, se entretenía mirando las letras de los lomos de los discos. De derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Iba leyendo para sí, uno tras otro, los títulos: *La Bohème*, *Tosca*, *Turandot*, *Norma*, *Fidelio*... Nunca había escuchado ese tipo de música. No era

una cuestión de preferencias, es que jamás había tenido ocasión de oírla. Ni en su familia ni entre sus amigos había alguien a quien le gustase la ópera. Sabía que existía y que había gente que la escuchaba. Pero era la primera vez que atisbaba en ese mundo. Y tampoco es que ella fuese realmente una gran amante de la ópera.

—No es que me desagrade —decía ella—. Pero son demasiado largas.

Junto a las estanterías de los discos había un soberbio equipo de música. Su enorme amplificador con válvula electrónica de fabricación extranjera permanecía majestuosamente inclinado esperando las órdenes como un crustáceo bien adiestrado. El equipo destacaba de modo irremisible entre los otros muebles, mucho más sencillos. Era imposible no reparar en su presencia. Los ojos se te iban hacia allí. Pero él no había oído nunca cómo sonaba. Ella no sabía dónde estaba el botón para ponerlo en marcha y a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza tocarlo.

—No es que las cosas vayan mal en casa —decía ella. Lo repetía a menudo. El marido era bueno y cariñoso, ella quería mucho a su hija—. Posiblemente sea una mujer feliz —concluía con calma, en tono neutro. No había sombra de intento de justificación en su discurso. Hablaba de su vida matrimonial con gran objetividad, como si se refiriera al código de circulación o a los husos horarios—. Soy una mujer feliz, en mi matrimonio no hay ningún problema que pueda ser calificado como tal.

«¿Y entonces por qué se acuesta conmigo?», se preguntaba él. Había reflexionado mucho sobre ello, pero no había logrado hallar la respuesta. Ni siquiera acababa de comprender a qué se refería con lo de «problemas matrimoniales». A veces deseaba preguntárselo directamente, pero no sabía cómo afrontar la cuestión. ¿Qué debía decir? ¿Podía preguntarle con franqueza: «Si tan feliz eres, por qué te acuestas conmigo»? «Si lo hago, seguro que se echará a llorar», decidía él.

Lo hiciese o no, ella lloraba a menudo. Lloraba quedamente, durante un buen rato. La mayoría de las veces él no comprendía por qué. Y una vez que se echaba a llorar ya no paraba. Por más que él intentase consolarla, ella no dejaba de llorar hasta que hubiera pasado un tiempo determinado. Sin embargo, en cuanto transcurría ese tiempo, ella, por sí misma, dejaba de llorar aunque él no hubiese hecho nada. «¿Por qué serán las personas tan distintas unas de otras?», pensaba él. Había tenido relaciones con varias mujeres en su vida. Todas lloraban y se enfadaban. Pero ninguna lloraba, reía o se enfadaba de la misma forma. Había similitudes, pero las diferencias eran mucho mayores. Por lo visto, no guardaba ninguna relación con la edad. Era la primera vez que iba con una mujer mayor que él, pero la edad había resultado ser menos importante de lo que suponía. Mucho mayor sentido parecían tener las inclinaciones propias de cada uno. Y concluyó que ésa era una clave importante para descifrar el misterio de la vida.

Cuando ella dejaba de llorar, solían hacer el amor. Ella sólo tomaba la iniciativa después de haber llorado. En otros casos, era él quien la buscaba a ella.

La mujer a veces se negaba. Sacudía la cabeza en silencio, sin decir palabra. En esas ocasiones, sus ojos parecían la luna blanca del anochecer que flota en un rincón del cielo. Una luna plana y sugerente que se estremece ante el grito de un pájaro en el crepúsculo. Al mirar aquellos ojos, él no podía decir nada más. Aunque lo había rechazado, no sentía ni irritación ni disgusto. «¡Cosas que pasan!», se limitaba a pensar. A veces, en su fuero interno, incluso sentía alivio. En esas ocasiones, sentados ante la mesa de la cocina, hablaban en voz baja mientras se tomaban un café. Normalmente era una charla entrecortada. Ninguno de los dos era muy hablador y apenas tenían temas en común. Ahora, él ya no recuerda de qué diablos hablaban entonces. Sólo que la charla era entrecortada. Y, mientras hablaban, pasaba un tren tras otro al otro lado de la ventana.

Sus encuentros sexuales eran siempre silenciosos y tranquilos. Estaban desprovistos, en cierto sentido textual del término, de placer carnal. Mentiríamos si hablásemos de un acto sexual falto de placer camal, claro está. Pero allí se entremezclaban demasiadas ideas distintas, demasiados elementos, demasiados estilos. Era diferente del sexo que él había practicado hasta entonces. Le recordaba un pequeño cuarto. Un cuarto agradable, pulcro y ordenado, acogedor. Del techo colgaban hilos de colores. Cada uno tenía una forma distinta, una longitud diferente. Todos le invitaban al placer, lo excitaban. Deseaba tirar de uno. Todos los hilos aguardaban a que él tirara de ellos. Pero él no sabía de cuál tirar. Todos le daban la sensación de que, al tirar de cualquiera de ellos, una visión fantástica se abriría ante sus ojos y, a la vez, le hacían pensar que todo podía perderse en un instante. Y eso le sumía en una gran confusión. Y, mientras dudaba, los días iban llegando a su fin.

Aquella desconcertante situación era superior a sus fuerzas. Hasta entonces, él había vivido según su sistema de valores. Pero mientras permanecía en aquel cuarto con aquella mujer silenciosa y mayor que él en sus brazos, oyendo el ruido que hacían los trenes al pasar, se sentía perdido en medio de un caos opresivo. «¿Amo a esta mujer?», se preguntaba a menudo. No lograba hallar una respuesta convincente. Lo único que lograba entender era lo de los hilos de colores que colgaban del techo del pequeño cuarto. *Éstos sí que estaban allí.*

Cuando aquellos extraños encuentros llegaban a su fin, ella siempre echaba un vistazo al reloj. Aún en sus brazos, apartaba ligeramente el rostro y se volvía hacia el despertador junto a la cabecera de la cama. Un radio—despertador de color negro con la FM incorporada. En aquella época, los números de los radio—despertadores aún no eran digitales y consistían en unas laminillas rectangulares que se sucedían las unas a las otras con un pequeño chasquido. Cuando ella miraba el reloj, un tren pasaba cerca de la ventana. Era muy extraño, pero cada vez que ella echaba una ojeada al reloj, se oía sin falta el traqueteo del tren. Como un acto reflejo fatal. Ella miraba el reloj, pasaba un tren.

Miraba el reloj para comprobar que todavía faltaba tiempo para las cuatro, hora en que su hija volvía del parvulario. Él había visto a la niña una sola vez, por

casualidad. La única impresión que la niña le había dejado era la de ser muy tranquila. Al marido, amante de la ópera, que trabajaba en una agencia de viajes, no lo había visto nunca. Cosa que era de agradecer.

Ella le preguntó sobre sus soliloquios una tarde de abril. Aquel día, como era habitual, había llorado, y ambos, como era habitual, habían hecho el amor. Hoy no logra recordar por qué lloró ella aquel día. Quizás únicamente porque le apetecía llorar. Tal vez estuviera con él sólo porque le gustaba llorar en brazos de alguien. Él había barajado incluso esa posibilidad. «Tal vez ella no pueda llorar sola y por eso me necesite a mí.»

Cerraron la puerta con llave, corrieron las cortinas, llevaron el teléfono junto a la almohada e hicieron el amor sobre la cama. Con un gran silencio, como siempre. No habían acabado cuando sonó el timbre de la puerta, pero ella lo ignoró. Ni se sorprendió ni se asustó especialmente. Lo miró sacudiendo la cabeza en silencio, como diciendo: «Tranquilo. No pasa nada». El timbre sonó varias veces, pero el visitante desistió pronto y se marchó. No debía de ser nada importante, tal como decía ella. Un vendedor o algo por el estilo. ¿Cómo podía saberlo ella? De vez en cuando, se oía el traqueteo de los trenes. A lo lejos tocaban el piano. Él recordaba vagamente haber oído aquella melodía en el pasado. Hacía mucho tiempo, en la escuela, en clase de música. Pero no logró recordar el título. La camioneta de un vendedor de verduras pasó traqueteando por la calle principal. Con los ojos cerrados, ella lanzó un hondo suspiro, él eyaculó. En silencio.

Él fue al cuarto de baño y se duchó primero. Cuando volvió, envuelto en la toalla de baño, ella aún estaba sobre la cama, boca abajo, con los ojos cerrados. Él se sentó a su lado. Le acarició suavemente la espalda con las yemas de los dedos mientras seguía con la mirada, como siempre, las letras de los lomos de los discos de ópera.

Luego, ella se levantó, se vistió, fue a la cocina y preparó café. Poco después se lo dijo: «Oye, ¿hace mucho que tienes la costumbre de hablar a solas?».

—¿Hablar a solas? —repitió él sorprendido—. ¿Que hablo solo? ¿Te refieres mientras...?

—No, no. En situaciones normales. Por ejemplo, cuando te duchas, cuando estás solo en la cocina leyendo el periódico...

Él sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea. Nunca me había dado cuenta de que hablaba solo.

—Pues lo haces. De verdad —insistió ella jugueteando con el encendedor de él.

—No es que no te crea —dijo él, incómodo. Se puso un cigarrillo entre los labios, tomó el mechero de manos de la mujer y lo encendió. Hacía poco que había empezado a fumar Seven Stars, y lo hacía porque el marido de ella fumaba Seven Stars. Él, hasta entonces, había fumado Short Hope. No es que ella le hubiese pedido que cambiara de marca. Se le había ocurrido a él. Pensaba que eso simplificaba las cosas. Tal como había visto hacer en los seriales de la televisión.

—De pequeña yo también solía hablar conmigo misma.

—¿Ah, sí?

—Pero mi madre me quitó esa costumbre. «¡Lo que haces es muy feo!», me decía siempre. Cada vez que hablaba a solas me reñía severamente. «¡Te meteré dentro del armario!», me gritaba. Y, a mí, el armario me daba mucho miedo. Era oscuro y olía a moho. También me pegaba a veces. Me golpeaba con la regla en las rodillas. ¡Y vaya si lo logró! Lo dejé del todo. Tanto que, un buen día, me encontré con que, aunque quisiera, era incapaz de hablar conmigo misma. —Él permanecía callado, sin saber qué decir. La mujer se mordió los labios—. Incluso ahora, en cuanto va a escapárseme una palabra, voy y me la trago. Es como un acto reflejo. Por culpa de lo mucho que me riñeron de pequeña. Pero no lo entiendo. ¿Qué diablos había de malo en hablar a solas? Son palabras que salen de modo espontáneo y nada más. Si ahora mi madre viviera, se lo preguntaría. «Dime, ¿qué había de malo en ello?»

—¿Ha muerto?

—Sí —dijo—. Pero me gustaría que me lo explicara. Por qué me hizo aquello.

Ella siguió jugueteando con la cucharilla del café. Luego lanzó una ojeada al reloj que colgaba en la pared. En cuanto miró el reloj, volvió a pasar un tren.

Esperó a que hubiera pasado de largo. Y dijo:

—El corazón de las personas es como un pozo muy profundo. Nadie sabe lo que hay en el fondo. Sólo podemos imaginárnoslo mirando la forma de las cosas que, de vez en cuando, suben a la superficie.

Por un instante, los dos pensaron en un pozo.

—¿Y qué digo cuando hablo a solas? —le preguntó él—. ¿Por ejemplo?

—Pues, a ver —contestó ella sacudiendo varias veces la cabeza despacio. Como si comprobara el estado de sus articulaciones—. Pues hablas, por ejemplo, de un avión.

—¿De un avión?

—Sí —dijo ella—. De un avión que vuela por el cielo. Él se rió.

—¿Por qué iba a hablar yo de un avión?

Ella también rió. Y, con el dedo índice de cada mano, midió la longitud de un cuerpo imaginario que flotara en el aire. Era una de sus manías. A veces, él también lo hacía. Se lo había contagiado ella. —Pues hablas muy claro. ¿De verdad que no te acuerdas? —No, de verdad que no.

Ella cogió un bolígrafo de encima de la mesa y estuvo jugueteando un rato con él, pero pronto volvió a mirar el reloj. Durante aquellos cinco minutos, las agujas habían avanzado, exactamente, sus cinco minutos reglamentarios.

—Hablas a solas como si estuvieras recitando un poema.

Al decirlo, ella se ruborizó. A él le pareció chocante que hablar de sus soliloquios la hiciera enrojecer.

—Yo hablo a solas como si recitara un poema

Dijo él.

Ella volvió a coger el bolígrafo. Era un bolígrafo de plástico amarillo que llevaba impresas unas letras sobre el décimo aniversario de la fundación de la sucursal de un banco.

Él le señaló el bolígrafo.

—Oye, si vuelvo a hablar a solas, apunta lo que digo, ¿vale? Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿De verdad quieres saberlo?

Él asintió.

Ella cogió el bloc de notas y empezó a escribir algo con el bolígrafo. Lo movía despacio, pero sin titubear ni detenerse un instante. Mientras tanto, con la mejilla apoyada en la palma de la mano, él contemplaba las largas pestañas de la mujer. Ella parpadeaba, a intervalos irregulares, una vez cada tantos segundos. Contemplando sus pestañas —aquellas pestañas que poco antes habían estado anegadas en lágrimas—, se lo preguntó una vez más: «¿Qué sentido tiene acostarme con ella?». Le asaltó un extraño sentido de pérdida, como si una parte de un complejo sistema se hubiera convertido en algo terriblemente simple. «Si sigo así, quizá ya no vuelva a ser capaz de ir a ninguna parte», pensó. Y se sintió paralizado por el terror. Tuvo la sensación de que su propio yo iba a deshacerse. Sí, él era joven como el barro recién formado y hablaba a solas como si recitara un poema.

Cuando terminó de escribir, la mujer le pasó el bloc de notas por encima de la mesa. Él lo tomó.

En la cocina, el rastro de la imagen que algo desconocido había impreso en el fondo de sus pupilas contenía el aliento, inmóvil. Cuando estaba con aquella mujer, él percibía a veces la presencia de esa imagen. La imagen que había dejado atrás algo que se había perdido en algún lugar. Algo que él no recordaba.

—Me lo sé de memoria —dijo ella—. Aquí tienes tu soliloquio sobre un avión.

Él lo leyó en voz alta.

El avión Vuela el avión

Yo en el avión

Vuela

El avión

Pero aunque vuele

¿Es el cielo

El avión?

—¿Todo esto? —le preguntó boquiabierto.

—Pues, sí. Todo esto —dijo ella.

—No me lo puedo creer. Que diga tantas cosas y que no me dé ni cuenta —repuso él.

Ella se mordisqueó el labio inferior y luego esbozó una sonrisa. —Pues las

has dicho.

Él suspiró.

—¡Qué raro! Y mira que nunca antes había pensado en aviones. No recuerdo haberlo hecho jamás. ¿Por qué me habrá venido de pronto un avión a la cabeza?

—No lo sé. Pero en la ducha, estoy segura de que decías eso. Así que, si tú no pensabas en un avión, era tu corazón el que, en lo más recóndito de un bosque lejano, pensaba en él.

—Tal vez estuviera construyendo alguno en lo más recóndito de un bosque lejano.

Ella depositó el bolígrafo sobre la mesa con un pequeño golpecito y, luego, alzó los ojos y lo miró fijamente.

Durante unos instantes permanecieron en silencio. Sobre la mesa, *el* café seguía enfriándose, perdiendo su transparencia. La tierra giraba sobre su eje, la luna alteraba de forma secreta la fuerza de la gravedad y decidía las mareas. En medio del silencio, el tiempo transcurría y los trenes pasaban de largo.

Él y ella pensaban en lo mismo. En un avión. En el avión que el corazón de él construía en lo más recóndito de un bosque lejano. En su tamaño, en la forma que tenía, en el color del que estaba pintado, en el lugar al que se dirigiría. Y en quién montaría en él. En el avión que estaba esperando a alguien en lo más recóndito de un bosque lejano.

Poco después, ella volvió a echarse a llorar. Era la primera vez que lloraba dos veces en un mismo día. Y la última. Para ella fue algo excepcional. Él alargó el brazo por encima de la mesa y le acarició el pelo. El tacto le pareció terriblemente real. Duro, liso y lejano, como la vida misma.

Él piensa: «Sí, en aquella época, yo hablaba a solas como si estuviera recitando un poema».

Desde hace un rato os oigo hablar de experiencias que habéis vivido y, no sé, a mí me da la impresión de que este tipo de relatos puede dividirse en ciertas categorías. En la primera categoría se encuentran aquellas historias donde el mundo de los vivos está en esta orilla y el de los muertos en la opuesta, pero existen unas fuerzas que hacen que, bajo determinadas circunstancias, pueda cruzarse de una orilla a la otra. Son las historias de fantasmas, por ejemplo. Otras historias se basan en la existencia de ciertos fenómenos o de ciertas facultades que trascienden el común conocimiento tridimensional del hombre. Me refiero a la videncia o a los presentimientos. Creo que, *grosso modo*, podríamos dividir las en estos dos grupos.

Pues bien, según he podido constatar, las experiencias de la gente, pertenezcan a una u otra categoría, se limitan a un solo ámbito. Es decir, las personas que ven fantasmas los ven con frecuencia, pero no tienen presentimientos, y las personas que sí tienen presentimientos no suelen ver fantasmas. Desconozco la razón de que esto sea así, pero es evidente que existen ciertas disposiciones personales al respecto. Vamos, al menos ésa es mi impresión.

Luego, por supuesto, están los que no se encuadran en ninguna de ambas categorías. Yo, por ejemplo. Llevo viviendo más de treinta años, pero jamás he visto una aparición. Sueños premonitorios o presentimientos jamás los he tenido. Me ha sucedido que, encontrándome con dos amigos en el mismo ascensor, ellos han visto un fantasma y a mí se me ha pasado por alto. Mientras ellos dos veían a una mujer vestida con un traje chaqueta gris, de pie a mi lado, yo habría jurado que allí, mujer, no había ninguna. Que estábamos los tres solos. No miento. Y ellos no son de los que van tomándole el pelo a los amigos. En fin, ésta es una experiencia muy siniestra, pero no altera el hecho de que yo no haya visto jamás un fantasma. Ni se me ha parecido nunca un espíritu, ni tengo poder paranormal alguno. Vamos, que mi vida debe de ser terriblemente prosaica.

Sin embargo, una vez, una sola vez, me sentí tan aterrado que se me pusieron los pelos de punta. Hace ya más de diez años que pasó aquello, pero aún no se lo he contado a nadie. Incluso hablar de ello me causa terror. Me da la impresión de que, si lo menciono, volverá a ocurrir. Por eso me he callado hasta hoy. Pero esta noche todos habéis ido contando, por turno, experiencias aterradoras que habéis vivido y yo, como anfitrión, no puedo dar por finalizada la velada sin relataros, a mi vez, mi historia. Así que voy a atreverme a hablar de ello. ¡No, por favor! Ahorraos los aplausos. No creo que mi historia los merezca.

Tal como he dicho antes, ni he visto fantasmas ni tengo ningún poder paranormal. Así que es posible que mi historia os parezca poco terrorífica y que os decepcione. En fin, si es así, que así sea. Aquí la tenéis.

Acabé el instituto a finales de la década de los sesenta, unos años turbulentos, ya lo sabéis; era, de pleno, la época de las luchas estudiantiles contra el sistema. También yo me vi arrastrado por aquella oleada, así que rehusé ingresar en la universidad y decidí vagar unos cuantos años por Japón, trabajando con mis propias manos. Creía que ése era el modo de vida correcto. En fin, cosas de la juventud. Ahora, cuando pienso en aquellos días, me parecen muy felices. Dejando aparte la cuestión de si aquél era el modo de vida correcto o equivocado, si volviera a nacer, posiblemente volvería a hacer lo mismo.

Durante el otoño de mi segundo año errático trabajé un par de meses como vigilante nocturno en una escuela. En un instituto de una pequeña población de Niigata. Durante todo el verano había trabajado muy duro y me apetecía tomarme un respiro. Y hacer de vigilante nocturno no era un trabajo que deslomara a nadie. Durante el día me dejaban dormir en las dependencias de los bedeles y, por la noche, sólo tenía que dar dos rondas por el recinto de la escuela. En las horas que me quedaban libres escuchaba discos en la sala de música, leía en la biblioteca o jugaba al baloncesto en el gimnasio. Allí solo, por la noche, se estaba muy bien. ¿Que si tenía miedo? No, no. ¡Qué va! A los dieciocho o diecinueve años se desconoce el miedo.

Seguro que no habéis trabajado nunca de vigilante nocturno, así que, antes que nada, voy a explicaros un poco qué es lo que hay que hacer. Hay dos rondas de inspección, la primera a las nueve de la noche y la segunda a las tres de la madrugada. Así está establecido. La escuela era un edificio bastante nuevo, de hormigón, de tres plantas, y el número de aulas estaba sobre las dieciocho o veinte. No era muy grande. También estaban la sala de música, el aula de labores del hogar, el aula de dibujo y, además, la sala de profesores y el despacho del director. Aparte de las dependencias de la escuela estaban el comedor, la piscina, el gimnasio y el salón de actos. Y yo sólo tenía que darme una vuelta por allí.

Eran veinte los puntos que tenía que inspeccionar, y yo iba de una dependencia a otra, echaba una ojeada y ponía con el bolígrafo «OK» en el papel. Sala de profesores: OK; Laboratorio: OK... Claro que habría podido quedarme tumbado en la habitación de los bedeles y haber ido marcando OK, OK en todas las casillas. Pero nunca descuidé mi trabajo hasta ese punto. En primer lugar, no requería un gran esfuerzo y, además, de haberse colado algún tipejo dentro, al primero a quien hubiera sorprendido durmiendo habría sido a mí.

Así que, a las nueve de la noche y a las tres de la mañana, me hacía con una linterna grande y una espada de madera y recorría la escuela de una punta a la otra. Con la linterna en la mano izquierda y la espada en la derecha. En el instituto había practicado kendo y tenía gran confianza en mi habilidad. Mientras mi contrincante no fuera un profesional, no me daba miedo aunque llevase una auténtica espada

japonesa. Hablo de aquella época, claro. Hoy, saldría corriendo.

Era una noche ventosa de principios de octubre. No hacía frío. Más bien hacía calor. Desde el anochecer pululaban los mosquitos. A pesar de estar en otoño, recuerdo que había tenido que encender dos barritas de incienso para ahuyentar los mosquitos. El viento ululaba. Justo aquel día, la puerta de la piscina se había roto y golpeaba con furia agitada por el viento. Se me pasó por la cabeza arreglarla, pero estaba demasiado oscuro. Y la puerta estuvo toda la noche abriéndose y cerrándose con estrépito.

En la ronda de las nueve no descubrí nada anormal. OK en los veinte puntos. Las puertas estaban cerradas con llave, todo estaba donde tenía que estar. Ninguna novedad. Volví a las dependencias de los bedeles, puse el despertador a las tres y me dormí.

Cuando el despertador sonó a las tres de la madrugada, me asaltó una extraña e indefinible sensación. No puedo explicarlo bien, pero me sentía raro. En concreto, no me apetecía levantarme. Era como si hubiera algo que estuviese anulando mi voluntad de incorporarme. A mí nunca me había costado levantarme de la cama, así que aquello me resultaba inconcebible. Con gran esfuerzo logré ponerme en pie y me dispuse a hacer la ronda. La puerta seguía golpeando con estrépito. No obstante me dio la sensación de que el sonido era distinto. Podían ser simples impresiones, ya lo sé, pero me sentía extraño en mi propia piel. «¡Qué raro! No me apetece nada hacer la ronda», pensé. Pero fui, claro está. Porque ya se sabe. En cuanto haces trampas una vez, ya no hay quien lo pare. Así que agarré la linterna y la espada de madera y salí de las dependencias de los bedeles.

Era una noche odiosa. El viento soplaba cada vez más fuerte, el aire era más y más húmedo. La piel me picaba, no lograba concentrarme. En primer lugar, miré el gimnasio y el salón de actos. OK en ambos. La puerta seguía abriéndose y cerrándose con estrépito, parecía la cabeza de un demente haciendo gestos afirmativos y negativos. Sin regularidad alguna. «Sí, sí, no, sí, no, no, no...» Ya sé que es una comparación extraña, pero a mí me dio esa sensación. De verdad.

En el interior de la escuela tampoco hallé ninguna anomalía. Todo estaba como siempre. Di una vuelta rápida y marqué OK en todas las casillas. Después de todo, no había ocurrido nada. Aliviado, me dispuse a volver a las dependencias de los bedeles. El último punto que había que inspeccionar era el cuarto de las calderas, en el extremo este del edificio. Las dependencias de los bedeles estaban en el extremo oeste. Por lo tanto, yo tenía que cruzar un largo pasillo de la planta baja para volver a mi habitación. Un pasillo negro como el carbón. Si había luna, estaba iluminado por su pálida luz, pero si no, no se veía nada en absoluto. Yo avanzaba dirigiendo el haz de luz de la linterna hacia delante. Aquella noche se aproximaba un tifón y no había luna. Muy de cuando en cuando se abría un jirón entre las nubes, pero la noche volvía a ser pronto tan oscura como boca de lobo.

Avanzaba a un paso más rápido de lo habitual. Las suelas de goma de las zapatillas de baloncesto producían pequeños chirridos al pisar el pavimento de

linóleo. El pavimento era de color verde. De un verde oscuro como el musgo. Aún lo recuerdo.

A medio pasillo se encontraba el vestíbulo. Me disponía a dejarlo atrás cuando: «¡Oh!», tuve un sobresalto. Me había parecido ver una figura en la oscuridad. Un sudor frío manó de mis axilas. Agarré con fuerza la espada de madera, me volví en aquella dirección. Apunté hacia allí el haz de luz de la linterna. Era por la zona donde estaba el mueble zapatero.*

Y era yo. Es decir, un espejo. Ni más ni menos. Era mi figura reflejada en un espejo. La noche anterior no había ninguno, seguro que acababan de colocarlo allí. ¡Vaya susto! Era un espejo grande, de cuerpo entero. Al tiempo que me tranquilizaba, me iba sintiendo ridículo. «¡Seré imbécil!», pensé. Plantado ante el espejo dirigí hacia abajo el haz de luz de la linterna, me saqué un cigarrillo del bolsillo y lo encendí. Di una calada contemplando mi imagen reflejada en el espejo. La tenue luz de las farolas penetraba por las ventanas y llegaba hasta el espejo. A mis espaldas, la puerta de la piscina seguía dando golpes impulsada por el viento.

A la tercera calada me asaltó, de pronto, una sensación muy extraña. La imagen del espejo no era la mía. De hecho, sí, su aspecto exterior era idéntico al mío. No cabía la menor duda. Pero no acababa de ser yo. Lo supe instintivamente. No. No es exacto. Hablando con precisión, sí era yo. Pero era otro yo. Un yo que jamás debería haber tomado forma.

No me lo explico, me entendéis, ¿verdad? Es que ésa es una sensación terriblemente difícil de traducir en palabras.

Sin embargo, lo único que comprendí entonces era que él me odiaba con todas sus fuerzas. Con un odio parecido a un poderoso iceberg que flota en un mar oscuro. Con un odio que no podrá ser jamás aliviado por nadie. Eso es lo único que comprendí.

Me quedé plantado ante el espejo, atónito. El cigarrillo se me escapó por entre los dedos y cayó al suelo. El cigarrillo del espejo también cayó al suelo. Nos contemplábamos el uno al otro. No podía moverme, como si estuviera atado de pies y manos.

Poco después, él movió una mano. Se acarició el mentón con las yemas de los dedos de la mano derecha y, luego, muy despacio, fue deslizando los dedos hacia arriba, como un insecto que le reptara por el rostro. Me di cuenta de que yo estaba imitando sus gestos. Como si fuera yo la imagen del espejo. O sea, que era él quien estaba intentando controlarme a mí.

En aquel momento hice acopio de las fuerzas que me quedaban y solté un alarido. Exclamé «¡Uoo!» o «¡Uaa!», o algo así. Entonces, las ataduras se aflojaron

* Mueble donde, en este caso, los niños dejan los zapatos tras quitárselos antes de entrar en la escuela. (N. de la T)

un poco y arrojé con todas mis fuerzas la espada de madera contra el espejo. Se oyó un ruido de cristales rotos. Eché a correr hacia mi habitación sin volverme una sola vez, cerré la puerta con llave y me cubrí con la manta. Me preocupaba el cigarrillo que había dejado caer en el pasillo. Pero fui incapaz de volver. El viento siguió soplando. La puerta de la piscina continuó golpeando con estrépito hasta poco antes del amanecer. «Sí, sí, no, sí, no, no, no...»

Supongo que adivinaréis cómo termina la historia. Eso es, el espejo no había existido jamás.

Cuando el sol ascendió por el horizonte, el tifón ya se había alejado. El viento amainó y el sol continuó arrojando sus rayos cálidos y claros. Me acerqué al vestíbulo. Había una colilla en el suelo. Había una espada de madera en el suelo. Pero no había ningún espejo. Nunca lo hubo. Nadie había emplazado jamás un espejo al lado del mueble zapatero. Ésta es la historia.

Así que no vi ningún fantasma. Lo único que yo vi fue... a mí mismo. Pero aún no he podido olvidar el terror que experimenté aquella noche. Y siempre pienso lo siguiente: «El hombre únicamente se teme a sí mismo». ¿Qué opináis vosotros?

Por cierto, posiblemente os hayáis dado cuenta de que en esta casa no hay ningún espejo. Y, ¿sabéis?, se tarda bastante tiempo en aprender a afeitarse sin mirarse al espejo. De verdad.

El folclore de nuestra generación: prehistoria del estadio avanzado del capitalismo

Nací en el año 1949. En 1961 empecé la enseñanza media y, en 1967, entré en la universidad. Cumplí los veinte años en pleno auge de las aparatosas revueltas estudiantiles que todos conocéis. En este sentido, creo que se me puede considerar un típico hijo de los años sesenta. Pasé el periodo más vulnerable, más inmaduro y a la vez más decisivo de mi vida respirando a pleno pulmón el aire salvaje, improvisado y espontáneo de los años sesenta, que, como es lógico, acabó emborrachándome por completo. ¡Había tantas puertas que debíamos abrir de una patada! Sí. ¡Y qué fantástico es tener ante los ojos puertas para que las abriéramos a puntapiés! Y todo eso con los Doors, los Beatles, Bob Dylan y los otros como música de fondo.

En la década de los sesenta, sin duda, ocurrió algo especial. Lo pienso ahora al mirar hacia atrás, y también lo creía entonces, cuando estaba inmerso en aquel torbellino. Que aquella época fue excepcional. Pero si la conversación deriva hacia la cuestión de si aquella década excepcional nos contagió con su fulgor a nosotros —es decir, a nuestra generación—, entonces, personalmente, no puedo evitar inclinar la cabeza en un gesto dubitativo. No puedo evitar balbucir una respuesta. ¿No nos limitamos, tal vez, a pasar por delante de todo aquello que era tan excepcional? ¿No nos limitamos, tal vez, de la misma manera que si se tratara de una película emocionante, a verla y vivirla con intensidad, sintiendo húmedas de sudor las palmas de las manos, para luego, una vez que se encendieron las luces del cine, salir a la calle apenas poseídos por una inofensiva exaltación? ¿No nos olvidamos, tal vez, por una u otra razón, de extraer de todo aquello una lección realmente valiosa?

Lo ignoro. Todo ello guarda conmigo una relación demasiado estrecha como para poder dar una respuesta precisa y justa.

Quiero aclarar una sola cosa: no es que me enorgullezca de los años que me vieron crecer. Sólo hablo concisamente de los hechos como tales. Sí, he dicho que *aquella época fue excepcional*. Sin embargo, si tomáramos una a una todas las cosas que se produjeron en aquellos años y las analizásemos, nos daríamos cuenta de que, en sí mismas, no fueron tan extraordinarias. Sólo el entusiasmo producto del cambio de época, las grandiosas promesas, un esplendor circunscrito a un determinado espacio donde confluyó un determinado estado de cosas en un momento determinado. Y, en cualquier caso, había una impaciencia fatal como la que se siente cuando se mira por el extremo opuesto al ocular de un telescopio. El heroísmo y la villanía, la embriaguez y el desengaño, el martirio y el arribismo, la generalización y la concreción, el silencio y la elocuencia, y también una manera

de matar el tiempo sumamente aburrida, etcétera, etcétera... En cualquier época se ha dado todo esto, también se da ahora. Y quizá también se dé en el futuro. Pero en la época en que nos tocó vivir (permitidme esta expresión un poco grandilocuente) todo esto aparecía teñido de brillantes colores y siempre tenías la sensación de que, de un momento a otro, podrías tomarlo entre las manos. Estaba literalmente puesto en una estantería y se mostraba ante nuestros ojos de una manera clara y abierta.

No era como hoy, que cuando agarras algo te encuentras de rebote entre las manos una serie de cosas fastidiosas y complicadas: anuncios ocultos, octavillas con descuentos sospechosos, tarjetas de cupones de compra que no te atreves a tirar, opciones de compra semiobligatorias. Tampoco te plantaban delante tres manuales de instrucciones casi imposibles de descifrar. Es en este sentido que he dicho «de una manera clara y abierta». Y nosotros nos limitábamos a coger *esa cosa* y a llevárnosla directo a casa. Como si comprásemos un pollito en un puesto nocturno. Las cosas eran terriblemente sencillas y directas. Las causas y las consecuencias se daban la mano con franqueza, la teoría y la realidad se abrazaban como si fuera lo más natural del mundo. Posiblemente, aquélla fue la última época en que ocurrió una cosa parecida.

«Prehistoria de un estadio avanzado del capitalismo.» Así es como yo denomino aquella época.

Hablaré de las chicas. De las relaciones sexuales alborozadas, placenteras, y también tristes, que manteníamos nosotros, los chicos —con los genitales aún por estrenar—, con ellas —todavía eran unas chiquillas—. Éste es uno de los temas de esta historia.

En primer lugar hablaré de la virginidad (por cierto, los caracteres con los que se escribe esta palabra me recuerdan un prado en un día soleado de primavera a primera hora de la tarde: ¿por qué será?).

En la década de los sesenta, a la virginidad aún se le concedía, en comparación con hoy, una gran importancia. Me da la impresión —aunque no hice ninguna encuesta, por supuesto, de modo que sólo puedo hablar de impresiones— de que en nuestra generación, las chicas que perdieron la virginidad antes de cumplir los veinte años serían el cincuenta por ciento de la totalidad. En mi círculo, por lo menos, la proporción era más o menos ésta. Es decir, que alrededor de la mitad de las chicas, no sé si de forma consciente o no, permanecía aún virgen.

Ahora pienso que la mayoría de las chicas de nuestra generación (vendría a ser la corriente centrista, por decirlo de algún modo), fueran o no vírgenes, abrigaban muchas dudas y titubeos respecto al sexo. Dudo que, ya por entonces, creyeran aún que la virginidad era algo precioso que fuera necesario mantener a toda costa, pero tampoco se atrevían a afirmar con rotundidad que la virginidad no tuviera sentido o que fuera una tontería. Así que —hablando con franqueza— todo era cuestión de las circunstancias. Dependía de la situación, o del compañero. Lo que, creo yo, era una forma de pensar y de vivir bastante razonable.

A ambos flancos de la mayoría silenciosa se encontraban las chicas liberales

y las conservadoras. Podías encontrarte desde chicas que creían que el sexo era una especie de deporte, hasta chicas que estaban convencidas de que tenían que llegar vírgenes al matrimonio. También entre los hombres había quienes afirmaban que jamás se casarían con una mujer que no fuese virgen.

En fin, que había, como en cualquier otra época, personas distintas y distintos sistemas de valores. Pero lo que diferenciaba la década de los sesenta de otras épocas cercanas era que nosotros estábamos convencidos de que, si lográbamos hacer progresar los tiempos, llegaríamos a ser capaces de solventar las diferencias entre esos sistemas de valores tan distintos.

¡Paz !

Ésta es la historia de un conocido mío.

Iba a mi clase en el instituto. Simplificando, era el tipo de chico capaz de hacerlo todo. Sacaba buenas notas, destacaba en deportes, era una persona amable, un líder nato. No era especialmente guapo, pero tenía un rostro limpio y atractivo. Siempre resultaba elegido como delegado de la clase. Tenía una voz profunda y cantaba bien. Poseía el don de la elocuencia. Cuando hacíamos algún debate en clase, siempre se encargaba de resumir el contenido y de sacar las conclusiones. Por supuesto, su opinión no era nunca muy original. Pero ¿quién buscaba una opinión original en un debate de clase? Lo que deseábamos todos era que el debate terminara lo antes posible. Y, cuando él tomaba la palabra, lo cierto era que siempre acababa a la hora fijada. En ese sentido, podríamos decir que resultaba indispensable. En el mundo en que vivimos, no son pocas las ocasiones en que lo que se necesita es algo poco original. De hecho, lo son la mayoría.

Aquel chico respetaba también la disciplina y apelaba a la buena conciencia. Cuando alguien armaba alboroto durante la hora de estudio sin profesor, él le llamaba la atención con serenidad. Era imposible formular la menor queja sobre él. Pero a mí no se me ocurría qué demonios podía pensar en su fuero interno. De vez en cuando me entraban ganas de arrancarle la cabeza del cuello y sacudírsela. ¿A qué sonaría? Sin embargo, tenía mucho éxito con las chicas. En el aula, cuando se ponía en pie y decía cualquier cosa, todas las chicas lo miraban arrobadas con aire de estar pensando: «¡Oh, sí! ¡Tiene razón!». Cuando no entendían algún problema de matemáticas, se lo preguntaban a él. Él era veintisiete veces más popular que yo. Sí, realmente, él era así.

Creo que quien haya estado en un instituto público sabrá enseguida de qué tipo de chico le estoy hablando. En todas las clases hay uno como él, y, si no lo hay, la clase no funciona. A lo largo de un dilatado periodo de educación escolar, todos nosotros vamos adquiriendo diversos manuales de vida, pero una de las enseñanzas más valiosas que extraje yo de aquello fue que, me gustara o no, había un ser como él en todas las comunidades.

No hace falta que lo diga, pero a mí ese tipo de personas no me gusta

demasiado. No me llevo bien con ellas. Prefiero, ¿cómo lo diría?, las personas más imperfectas, más reales. Así que, a pesar de haber estado un año en su misma clase, no me relacioné en absoluto con él. Apenas hablamos. La primera vez que mantuve una conversación con él fue durante las vacaciones estivales del primer año de universidad. Por casualidad, ambos estudiábamos en la misma autoescuela y fue allí donde nos vimos algunas veces y hablamos. Nos tomábamos un té mientras esperábamos la hora de la clase. La autoescuela era el colmo del aburrimiento, así que no importaba con quién charlaras, pero a la que te encontrabas con algún conocido te entraban unas ganas terribles de dirigirte a él. No me acuerdo de qué hablamos, pero no me causó mala impresión. De hecho, la impresión no fue ni buena ni mala, es que, curiosamente, no me dejó impresión alguna.

Aparte de lo que he contado, recuerdo que él tenía novia, una chica que iba a otra clase, y que era de las más bonitas del instituto. Era guapa, sacaba buenas notas, destacaba en los deportes, ejercía de líder, cuando se debatía en clase siempre pronunciaba la última palabra. En todas las clases hay una chica como ella.

En resumen, que formaban la pareja perfecta. Mister Clean y Miss Clean, como un anuncio de dentífrico.

Se los veía juntos por todas partes. Durante la hora del recreo de mediodía solían hablar sentados en un rincón del patio de la escuela. Y siempre se esperaban, el uno al otro, para volver juntos a casa. Cogían el mismo tren y bajaban en estaciones distintas. Él pertenecía al club de fútbol, ella al club de conversación inglesa. Cuando las actividades de sus respectivos clubes no acababan a la misma hora, el primero en terminar aguardaba al otro estudiando en la biblioteca. Parecía que pasaban juntos todo el tiempo del que podían disponer. Y, siempre, siempre, siempre hablaban. Recuerdo que me admiraba que pudieran tener tantos temas de conversación.

Nosotros (quiero decir, yo y los chicos con quienes me relacionaba) no sentíamos ninguna aversión hacia ellos. No nos burlábamos de ellos ni tampoco los criticábamos. Lo cierto es que apenas reparábamos en ellos. No excitaban en absoluto nuestra imaginación. Ellos dos existían y funcionaban como si fueran un fenómeno atmosférico. ¿Quién puede albergar dudas sobre la lluvia o el viento del sur? Nosotros, por nuestro lado, perseguíamos activamente cosas que nos interesaban mucho más, es decir, cosas más vitales, contemporáneas y emocionantes. Como, por ejemplo, el sexo, el *rock'n'roll*, las películas de Jean—Luc Godard, los movimientos políticos, las novelas de Kenzaburô (5e, etcétera. Pero, *especialmente*, el sexo.

Ni que decir tiene que éramos ignorantes y orgullosos. Desconocíamos por completo de qué iba la vida. En el mundo real no existían Mister Clean ni Miss Clean. Sólo existían en los anuncios de la televisión. En resumen, que entre nuestras fantasías y las suyas no había mucha diferencia.

Ésta es su historia. No se trata de una historia divertida y, al echar una mirada retrospectiva, tal vez no podamos extraer una sola lección de ella. Pero, en todo caso, ésta fue su historia y, al mismo tiempo, la nuestra. Algo parecido al folclore de nuestra generación. Yo la recogí y ahora os la cuento. Como un narrador sin ingenio.

Ésta es la historia que él me contó. Me la refirió de pasada, hablando de unas cosas y otras mientras bebíamos vino. Así que en sentido estricto no puede llamarse historia real. Ya que hay partes que yo he olvidado porque estuve escuchándolas como quien oye llover, y hay también detalles que he añadido siguiendo mi imaginación. También he cambiado algunas cosas intencionadamente (aunque con cuidado de no distorsionar el argumento) para no causar ningún problema a las personas reales. Pero, de hecho, la historia casi debió de ser así. Porque por más que se me hayan olvidado algunos detalles de la historia recuerdo muy bien el tono con que me la contó. Y lo más importante cuando alguien te cuenta una historia y tú la conviertes en un texto escrito es reproducir el tono con que te la contaron. Si captas el tono, la historia se convertirá en una historia real. Es posible que haya algunas diferencias respecto a los hechos, pero será una historia real. Incluso hay casos en que ese error aumenta la *verosimilitud* de la historia. Por el contrario, en el mundo hay historias que narran hechos reales pero que, sin embargo, no son nada verídicas. Suele tratarse de historias aburridas y, en algunos casos, incluso peligrosas. De todos modos, pueden distinguirse enseguida simplemente por el olfato.

Otro punto que quiero aclarar es que él era un narrador de segunda categoría. Vete a saber por qué, pero Dios, que tan generoso había sido con él en otros aspectos, al parecer no le otorgó el don de narrar historias (claro que esta destreza bucólica no sirve para nada en la vida real). Por eso, y estoy hablando en serio, mientras él me refería la historia yo estuve, en más de una ocasión, a punto de bostezar (por supuesto que no lo hice). Hacía digresiones innecesarias. Daba también vueltas en círculo alrededor del mismo punto. Le costaba recordar los hechos. Iba tomando retazos de la historia en la mano, los observaba con atención y, cuando se convencía de que no contenían ningún error, iba colocándolos sobre la mesa, uno tras otro, siguiendo un orden determinado. Pero ese orden era a menudo erróneo. Yo, como novelista —en principio como un especialista—, he ido alterando el orden de esos fragmentos y enganchándolos cuidadosamente con pegamento.

Él y yo nos encontramos, cosa sorprendente, en una pequeña ciudad del centro de Italia llamada Lucca.

En el centro de Italia.

En aquella época, yo vivía en un apartamento que había alquilado en Roma. Mi mujer había tenido que volver a Japón por algún asunto y, por eso, yo estaba disfrutando, solo, de un tranquilo viaje en tren. Había llegado a Lucca desde Venecia, tras pasar por Verona, Mantua y Módena. Era la segunda vez que iba a

Lucca. Lucca es una ciudad tranquila y bonita. Y en las afueras hay un restaurante que sirve unas setas exquisitas.

Él había ido a Lucca por negocios. Nos alojábamos, por casualidad, en el mismo hotel.

El mundo es un pañuelo.

Aquella noche cenamos juntos en el restaurante. Los dos viajábamos solos y los dos estábamos aburridos. Conforme vas envejeciendo, más aburrido te resulta viajar solo. Cuando eres joven es distinto. Vayas solo o acompañado, disfrutas del viaje adondequiera que te dirijas. Pero al llegar a cierta edad, la cosa cambia. Sólo disfrutas del viaje en solitario durante los primeros dos o tres días. Luego el paisaje empieza a molestarte cada vez más, las voces de la gente se te meten en el oído. A la que cierras los ojos te vienen a la cabeza recuerdos desagradables del pasado. Te da pereza ir a comer solo a los restaurantes. El tiempo de espera de los trenes se hace eterno, no apartas la vista del reloj. Te fastidia tener que hablar en una lengua extranjera.

Por eso, al vernos el uno al otro, creo que ambos experimentamos cierto alivio. Exactamente igual que cuando te topabas con un conocido en la autoescuela. Nos sentamos a una mesa situada junto a la chimenea, pedimos un buen vino tinto y tomamos un entrante a base de setas, pasta con setas y setas asadas.

Él se había desplazado hasta Lucca para comprar muebles. Tenía una empresa de importación de muebles europeos. Ni que decir tiene que su negocio iba viento en popa. No se mostró orgulloso por ello, ni siquiera lo mencionó (se limitó a darme una tarjeta de visita y a decirme que administraba una pequeña empresa). Pero comprendí, de una ojeada, que había triunfado en el terreno económico. Lo proclamaban la ropa que llevaba, su modo de hablar, la expresión de su cara, sus gestos, la atmósfera que lo envolvía. Pero era cierto que su comunión con el éxito resultaba perfecta. Hasta tal punto que provocaba incluso una sensación placentera.

Me dijo que había leído todas mis novelas.

—Posiblemente tú y yo tengamos una manera de pensar y unos objetivos distintos. Pero me parece maravilloso ser capaz de contarles algo a los demás —reconoció.

Era una opinión sincera.

—Siempre que puedas contarle bien, claro —dije.

Al principio hablamos de Italia. Que si los trenes no eran puntuales, que si empleaban demasiado tiempo en comer. Pero, no recuerdo cómo, cuando nos trajeron la segunda botella de vino, él ya había empezado a contarme aquella historia. Yo la escuché asintiendo de vez en cuando. Creo que él quería contársela a alguien desde hacía tiempo. Pero no tenía a nadie a quien contársela. Y dudo que me la hubiera contado a mí si no hubiéramos estado en un restaurante agradable de una pequeña ciudad del centro de Italia, si el vino no hubiese sido un Coltibuono añejo de 1983 y si no hubiera estado encendida la chimenea.

Pero él me la contó.

—Yo siempre me he considerado una persona muy aburrida —dijo—. Desde muy pequeño siempre fui un niño que jamás se dejaba llevar. Era como si siempre estuviera metido en una especie de marco, vivía siempre procurando no salirme de él. Ante mí había algo parecido a una línea que me indicaba el camino. Era como una autopista bien señalizada. Para dirigirse a tal dirección, póngase en el carril de la derecha. Más adelante encontrará una curva. Está prohibido adelantar, etcétera. Si seguía las indicaciones, todo iría bien. Todo. Yo seguía la línea y todos me alababan. Todos me admiraban. Cuando era pequeño, creía que todo el mundo funcionaba igual que yo. Pero un buen día me di cuenta de que no era así.

Estuvo caldeando la copa de vino al fuego, se quedó contemplándola unos instantes.

—En este sentido, mi vida, al menos los primeros años, transcurrió de una manera perfecta. Jamás tuve un solo problema que pudiera calificarse como tal. Pero, sin embargo, yo era incapaz de captar el sentido de la vida. A medida que crecía, más se fortalecía esa idea vaga. ¿Qué es lo que andaba buscando? No lo sabía. Síndrome de sobresalientes. Buenas notas en matemáticas, inglés, educación física, en todo. Mis padres me elogiaban, los profesores decían que iba muy bien, pude entrar en una buena universidad. Pero yo no sabía para qué servía en realidad, qué era lo que, de verdad, quería hacer. No tenía la menor idea de qué facultad debía escoger. ¿Tenía que ir la Facultad de Derecho? ¿A la de Ingeniería? ¿O a la de Medicina? A mí me daba igual. Creo que podía hacer cualquier cosa a la perfección. Pero no tenía ninguna preferencia. Por eso, siguiendo los consejos de mis padres y de mis profesores, ingresé en la Facultad de Derecho de la Universidad de Tokio. Porque eso fue lo que consideré más apropiado. No tenía claro ningún objetivo.

Tomó otro sorbo de vino.

—¿Te acuerdas de la novia que tenía en el instituto?

—Se llamaba Fujisawa, ¿verdad? —Logré recordar el nombre a duras penas. No estaba muy seguro, pero acerté.

Él asintió.

—Sí, Yoshiko Fujisawa. A ella le sucedía igual. A mí me gustaba. Me gustaba estar con ella y hablar de lo que fuera. Podía contarle todo lo que sentía y ella me comprendía a la perfección. Podíamos pasarnos una eternidad hablando. Aquello era realmente maravilloso. Hasta que la conocí a ella, jamás había tenido un amigo con quien poder hablar en serio.

Él y Yoshiko Fujisawa eran gemelos espirituales. Habían crecido en ambientes sorprendentemente parecidos. Ambos tenían unas facciones perfectas,

sacaban buenas notas, eran líderes por naturaleza. Eran las superestrellas de la clase. Tanto el uno como la otra provenían de familias acomodadas, pero los padres, en ambos casos, no se llevaban bien. Las dos madres eran algo mayores que los padres, y los padres tenían amante y apenas aparecían por casa. No se divorciaban sólo por guardar las apariencias. En casa, sus madres ostentaban el poder. Todo el mundo pensaba que ellos serían el número uno hicieran lo que hiciesen. Pero no tenían amigos íntimos. Los dos gozaban de popularidad. Pero no lograban hacer amigos. No entendían por qué. Seguramente los seres humanos imperfectos prefieren como amigos a otros seres humanos tan imperfectos como ellos. Ambos estaban siempre solos, en un continuo estado de tensión.

Pero, casualmente, congeniaron. Los dos se abrieron el uno al otro y acabaron haciéndose novios. Siempre comían juntos, salían de la escuela juntos. En cuanto disponían de un rato libre lo pasaban charlando, sentados uno al lado del otro. Tenían un montón de cosas de las que hablar.

Los domingos estudiaban juntos. Cuando estaban solos ellos dos era cuando más tranquilos se sentían. Comprendían a la perfección los sentimientos del otro. Y hablaban sin cansarse sobre la sensación de soledad y de pérdida que experimentaban, sobre sus inquietudes y sus sueños.

También empezaron a acariciarse una vez por semana. Solían hacerlo en su habitación, en casa de cualquiera de los dos. Casi nunca había alguien en ninguna de las dos casas (sus padres no estaban y sus madres solían salir), de modo que les era fácil poder hacerlo. Tenían, como regla, no quitarse la ropa. Y hacerlo usando sólo los dedos. Y, así, se abrazaban con pasión, como si durante diez o quince minutos fueran a devorarse mutuamente, y, luego, se sentaban, hombro con hombro, en la misma mesa y se ponían a estudiar.

—Bueno, ya está bien, ¿verdad? Vamos a estudiar —decía ella bajándose la falda.

Los dos sacaban por igual buenas notas y, por lo tanto, disfrutaban tanto con el estudio como si fuera un juego. A veces competían, reloj en mano, a ver quién resolvía primero un problema de matemáticas. Para ellos estudiar jamás fue una carga. Se trataba más bien de su segunda naturaleza. «Era muy divertido», dijo él. «Quizás a ti te parezca una estupidez, pero a nosotros no nos lo parecía. Claro que, tal vez, sólo personas como nosotros dos puedan comprender lo que nos divertíamos.»

Pero él, sin embargo, no estaba satisfecho del todo con su relación. Sentía que le faltaba algo. Sí, él quería acostarse con ella. Deseaba un verdadero acto sexual. «Una comunión de nuestros cuerpos», lo llamaba él. «Lo necesitaba. Creía que nos haría sentir más libres y que, de esta forma, nos entenderíamos mejor el uno al otro. Para mí era un paso hacia delante de lo más natural.»

Pero ella miraba las cosas desde una perspectiva completamente distinta. Apretaba los labios y hacía un pequeño gesto negativo con la cabeza.

—Te quiero de veras. Pero deseo llegar virgen al matrimonio —le decía ella

en voz baja. Y, por más que él intentara convencerla, esgrimiendo un argumento u otro, ella no lo escuchaba.

—Te quiero. Mucho. Pero eso no tiene nada que ver con esto. Yo lo tengo muy claro. Lo siento, pero deberás aguantarte. Por favor. Si me quieres de veras, podrás hacerlo.

«Hablándome de este modo, a mí no me quedaba más remedio que respetar sus deseos», me contó él. «Era una cuestión de cómo quería vivir su vida y yo no podía decirle nada en contra. Para mí la virginidad carecía de importancia. Tampoco me hubiera molestado casarme con una chica que no fuese virgen. No soy una persona de ideas especialmente radicales, ni me considero un idealista, pero tampoco soy un hombre conservador. Sólo soy realista. Y creo que la virginidad de una mujer no es una cuestión que tenga una importancia real. Es mucho más importante que un hombre y una mujer se entiendan, el uno al otro, de verdad. Yo pensaba de esta forma. Claro que, al fin y al cabo, no dejaba de ser sólo mi opinión. No podía imponerle mis ideas a nadie. Ella tenía su propia visión de la vida. Y yo tuve que aguantarme. Introducir la mano por debajo de la ropa y acariciarla. Entiendes a lo que me refiero, ¿verdad?»

«Más o menos», le dije. «Algo recuerdo de eso.»

Él se sonrojó un poco. Y sonrió.

«Eso, en sí mismo, no estaba mal. Pero, al tener que detenerme siempre allí, nunca podía relajarme. Para mí significaba quedarme a medias. Lo que yo quería era fundirme en un solo cuerpo con ella, sin ninguna traba. Pertenecerle y que ella me perteneciera. Quería esa señal. Por supuesto, la deseaba sexualmente. Pero no se trataba sólo de eso. Estoy hablando de una comunión de cuerpos. Nunca, en toda mi vida, había experimentado la sensación de fundirme con alguien. Siempre había estado solo. Y siempre había estado, alerta, dentro de un marco. Quería liberarme. Y me daba la sensación de que, liberándome, podría descubrir mi propio yo, ese yo que hasta entonces solo había vislumbrado de una manera muy vaga. Me daba la sensación de que, uniéndome estrechamente a ella, lograría apartar de mí el marco que había regulado hasta entonces mi vida.»

«¿Pero fue inútil?», pregunté yo.

«Sí, fue inútil», dijo él. Y se quedó unos instantes contemplando los leños que ardían en la chimenea. Su mirada era extrañamente plana. «Inútil hasta el final», añadió.

Él estuvo pensando seriamente en casarse con ella. Y un día se decidió a planteárselo. Que al salir de la universidad podían casarse enseguida. No había ningún problema. Incluso podían prometerse antes.

Ella se lo quedó mirando unos instantes. Luego esbozó una sonrisa. Una sonrisa radiante. No había ninguna duda de que se había sentido feliz al oír sus palabras. Pero, al mismo tiempo, aquella sonrisa traslucía cierta conmiseración e incomodidad, como si ella fuera una persona experimentada y escuchara los inmaduros razonamientos de una persona más joven. Al menos, eso le pareció a él.

—Escucha, eso es imposible. Yo no puedo casarme contigo. Yo debo casarme con alguien unos años mayor que yo y tú con alguien un poco más joven que tú. Eso es lo que suele hacerse. Las mujeres maduran antes y envejecen más pronto. Tú aún no sabes de qué va el mundo. Si nos casáramos justo al acabar la universidad, seguro que la cosa no funcionaría. Nada sería igual que ahora, tenlo por seguro. Pues claro que te quiero. En toda mi vida no he querido a nadie como te quiero a ti. Pero eso no tiene nada que ver (decir que *eso no tiene nada que ver con esto* era su latiguillo preferido). Nosotros ahora somos estudiantes de bachillerato y estamos muy protegidos. Pero el mundo de ahí fuera es distinto. Allí todo es mucho más grande y más real. Y nosotros tenemos que prepararnos para enfrentarnos a él.

A él le dio la impresión de entender lo que ella le estaba diciendo. Comparado con otros chicos de su edad, tenía una manera de pensar muy realista. Y si hubiera escuchado ese discurso en otra ocasión, de labios de otra persona, quizás hubiera estado de acuerdo. Pero eso no era un discurso en abstracto. Se trataba de un problema personal suyo.

—Pues a mí eso no me convence —replicó él—. Yo te quiero mucho, quiero que seamos una sola persona. Esto lo tengo muy claro, es algo terriblemente importante para mí. Aun suponiendo que sea poco realista en algunos aspectos, la verdad es que no me parece tan grave. Porque te quiero mucho. Te amo.

Ella volvió a sacudir la cabeza. Como si dijera que era imposible. Y le acarició el pelo. Le dijo que ellos no sabían nada del amor. Que aún no habían puesto a prueba el suyo. Que nunca habían asumido ninguna responsabilidad. Que todavía eran niños. Tanto él como ella.

Él no pudo replicarle nada. Sólo sintió tristeza. Tristeza por no haber podido derruir la pared que lo rodeaba. Hasta hacía unos instantes, había creído que aquel marco lo protegía. Pero en aquel momento le cerraba el paso. No pudo evitar sentir dolor ante su impotencia. «Ya no podré hacer nada jamás», pensó. «Quizá siga eternamente rodeado por este muro, incapaz de salir afuera, viviendo un día vacío tras otro.»

Total, que su relación siguió siendo la misma hasta que acabaron *el* instituto. Se encontraban en la biblioteca, estudiaban juntos, seguían acariciándose por debajo de la ropa. Ella no parecía darse cuenta de lo incompleta que era su relación. O, incluso, quizá le gustara que las cosas siguieran de aquel modo. La gente que los rodeaba estaba convencida de que los dos vivían una juventud sin problemas. Mister Clean y Miss Clean. Él era el único que se hallaba inmerso en un mar de dudas.

Y en la primavera de 1967, él ingresó en la Universidad de Tokio y ella en una universidad femenina, de primera categoría, de Kobe. Por más que la universidad fuese de primera categoría, con sus calificaciones, ella eligió muy por debajo de sus posibilidades. De haberlo querido, incluso hubiera podido entrar en

la Universidad de Tokio. Pero ni siquiera se presentó a los exámenes de ingreso. Lo encontraba innecesario.

—Yo no quiero estudiar. No pretendo entrar en el Ministerio de Hacienda. Soy una chica. Mi caso es distinto al tuyo. Tú subirás mucho más alto. Pero yo quiero pasar estos cuatro años sin esforzarme demasiado. Ya sabes, tomarme un descanso. Total, en cuanto me case, ya no podré hacer nada más, ¿no?

Esto le decepcionó. Lo que él deseaba era que fueran los dos juntos a Tokio y empezar allí una nueva relación. Así se lo dijo a ella. Le pidió que se fuera con él a la universidad, a Tokio. Pero ella, como era de esperar, sacudió la cabeza con un gesto negativo.

Durante las vacaciones del primer año de universidad, él volvió a Kobe y salió todos los días con ella (fue durante aquel verano cuando él y yo nos encontramos en la autoescuela). Montados en el coche que conducía ella, fueron juntos a diversos lugares y se acariciaron igual que antes. Sin embargo, él no pudo evitar darse cuenta de que, en su relación, algo estaba empezando a cambiar. El aire de la realidad había empezado a infiltrarse, sin ruido, en su interior.

No es que hubiera cambiado algo en concreto. Más bien era lo contrario, que apenas se había producido un cambio. La manera de hablar de ella, la ropa que llevaba, los temas de conversación que elegía y sus opiniones sobre éstos..., todo era casi idéntico a como era antes. Pero él sentía que no podía mezclarse con ese mundo de la misma manera que lo había hecho en el pasado. Tenía la sensación de que algo era distinto. Sucedió igual que con las oscilaciones de un péndulo que, poco a poco, van perdiendo fuerza aunque siga su movimiento reiterativo. En sí mismo no está mal. Sin embargo, no conduce a ninguna parte.

«Quizás haya cambiado yo», pensaba él.

Su vida en Tokio era solitaria. Tampoco en la universidad, como cabía esperar, había hecho amigos. La ciudad era caótica y sucia; la comida era mala. La gente hablaba de una forma vulgar. Al menos así se lo parecía a él. Por eso, mientras estuvo en Tokio, no dejó de pensar en ella. Por la noche se encerraba en su habitación y le escribía una carta tras otra. También él recibía sus cartas (aunque eran muchas menos que las que él le mandaba). Ella le contaba con todo detalle la vida que llevaba. Él leía esas cartas una y otra vez. «Si no las recibiera, me volvería loco», pensaba. Empezó a fumar y a beber. Y a saltarse alguna clase de vez en cuando.

Pero cuando llegaron las vacaciones que con tanta ansia había estado esperando y volvió a Kobe, todo le decepcionó. Era extraño. Sólo había estado ausente tres meses, pero todo cuanto miraba le parecía polvoriento y falto de vida. Las conversaciones con su madre le parecían el colmo del aburrimiento. El escenario que lo rodeaba, que tanto había añorado en Tokio, le parecía viejo. En resumen, que Kobe no era más que una ciudad de provincias satisfecha de sí misma. Le fastidiaba hablar con la gente. Incluso ir al barbero que había frecuentado desde niño le pareció deprimente. También la playa, por donde paseaba cada día

con el perro, la encontró vacía y llena de basura.

Los encuentros con ella no le suponían excitación alguna. Cuando, después de las citas, regresaba a casa, solo, siempre se entregaba a profundas reflexiones. ¿Qué era lo que no funcionaba? Él la seguía queriendo. Ese sentimiento continuaba intacto. «Pero no basta con esto. Hay que hacer algo», pensaba. «La pasión, durante un tiempo, avanza por su propia fuerza inmanente. Pero esto no dura para siempre. Y si ahora no hacemos nada, es posible que nuestra relación llegue a un punto muerto y que la pasión se acabe sofocando y desapareciendo.»

Un día, él decidió tocar de nuevo el tema del sexo que tenían congelado desde hacía tiempo. Por última vez.

—He estado tres meses solo en Tokio y no he dejado de pensar en ti. Te quiero mucho. Por muy lejos que esté de ti, mis sentimientos no cambian. Pero el hecho de no haber estado a tu lado durante todo este tiempo me ha despertado un montón de inseguridades. Los pensamientos oscuros han ido haciéndose más grandes. Las personas, cuando están solas, se vuelven frágiles. Seguro que tú esto no lo entiendes. Yo nunca había estado tan solo en toda mi vida. Y es muy duro. Por eso quiero un lazo claro entre los dos. Algo que, aunque esté lejos, me dé la certeza de que estoy atado, indudablemente, a ti.

Pero ella, como era de esperar, sacudió la cabeza. Lanzó un suspiro y lo besó. Con una gran dulzura.

—Lo siento. Pero no puedo entregarte mi virginidad. Una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa. Haría todo cuanto estuviese en mi mano por ti. Menos eso. Si me quieres, no vuelvas a hablarme de ello. Por favor.

Pero él volvió a sacar el tema de la boda.

—En mi clase ya hay chicas prometidas. Bueno, hay dos —dijo ella—. Pero sus novios tienen un trabajo como es debido. Prometerse es eso, ¿sabes? Casarse implica responsabilidades. Independizarse y ocuparse de la otra persona. Sin asumir ninguna responsabilidad, no puedes recibir nada.

—Yo soy una persona capaz de asumir responsabilidades —replicó él con resolución—. He ingresado en una buena universidad. A partir de ahora sacaré buenas notas. Podré entrar en cualquier compañía, en cualquier oficina gubernamental. Dime el lugar que prefieras y entraré allí con las mejores calificaciones. Te lo demostraré. Puedo conseguir cualquier cosa si me lo propongo. ¿Dónde diablos está el problema?

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento del coche. Permaneció unos instantes en silencio.

—Tengo miedo —dijo. Sepultó la cara entre las manos y se echó a llorar—. Mucho miedo. Estoy muerta de miedo. Me da miedo la vida. Me aterra vivir. Me da miedo tener que salir al mundo real dentro de unos cuantos años. ¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué no puedes entenderme ni siquiera un poco? ¿Por qué me martirizas de este modo?

Él la abrazó.

—Conmigo no debes temer nada —le dijo—. La verdad es que yo también tengo miedo. Tanto como tú. Pero, si tú estás a mi lado, podré seguir hacia delante sin temor. Tú y yo juntos no tendremos por qué temerle a nada.

Ella sacudió la cabeza.

—Tú no lo entiendes. Yo soy una mujer. No soy como tú. Tú no lo entiendes. En absoluto.

Era inútil añadir algo más. Ella lloró durante un largo rato. Y, cuando dejó de llorar, dijo una cosa extraña:

—¿Sabes? Si..., aunque tú y yo nos separáramos, yo siempre me acordaría de ti. De veras. Nunca te olvidaré. Porque te quiero de verdad. Eres la primera persona a la que he querido y me gusta muchísimo estar contigo. Eso tenlo bien claro. Pero eso no tiene nada que ver con lo otro. Y, si quieres alguna promesa sobre eso, yo te lo juro. Me acostaré contigo. Pero ahora no puede ser. Me acostaré contigo cuando me haya casado con otra persona. No te miento. Te lo juro.

—En aquellos momentos, no entendí en absoluto qué estaba intentando transmitirme —dijo él contemplando el fuego. El camarero nos trajo el segundo plato y, de pasada, echó algunos leños a la chimenea. Se produjo un chisporroteo, saltaron algunas chispas. En la mesa vecina, un matrimonio estaba absorto en la elección de los postres—. No lo entendí. Aquello era un enigma. Al llegar a casa, recordé sus palabras y estuve dándoles vueltas, pero no logré comprenderlas. ¿Lo entiendes tú?

—Pues que ella quería llegar virgen al matrimonio, pero que, una vez casada, como ya no tendría que conservar la virginidad, no le importaría tener una aventura contigo. Así que te dijo que esperarás. ¿Es eso, no?

—Supongo que sí. Es lo único que se me ocurre.

—Es una idea muy original, pero tiene lógica.

Él esbozó una dulce sonrisa.

—Exacto. Tiene lógica.

—Quería casarse virgen. Convertirse en la esposa de alguien y serle infiel. Parece una novela francesa antigua. Aunque faltan los bailes y los sirvientes, claro.

—Pero ésa fue la única solución práctica que se le ocurrió en aquellos momentos —dijo.

—¡Pobre! —exclamé.

Él se me quedó mirando a los ojos unos instantes. Luego asintió despacio.

—¡Pobre! Exacto. Tienes razón. Lo has entendido perfectamente —dijo él y volvió a asentir una vez más—. Ahora también lo entiendo yo. También para mí han ido pasando los años. Pero entonces fui incapaz de comprenderlo. No era más que un niño. Y no sabía nada de los pequeños temblores que agitan el corazón de

las personas. Sólo me asombré. A decir verdad, aquello me sorprendió tanto que casi me caí de espaldas.

—No me extraña —le dije.

Luego estuvimos comiendo en silencio durante un rato.

—Supongo que ya te lo imaginas —continuó hablando un poco después—. Que ella y yo acabamos separándonos. Ninguno de los dos lo propuso. Las cosas acabaron de una manera natural. Muy tranquila. Seguro que tanto ella como yo estábamos cansados de mantener aquella relación. A mis ojos, su manera de vivir era, ¿cómo te lo diría?, no sé, poco sincera. No, no es eso. A decir verdad, lo que me parecía era que ella podía vivir de una manera más auténtica. Eso me decepcionaba un poco. Pensaba que debía olvidarse de virginidades y bodas y vivir una vida más plena y espontánea.

—A mí me parece que ella no podía actuar de otro modo —dije yo. Él asintió.

—Sí, yo también lo creo —y cortó un grueso trozo de seta y se lo llevó a la boca—. Llega un momento en que dejas de ser flexible. Eso también lo comprendo. Has dado demasiado de ti y no puedes volver a contraerte. Eso también podía haberme ocurrido a mí. Nos habíamos esforzado mucho desde pequeños. «Adelante, sigue hacia adelante», te van diciendo. Y, justamente porque tienes la capacidad, vas avanzando tal como te piden. Pero la formación de tu personalidad se queda atrás. Y llega un día en que no puedes dar más de ti. En el sentido moral.

—¿Y a ti no te ocurrió eso? —le pregunté.

—Creo que logré superarlo, más o menos —dijo tras reflexionar unos instantes. Dejó el cuchillo y el tenedor, se enjugó los labios con la servilleta—. Después de romper con ella, tuve una novia en Tokio. Una buena chica. Vivimos juntos durante un tiempo. Para ser sincero, mi relación con ella no me caló tan hondo como la que había mantenido con Yoshiko Fujisawa. Pero la quise mucho. Nos comprendíamos muy bien y nuestra relación era sincera. Qué es el ser humano, lo hermoso que puede llegar a ser, los defectos que tiene, todo esto lo aprendí de ella. E hice amigos. Me interesé por la política. Lo cual no quiere decir que mi personalidad cambiase por completo. Siempre fui un hombre muy realista, probablemente lo siga siendo ahora. Yo no escribo novelas y tú no importas muebles. Ya me entiendes. Pero en la universidad aprendí que hay muchas realidades en este mundo. El mundo es muy grande y en él coexisten diferentes sistemas de valores. No hay ninguna necesidad de ser un alumno sobresaliente. Y salí al mundo.

—Y triunfaste.

—Pues, más o menos —dijo él. Suspiró con aire confuso. Y me miró con complicidad—. Seguro que mis ingresos son mayores que los de muchos de mi

generación. Sí, en el terreno material me va bien —y, tras pronunciar estas palabras, enmudeció.

Pero yo sabía que la historia no había terminado, así que esperé a que prosiguiera.

—Después estuve mucho tiempo sin ver a Yoshiko Fujisawa —continuó—. Mucho tiempo. Me licencié y entré a trabajar en una empresa comercial. Trabajé allí cinco años. También residí en el extranjero. Estaba muy ocupado todos los días. Dos años después de acabar la universidad, me enteré de que Yoshiko se casaba. Me lo dijo mi madre. No llegué a preguntarle con quién. Lo primero que pensé al oírlo fue si ella realmente se casaba virgen. Fue lo primero que se me ocurrió. Luego, me entristecí un poco. Y, al día siguiente, estaba todavía más triste. No sé por qué, pero tenía la sensación de que muchas cosas habían terminado. Tenía la sensación de que una puerta acababa de cerrarse a mis espaldas. En fin, era normal. La había querido mucho. Habíamos salido durante cuatro años. Y yo, al menos yo, me había planteado incluso la posibilidad de casarme con ella. Había jugado un importantísimo papel en mi adolescencia. No era extraño que me sintiera triste. Pero, si ella era feliz, a mí ya me estaba bien. Lo pensé, en serio. Aunque la verdad era que ella me preocupaba un poco. Porque en algunos aspectos era muy frágil.

El camarero retiró los platos. Y trajo el carrito de los postres. Prescindimos del postre y pedimos café.

—Me casé tarde. A los treinta y dos años. Así que, cuando Yoshiko Fujisawa me llamó, yo todavía estaba soltero. Tenía, creo, veintiocho años. Ahora que lo pienso, ya hace diez años de aquello. Acababa de dejar la empresa y de independizarme. Le había pedido un préstamo a mi padre y había fundado una pequeña empresa. Lo hice convencido de que el mercado de los muebles importados tenía que experimentar un crecimiento seguro. Pero los comienzos son muy duros. Las entregas se retrasan. Te queda mercancía por vender. Se te acumulan los gastos de almacenaje. Las letras te persiguen. Yo, en aquella época, francamente, estaba exhausto, a un tris de perder la confianza en mí mismo. Es posible que aquella haya sido la época más dura de toda mi vida. Y fue justamente entonces cuando ella me llamó. No sé cómo logró saber mi número de teléfono. Pero un día, a las ocho de la noche, sonó el teléfono. Reconocí enseguida su voz. Una cosa así no se olvida. ¡Me trajo tantos recuerdos! ¡Tantos! Yo me sentía muy frágil en aquellos momentos y me pareció maravilloso oír la voz de mi antigua novia.

Se quedó con la vista clavada en los leños de la chimenea como si estuviera recordando algo. Sin que nos diéramos cuenta, el restaurante se había llenado. Se oían voces y risas, entrechocar de platos. Por lo visto, la mayoría de los clientes era gente del lugar. Muchos llamaban a los camareros por su nombre de pila. ¡Giuseppe! ¡Paolo!

—No sé quién se la habría contado, pero se sabía mi vida al dedillo. Que aún

estaba soltero, que había residido en el extranjero. Que el año anterior había dejado el trabajo y fundado una empresa. Lo sabía todo. «Tranquilo. Saldrás adelante. Confía en ti mismo», me dijo. «Triunfarás. Seguro. No puede ser de otra forma.» Me alegré mucho de que me lo dijera. Su voz era dulce. «¡Lo lograré!», volvía a pensar al oírla. Su voz me devolvió la confianza perdida. «Mientras el mundo continúe siendo el mundo, yo lograré salir de ésta. Sin duda», pensé. «El mundo estaba allá, al alcance de mi mano» —dijo, y sonrió—. Le pregunté cosas sobre ella. Cómo era su marido, si tenía hijos, dónde vivía. Me dijo que no había tenido hijos. Su marido era cuatro años mayor que ella y trabajaba en una cadena de televisión. Ocupaba un cargo directivo. «Debe de estar muy ocupado», le dije yo. «Lo está. Tanto que no tiene tiempo para hacer un niño», repuso. Y se rió. Ella vivía en Tokio. En una casa de pisos de Shinagawa. En aquella época, yo vivía en Shiroganedai. No éramos vecinos, pero no quedaba lejos. «¡Qué coincidencia!», le dije. En fin, así fue. Hablamos de todas las cosas que suelen hablarse con la antigua novia del instituto. Hubo algún momento de incomodidad, pero la charla fue divertida. En definitiva, que hablamos como dos viejos camaradas que se han separado mucho tiempo atrás y que en la actualidad siguen caminos distintos. Hacía tiempo que no hablaba con tanta franqueza con nadie. Charlamos durante muchísimo rato. Y, cuando nos habíamos dicho todo lo que nos teníamos que decir, cayó el silencio sobre nosotros. Aquél era, ¿cómo te lo diría?... era un silencio muy profundo. Un silencio que parecía que, si cerrabas los ojos, las imágenes de las cosas empezarían a dibujarse claramente en tu mente. —Durante unos instantes se estuvo contemplando ambas manos, posadas sobre la mesa. Luego, levantó la cabeza y me miró a los ojos—. De haber podido, hubiera querido colgar. Decirle: «Gracias por tu llamada. Me ha encantado hablar contigo». Lo entiendes, ¿verdad?

—Mirándolo desde un punto de vista realista, eso hubiera sido lo mejor — asentí.

—Pero ella no colgó. Y me invitó a su casa. «¿Vienes?», me dijo. «Mi marido está de viaje de negocios y, sola, me aburro.» Yo no supe qué responderle, así que me quedé callado. Tampoco ella dijo nada. El silencio duró unos instantes. Y, luego, ella dijo: «Todavía me acuerdo de que te prometí que haría el amor contigo».

«Todavía me acuerdo de que te prometí que haría el amor contigo», le dijo ella. En aquel instante, él no supo a qué se refería. Luego le vino de repente a la cabeza que ella le había dicho una vez que se acostaría con él después de casada. Él lo recordaba. Pero nunca lo había considerado una promesa. Siempre había pensado que ella lo había dicho empujada por la confusión del momento. Que, turbada, no sabía lo que estaba diciendo y se le habían escapado esas palabras.

Pero ella no estaba turbada. Ella lo consideraba una promesa. Una promesa formulada con toda claridad.

Por un instante, él perdió el sentido de la dirección de las cosas. Había dejado de saber qué era lo correcto. Desconcertado, echó una mirada a su alrededor. Pero no vislumbró un marco por ninguna parte. Ya no había nada que lo guiara. Claro que quería acostarse con ella. Eso no hacía falta ni decirlo. Incluso después de separarse había imaginado infinitas veces que hacía el amor con ella. Incluso cuando tenía novia, se lo había imaginado a menudo. Pensándolo bien, ni siquiera la había visto desnuda. Lo único que conocía de su cuerpo era el tacto de sus dedos deslizándose bajo su ropa. Ella ni siquiera se quitaba las bragas. Sólo le dejaba introducir los dedos por debajo.

Pero era consciente, a la vez, del peligro que entrañaba acostarse con ella en aquel momento. Quizás implicara perder muchas cosas. Y no deseaba volver a despertar de una sacudida cosas que había dejado atrás, entre las tinieblas del pasado. Sentía que no le convenía hacer—lo. En todo aquello se mezclaba claramente un factor de irrealidad, algo incompatible con lo que él era.

Pero no pudo negarse, por supuesto. ¿Cómo iba a hacerlo? Era su eterno cuento de hadas. Un precioso cuento de hadas que sólo se vive una vez en la vida. La hermosa novia de la época más vulnerable de su vida le decía que fuera a su casa para hacer el amor. Vivía cerca. Aquélla era una promesa legendaria que se habían intercambiado en secreto, mucho tiempo atrás, en las profundidades del bosque.

Él permaneció unos instantes con los ojos cerrados, en silencio. Se había quedado sin habla.

—Oye —dijo ella—. ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —respondió él—. De acuerdo, ahora voy. Llegaré en menos de media hora. Dame tu dirección.

Él apuntó el nombre del bloque de apartamentos, el número del piso y el número de teléfono. Luego se afeitó apresuradamente, se cambió de ropa, cogió un taxi y se dirigió hasta allí.

—¿Qué hubieras hecho tú? —me preguntó.

Sacudí la cabeza. No podía responder a una pregunta tan difícil. Él se rió y se quedó contemplando la taza de café, encima de la mesa.

—También a mí me hubiera gustado que el asunto se hubiese resuelto sin tener que responder. Pero no pude. Tuve que tomar una decisión. Ir o no ir. Una de dos. No había una solución intermedia. Y fui a su casa. Llamé a su puerta. Deseaba con todo mi corazón que no estuviera. Pero, estaba. Tan hermosa como en el pasado. Y tan encantadora como antes. Y olía tan bien como siempre. Tomamos una copa y hablamos del pasado. Incluso escuchamos viejos discos. Y, luego, ¿qué crees que pasó?

No tenía la menor idea. Le dije: «No tengo la menor idea».

—Mucho tiempo atrás, cuando era niño, leí un cuento —dijo él, que seguía

vuelto hacia la pared—. He olvidado la historia. Sólo me acuerdo de la última línea. Y eso porque nunca había leído un cuento que terminara de una manera tan extraña. Decía así: «Y cuando todo hubo acabado, el rey y sus súbditos se mondaron de risa». ¿No te parece un final muy extraño?

—Sí, lo es —dijo yo.

—Querría acordarme de qué va el cuento, pero soy incapaz. Sólo de esta última frase, tan peculiar: «Y cuando todo hubo acabado, el rey y sus súbditos se mondaron de risa». ¿De qué diablos iba la historia?

Por entonces, ya nos habíamos tomado los cafés.

—Nos abrazamos —dijo—. Pero no nos acostamos. No la desnudé. Sólo lo hice con los dedos, como en el pasado. Me pareció que era lo mejor. A ella, por lo visto, también se lo pareció. Nos acariciamos durante largo tiempo sin decir nada. Aquélla era la única forma en que podíamos entender lo que, en aquellos instantes, teníamos que entender. Claro que, de haber sido mucho tiempo atrás, habría sido distinto. Nosotros hubiésemos hecho el amor con toda naturalidad y, de ese modo, nos hubiéramos comprendido mejor el uno al otro. Y quizá nos hubiéramos sentido más felices. Pero aquello ya había pasado de largo. Había quedado sellado, congelado. Y ya nadie podía recuperarlo.

Fue dándole vueltas a la tacita de café sobre el plato durante mucho tiempo. Tanto que incluso el camarero se acercó a ver qué ocurría. Al final, dejó la taza en su sitio. Llamó al camarero y le pidió otro expreso.

—Creo que debí de quedarme allí alrededor de una hora. No me acuerdo bien. Pero me da la impresión de que sería aproximadamente ese lapso de tiempo. Más o menos. Creo que si me hubiera quedado más tiempo, me habría vuelto loco —dijo, y sonrió—. Le dije adiós y me fui. Ella también me dijo adiós. Y aquél fue un adiós definitivo de verdad. Lo sabía yo, y lo sabía ella. Lo último que vi fue la imagen de ella, de pie en el umbral, con los brazos cruzados. Intentó hablar. Pero no dijo nada. Aunque, lo que iba a decirme, lo sé aun sin haberlo oído. Yo me sentía muy..., muy vacío. Como un agujero inmenso. Los ruidos a mi alrededor resonaban de forma extraña. Las formas se distorsionaban. Vagué sin rumbo por la zona. Me daba la sensación de haber consumido en vano, sin sentido, todas las horas de mi vida. Deseaba volver a su casa y tomarla entre mis brazos. Pero no pude hacerlo. Era imposible.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Y se bebió el segundo expreso que le habían traído.

—Me avergüenza decírtelo, pero aquella noche salí y me acosté con una prostituta. Era la primera vez que lo hacía. Y, posiblemente, sea la última.

Durante unos instantes, me quedé contemplando mi taza de café, y pensé en lo soberbio que había sido yo antes. Quise explicárselo como fuera. Pero no creí que consiguiera hacerlo.

—Al contarle de esta forma, parece que le haya ocurrido a otra persona —dijo él, y se rió. Luego, durante unos instantes, enmudeció como si se hubiera

sumido en sus reflexiones. Tampoco yo dije nada.

—Y cuando todo hubo acabado, el rey y sus súbditos se mondaron de risa — dijo él poco después—. Cada vez que me acuerdo de aquello, *me* viene esta frase a la cabeza. Es como un reflejo condicionado. No sé, pero a mí me da la impresión de que la tristeza más profunda siempre contiene una punta de humor.

Tal como he dicho al principio, no creo que de esta historia pueda extraerse ninguna lección moral. Pero es una historia que le ocurrió a él, es una historia que nos ocurrió a nosotros. De modo que, al escucharla, yo no pude mondarme de risa. Ahora tampoco puedo.

El cuchillo de caza

En alta mar, dos grandes boyas flotaban una junto a la otra. Estaban a cincuenta brazadas a crol desde la orilla y, entre ambas, había treinta brazadas más, una distancia idónea para cubrirla a nado. Las boyas eran cúbicas, medían cuatro metros de lado y estaban amarradas de tal modo que parecían dos islas gemelas.

El agua era de una transparencia casi artificial y, al otear el fondo del mar, se distinguían con toda claridad las cadenas que sujetaban las boyas y, en el extremo de éstas, el bloque de hormigón que las anclaba. El agua tendría de tres a cuatro metros de profundidad. En la superficie de aquel remanso rodeado por arrecifes de coral no se alzaba ninguna ola digna de ese nombre y las boyas, resignadas, sin moverse apenas, permanecían inmóviles bajo los ardientes rayos del sol. A un lado, había una escalera metálica recubierta de una capa de hierba artificial.

De pie sobre la boya, al dirigir los ojos hacia la orilla, podías abarcar de una ojeada la larga y blanca línea de la playa, la torre pintada de rojo del socorrista y la hilera de palmeras verdes. Era una vista muy hermosa, algo parecida a un paisaje de postal. Al dirigir los ojos hacia la derecha, siguiendo la línea de la costa, te encontrabas con que la playa moría, y en el punto donde el negro acantilado empezaba a asomar su faz se levantaban las dependencias del hotel donde me alojaba yo. Unas casitas de dos plantas, de paredes blancas y tejado de un verde un poco más oscuro que el de las hojas de palmera. Estábamos a finales de junio, aún faltaba para la temporada de verano y tanto en la playa como en el hotel apenas había gente.

Sobre las boyas, helicópteros del ejército seguían la ruta que tenían establecida hacia una base militar americana. Los helicópteros venían de alta mar, pasaban por entre las dos boyas, cruzaban la línea de palmeras y desaparecían en tierra firme. Volaban tan bajo que casi podías distinguir la expresión del rostro de los pilotos. La antena que salía del morro verde apuntaba directamente hacia delante como el aguijón de un insecto. Sin embargo, exceptuando el trasiego de helicópteros, la playa era apacible y tranquila, casi se diría que amodorrada. Nadie molestaba a nadie, era un paraje idóneo para pasar las vacaciones.

Nuestra habitación estaba en la planta baja, de cara al mar. Justo bajo la ventana crecían unas solitarias mimosas blancas. Más allá, se extendía un jardín de cuidado césped. Mañana y tarde, los aspersores regaban en abanico la hierba con un zumbido somnoliento. Al otro lado del recuadro de césped había una piscina y una hilera de altas palmeras que mecían sus grandes hojas al viento.

Cada casita constaba de cuatro habitaciones. Dos en la planta baja y dos en el primer piso. En la habitación contigua a la nuestra se alojaban dos americanos, madre e hijo. Por lo visto estaban allí desde mucho antes de que llegáramos nosotros. La madre rondaría los sesenta años y el hijo debía de contar unos

veintiocho o veintinueve, aproximadamente mi edad. Ambos tenían el rostro largo y delgado, la frente ancha, mantenían siempre los labios apretados. Jamás había visto a una madre y a un hijo que se parecieran tanto. La madre era sorprendentemente alta para su edad, andaba muy erguida y sus gestos eran enérgicos.

El hijo, por lo que podía apreciarse, era tan alto como la madre, pero no sabría decir cuánto medía. Porque jamás se levantaba de la silla de ruedas. Tras la silla iba siempre la madre, empujándola.

Ambos eran en extremo silenciosos. En su cuarto reinaba el silencio propio de un museo, jamás se oía la televisión. Sólo dos veces nos llegó a la habitación el sonido de música. Una vez, de un quinteto de clarinete de Mozart, la otra, de una pieza para orquesta que yo no había oído nunca. Creo que era de Richard Strauss. Y nada más.

No tenían puesto el aire acondicionado y dejaban abierta la puerta de entrada para que la fresca brisa se metiera en la habitación; pero, a pesar de ello, jamás los oímos hablar. Sus conversaciones —suponiendo que las tuvieran— debían de ser un intercambio de susurros. Ésa fue la causa de que, tanto mi mujer como yo, sin darnos cuenta, empezáramos a hablar en voz baja cuando estábamos en nuestra habitación.

Solíamos verlos en el comedor, en el vestíbulo, en el jardín, en el paseo. El hotel era muy pequeño y, quisieras o no, acababas topándote con ellos. Al cruzarnos intercambiábamos un saludo que iniciábamos, indistintamente, nosotros o ellos. Madre e hijo diferían en la manera de saludar. Mientras la madre hacía un ademán claro y firme, el hijo se limitaba a esbozar un gesto rápido con los ojos y la barbilla. No obstante, ambos saludos dejaban una impresión muy similar. Tanto el de ella como el de él eran saludos concluyentes que nacían y morían en sí mismos. Que mostraban bien a las claras que las probabilidades de ir más allá eran casi nulas.

Mi mujer y yo jamás conversamos con ellos. De hecho, ella y yo teníamos mucho de qué hablar. Del traslado a un nuevo apartamento, del trabajo, de la posibilidad de tener un hijo. Era nuestro último verano antes de cumplir treinta años. No sé de qué hablarían ellos. En realidad, apenas recuerdo haberlos visto intercambiar un par de frases.

Después del desayuno siempre se sentaban en un sofá del vestíbulo a leer el periódico. Cogían uno cada uno y seguían todos los artículos de cabo a rabo, muy despacio, como si compitieran en ver cuál de los dos tardaba más tiempo del requerido en leerlos. Cuando no cogían el periódico, sacaban unos gruesos volúmenes de tapa dura que llevaban consigo. Más que madre e hijo parecían un viejo matrimonio que hubiera perdido, hacía ya mucho tiempo, el interés el uno por el otro.

Todos los días, a las diez de la mañana, mi mujer y yo cogíamos la nevera portátil y nos íbamos a la playa. Nos untábamos generosamente con aceite bronceador, nos tendíamos sobre las toallas y tomábamos el sol. Yo solía escuchar alguna cinta de los Rolling Stones, o de Marvin Gaye, y mi mujer releía una edición de bolsillo de *Lo que el viento se llevó*. Ella decía que casi todo lo que sabía de la vida lo había aprendido en ese libro. Pero como yo no lo he leído nunca, no tengo la menor idea de qué es lo que habrá aprendido en él. El sol ascendía por el lado de tierra firme, y los helicópteros seguían su ruta en dirección opuesta y desaparecían en la línea del horizonte.

A las dos de la tarde, madre e hijo, con su silla de ruedas, aparecían por la playa. La madre llevaba un vestido liso de tonalidades pálidas y se cubría la cabeza con un sombrero de paja de ala ancha. El hijo no se ponía sombrero, iba con unas gafas de sol de color verde oscuro. Vestía siempre una camisa hawaiana y unos pantalones de algodón. Ambos se ponían a la sombra de las palmeras, donde soplaban la brisa, y contemplaban el mar sin hacer nada. La madre se sentaba en una silla plegable de lona, pero al hijo no lo vi abandonar jamás la silla de ruedas. Conforme la sombra se desplazaba, ellos iban cambiando con diligencia de sitio. La madre llevaba un termo plateado y, de cuando en cuando, llenaba unos vasos de papel. A veces mordisqueaban galletas saladas. En la playa no leían jamás. Sólo contemplaban el mar en silencio.

En ocasiones se iban a los treinta minutos, otras permanecían en la playa hasta tres horas, eso dependía del día. Mientras me bañaba, sentía sus miradas clavadas en mi piel. De las boyas a la hilera de palmeras había una distancia considerable y es posible que fuera una alucinación. Es posible que sólo se tratara de un exceso de susceptibilidad por mi parte. Pero cuando, subido a la boya, dirigía los ojos hacia la playa, habría jurado que los dos miraban hacia mí. El termo plateado despedía, de vez en cuando, un vivo destello como si fuera un cuchillo.

Los días fueron deslizándose de forma lenta pero certera. Ninguno de ellos poseía una particularidad especial que permitiera diferenciarlo de otro. Cualquiera podría haberse intercambiado con el siguiente sin problemas. Tal vez ni lo hubiéramos notado. El sol ascendía por el este y se ponía por el oeste, los helicópteros verdes volaban a baja altura, yo bebía litros de cerveza y nadaba cuanto quería.

La tarde antes de abandonar el hotel fui a tomar mi último baño. Mi mujer estaba durmiendo la siesta, así que me dirigí solo a la playa. Como era sábado, estaba un poco más concurrida de lo normal. Unos soldados con el pelo cortado a cepillo jugaban a voleibol. Estaban muy bronceados y todos lucían tatuajes en los brazos. Los niños hacían castillos de arena junto al agua. De cuando en cuando, una ola grande rompía en la orilla y los niños chillaban excitados o se quejaban. Había muchas familias, pocos nadadores dentro del agua. Encima de las boyas no

se veía a nadie. El sol había llegado a su cénit, la arena estaba caliente, no había ni una nube flotando en el cielo. Las agujas del reloj ya habían sobrepasado las dos, pero la madre y el hijo aún no habían aparecido.

Me metí en el mar, caminé hasta que el agua me llegó a la altura del pecho y, luego, empecé a nadar a crol hacia la boya que se encontraba a mi izquierda. Nadaba despacio, contando las brazadas, percibiendo en la palma de la mano la resistencia del agua. Sentía su agradable frescor en la piel tostada por el sol. Mientras nadaba en aquella agua transparente veía mi sombra recortada en el fondo arenoso del mar y me sentía como un pájaro surcando el cielo. Cuando hube contado cuarenta brazadas, alcé el rostro y vi la boya ante mis ojos. Justo diez brazadas más y alcancé a tocar el costado con la mano derecha. Como siempre. Permanecí unos instantes flotando, acompasando la respiración, y, después, me agarré a la escalera y subí a la boya.

La boya tenía una visitante inesperada. Una americana rubia, increíblemente gorda. Al mirar desde la playa me había parecido que no había nadie, pero quizá la mujer hubiera subido a la boya mientras yo estaba nadando. Llevaba un pequeño biquini y estaba tumbada boca abajo. Su ondulante biquini rojo me recordó las banderas que los campesinos ponen en los campos avisando de que acaban de esparcir pesticidas. Estaba tan rolliza que el biquini parecía diminuto. Su piel blanca aún no estaba bronceada. No debía de hacer mucho tiempo que había llegado.

Cuando subí a la boya chorreando agua, ella levantó los ojos, me dirigió una breve mirada y volvió a cerrarlos. Yo me senté en el lado opuesto al que estaba tendida la mujer, metí los pies en el agua y contemplé el paisaje.

Bajo las palmeras todavía no se distinguían las siluetas de la madre y del hijo. Ni debajo de las palmeras ni en ningún otro lugar. Porque, estuvieran en el rincón de la playa en el que estuviesen, el cegador destello de la silla de ruedas metálica brillando al sol los habría delatado. Era imposible no verlos. Su ausencia me producía desasosiego. De pronto sentí que me faltaba algo. Día tras día, a las dos de la tarde, habían venido a la playa. Tal vez hubieran dejado el hotel y hubiesen vuelto al lugar —donde quiera que éste se encontrara— de donde procedían. Sin embargo, poco antes, cuando los había visto en el comedor a la hora del almuerzo, no me habían causado esa impresión. Como era habitual, los dos habían comido el menú del día con gran parsimonia y, después, habían tomado café sin intercambiar una palabra.

Me tumbé boca abajo, como la mujer, y permanecí unos diez minutos tostándome al sol mientras oía cómo las pequeñas olas rompían contra la boya. Noté cómo el agua que se me había metido en los oídos iba calentándose, poco a poco, a la luz del sol.

—¡Uf! ¡Qué calor! —me dijo la mujer desde el extremo opuesto. Su voz era aguda, un poco dulzona.

—Pues sí —repuse yo.

¿Tienes hora?

—No llevo reloj, pero serán las dos y treinta, tal vez y cuarenta.

—¡Ah! —dijo la mujer sin demasiado entusiasmo. Lanzó una especie de suspiro. Aquella hora no parecía gustarle demasiado. O tal vez le diera igual.

Su cuerpo estaba tan lleno de gotitas de sudor como moscas habría en una torta de miel. Una curva de grasa nacía debajo de sus orejas, seguía en suave declive hasta sus hombros y moría en sus rollizos brazos. Apenas se le marcaban los tobillos y las muñecas. Al mirarla, no podías evitar acordarte del muñeco del anuncio de Michelin. Pero su gordura no ofrecía una impresión mórbida. Y sus facciones no eran feas. Sólo que estaba demasiado gorda. Debía de tener unos treinta y cinco años.

—¿Hace siempre tanto calor?

—Pues sí, más o menos. Claro que a veces llueve —contesté.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? Es que estás muy moreno.

—Nueve días.

—Pues te ha cogido el sol de lo lindo —comentó ella admirada—. ¡Qué barbaridad!

En vez de responder, solté un pequeño carraspeo. El agua de los oídos hizo una especie de ruido gutural.

—Me alojo en el hotel del ejército —dijo.

Lo conocía. Estaba en un paraje un poco apartado de la playa.

—Es que mi hermano es oficial de la Marina y me dijo que me viniera aquí. Eso de ser *marine* no está nada mal, ¿sabes? No se mueren de hambre, desde luego. Y disponen de muchas instalaciones. Vamos, que tiene sus ventajas. Cuando yo estudiaba, estábamos en plena guerra del Vietnam y todo era muy diferente. Entonces te daba vergüenza decir que tenías un pariente en el ejército. Pero ahora las cosas han cambiado mucho.

Hice un vago gesto de asentimiento.

—Pues, mira, hablando de *marines*, mi ex marido también lo era. Él estaba en aviación. Era piloto. Estuvo dos años en Vietnam y, luego, empezó a trabajar para la United Airlines. En aquella época, yo era azafata. Así nos conocimos los dos. Y nos casamos en... A ver... Pues, sería en el setenta y tantos. De eso hará unos seis años. La típica historia, vamos.

—¿La típica historia?

—Pues sí. El personal de las compañías aéreas tiene unos horarios rarísimos, así que siempre acaban relacionándose entre sí. Porque ni sus horarios ni su estilo de vida tienen nada que ver con los de la demás gente. Al casarme dejé el trabajo y, entonces, mi marido se buscó otra azafata y se casó con ella. Eso también pasa mucho.

Decidí cambiar de tema.

—¿Dónde vives?

—En Los Ángeles —contestó—. ¿Has estado alguna vez en Los Ángeles?

—No —respondí.

—Yo nací allí. Luego a mi padre lo trasladaron a Salt Lake City. ¿Has estado alguna vez en Salt Lake City?

—No —dije.

—Pues no te recomiendo que vayas.

Al decirlo sacudió la cabeza. Luego se secó el sudor del rostro con la palma de la mano.

Me sorprendió que hubiera sido azafata. Hasta entonces, nunca había visto una azafata tan rolliza. Las había visto tan musculosas como los que practican lucha libre. Y también con los brazos como troncos y una sombra de vello sobre el labio superior. Pero una azafata tan gorda, hasta allí podíamos llegar. Quizás United Airlines no concediera gran importancia al peso de sus azafatas. O quizás ella no estuviera tan gorda en aquella época.

—¿Y tú dónde te alojas? —me preguntó.

Le señalé mi hotel.

—¿Has venido solo?

Le expliqué que estaba de vacaciones con mi mujer.

—¿De viaje de novios?

Le respondí que no. Que hacía ya seis años que nos habíamos casado.

—¡Caramba! —dijo asombrada—. Pues no pareces tan mayor.

Dirigí la mirada hacia la playa. La madre y el hijo de la silla de ruedas seguían sin aparecer. Los soldados continuaban jugando a voleibol. Desde su torre, el socorrista escudriñaba algo con unos grandes gemelos. Poco después aparecieron por el lado de alta mar dos grandes helicópteros del ejército que, como si fueran mensajeros de una tragedia griega portadores de noticias funestas, pasaron solemnemente tronando por encima de nuestras cabezas y desaparecieron tierra adentro. Mientras tanto, nosotros permanecemos en silencio, con los ojos alzados hacia los fuselajes verde oliva.

—Desde allá arriba, a lo mejor piensan que nos lo estamos pasando muy bien y que somos la mar de felices, ¿no crees? —dijo—. Tumbados sobre la boya, tomando tranquilamente el sol, sin ningún problema, sin ninguna preocupación.

—Sí, tal vez —dije.

—Cuando te las miras desde muy arriba, casi todas las cosas te parecen bonitas —dijo ella. Luego volvió a tenderse boca abajo y cerró los ojos con pereza.

El tiempo transcurrió en silencio. Decidí que aquella era la ocasión idónea para marcharme y me incorporé. Le dije que debía regresar a la playa. Me zambullí en el agua y nadé hacia la orilla. A medio camino dejé de nadar, me quedé flotando en el agua y me puse de cara a la boya. Ella estaba mirando hacia donde yo me encontraba y me saludó agitando la mano. Yo también sacudí la mano ligeramente. Desde lejos, la mujer recordaba un delfín. Parecía que le hubieran salido aletas y que estuviera a punto de sumergirse en el mar de donde había venido.

Volví a la habitación del hotel, hice una pequeña siesta y, al anochecer, me dirigí como siempre al comedor con mi mujer y cenamos. La madre y el hijo

tampoco se hallaban allí. Después de cenar, cuando regresamos a nuestro cuarto, la puerta de su habitación, en contra de la costumbre, estaba cerrada a cal y canto. A través del cristal esmerilado de la pequeña ventana interior se apreciaba que la luz de la habitación estaba encendida, pero eso no quería decir que madre e hijo estuviesen dentro.

—Esos dos deben de haberse ido —le dije a mi mujer—. Hoy no estaban en la playa y tampoco han aparecido por el comedor.

—Todo el mundo se va de aquí antes o después —repuso ella—. Nadie puede seguir llevando esta vida indefinidamente.

—Sí, claro —asentí. Pero yo no estaba muy convencido. Porque era incapaz de situar la imagen de la madre y del hijo en otra parte.

Hicimos los preparativos de la vuelta. Metimos nuestras cosas en un par de maletas y, en cuanto las depositamos a los pies de la cama, la habitación adquirió de pronto un aire frío y ajeno. Nuestras vacaciones estaban a punto de terminar.

Cuando me desperté, las agujas del reloj de viaje que estaba a la cabecera de la cama marcaban la una y veinte. No sé por qué, pero el corazón me palpitaba con furia. Latía con una violencia que no había experimentado jamás. Salté de la cama, me senté con las piernas cruzadas sobre la alfombra y respiré hondo repetidas veces. Luego contuve la respiración, relajé los hombros, estiré la espalda, me concentré en un punto alrededor del ombligo. Después volví a respirar hondo unas cuantas veces más y, poco a poco, logré acompasar los latidos de mi corazón. Pensé que tal vez había nadado demasiado durante el día. O que quizás hubiera tomado demasiado el sol. Me puse en pie e inspeccioné la habitación con la mirada. A los pies de la cama había dos maletas sigilosamente agazapadas como un animal. «¡Ah, claro! Mañana nos vamos», me dije. A la blanca luz de la luna que penetraba por la ventana vi a mi mujer profundamente dormida. Apenas se advertía su respiración, parecía que estuviese muerta. Ella duerme así a veces. Poco después de casados, al verla dormir, en ocasiones me había sentido inquieto y me había preguntado si estaría muerta. Pero no. Sólo dormía profundamente. Me quité el pijama anegado en sudor y me puse una camisa y unos pantalones cortos limpios. Luego me metí en el bolsillo una pequeña botella de Wild Turkey que estaba encima de la mesa y, con sigilo para no despertar a mi mujer, salí de la habitación. El aire de la noche era fresco y olía a vegetación húmeda. La luz de la luna llena confería al mundo un tinte extraño, diferente al diurno. Igual que cuando miras a través de un filtro de colores, ciertas cosas adquirían una tonalidad más viva que la real, otras perdían su colorido como si formaran parte de un cadáver.

No tenía sueño. Mi conciencia estaba tan despejada que parecía no haber conocido jamás el sueño. A mí alrededor reinaba un silencio sepulcral. No soplaban el viento. No se oía el zumbido de los insectos, no se oía tampoco el grito de ninguna ave nocturna. El único sonido que llegaba a mis oídos era el rumor de las

olas, e incluso éste era tan tenue que tenía que aguzar el oído para sentirlo.

Rodeé el edificio despacio, tomándome mi tiempo, y luego crucé el césped. Bajo la luz de la luna, el jardín circular parecía un estanque helado. Yo avanzaba en silencio extremando las precauciones para no quebrar el hielo. Más allá del jardín de césped había una estrecha escalera de piedra y, arriba, un bar de estilo tropical. Cada día, antes de cenar, yo solía tomarme allí un vodka con tónica. Pero a aquellas horas el bar estaba cerrado, como es lógico. La barra, una glorieta, tenía bajadas las persianas de madera y, a su alrededor, había desperdigadas una docena de mesas redondas. Los tiesos parasoles cerrados sobre las mesas recordaban las alas de un dragón.

El joven de la silla de ruedas estaba acodado en una de las mesas contemplando, él solo, el mar. El metal de la silla de ruedas brillaba a la luz de la luna con un destello pálido y helado. De lejos parecía una máquina de una precisión especial, dispuesta para las más altas y oscuras horas de la noche.

Era la primera vez que lo veía solo. Me había acostumbrado a concebir como una unidad la figura del joven y, detrás, la madre empujando la silla de ruedas. Así que me causó una extraña sensación encontrármelo solo. Tanto que casi me pareció una grosería impropiedad observarlo de aquella forma. Llevaba una camisa hawaiana de tonalidades naranja, que ya le había visto antes, y unos pantalones blancos de algodón. Y, sin moverse un ápice, siempre en idéntica posición, mantenía la vista clavada en el mar.

Me quedé inmóvil, sin saber si debía dirigirle la palabra. Mientras dudaba, él pareció advertir mi presencia, se volvió y miró hacia donde yo me encontraba. Al descubrirme, me dirigió un pequeño gesto de saludo.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches. —Me devolvió el saludo en voz baja. Era la primera vez que oía su voz. Exceptuando un leve eco somnoliento, era una voz normal y corriente. Ni aguda ni grave.

—¿Dando un paseo nocturno? —me preguntó.

—Es que no puedo dormir —contesté.

Me recorrió con la mirada de los pies a la cabeza. Luego esbozó una pálida sonrisa.

—Yo tampoco —dijo—. ¿Le apetece sentarse?

Dudé unos instantes, pero al final asentí y tomé asiento a su mesa. Extendí una tumbona y me senté frente a él. Volví los ojos en la misma dirección hacia la que él había estado mirando unos instantes antes. En el extremo de la playa se extendían, como un pan ácimo partido por la mitad, las dentadas rocas del acantilado adonde iban a morir, a intervalos regulares, unas pequeñas olas. Unas olas tan graciosas y ordenadas como medidas con regla. No había mucho más adonde mirar.

—Hoy no los he visto a ustedes en la playa —le dije desde el extremo opuesto de la mesa.

—No, hoy nos hemos quedado todo el día descansando en la habitación — dijo el joven—. Es que mi madre no se encontraba bien. —i Oh! Lo siento —dije.

—En realidad, no es que esté enferma. Físicamente enferma, quiero decir. Es algo psicológico, de origen nervioso.

Tras pronunciar estas palabras se frotó la mejilla con el dedo corazón de la mano derecha. A pesar de que era más de medianoche, no se apreciaba ni una sombra de barba en sus mejillas. Se veían tan lisas como la porcelana.

—Pero ya se encuentra mejor. Ahora está profundamente dormida. A diferencia de mis piernas, lo suyo se cura con una noche de sueño. Bueno, no es que se cure por completo. Pero vuelve de momento a la normalidad. Por la mañana ya estará restablecida del todo.

Permaneció callado unos treinta segundos, un minuto tal vez. Yo descrucé las piernas bajo la mesa pensando que aquél era un buen momento para volver. Por lo visto, me paso la vida buscando la ocasión idónea para marcharme. Pero perdí la oportunidad. Cuando me disponía a decir: «Bueno, yo tendría que irme», él empezó a hablar.

—Enfermedades nerviosas las hay a miles. Aunque el origen sea el mismo, las manifestaciones son infinitas. Pasa como con los terremotos. La energía es la misma, pero, según el lugar donde ésta actúa, los efectos son diferentes. Puede desaparecer una isla y formarse otra.

En este punto, el joven dejó escapar un bostezo. Un bostezo largo, elegante, como de ceremonial. Refinado, incluso. Tras bostezar dijo: «Lo siento». Parecía exhausto. Por sus ojos somnolientos cualquiera diría que iba a caer dormido de un momento a otro. Eché una ojeada a mi reloj de pulsera. Pero no lo llevaba. En la muñeca de mi mano izquierda sólo había una blanca y nítida señal dibujándose con forma de reloj sobre mi piel bronceada.

—No se preocupe —dijo—. Puede parecer que tenga sueño, pero no es así. A mí me basta con dormir unas cuatro horas al día y, además, nunca me acuesto antes del amanecer. A estas horas suelo estar aquí todas las noches, sin hacer nada, con la cabeza en las nubes. Así que no se preocupe por mí.

Cogí un cenicero de Cinzano que había sobre la mesa y permanecí contemplándolo largo rato con atención, como si se tratara de un extraño objeto, y luego lo devolví a su sitio.

—A mi madre, cuando tiene una crisis nerviosa, se le paraliza el lado izquierdo de la cara. No puede mover ni el ojo ni la boca. Si se la mira desde ese lado, parece un jarrón agrietado. Su aspecto es muy extraño, pero no deja ninguna secuela. No es nada que no se cure durmiendo una noche.

Como no sabía qué decir, hice un vago gesto de asentimiento en silencio.
¿Un jarrón agrietado?

—Por favor, no le diga a mi madre que se lo he contado. Ella detesta que hablen de su estado físico.

Le dije que no faltaba más.

—Y, además, mañana por la mañana nos vamos de aquí. Tampoco tendría la oportunidad de hablar con ella.

—¡Oh! ¡Qué lástima! —exclamó. Y sonó como si realmente lo sintiera.

—Sí, yo también siento tener que marcharme, pero debo volver al trabajo. No me queda otro remedio —dije.

—¿Y adónde vuelve usted?

—A Tokio.

—Tokio —repitió él. Entrecerró los ojos y volvió a mirar hacia el mar. Como si creyera que, si achicaba lo suficiente los ojos, podría distinguir, más allá del horizonte, las calles de Tokio.

—¿Y ustedes piensan quedarse aquí mucho tiempo todavía?

—Pues... —dijo. Y recorrió varias veces con los dedos los brazos de su silla de ruedas—. No lo sé. Puede que un mes, o tal vez dos. Depende de cómo vayan las cosas. No es algo que decida yo. El marido de mi hermana mayor posee muchas acciones de este hotel, así que estar aquí nos resulta muy barato. Mi padre tiene una gran empresa de azulejos en Cleveland y es mi cuñado quien, de hecho, continúa el negocio. Si le digo la verdad, a mí no me gusta demasiado mi cuñado, pero qué le vamos a hacer, a la familia no se la puede escoger. Además, tampoco puedo asegurar que sea un tipo tan desagradable. Las personas enfermas, ya se sabe, tendemos a volvernlos intolerantes.

Al pronunciar estas palabras se sacó un pañuelo del bolsillo y, tomándose su tiempo, se sonó con elegancia la nariz. Luego volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo.

—En fin, que mi cuñado no para de fabricar azulejos, día tras día. Además, tiene acciones en diferentes compañías. Y también posee tierras. En una palabra, que él sí sabe cómo hacer las cosas. Igual que mi padre. En fin, que nosotros, es decir, mi familia, nos dividimos en dos grupos muy diferenciados. El de los sanos y el de los enfermos. El de los productivos y el de los improductivos. La diferencia entre ambos grupos es abismal. Ante ella, cualquier otro baremo pierde sentido. Pero eso no importa. Al fin y al cabo, nosotros, a nuestra manera, coexistimos en armonía. Los sanos van haciendo azulejos laboriosamente, multiplicando sus riquezas y evadiendo los impuestos tanto como pueden, esto último que quede entre nosotros, y alimentan a los enfermos. Un auténtico sistema de división del trabajo.

En este punto enmudeció y aspiró una gran bocanada de aire. Tamborileó con las uñas sobre la mesa. En silencio, yo esperaba a que prosiguiera.

—Todo lo deciden ellos. Estate allí un mes, quédate aquí otro mes. Yo soy como la lluvia, yendo y viniendo, de aquí para allá. Quiero decir, hablando con propiedad, lo somos mi madre y yo, los dos.

Las olas rompían en el acantilado y se retiraban dejando atrás una estela de espuma blanca; la espuma se deshacía y se acercaba otra ola. Yo contemplaba distraído esa sucesión sin límite. En el cielo no había una sola nube y la luz de la

luna creaba sombras dentadas entre las rocas.

—Acabo de hablar de división del trabajo —prosiguió él—. Y, como en toda división del trabajo propiamente dicha, nosotros dos también desempeñamos una función. No nos limitamos sólo a recibir. La relación no es unidireccional, claro está. ¿Cómo se lo explicaría? Nosotros dos, no haciendo nada, compensamos su exceso. Así se mantiene el equilibrio. Corregimos todo lo que se deriva de su superabundancia. Ésta es nuestra razón de existir. ¿Entiende lo que quiero decirle?

Le respondí que me daba la impresión de que sí, pero que no estaba seguro. Él se rió en voz baja.

—La familia es algo extraño —dijo él—. La familia se tiene, como premisa, a sí misma. De no ser así, no funciona como sistema. En este sentido, mis piernas inmovilizadas son un emblema para mi familia. La mayoría de cosas giran en torno a mis piernas muertas.

Sus dedos continuaban tamborileando sobre la mesa. Pero no se advertía impaciencia alguna en sus gestos. Mientras movía los dedos iba pensando en silencio, a su propio ritmo.

—Una de las características principales de este sistema es que las carencias tienden a ser cada vez mayores, pero también tiende a serlo la superabundancia. Claude Debussy, cuando le costaba mucho avanzar en la composición de una ópera, solía decir: «Dedico todo mi tiempo a perseguir la nada (*le rien*) que ella crea». Pues mi trabajo consiste en crear ese *rien*.

Juntó los labios y volvió a sumirse en un silencio insomne. Su consciencia estaba vagando por parajes desconocidos para mí. O, tal vez, por su propia nada (*le rien*). Poco después, su consciencia volvió, aunque, al parecer, un poco más allá del punto de partida. Me acaricié la mejilla con suavidad. La barba incipiente me anunciaba que el tiempo seguía, con toda certeza, su curso.

Saqué la botella de whisky del bolsillo y la puse sobre la mesa. —¿Le apetece un trago de whisky? Aunque no tengo vasos. Sacudió la cabeza.

—Gracias. Pero no bebo. Es que no sé qué sucedería si empezara a beber. Pero no me importa que los demás lo hagan en mi presencia. Adelante, por favor.

Incliné la botella, tomé un trago de whisky, lo mantuve dentro de la boca y dejé que fuera deslizándose despacio hasta el fondo de la garganta. Sentí calorcillo en el estómago. Cerré los ojos y saboreé el calor. Al otro lado de la mesa, él me contemplaba.

—Quizá sea una pregunta un tanto extraña, pero ¿entiende usted de cuchillos? —me dijo.

—¿De cuchillos?

—Sí. De los cuchillos que cortan cosas. De cuchillos de caza. Le dije que, cuando iba de campamento, había usado cuchillos. Pero que no era un gran entendido en la materia.

El joven pareció un tanto decepcionado ante mi respuesta. Pero enseguida se animó.

—No importa. Es que me gustaría enseñarle una navaja —dijo—. La compré por catálogo hace alrededor de un mes. Pero mis conocimientos en el tema son nulos. Ni siquiera sé si es una buena navaja o no. Por eso deseaba enseñársela a alguien y preguntarle su opinión. Si a usted no le molesta, claro está.

Le respondí que no era ninguna molestia.

Él se sacó con cuidado del bolsillo una navaja de unos diez centímetros de largo, bellamente arqueada, y la depositó sobre la mesa. Al caer hizo un ruido seco, pesado y duro. Aquél era su cuchillo de caza.

—No se imagine cosas extrañas. No tengo la menor intención de herir a nadie con esta navaja ni tampoco de hacerme daño a mí mismo. Sólo que un día, de repente, no sé por qué razón, me entraron unas ganas irresistibles de tener un cuchillo afilado. Posiblemente algo hizo que me viniera semejante idea a la cabeza. Pero no logro recordar qué fue. Sólo que me moría por poseer un cuchillo. Tanto que no pude resistirme. Eso es todo. Así que busqué en ventas por catálogo y encargué esta navaja. Nadie sabe que la llevo siempre encima, en el bolsillo. Ni siquiera mi madre. Es mi secreto. Ahora usted es la única persona que lo sabe.

—Pero mañana regreso a Tokio.

—Exacto —dijo él y una sonrisa acudió a sus labios.

Tomó la navaja, se la puso sobre la palma de la mano y la estuvo sopesando durante unos instantes. Como si su peso tuviera un significado especial. Luego me la pasó a mí por encima de la mesa. La navaja, como si fuera un animal dotado de voluntad, poseía una extraña variedad de pesos. En la parte hueca del latón se incrustaba la madera. Pese a haber permanecido tanto tiempo dentro del bolsillo, el metal tenía un tacto frío, gélido.

—Ábrala, por favor.

Apreté el resorte de la parte superior de la empuñadura y desplegué con los dedos la pesada hoja. Con un ruido seco se abrió una hojita de unos ocho centímetros. Con ella desplegada, la navaja daba la impresión de haber incrementado su peso. No era sólo lo que pesaba. Parecía que fuera a quedarse firmemente adherida a la palma de la mano. Al blandirla con vigor en todas direcciones, gracias al peso muerto, el asa apenas se deslizaba de la mano. El filo de acero dibujó agudos trazos en el aire siguiendo los movimientos de mi brazo.

—Es una navaja de primera calidad —dije—. No soy un experto, pero se adapta muy bien a la mano y el equilibrio es perfecto.

—¡Qué bien! —dijo el joven—. Pero ¿no es un poco pequeño como cuchillo de caza?

—Pues, no lo sé —respondí—. Pero eso de que sea pequeño o no depende de para qué se quiera, supongo.

—Sí, claro —dijo. Y asintió varias veces como si quisiera convencerse a sí mismo—. Sí, claro. Tiene usted razón. Según para qué se quiera usar la cosa cambia.

Cerré la hoja y le devolví la navaja. Él volvió a abrirla y, con habilidad, le

dio una vuelta en la palma de su mano. Luego, como si estuviera apuntando con un rifle, guiñó un ojo y dirigió la navaja directamente hacia la luna. Su luz se reflejó en la hoja y, por un instante, un destello iluminó el perfil del joven.

—¿Puedo pedirle un favor? —dijo—. ¿Podría usted cortar algo con ella?

—¿Cortar? ¿Por ejemplo, qué?

—Cualquier cosa. Algo que haya por aquí. Corte cualquier cosa, por favor. Yo vivo sentado en esta silla de ruedas y sólo puedo alcanzar muy pocas cosas. Así que me gustaría que usted cortara algo por mí con la navaja.

No tenía ninguna razón para negarme, así que cogí la navaja y la clavé en el tronco de una palmera que había allí cerca. Entonces corté en diagonal un trozo de corteza. Luego me hice con una plancha de estireno que había cerca de la piscina y la rajé de arriba abajo. El filo cortaba mucho más de lo que había creído.

—Es una navaja fantástica —le dije.

—Es una pieza artesanal —dijo el joven—. La verdad es que me resultó bastante cara.

Expuse la hoja de la navaja a la luz de la luna, tal como había hecho él, y me la quedé mirando. Parecía una hoja fresca de una planta feroz que acabara de surgir de una grieta abierta en la faz de la tierra aquella noche de luna llena. Probablemente, algo que ligara el exceso y la nada.

—Corte más cosas, por favor —dijo él.

Corté todo cuanto encontré. Corté cocos que habían caído al suelo, trinché grandes y gruesas hojas de plantas tropicales, corté la carta que había pegada a la entrada, reduje a astillas un montón de maderos que habían flotado hasta la playa. Cuando ya no supe qué cortar, arqueando el cuerpo lentamente como si hiciera taichi, rasgué sin un sonido el aire de la noche. Nada podía detener mis movimientos. La noche era profunda, y el tiempo, flexible y lleno a rebosar de savia. La luz de la luna llena acrecentaba sigilosamente esa hondura, esa flexibilidad.

Mientras rasgaba el aire me acordé de repente de la mujer gorda que había conocido aquella tarde. La antigua azafata de United Airlines. Tuve la sensación de que su cuerpo blanco y fofo estaba flotando a mi alrededor, amorfo como la bruma. Y las boyas, el mar, el aire, los helicópteros, y también sus pilotos, estaban inmersos en esa bruma. Intenté rajarlos a todos, a ver qué sucedía. Pero me faltaba la perspectiva adecuada y la hoja que yo blandía no llegó, por poco, a alcanzarlos. ¿Eran una ilusión? ¿O era yo, quizá, la ilusión? Fui incapaz de discernirlo. «¡Bah! No importa», pensé. «En cualquier caso, mañana ya no estaré aquí.»

—A veces tengo un sueño —dijo el joven de la silla de ruedas. El extraño eco de su voz hacía pensar que ésta procedía del fondo de un profundo agujero—. Dentro de mi cabeza hay un cuchillo clavado en diagonal en la mórbida carne de mis recuerdos. Está clavado muy hondo. Pero no me duele. Tampoco noto su peso. Sólo está ahí clavado. Yo lo contemplo desde otro lugar, como si fuera algo ajeno. Y deseo que alguien me extraiga el cuchillo. Pero nadie sabe que está ahí clavado.

Pienso en sacármelo yo mismo, pero no alcanzo con las manos. Es muy extraño. He podido clavármelo, sin embargo, ahora, no puedo extraerlo. Mientras tanto, las cosas empiezan a borrarse paulatinamente. Yo mismo voy palideciendo, poco a poco, y desaparezco. Al final sólo queda el cuchillo. El cuchillo siempre permanece hasta el final. Como el blanco fósil de un animal prehistórico que ha quedado en la orilla del mar... Éste es mi sueño.

Un día perfecto para los canguros

Al otro lado de la empalizada había cuatro canguros en total. Un macho, dos hembras y una cría recién nacida. Frente a la empalizada, sólo estábamos mi novia y yo. Para empezar, aquél no era un zoológico que gozara de gran popularidad y, encima, era lunes por la mañana. El número de animales superaba con creces al de los visitantes. No exagero. Era exactamente así, ni más ni menos.

El centro de nuestras miradas era, cómo no, la cría de canguro. ¿Había allí, por casualidad, alguna otra cosa digna de verse?

Hacía un mes que nos habíamos enterado del nacimiento del canguro por la edición local del periódico. Y durante todo el mes habíamos estado aguardando pacientemente la mañana propicia para ir a visitarlo. Sin embargo, la ocasión no acababa de presentarse. Una mañana llovía. Y la mañana siguiente, como era de esperar, también. Y la otra, el suelo estaba embarrado, y durante los dos días siguientes soplaba un viento de espanto. Una mañana a mi novia le dolía una muela; y otra era yo quien tenía que ir al ayuntamiento. Con ello no pretendo decir nada del otro mundo. Pero, si se me permite postularlo, la vida es así.

Y, de ese modo, transcurrió todo un mes. Porque un mes, en verdad, pasa en un abrir y cerrar de ojos. No logro recordar qué diablos estuve haciendo durante todo ese tiempo. Me da la impresión de que hice muchas cosas y, a la vez, de que no hice nada. Yo no me di cuenta de que había transcurrido hasta que el mes llegó a su fin y vino el cobrador del periódico.

Sí, en efecto. La vida es así.

Pese a todo, finalmente llegó el día de ir a ver al canguro. Nos despertamos a las seis de la mañana, descendimos las cortinas y, al instante, descubrimos y comprobamos que aquélla era la mañana ideal para los canguros. Nos lavamos la cara a toda prisa, desayunamos, dimos de comer al gato, hicimos la colada, nos pusimos un sombrero para protegernos del sol y salimos de casa.

—Oye, la cría de canguro todavía debe de estar viva, ¿verdad? —me preguntó mi novia en el tren.

—Pues claro. No ha salido ningún artículo diciendo que haya muerto. Si hubiese muerto, lo habríamos leído en alguna parte.

—Sin ir tan lejos, puede que esté enferma y que se la hayan llevado a algún hospital.

—Eso también habría salido en el periódico, seguro.

—O puede que esté neurótica y que se haya escondido en algún rincón.

—¿La cría?

—¡No, hombre, no! ¡La madre! Que haya sufrido un gran trauma y que se haya recluido en el rincón más oscuro de la guarida llevándose consigo al bebé.

Las mujeres, en verdad, tienen una gran capacidad a la hora de hacer

suposiciones, me admiré yo. ¡Un trauma! ¿Qué tipo de trauma podía sufrir un canguro?

—Es que, ¿sabes?, a mí me da la impresión de que si me pierdo esta oportunidad, ya no podré volver a ver jamás una cría de canguro.

—No, quizá no.

—Porque, ¿has visto tú alguna vez una cría de canguro?

—No, nunca.

—¿Y crees que volverás a ver otra en el futuro?

—Pues, ¡quién sabe! Ni idea.

—¿Ves? Por eso estoy preocupada.

—Sí, de acuerdo —argumenté yo—. Es posible que tengas razón. Pero tampoco he presenciado nunca el nacimiento de una jirafa, ni he visto nadar una ballena. ¿Por qué tanto revuelo por una cría de canguro, precisamente?

—¡Qué cosas preguntas! —dijo ella—. Pues porque se trata de un bebé canguro. No es lo mismo.

Me di por vencido y me puse a mirar el periódico. Jamás en toda mi vida he logrado derrotar a una mujer en una discusión.

La cría de canguro estaba viva, por supuesto. Ella (o él) era mucho más grande que en la fotografía del periódico y correteaba con brío por el interior de la empalizada. Más que un bebé era ya un canguro de pequeño tamaño. Este hecho decepcionó un poco a mi novia.

—Pero si ya no parece una cría.

—Sí lo parece —la consolé.

—Deberíamos haber venido antes.

Rodeé con el brazo su cintura, le di unas cariñosas palmaditas. Ella arqueó el cuello. Deseaba consolarla. Por el hecho de que el canguro hubiese crecido tanto. Claro que, por más que la consolara, lo cierto era que el canguro había crecido. Así que no dije nada.

Me dirigí al quiosco de los helados, compré dos de chocolate y, cuando regresé junto a ella, seguía apoyada en la empalizada con los ojos clavados en los canguros.

—Ya no es una cría —repetía ella.

—¿Ah, no? —repuse tendiéndole un helado.

—No. Porque si fuera una cría, estaría dentro de la bolsa de la barriga de su madre.

Asentí y le di un lametón al helado.

—Y no lo está.

Buscamos a la madre con la mirada. Al padre no nos costó descubrirlo. Era el más grande, el más tranquilo. Estaba absorto en la contemplación de las hojas verdes del cajón de la comida con un semblante que hacía pensar en un compositor de talento marchito. Las otras dos eran hembras, ambas de una complexión corporal semejante, de un color similar y de cara parecida. Cualquiera de las dos

podía ser la madre del canguro pequeñín.

—Pero una de ellas es la madre y la otra no lo es —dije yo. —Sí.

—Entonces, si la otra no es la madre, ¿qué diablos es?

Ella me respondió que no lo sabía.

Ajena a todo, la cría correteaba por el suelo, abriendo agujeros con las patas delanteras, aquí y allá, sin motivo aparente. Ella/él parecía desconocer el aburrimiento. Daba vueltas alrededor de su padre, mordisqueaba la hierba verde, excavaba en el suelo, importunaba a las dos hembras, se tendía en el suelo, volvía a incorporarse, empezaba a correr.

—¿Por qué deben de dar los canguros saltos tan rápidos? —me preguntó mi novia.

—Para huir de sus enemigos.

—¿Enemigos? ¿Qué enemigos?

—Los seres humanos —dije—. Los seres humanos matan a los canguros con *boomerangs* y, luego, se los comen.

—¿Y por qué los bebés se meten en la barriga de su madre?

—Para poder escapar juntos. Porque las crías no pueden saltar tan rápido.

—¿Qué protegidos están, ¿verdad?

—Sí —dije—. Las crías siempre lo están.

—¿Y durante cuánto tiempo las protegen?

Debería haberme leído todo lo que la enciclopedia ilustrada de animales decía sobre los canguros. Porque ese aluvión de preguntas era previsible.

—Un mes o dos, diría yo.

—Pero, entonces, esta cría sólo tiene un mes —dijo ella señalando el pequeño canguro—. Así que debería estar metida en la bolsa de su madre.

—Pues, sí —reconocí—. Tal vez.

—Oye, eso de ir metido dentro de la bolsa debe de ser fantástico, ¿no crees?

—Sí, claro.

El sol estaba ya muy alto. Desde una piscina cercana llegaba el alegre griterío de los niños. En el cielo flotaban unas nubes veraniegas de contornos recortados.

—¿Te apetece comer algo? —le pregunté.

—Un perrito caliente —dijo ella—. Y una Coca—Cola.

El puesto de perritos calientes lo llevaba un joven estudiante que trabajaba a tiempo parcial y que tenía dentro de aquel tenderete con forma de furgoneta un enorme radiocasete. Stevie Wonder y Billy Joel me amenizaron la espera mientras el perrito caliente se asaba a la plancha.

—¡Mira! —me dijo ella cuando volví a la empalizada, entonces señaló a una de las hembras—: ¡Mira! Se ha metido dentro de la bolsa.

Efectivamente, la cría se había escondido dentro de la bolsa de la que (cabe suponer) era su madre. La bolsa de la barriga aparecía grande e hinchada y sólo asomaban unas orejitas erguidas y la punta de la cola. Era una imagen maravillosa.

Valía la pena haber venido a verla.

—Debe de pesar mucho, ¿no? Ahí dentro metido.

—No te preocupes. Los canguros son muy fuertes.

—¿De verdad?

—Pues, claro. Por eso han sobrevivido hasta hoy.

Bajo los ardientes rayos del sol, la madre no parecía sudar en absoluto. Como si estuviera fumándose un pitillo en una cafetería después de haber hecho la compra en un supermercado de Aoyama a primeras horas de la tarde.

—Está bien protegido, ¿verdad?

—Sí.

—¿Crees que el bebé estará dormido? —Pues, tal vez.

Nos comimos el perrito caliente, nos bebimos la Coca—Cola y dejamos atrás la empalizada de los canguros.

Cuando nos fuimos, el padre canguro seguía buscando la nota musical perdida dentro del cajón de comida. La madre canguro con la cría, convertidas en una, se habían abandonado al discurrir del tiempo, y la canguro misteriosa brincaba dentro de la empalizada como si quisiera poner su cola a prueba.

Parecía que iba a hacer calor, por primera vez después de varios días.

—Oye, ¿nos tomamos una cerveza por ahí? —sugirió ella. —¡Vale! —dije yo.

Al pie de la angosta escalera nacía un largo corredor que se extendía en línea recta hasta el infinito. Era muy largo. Debido a la exagerada altura del techo, parecía, más que un corredor, un canal de desagüe desecado. No tenía ningún adorno. Era un simple lugar de paso. Únicamente eso. Aquí y allá había instalados unos polvorientos y ennegrecidos fluorescentes cuya luz languidecía, incierta, como si para llegar hasta allá hubiera tenido que pasar por experiencias amargas. Además, uno de cada tres fluorescentes estaba fundido. Yo ni siquiera alcanzaba a verme la palma de la mano. Reinaba un profundo silencio. Sólo se oían las pisadas extrañamente monótonas de la suela de goma de mis zapatillas de deporte sobre el suelo de hormigón.

Tal vez recorriera doscientos metros, o tal vez trescientos. No, qué va, al menos recorrí un kilómetro. Me limitaba a dar un paso tras otro, sin pensar en nada. Allí no existían ni la distancia ni el tiempo. Acabé perdiendo la noción de que avanzaba. Aunque, sin duda, seguía hacia delante. Y de pronto me encontré plantado ante el fondo del pasillo, de donde salían dos ramales, uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha.

¿El fondo del pasillo?

Me saqué del bolsillo de la americana una arrugada postal y la releí despacio.

—Tú sigue recto por el pasillo. Al fondo encontrarás una puerta. Eso ponía en la postal. Estudié detenidamente la pared del fondo, pero allí no había ninguna puerta. Ni señales de que hubiera existido alguna puerta con anterioridad, ni perspectivas de que fuera a abrirse una en el futuro. Sólo había una pared de hormigón desnuda, sin nada que mostrar aparte de las características específicas que tienen de por sí las paredes de hormigón. Ni puertas metafísicas, ni puertas simbólicas, ni puertas metafóricas. Nada. Pasé la palma de la mano por encima. Sólo hallé una pared lisa y desnuda.

Debía de haber algún error.

Ayudado en la pared de hormigón me fumé un cigarrillo. ¿Qué tenía que hacer yo? ¿Seguir hacia delante o retroceder?

Aunque, a decir verdad, mis dudas no eran propiamente dudas. Porque lo cierto era que no tenía otra salida que seguir adelante. Estaba más que harto de mi vida miserable. Harto de los plazos, de la asignación a mi ex mujer, de mi pequeño apartamento, de las cucarachas en la bañera, del metro a las horas punta. Harto de todo. Por fin había encontrado un buen trabajo. Cómodo y con un sueldo que hacía saltar los ojos fuera de las órbitas. Dos pagas extras anuales, unas largas vacaciones de verano. No iba a darme por vencido a la primera sólo porque no podía hallar una puerta. Si no la encontraba en ese momento, iría a donde fuera necesario hasta que

apareciera.

Me saqué una moneda de diez yenes del bolsillo, la arrojé al aire y la recogí con el dorso de la mano. «Cara.» Tomé el ramal de la derecha.

El corredor giraba dos veces a la derecha, una a la izquierda, bajaba diez peldaños y volvía a girar a la derecha. El aire era tan frío que parecía gelatina de café y poseía una densidad extraña. Pensé en mi paga, pensé en una agradable oficina con aire acondicionado. Era bueno tener un trabajo. Apreté el paso y avancé, más y más, por el pasillo.

Pronto vislumbré una puerta a lo lejos. Vista desde aquella distancia parecía un sello desgastado por el uso, pero, conforme iba acercándome, fue adquiriendo la apariencia de una puerta, hasta que finalmente me encontré ante ella.

Tras carraspear una vez, llamé con suavidad a la puerta, di un paso hacia atrás y esperé una respuesta. Pasaron quince segundos, pero no sucedió nada. Volví a llamar, esta vez un poco más fuerte, y retrocedí otro paso. Tampoco sucedió nada.

A mi alrededor, el aire empezó a condensarse lentamente.

Presa de la inquietud, me disponía a dar un paso hacia delante y llamar por tercera vez cuando la puerta se abrió sin hacer ruido. Se abrió con una naturalidad absoluta, como empujada por una ráfaga de viento, aunque, por supuesto, no se había abierto sola. Se oyó el chasquido del interruptor de la luz y un hombre apareció ante mis ojos.

El hombre debía de tener unos veinticinco años y era unos cinco centímetros más bajo que yo. El agua aún le goteaba del pelo recién lavado y su cuerpo desnudo estaba envuelto en un albornoz de color marrón. Tenía las piernas sorprendentemente blancas y debía de calzar un treinta y cinco de pie. Las facciones de su rostro eran tan poco pronunciadas como las de un álbum de prácticas de dibujo, pero las comisuras de los labios se le curvaban ligeramente en una sonrisa de disculpa. No parecía mala persona.

—Perdone, pero es que estaba en el baño, ¿sabe? —dijo el hombre.

—¿En el baño? —pregunté y, en un acto reflejo, miré mi reloj de pulsera.*

—Son las normas. Aquí tenemos que bañarnos siempre después del almuerzo.

—¡Ah! Comprendo —dije.

—¿En qué puedo servirle?

Me saqué la postal del bolsillo y se la entregué. El hombre la sujetó con las puntas de los dedos para no mojarla y la leyó varias veces. —Me he retrasado cinco minutos. Lo siento —me disculpé yo.

—¡Humm! ¡Humm! —El hombre leyó la postal asintiendo y luego me la devolvió—. Así que va a trabajar usted aquí.

—Sí, en efecto.

* Los japoneses suelen tomar el baño por la noche. (N. de la T)

—No sabía que hubieran contratado a un nuevo empleado. En fin, voy a anunciarle a mi superior. Mi trabajo consiste únicamente en abrir la puerta y anunciar a la gente.

—Muchas gracias.

—Por cierto, ¿podría darme la contraseña?

—¿La contraseña? —repuse yo.

—¿No la conoce?

Desconcertado, sacudí la cabeza.

—No recuerdo que me hayan hablado de ella.

—¡Vaya por Dios! Tengo órdenes estrictas de mi superior de no dejar pasar a nadie que desconozca la contraseña.

Era la primera noticia que tenía de que existiera una contraseña. Volví a sacar la postal del bolsillo, pero, efectivamente, no se mencionaba nada al respecto.

—Debe de habersele olvidado —dije—. Las indicaciones para llegar hasta aquí tampoco eran exactas. En fin, ¿puede usted anunciarme a su superior? Creo que, si lo hace, todo se aclarará. Me han contratado para trabajar aquí a partir de hoy. Y su superior debe de saberlo. Anúncieme, se lo ruego.

—No, imposible. Para ello se necesita la contraseña —dijo él haciendo ademán de buscarse un paquete de tabaco en el bolsillo, pero el albornoz no tenía bolsillos, por desgracia. Le ofrecí un cigarrillo de los míos y le prendí fuego con el encendedor.

—¡Oh! Muchísimas gracias. Veamos... ¿Así que no se acuerda usted de nada que pudiera ser una contraseña?

Una pregunta inútil. ¿Cómo se me iba a ocurrir de repente una contraseña que no había oído ni visto jamás? Sacudí la cabeza.

—No piense que me gusta crearle dificultades. Pero los superiores, ¿sabe?, tienen sus propias ideas. Usted me comprende, ¿verdad? Yo no sé cómo es mi superior, jamás lo he visto. Pero a ese tipo de personas les gusta tener a los demás en un puño. Por favor, no se lo tome como algo personal.

—No, claro que no.

—¿Sabe? El tipo que estaba aquí antes que yo se compadeció de uno que había olvidado la contraseña y, a pesar de ello, lo anunció. ¿Y sabe qué ocurrió? Pues que lo despidieron. Despido inmediato. Un «mañana no hace falta que vengas» y a la calle. Y, como usted sabrá, hoy en día es muy difícil encontrar trabajo.

Asentí.

—Oiga, ¿y una pista? ¿No podría darme usted alguna pista? Todavía apoyado en la pared, el hombre expulsó al aire el humo del cigarrillo.

—Eso también está prohibido.

—Bastaría con una pista pequeñita.

—Si, por una casualidad, lo descubrieran, me vería metido en un buen lío, ¿sabe usted?

—Yo me callaré. Y usted también. No veo cómo podrían enterarse —dije. Para mí, aquel asunto revestía una gran importancia. No pensaba claudicar a la primera.

Tras dudar unos instantes, el hombre me cuchicheó en voz muy baja:

—Mire usted. Es una sola palabra. Y es algo que tiene que ver con el agua. Cabe en la palma de la mano, pero no se come. Ahora me tocaba a mí pensar.

—¿Y por qué letra empieza?

—Por la «S» —dijo.

—Salitre —aventuré.

—No —dijo él—. Tiene dos más.

—¿Dos más qué?

—Dos oportunidades más. Si falla, se acabó. Lo siento, pero me estoy exponiendo mucho al contravenir las normas tal como lo estoy haciendo. No puedo esperar horas y horas a que lo adivine.

—Agradezco mucho la oportunidad que me ofrece —dije yo—. ¿Pero no podría darme alguna pista más? Decirme cuántas letras tiene, por ejemplo hombre

El hombre puso cara hosca.

—A este paso, va a acabar pidiéndome que cante de plano. —¿Cómo se le ocurre a usted eso! —exclamé—. No, claro que no. Me conformo con que me diga cuántas letras tiene.

—Nueve —respondió él suspirando con resignación—. Lo que me decía mi padre: «Dale a alguien la mano y te acabará cogiendo el brazo». —Lo siento muchísimo, de veras —me disculpé.

—Vale. ¡Ahí va! Tiene nueve letras.

—Guarda relación con el agua, cabe en la palma de la mano y no se puede comer.

—Exacto.

—Y empieza por «S» y tiene nueve letras.

—Sí.

Me estrujé los sesos.

—Somorgujo —dije.

¡Oiga, que los somorgujos se comen.

—¿De veras?

—Yo diría que sí. Claro que muy buenos no creo que estén —aventuró él, no muy convencido—. Y, además, no caben en la palma de la mano.

—¿Ha visto alguna vez un somorgujo?

—No —respondió él—. Yo, de pájaros, no entiendo. Yo he crecido en Tokio. Si me pregunta las estaciones de la línea Yamanote por orden, se las diré todas. Pero, somorgujos, jamás he visto uno. Ni siquiera sé qué pinta tienen.

Tampoco yo, claro está. No había visto uno solo en toda mi vida. Pero era el único animal de nueve letras que empezara con «S» que se me había ocurrido. La palabra «somorgujo» me había venido a la cabeza, así, por las buenas, en un acto

reflejo.

—¡Somorgujo! —insistí. Hablé con decisión—: Los somorgujos de un palmo saben tan horrorosamente mal que ni siquiera los perros se los comen.

—¡Eh! ¡Oiga! ¡Espere un momento! —dijo él—. Usted podrá decir lo que quiera, pero la contraseña no es «somorgujo». Su razonamiento no es correcto.

—Pero si el somorgujo guarda relación con el agua, cabe en la palma de la mano y no se puede comer. Además, tiene nueve letras. Todo encaja.

—¡Que no! Su teoría falla.

—¿Y dónde? Si se puede saber.

—En que la contraseña no es «somorgujo».

—¿Cuál es entonces?

Se quedó unos instantes sin palabras.

—No se la puedo decir.

—Porque no existe —declaré yo con la mayor frialdad posible—. Aparte del somorgujo, no hay nada relacionado con el agua que quepa en la palma de la mano y que tenga nueve letras.

—Lo hay. Claro que lo hay —dijo él con voz llorosa.

—No.

—Sí.

—Usted no tiene ninguna prueba de que exista —dije—. Y, además, el somorgujo reúne todas las condiciones, ¿o no?

—Pero... Creo que cabe la posibilidad de que haya en alguna parte un perro al que le gusten los somorgujos de un palmo.

—Entonces, dígame de qué tipo de perro se trata y dónde puedo encontrarlo. Pruébelo con un ejemplo concreto. A ver.

—Pues... —gimió.

—No hay nada que yo no sepa de perros y le aseguro que jamás he visto a uno al que le gusten los somorgujos de un palmo.

—¿Tan mal saben? —preguntó el hombre con timidez. —Horriblemente mal.

—¿Ha comido usted alguno?

—¡Pues claro que no! Dígame. ¿Por qué iba a comer yo una cosa tan asquerosa?

—No, claro. Tiene razón —admitió él.

—Bueno, ¿hace usted el favor de anunciarme a su superior? —le exhorté con resolución—. ¡Somorgujo!

—Me rindo —dijo él. Se secó el pelo con la toalla—. Voy a anunciarle. Pero no creo que sirva de nada.

—Gracias. Estoy en deuda con usted —dije.

—Sí, pero, dígame. ¿Los somorgujos de un palmo existen de verdad?

—Seguro que en algún lugar habrá alguno —contesté. ¿Por qué me había venido de repente aquella palabra a la cabeza?

El somorgujo de un palmo se limpió los cristales de las gafas con un paño de terciopelo y exhaló otro suspiro. Le dolía la muela derecha de la mandíbula inferior. «Otra vez tendré que ir al dentista», pensó. Ya estaba harto. El mundo estaba lleno de cosas absurdas. Los dentistas, la declaración de renta, las letras del coche, las averías del aparato de aire acondicionado... Recostó la cabeza en el respaldo del sillón de piel, cerró los ojos y dejó que sus pensamientos vagaran sobre la muerte. La muerte era silenciosa como el fondo del mar, dulce como una rosa de mayo. El somorgujo pensaba últimamente a menudo en la muerte. Se imaginaba a sí mismo muerto, sumido en un sueño eterno.

Aquí descansa el somorgujo de un palmo. Esto es lo que grabarían en su lápida.

Entonces sonó el interfono.

—¿¡Qué pasa!?! —gritó de mal humor el somorgujo de un palmo en dirección a la máquina.

—Una visita —anunció la voz del portero—. Dice que hoy empieza a trabajar aquí. Ya ha dado la contraseña.

El somorgujo de un palmo frunció el entrecejo y miró el reloj de pulsera.

—Llega quince minutos tarde.

Los gatos antropófagos

En el periódico que compré en el puerto había un artículo sobre una anciana devorada por sus tres gatos. El suceso había ocurrido en una pequeña ciudad de las afueras de Atenas. La fallecida tenía setenta años y llevaba una vida solitaria. Vivía sola con sus tres gatos en un apartamento de una sola habitación. Pero un día, de repente, tuvo un ataque cardíaco, o algo por el estilo, cayó de bruces sobre el sofá y falleció. Se desconoce cuánto tiempo transcurrió entre el momento del desmayo y la hora de la muerte. Pero, por lo visto, no llegó a recobrar el conocimiento. La anciana no tenía ningún amigo o familiar que la visitara con asiduidad, así que tardaron en torno a una semana en descubrir su cadáver.

Tanto la puerta como la ventana estaban cerradas a cal y canto, así que, al morir su dueña, los gatos quedaron encerrados en la habitación sin poder salir. Dentro no había nada de comer. En el frigorífico probablemente debía de haber comida, pero los gatos, por desgracia, son incapaces de abrir la puerta de una nevera. Así pues, los tres gatos, acuciados por un hambre atroz, acabaron devorando la carne de su dueña muerta.

Le leí este artículo a Izumi, que me escuchaba sentada al otro lado de la mesa en la cafetería. Se había convertido en una rutina de nuestra sencilla vida diaria en la isla: caminar hasta el puerto cuando hacía buen tiempo, comprar un periódico en inglés publicado en Atenas, pedir un café en la cafetería de al lado de la oficina de aduanas y traducirle yo a Izumi, a grandes rasgos, algún artículo interesante cuando lo había. Y si el artículo daba lo suficiente de sí, ambos discutíamos luego un rato sobre él. Ella hablaba inglés con fluidez y, de haber querido, habría podido leer el periódico sin mi ayuda. Pero yo no la vi nunca con un periódico en las manos.

—Me gusta que me lean en voz alta —me dijo Izumi—. Sentarme en algún rincón soleado y que, a mi lado, alguien me vaya leyendo algo... Cualquier cosa, no importa qué. Un periódico, un libro de texto, una novela... Y yo ir escuchándolo, inmóvil, mientras miro el cielo o el mar. Éste ha sido mi sueño desde que era pequeña. Pero jamás había encontrado a nadie que lo hiciera realidad. Así que tú, ¿cómo te lo diría?, tú has subsanado esa carencia. Además, tienes una voz muy bonita.

Allí había cielo, había mar. Y, por suerte (condición indispensable), a mí no me molestaba en absoluto hacerlo. En Japón solía leerle cuentos ilustrados a mi hijo. Cuando leía un texto en voz alta, a diferencia de cuando lo seguía con la mirada, brotaba algo dentro de mi cabeza. Algo que poseía una resonancia especial, cierta turgencia. Algo que me parecía muy hermoso.

Leía el artículo despacio tomando pequeños sorbos del amargo café que había en la tacita. Tras leer unas cuantas líneas hacía una pausa, las traducía del

inglés al japonés para mis adentros y, luego, se las leía a Izumi en voz alta. Unas abejas se acercaron y empezaron a libar con laboriosidad la mermelada que el cliente anterior había dejado caer sobre la mesa. Libaban un rato la mermelada y, entonces, como si se acordaran de repente de algo, alzaban el vuelo, revoloteaban por los alrededores con un zumbido solemne y, poco después, como si volvieran a acordarse de algo, se posaban de nuevo súbitamente sobre la mesa.

Cuando terminé de leer el artículo, Izumi continuó en la misma posición, con ambos codos sobre la mesa, inmóvil, esperando a que prosiguiera. Apoyaba la punta de los dedos de la mano derecha en los de la izquierda formando un triángulo. Me puse el periódico sobre las rodillas y me quedé contemplando unos instantes sus diez largos dedos. Izumi me miraba fijamente por el espacio que se abría entre ellos.

—¿Y qué más? —me preguntó.

—Eso es todo —le dije, agarré el periódico y lo doblé en cuatro. Me saqué un pañuelo del bolsillo y me limpié la espuma del café que tenía adherida a los labios—. Al menos aquí no pone nada más.

—¿Y qué crees que habrá sido de los gatos?

Me la quedé mirando y, luego, me guardé el pañuelo en el bolsillo. —Pues no lo sé. Aquí no dice nada sobre eso.

Izumi torció ligeramente los labios hacia un lado. Tenía esa costumbre. Cuando se disponía a dar su opinión sobre algo (la mayoría de las veces, bajo la forma de una breve declaración), siempre fruncía los labios hacia un extremo del rostro como si estuviera alisando las arrugas de una sábana estirando en una sola dirección. Al poco de conocernos, me fascinaba ese gesto.

—Los periódicos en todas partes son iguales. Nunca ponen lo que a uno realmente le interesa saber.

Cogió un cigarrillo de un paquete nuevo de Salem, se lo llevó a los labios y lo encendió con una cerilla. Ella fumaba una cajetilla diaria. Por la mañana empezaba una nueva y la iba consumiendo a lo largo del día. Yo no fumo. Mi mujer me obligó a dejarlo hace cinco años, cuando estaba embarazada.

—Lo que a mí me gustaría saber —dijo ella tras exhalar en silencio una bocanada de humo que se quedó suspendida en el aire—, es qué les ha sucedido a esos gatos. Si los han matado por el hecho de haber comido carne humana. O si les han acariciado la cabeza diciéndoles: «¡Pobrecillos! Para vosotros también habrá sido espantoso», y los han absuelto. ¿A ti qué te parece?

Reflexioné sobre ello mientras contemplaba las abejas que había encima de la mesa. La imagen de las diligentes abejas libando sin tregua la mermelada se superpuso dentro de mi cabeza a la de los tres gatos que devoraban el cadáver de la anciana. A lo lejos se oyó el chillido de una gaviota que solapó el zumbido de las abejas. Por unos segundos, mi conciencia vagó por la frontera entre lo real y lo irreal. ¿Dónde estaba yo en aquellos momentos? ¿Y qué estaba haciendo? Experimenté serias dificultades para comprenderlo. Respiré hondo, contemplé el

cielo y, luego, dirigí los ojos hacia Izumi.

—No tengo la menor idea.

—Piénsalo un poco. Si tú fueras el alcalde de esa ciudad, o el jefe de policía, ¿qué harías con los gatos?

—Los metería en un reformatorio. Y haría que se volvieran vegetarianos — dije.

Izumi no se rió. Dio una calada a su cigarrillo y, luego, exhaló el humo despacio.

—A mí todo eso me recuerda a una parábola que me contaron al empezar secundaria. Ya te lo había dicho, ¿verdad? ¿Que fui durante seis años a una escuela católica terriblemente estricta? La enseñanza primaria la cursé en la escuela del barrio, pero, a partir de secundaria, estudié allí. Justo después de la ceremonia de ingreso venía el cuento moral. La madre superiora nos reunió a todas las nuevas, se subió al púlpito y nos aleccionó en la doctrina católica. Nos contó varias parábolas, pero la que recuerdo mejor... En realidad, la única de la que me acuerdo... es la historia del naufrago que va a parar, junto con un gato, a una isla desierta.

—¡Vaya! Parece interesante —dije.

—Tu barco naufraga y tú llegas a una isla desierta. En el bote sólo estáis tú y el gato. En la isla no hay nada comestible. Y en el bote sólo hay agua y galletas para que una persona pueda subsistir durante diez días. En esto consistía la historia. Entonces la monja nos hacía la siguiente pregunta: «Niñas, imaginaos que os encontráis en esta situación. Cerrad los ojos y representaos la imagen. Estáis con un gato en una isla desierta. Casi no tenéis comida. Cuando se termine, moriréis. ¿Entendido? Tenéis hambre, tenéis sed y vais a morir. ¿Qué haríais vosotras? ¿Os partiríais esa mísera comida con un gato? No. No deberíais hacerlo. Sería un error. No deberíais compartir vuestra comida con un gato. Porque vosotras sois criaturas elegidas por el Señor y el gato no lo es. Por lo tanto, vosotras deberíais comeros solas las galletas». Y nos lo decía con una cara muy seria. Al oírlo, yo me quedé de piedra. ¿Por qué les contarían semejante historia a unas niñas que acababan de entrar en la escuela? Me impresionó mucho y me pregunté dónde me había metido.

Izumi y yo vivíamos en una casita que habíamos alquilado en una pequeña isla griega. Era temporada baja y, además, aquélla era una isla muy poco frecuentada por los turistas, así que el alquiler era bajo. Antes de llegar a la isla, ni Izumi ni yo habíamos oído su nombre. La isla estaba tan cerca de la frontera con Turquía que los días despejados se vislumbraban en el horizonte las azules montañas del territorio turco. Los griegos bromeaban diciendo que cuando el viento soplabla con fuerza llegaba el olor a *kebab*. Pero teníamos Asia Menor tan a la vista que aquello ni siquiera parecía una broma. De hecho, la costa turca se encontraba más cerca que cualquier otra isla griega.

En la plaza del puerto se levantaba la estatua de un héroe de las luchas por la

Independencia. El héroe, sumándose a la insurrección que se extendía en aquellos momentos por Grecia, encabezó una valiente rebelión contra el ejército turco que ocupaba la isla, pero fue apresado y condenado a morir empalado. Los turcos plantaron una afilada estaca en la plaza del puerto, desnudaron al infortunado héroe y lo clavaron en su punta. Impelida por el peso del cuerpo, la estaca fue introduciéndose por el ano hasta llegar a la boca del héroe, lentamente, por lo que éste tardó mucho en morir. La estatua estaba emplazada justo en el lugar donde, al parecer, clavaron la estaca. En la época *en* que la fundieron, debió de ser una majestuosa e imponente estatua de bronce, pero por entonces, a causa de la inevitable erosión causada por el aire del mar, por el polvo y los excrementos de gaviota, más el paso del tiempo, apenas podían distinguirse sus facciones. Ninguno de los habitantes de la isla prestaba la menor atención a la sucia y arruinada estatua de bronce y a ella, por su parte, parecía importarle ya muy poco lo que sería de la isla, de la patria y del mundo. Nosotros tomábamos café o cerveza en la terraza de la cafetería que estaba delante de la estatua y solíamos matar el tiempo contemplando el puerto, los barcos, las gaviotas o la cordillera turca que se extendía a lo lejos. Aquél era, literalmente, el fin de Europa. Allí soplaban el viento del fin del mundo, se alzaban las olas del fin del mundo, flotaba el aroma del fin del mundo. Te gustara o no, así era el fin de un mundo. El lugar estaba teñido por los colores del inmovilismo y era imposible escapar de ellos. A mí me daba la sensación de estar siendo absorbido, en silencio, hacia el territorio de un cuerpo extraño. Una cosa ajena que se hallaba más allá del fin, vaga, extrañamente amable. Y la huella de aquel cuerpo extraño se apreciaba en los rostros de la gente del puerto, en sus miradas y en su piel. A veces no lograba hacerme a la idea de que yo también formaba parte de aquel lugar.

Por más que recorriera con los ojos el paisaje que me rodeaba, por más que respirara su aire, no podía ligarlo orgánicamente a mí. Y yo pensaba: «¿Qué diablos estoy haciendo en un sitio como éste?».

Dos meses atrás, yo vivía con mi esposa y con mi hijo de casi cuatro años en un apartamento de tres habitaciones de Unoki. El piso no era muy grande, pero era confortable. Constaba de nuestro dormitorio, un cuarto para el niño y una habitación que yo utilizaba como estudio. La vista era fabulosa, el lugar tranquilo. Los fines de semana íbamos los tres a pasear por las orillas del río Tone. En primavera, los cerezos florecían en sus riberas. Montaba al niño en la bicicleta y nos íbamos a ver los entrenamientos del equipo B de los Kyojin.*

Yo trabajaba en una empresa de tamaño medio especializada en el diseño y la maquetación de libros y revistas. Por más que hiciera de diseñador, mi trabajo, en sí mismo, era más bien técnico y estaba desprovisto de la brillantez y creatividad que se le supone, pero a mí me gustaba mucho. No quiero decir con

* Nombre de un famoso equipo de béisbol de Tokio. (*N. de la T*)

ello que no tuviera ninguna queja y que me divirtiera siempre. Solía tener más trabajo del que podía hacer y varias noches al mes me las pasaba trabajando sin poder dormir. Algunas de las tareas que realizaba eran aburridas. Con todo, en mi lugar de trabajo yo gozaba de una relativa paz y libertad. Llevaba mucho tiempo en la empresa y, por lo tanto, dentro de ciertos límites, podía escoger los proyectos de los que encargarme y expresar mi opinión. No tenía ni jefes odiosos ni compañeros desagradables. El sueldo no estaba mal. Por lo tanto, de no haber ocurrido nada, probablemente hubiera seguido trabajando en aquel lugar de forma indefinida. Y, al igual que el río Moldau (o, hablando con propiedad, al igual que las aguas del río Moldau del que aquéllas toman su nombre), mi vida habría ido fluyendo inexorablemente hacia el mar.

Izumi era diez años menor que yo. Nos conocimos en una reunión de trabajo. Desde el primer instante quedamos prendados el uno del otro. En esta vida pasa a veces, aunque muy pocas. Nos vimos en tres o cuatro ocasiones, siempre por cuestiones laborales. Yo fui a su empresa, ella vino a la mía. Por más que diga que nos vimos, nunca fue por mucho tiempo, tampoco estuvimos nunca a solas. Ni tocamos ningún tema personal. Pero, cuando terminó el trabajo, me embargó una profunda tristeza. Me sentí como si me hubieran arrebatado de forma injusta algo que me era imprescindible. Era un sentimiento que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Posiblemente a Izumi le ocurriera lo mismo. Una semana después, ella me llamó a la empresa por un asunto laboral sin importancia. Charlamos un rato. Yo bromeé y ella se rió. Y la invité a tomar una copa. Fuimos a un pequeño bar y charlamos mientras tomábamos algo. Casi no recuerdo de qué hablamos en aquella ocasión. Pero los temas de conversación fueron surgiendo, uno tras otro, con una facilidad asombrosa. Cualquiera tema nos parecía interesante, hubiéramos podido seguir conversando hasta la eternidad. Yo entendía con una claridad meridiana lo que ella quería decirme y, aquello que yo nunca había logrado explicar bien a los demás, a ella se lo podía transmitir con una precisión pasmosa. Ambos estábamos casados, ninguno de los dos nos sentíamos especialmente insatisfechos con nuestra vida matrimonial. Ambos queríamos a nuestros cónyuges y los respetábamos. Sé por experiencia que, en la vida, sólo en contadísimas ocasiones encontramos a alguien a quien podamos transmitir nuestro estado de ánimo con exactitud, alguien con quien podamos comunicarnos a la perfección. Es casi un milagro, o una suerte inesperada, hallar a esa persona. Seguro que muchos mueren sin haberla encontrado jamás. Y, probablemente, no tenga relación alguna con lo que se suele entender por amor. Yo diría que se trata, más bien, de un estado de entendimiento mutuo cercano a la empatía.

Luego, Izumi y yo volvimos a vernos, tomamos una copa, hablamos. Su marido solía regresar tarde a casa por cuestiones de trabajo, así que ella podía disponer de su tiempo con una relativa libertad. Cuando hablábamos, las horas se

nos pasaban en un santiamén. A menudo, al mirar el reloj, nos dábamos cuenta con sobresalto de que se acercaba la hora del último tren. Siempre me costaba dejarla. Hubiese querido hablar más, y a ella le sucedía lo mismo.

Después nos acostamos. Sucedió con la mayor naturalidad del mundo, sin que ninguno de los dos lo propusiera. Tanto para ella como para mí era la primera relación sexual que manteníamos fuera del matrimonio. Pero no nos sentimos culpables por ello. Porque necesitábamos hacerlo. Desnudarla, acariciarla, abrazarla, penetrar en ella y eyacular era una parte más de nuestras conversaciones. Era tan natural que, si bien no tuvimos sentimiento de culpabilidad, tampoco nos produjo un placer carnal de aquellos que desgarran el corazón. Era un acto tranquilo, agradable y sencillo. Lo más maravilloso eran las conversaciones que manteníamos apaciblemente en la cama después de hacer el amor. Eran unos momentos inapreciables. Entre las sábanas, abrazaba su cuerpo desnudo, ella se acurrucaba entre mis brazos y, en una voz tan queda que sólo nosotros podíamos oír, hablábamos de cosas que únicamente nosotros entendíamos.

Nos veíamos siempre que teníamos ocasión. Quedábamos, tomábamos una copa, hablábamos y, si nos sobraba tiempo, nos acostábamos y, si no, nos despedíamos. Tanto nos daba una cosa como la otra. Sorprendentemente (o quizá no lo sea en absoluto), estábamos convencidos de que era posible mantener esa situación de forma indefinida. Es decir, que creíamos que nuestro matrimonio era nuestro matrimonio y que la relación entre ella y yo podía existir de una manera paralela, sin que se produjeran interferencias entre ambas circunstancias. Porque nosotros estábamos convencidos de que nuestra relación no iba a influir en nuestra vida matrimonial. Cierto que manteníamos relaciones sexuales, pero ¿qué daño hacíamos a los demás con ello? Cierto que cada noche que veía a Izumi llegaba tarde a casa y tenía que mentirle a mi mujer y eso me hacía sentir culpable. Pero, en realidad, nosotros no traicionábamos a nadie. La relación entre Izumi y yo, si se me permite la expresión, era una comunicación total en aspectos limitados de la vida.

De no haber ocurrido nada, no tengo la menor idea de qué rumbo hubiera tomado la relación entre Izumi y yo. Tal vez hubiéramos seguido llevándonos bien eternamente, hablando, tomándonos vodkas con tónica y acostándonos en algún hotel. O, tal vez, con el paso del tiempo nos hubiéramos hartado de mentirles a nuestros cónyuges, nos hubiéramos ido distanciando de manera natural y hubiéramos acabado volviendo a nuestra apacible vida familiar. Creo que, en ninguno de los dos casos, las cosas hubieran acabado mal. No tengo la certeza, pero me da esa impresión. Sin embargo, por una estúpida casualidad (posiblemente era algo que debía suceder más tarde o más temprano), el marido de Izumi descubrió nuestra relación. Después de interrogarla con dureza se presentó en mi casa. Estaba descompuesto, fuera de sí. Y la mala suerte quiso que en casa estuviera únicamente mi mujer. La situación tomó un cariz trágico. Mi mujer me pidió explicaciones. Izumi acababa de confesarlo todo, así que no hubo manera de

enmascarar los hechos. Y le conté toda la verdad.

—No tiene nada que ver con el amor —le dije—. Esa relación tiene unos límites muy estrictos. Lo que hay entre Izumi y yo es algo completamente distinto a lo que hay entre tú y yo. La prueba es que, mientras la veía a ella, tú jamás has notado nada. Y eso, ¿a qué crees que se debe? Pues a que es un tipo de relación muy distinto.

Pero mi mujer hizo oídos sordos a mis explicaciones. Recibió un duro golpe, se quedó literalmente helada. No quiso volver a hablarme. Al día siguiente cargó sus cosas en el coche, cogió al niño y se fue a casa de sus padres, a Chigasaki. La llamé varias veces, pero mi mujer se negó a hablar conmigo. Quien sí se puso al teléfono fue mi suegro. Me dijo que no quería oír excusas peregrinas y que no permitiría que su hija volviera con un individuo de mi calaña. En principio, su padre se había opuesto rotundamente a nuestro matrimonio, así que aquello no hizo más que confirmar sus peores augurios y el hombre se dedicó a meter más cizaña aún.

Desconcertado, me tomé unos días de descanso; los pasé solo en casa, tumbado sin hacer nada. Pero Izumi me llamó. También ella estaba sola. Su marido (aunque él, después de golpearla, había cogido unas tijeras y se había puesto a cortar toda la ropa de Izumi, desde los abrigos hasta la ropa interior) también se había ido de casa.

—Ni siquiera sé adónde ha ido. Pero, en mi caso, no hay nada que hacer —me dijo—. No hay manera de arreglarlo. Él ya no volverá.

Se echó a llorar. Ella y su marido habían sido novios desde que iban al instituto. Quise consolarla, pero no había consuelo posible.

—¿Y si fuéramos a tomar una copa? —me propuso Izumi.

Nos dirigimos al barrio de Shibuya y estuvimos bebiendo sin parar en un bar que no cerraba en toda la noche. Yo, vodka gimlets y ella daiquiris. Nos tomamos tantos que era imposible contarlos. Sin embargo, aquella noche apenas hablamos. Al amanecer caminamos hasta el distrito de Harajuku para quitarnos la resaca, tomamos café y desayunamos en un Royal Host. Fue entonces cuando Izumi me propuso ir a Grecia.

—¿A Grecia? —pregunté yo.

—Ya me dirás qué hacemos en Japón —respondió ella mirándome a los ojos.

Intenté reflexionar al respecto. Pero tenía el cerebro embotado por el alcohol y me costaba hilvanar las ideas.

—Yo siempre he querido ir a Grecia. Es mi sueño. Me hubiera gustado mucho ir allí de viaje de novios, pero no nos alcanzó el dinero. ¡Venga! ¡Vayámonos a Grecia! Allí podríamos vivir un tiempo, descansando sin pensar en nada. Total, en la situación en la que estamos, en Japón no haremos más que deprimimos.

A mí no me atraía Grecia especialmente, pero estaba de acuerdo con Izumi

en que no había nada que yo pudiera hacer en Japón en aquellos momentos. Contamos el dinero del que disponíamos. Ella tenía ahorrados unos dos millones y medio de yenes. Yo podía disponer libremente de un millón y medio. Cuatro millones en total.

—Con cuatro millones de yenes, en un pueblo de Grecia, podríamos vivir unos años —me dijo Izumi—. Los dos billetes de avión, si los ^compramos de esos de bajo coste, nos saldrán por unos cuatrocientos mil yenes. O sea, que nos quedarán tres millones seiscientos mil yenes. Si gastáramos unos cien mil al mes, pues podríamos quedarnos unos tres años. Pon dos años y medio, contando los extras. Fabuloso, ¿no? ¡Venga! ¡Vamos! Y después ya veremos lo que pasa.

Eché una mirada a mi alrededor. A primera hora de la mañana el Royal Host estaba lleno de parejas jóvenes. Posiblemente fuésemos los únicos en sobrepasar los treinta años. Pero seguro que no había otra pareja a la que hubieran pillado en flagrante adulterio y que, tras perder a su familia, estuviera planeando huir a Grecia llevándose todo el dinero consigo. «¡Uf!», pensé. Me quedé un buen rato contemplando la palma de mi mano. ¿Tenía aquel extraño asunto algo que ver conmigo?

—De acuerdo —dije—. Vámonos.

Al día siguiente presenté mi carta de dimisión. Mi jefe, por lo visto, ya intuía lo que me estaba pasando y se ofreció a concederme unas largas vacaciones. En la empresa todo el mundo se mostró muy sorprendido ante mi marcha, pero nadie se empeñó en hacerme cambiar de idea. Me asombró lo fácil que resultaban las cosas una vez intentabas llevarlas a la práctica. De hecho, si estás dispuesto, en este mundo hay muy pocas cosas que no puedas dejar. No, tal vez no haya ninguna. Y, puestos a dejar las cosas atrás, acabas queriéndolo dejar absolutamente todo. Como sucede en el juego, cuando, tras perder casi todo el dinero, acabas por apostar todo el que te queda. Porque te da pereza retirarte a medias llevándote lo poco que todavía tienes.

Metí todo lo que consideré necesario en una Samsonite de tamaño medio de color azul. Maleta en mano, tomé con Izumi un avión que seguía la ruta del sur. En volumen, su equipaje era similar al mío.

Cuando estábamos sobrevolando Egipto, me aterroricé al pensar que alguien, por equivocación, podía llevarse mi maleta en algún aeropuerto. Samsonite azules como la mía debía de haberlas por decenas de millares en el mundo. ¿Y si, una vez llegara a mi destino y abriese la maleta, me encontrara con las pertenencias de otra persona? No era imposible. Al pensarlo, me asaltó un pánico tan grande que yo mismo me asombré. Si se perdiera la maleta, aparte de Izumi no me quedaría nada que me ligara a mi vida. Mientras le daba vueltas a eso en la cabeza, tuve la sensación de que había perdido mi esencia como ser humano. Era la primera vez en la vida que tenía una sensación tan extraña. Yo había dejado de ser yo. El que

estaba allí no era mi yo auténtico, sino un sucedáneo que había tomado mi forma. Y mi conciencia, sin darse cuenta, había seguido por equivocación a aquel otro yo. Mi conciencia estaba terriblemente confusa. Se decía a sí misma que debía regresar a Japón y volver a entrar en el cuerpo al que en verdad pertenecía. Pero el avión estaba sobrevolando Egipto. Era imposible volver atrás. Sentía la carne de aquel yo provisional como si estuviera hecha de estuco. Rascándola con las uñas se podía desmenuzar, convertir en polvo. Empecé a temblar violentamente. No podía parar. Me dije que si continuaba temblando de aquella forma, acabaría haciéndome añicos, deshaciéndome. El aire acondicionado debía de funcionar bien, pero el sudor empezó a manar de todos los poros de mi piel, empapándome la camisa. Mi cuerpo exhalaba un olor nauseabundo. Mientras tanto, Izumi me agarraba la mano. De vez en cuando, me pasaba un brazo por los hombros. No dijo nada. Pero parecía saber perfectamente cómo me sentía. Duró unos treinta minutos. Hubiera deseado morir. Hubiera querido poner la boca del cañón de la pistola contra mi oreja y apretar el gatillo. Y reducir a un único montón de polvo mi conciencia y mi cuerpo. Ése era mi único deseo en aquellos momentos.

Pero, cuando dejé de temblar me sentí de repente más ligero. Relajé la tensión de los hombros, me abandoné al paso del tiempo. Y caí en un profundo sueño. Cuando abrí los ojos, ya estábamos volando sobre las azules aguas del Egeo.

El mayor problema de la vida que llevábamos en la isla era que casi no teníamos nada que hacer. No trabajábamos, no conocíamos a nadie. En la isla no había ni cine ni pistas de tenis. Tampoco disponíamos de libros. Habíamos salido tan apresuradamente de Japón que ni siquiera se nos había ocurrido traernos algunos libros. Cuando terminé de releer por segunda vez las dos novelas que había comprado en el aeropuerto y las tragedias de Esquilo que se había traído Izumi, ya no me quedó nada que leer. En el quiosco del puerto vendían algunas novelas de bolsillo, en inglés, para los turistas, pero no había ninguna que despertara mi interés. A mí me apasionaba la lectura, de modo que la falta de libros me resultaba muy difícil de soportar. Antes, en cuanto tenía un rato libre, prácticamente me sumergía en los libros. Y ahora que disponía de todo el tiempo del mundo para leer, qué ironía, no tenía ninguno a mano.

Izumi se había traído un manual de griego moderno y se dedicaba a estudiar el idioma. Siempre llevaba consigo unas fichas que había elaborado con las conjugaciones de los verbos griegos y, en cuanto tenía un instante, iba recitándolas como si fueran un conjuro. Cuando íbamos de compras, hablaba con los dueños de las tiendas usando las cuatro palabras que había aprendido. En la cafetería, hablaba con el camarero. Gracias a ello, conocimos a algunas personas. Mientras Izumi estudiaba griego, yo intentaba desempolvar mi francés. Empecé a repararlo creyendo que, ya que estábamos en Europa, de algo tenía que servirme, pero en aquella mísera isla no había ni una sola persona que lo hablara. En la ciudad te

podías comunicar, más o menos, en inglés. Había ancianos que entendían el italiano y el alemán. Pero el francés, justamente, no tenía en absoluto ninguna utilidad.

Nos sobraba el tiempo, así que nos pasábamos el día paseando. Alguna vez intentamos pescar en el puerto, pero, por más que nos esforzamos, no logramos atrapar ningún pez. No es que no los hubiera. Es que el agua era demasiado transparente. Y los peces podían ver con toda claridad, desde el sedal, hasta la cara del pescador que sostenía la caña. En resumen, que muy estúpido tenía que ser un pez para picar el anzuelo. Yo paseaba con el álbum de dibujo y los útiles de pintura que había adquirido en la droguería, e iba dibujando los paisajes de la isla y sus habitantes. A mi lado, Izumi contemplaba mis bocetos y repasaba la gramática griega. Muchos griegos se acercaban a ver cómo dibujaba. Cuando les hacía un retrato para matar el tiempo, se ponían muy contentos. Si se lo daba, como agradecimiento nos invitaban a Izumi y a mí a una cerveza. Un pescador nos regaló en una ocasión un pulpo.

—Podrías ganarte la vida con los retratos —me dijo Izumi—. Eres muy bueno y, además, un pintor japonés es algo muy poco frecuente en estos lugares. Sería un buen negocio.

Yo me reí, pero en el rostro de Izumi se reflejaba que no estaba bromeando. Intenté imaginarme a mí mismo yendo de isla en isla haciendo retratos de la gente y recibiendo, a cambio, algunas monedas o alguna invitación a una cerveza. No me pareció una idea descabellada. Incluso me gustó. De hecho, a mí me encantaba dibujar y había estudiado Bellas Artes.

—Y yo podría hacer de coordinadora turística para japoneses. A partir de ahora, cada vez vendrán más turistas japoneses por aquí y nosotros tenemos que comer. Claro que, para trabajar en eso, primero tengo que aprender bien el griego —dijo Izumi.

—Pero podemos estarnos dos años y medio sin hacer nada, ¿verdad? —quise saber yo.

—Si no pasa nada —respondió Izumi—. Si no nos roban el dinero, o si no nos ponemos enfermos, por ejemplo. Si no ocurre nada de eso, podremos vivir dos años y medio sin problemas. Pero creo que es mejor que estemos preparados para cualquier eventualidad.

Yo no había ido nunca al médico. Así se lo dije a Izumi.

Ella permaneció unos instantes mirándome fijamente. Luego apretó los labios y los torció un poco hacia un lado.

—Suponte —dijo—, suponte que me quedo embarazada. ¿Qué harías tú? Por más precauciones que tomemos, estas cosas pasan. Y si nos sucediera, el dinero se nos terminaría en un santiamén.

—En ese caso, podríamos volver a Japón —sugerí.

—Parece que no lo entiendas. Tú y yo no vamos a regresar nunca a Japón —me dijo Izumi en voz baja.

Izumi continuó estudiando griego y yo seguí con mis dibujos. Posiblemente, aquella fuese la época más apacible de mi vida. Tomábamos una comida frugal, bebíamos vino barato como si fuera la gran cosa. Cada día subíamos a una montaña que había por allí cerca. En la cima había un pequeño pueblo desde donde se divisaban las islas cercanas. Si aguzabas la vista, podías ver, incluso, el puerto turco. Gracias al aire puro y al ejercicio, nos encontrábamos en plena forma física. Al anochecer no se oía ningún ruido en los alrededores. Inmersos en el silencio, Izumi y yo nos abrazábamos en secreto. Y hablábamos en voz baja de muchas cosas. Ya no teníamos que preocuparnos por el último tren ni teníamos que mentir a nuestros cónyuges. Era maravilloso. Y así fue avanzando el otoño y pronto llegó el invierno. Cada vez eran más los días de fuerte viento, el mar empezó a encrespase.

Fue en esa época cuando leímos el artículo que hablaba de los gatos antropófagos. Pero nosotros el periódico lo comprábamos para enterarnos del cambio de divisas. El yen continuaba cotizándose más y más frente al dracma. Eso era de vital importancia para nosotros ya que, cuanto más subía el yen, más aumentaba el valor de nuestros ahorros.

—Hablando de gatos —dije yo unos cuantos días después de que ^apareciera el artículo de los gatos antropófagos en el periódico—. El gato que yo tenía de pequeño desapareció de una forma muy extraña.

Izumi mostró interés por la historia. Alzó los ojos del cuadro de conjugaciones de los verbos y me miró.

—¿Y cómo fue?

—Sucedió cuando yo estaba en segundo o en tercero de primaria. Entonces vivíamos en una casa de la empresa que tenía un jardín muy grande. En el jardín había un pino muy viejo. Era tan alto que, al alzar la vista, no alcanzabas a ver las ramas más altas. Un día, yo estaba sentado en el porche leyendo un libro mientras el gatito a rayas negras, blancas y marrones que teníamos en casa jugaba solo en el jardín. Saltaba y brincaba solo, como hacen a veces los gatos. Estaba tan excitado que ni siquiera se daba cuenta de que yo lo miraba. Dejé de leer y me lo quedé observando. El gato continuó haciendo lo mismo un buen rato. El tiempo pasaba, pero él no se detenía, era como si estuviera poseído. Brincaba, se enfurecía, retrocedía de un salto. Mirándolo, me fui asustando. Era como si le excitara algo que ni sus ojos ni los míos podían ver. De pronto, el gato empezó a correr alrededor del pino con un vigor inusitado, parecía el tigre de *Little Black Sambo*. Y, tras pasarse un rato dando vueltas, empezó a trepar por el tronco del pino hasta la copa. Al levantar la mirada distinguí la cara del gato en lo alto del árbol. El gato aún parecía terriblemente alterado. Se había escondido tras una rama, con la vista clavada en algo. Lo llamé. Pero no pareció oírme.

—¿Cómo se llamaba el gato? —preguntó Izumi.

No logré recordar su nombre. Le respondí que lo había olvidado.

—Mientras tanto, había ido oscureciendo —le conté—. Yo estaba terriblemente preocupado por el gato y me quedé esperando a que bajara del árbol. Pero el gato no bajó. Pronto cayó la noche. Ésa fue la última vez que lo vi.

—Lo que cuentas no es nada raro —dijo Izumi—. Los gatos suelen desaparecer de este modo. Especialmente cuando están en celo. Se excitan tanto que se pierden en el camino de vuelta. Seguro que, cuando tú no lo veías, bajó del árbol y se fue a alguna parte.

—Es posible —dije—. Pero yo, entonces, todavía era un niño y creí que el gato se había quedado a vivir en lo alto del árbol. Que algo le impedía bajar. Así que todos los días, en cuanto podía, me sentaba en el porche y miraba las ramas del pino. Esperando ver entre ellas la cara del gato.

A Izumi no pareció interesarle mucho esa historia. Encendió un segundo Salem con expresión aburrida. Luego, de pronto, alzó la cabeza y me miró.

—¿Piensas mucho en tu hijo? —me preguntó.

No supe qué responderle.

—A veces —respondí con franqueza—. Pero no mucho. Cuando algo *me* lo recuerda.

—¿Te gustaría verlo?

—A veces —respondí. Pero era mentira. Sólo que intentaba pensar que tenía ganas de verlo porque creía que eso era lo correcto. Cuando vivíamos juntos, lo encontraba una preciosidad. Los días que llegaba tarde a casa, lo primero que hacía era dirigirme a su habitación y mirarle la carita. A veces me entraban ganas de estrecharlo contra mi pecho con tanta fuerza que le hubiera roto los huesos. Pero, al separarme de él, empezó a costarme recordarlo bien. La expresión de su rostro, su voz, sus gestos, todo ello parecía pertenecer a un mundo muy lejano. Sólo recordaba con claridad el olor de su jabón. Yo solía bañar a mi hijo. El niño tenía la piel muy delicada y mi mujer le había comprado un jabón especial. Y ahora lo único que recuerdo bien de mi hijo es el olor de ese jabón.

—Oye, si te apetece volver a Japón, puedes irte —dijo Izumi—. Por mí no tienes que preocuparte. Podría apañármelas aquí sola.

Asentí. Pero lo tenía muy claro. Yo no volvería jamás a Japón dejándola a ella atrás.

—Cuando tu hijo crezca, seguro que te recordará de una manera parecida —dijo Izumi—. Como tú al gato que un día trepó a lo alto de un pino y desapareció para siempre.

Me reí.

—Pues sí. Se parece —admití.

Izumi apagó el cigarrillo aplastándolo en el cenicero. Lanzó un suspiro.

—¿Por qué no volvemos a casa y hacemos el amor? —propuso ella. — Todavía es por la mañana —dije yo.

—¿Les pasa algo a las mañanas?

—Nada en especial —dije.

A medianoche, cuando me desperté, Izumi había desaparecido. Miré el reloj que había a la cabecera de la cama. Las agujas del reloj ^sañalaban las doce y media. A tientas, encendí la lámpara de la mesita y eché una mirada a mi alrededor. Un silencio profundo reinaba en la ^habitación. Parecía que hubiera venido alguien mientras yo dormía Y hubiera esparcido polvo de silencio a manos llenas. En el cenicero quedaban dos colillas de Salem aplastadas hasta reventar. Al lado, la cajetilla de tabaco vacía, estrujada y hecha una bola. Salté de la cama y me dirigí a la sala de estar. Izumi no estaba allí. Tampoco estaba en la cocina ni en el cuarto de baño. Abrí la puerta y miré hacia el jardín delantero. Pero allí sólo había dos sillones blancos de plástico bañados por la luz de la luna. Era una preciosa luna llena. «Izumi», la llamé en voz baja. No hubo respuesta. Volví a llamarla, pero esa vez en voz alta: «¡Izumi!». Chillé tan alto que el corazón comenzó a latirme con fuerza. No parecía mi voz. Era demasiado fuerte y no sonaba natural. Siguió sin haber respuesta, como era de esperar. Las espigas de **susuki*** se mecían al soplo de la suave brisa que llegaba del mar. Cerré la puerta, volví a la cocina y me serví media copa de vino para tranquilizarme. La clara luz de la luna penetraba por las ventanas de la cocina creando extrañas sombras en las paredes y en el suelo. Parecía la simbólica escenografía de una obra de teatro de vanguardia. Entonces lo recordé de repente. Me acordé de que también la noche en que desapareció el gato era una noche de luna llena, sin una sola nube en el cielo, igual que ésa. Y que yo, aquella noche, después de la cena, me había sentado en el porche solo y me había quedado contemplando, inmóvil, la copa del pino. Conforme avanzaba la noche, la luz de la luna había ido cobrando una luminosidad intensa, casi inquietante. No sé por qué, pero me era imposible apartar los ojos de las ramas del pino. De vez en cuando me parecía ver cómo relucían, bañados por la luz de la luna, los brillantes ojos del gato. Pero quizá fuera una ilusión. La luz de la luna, a veces, te muestra cosas que no deberías ver.

Me puse un jersey grueso y unos pantalones tejanos. Me embutí en el bolsillo la calderilla que había sobre la mesa y salí afuera. Seguro que Izumi no podía dormir y había salido a dar un paseo sola. En los alrededores reinaba una paz absoluta, no se apreciaba el menor movimiento. Justo entonces había amainado el viento. Sólo se oía el crujido de las suelas de goma de mis zapatillas de tenis sobre las pequeñas piedras. Crujían de forma tan exagerada que parecía la música de fondo de una película. Se me ocurrió que Izumi podría haberse dirigido al puerto. De hecho, era el único sitio al que podía ir. Sólo había un camino que llevara al puerto, o sea, que no cabía la posibilidad de que nos cruzáramos sin vernos. A la que te apartabas de aquel sendero, enseguida te adentrabas en la montaña. Las

* Especie de gramínea. (*N. de la T*)

luzes de las casas que lo bordeaban estaban todas apagadas y la claridad de la luna teñía de plata la superficie de la tierra. «Parece un paisaje submarino», pensé. Tras recorrer la mitad del camino que conducía al puerto me dio la sensación de que una música sonaba débilmente dentro de mis oídos. Me detuve. Al principio creía que era una alucinación auditiva. Algo parecido al silbido causado por el cambio de presión atmosférica. Pero, al escuchar con atención, comprendí que aquel sonido poseía una melodía. Contuve la respiración y me concentré en mis oídos. Como si sumergiera el corazón en la oscuridad del interior de mi cuerpo. Alguien estaba tocando música en aquellos momentos. Una música en vivo, sin amplificadores ni altavoces. Una música que hacía vibrar el transparente aire de la noche hasta llegar a mis oídos. ¿De qué instrumento se trataba? Sí, era un *buzuki*, aquel instrumento parecido a una mandolina que Anthony Quinn tocaba en *Zorba el griego*. Pero ¿quién diablos lo tocaría ahora en plena noche? ¿Y dónde?

La música parecía venir de la montaña. De la pequeña aldea enclavada en la cima a la que nosotros solíamos ir para estirar las piernas. Me quedé unos instantes plantado en la encrucijada, sin saber qué hacer. Sin saber qué dirección tomar. Pensé que también Izumi debía de haber oído aquella música en aquel lugar, igual que yo. Y me dio la impresión de que, si la había oído, se habría encaminado hacia allí, de eso no me cabía la menor duda. Porque, al claro de luna, todo estaba tan brillantemente iluminado como si fuera pleno día y aquella música poseía una resonancia que aceleraba el corazón de las personas.

Tomé con resolución el desvío de la derecha y avancé por la suave cuesta que tan bien conocía. No había árboles, sólo unos matorrales que me llegaban hasta la rodilla y que crecían furtivamente entre las rocas, llenos de secas espinas. Conforme iba avanzando, la música sonaba cada vez más alta y clara. También se distinguía mejor la melodía. La música poseía un esplendor festivo. Imaginé que debía de celebrarse algún banquete en el pueblo. Y de repente me acordé. «¡Pues, claro! La boda.» Aquel día habíamos visto un bullicioso cortejo nupcial cerca del puerto. Posiblemente, el banquete había proseguido hasta la madrugada.

Y, de súbito, me perdí a mí mismo de vista.

Quizá se debiera a la luz de la luna. O quizá fuera la música nocturna. A cada paso que daba me iba adentrando más en el desierto de la profunda pérdida del yo, la misma sensación que había experimentado mientras volábamos por el cielo de Egipto. El yo que avanzaba bajo la luz de la luna no era yo. No era mi auténtico yo, sino un yo provisional hecho de estuco. Me pasó la palma de la mano por la cara. Pero no era mi cara. Aquella mano no era mi mano. El corazón me latía con fuerza. Enviaba sangre a cada rincón de mi cuerpo a una velocidad demencial. Mi cuerpo era una figurilla de tierra a la que alguien había insuflado vida de modo provisional mediante un hechizo, tal como hacen los brujos de las islas de la India Occidental. Allí no ardía la llama de la vida. Lo único que había era el movimiento

ficticio de unos músculos provisionales. Lo único que había, en definitiva, era una figurilla de tierra provisional que iba a ser destinada al sacrificio.

«¿Y dónde está mi auténtico yo?», pensé. «Tu yo real ha sido devorado por los gatos», me susurró la voz de Izumi desde alguna parte. «Aunque tú estés aquí, tu verdadero yo ha sido devorado por los gatos hambrientos. De ti no ha quedado nada más que los huesos.» Eché una mirada a mi alrededor. Pero era una alucinación auditiva, por supuesto. En torno a mí, lo único que se veía eran unos matojos de poca altura que crecían en el suelo rocoso, y la pequeña sombra **que** proyectaban. Era una voz que mi mente había creado a su capricho. Volví a pensar en una gran pistola. Recordé la frialdad del cañón. Imaginé cómo me lo introducía en la boca y apretaba el gatillo. Imaginé cómo explotaba mi cerebro, mis huesos, mis globos oculares. Imaginé la negra paz que me visitaría un instante después.

«¡Basta de pensamientos deprimentes!», me dije a mí mismo. «Te sumergirás en el mar como si quisieras evitar una ola gigantesca y permanecerás agarrado a una roca, conteniendo el aliento. De ese modo la ola pasará de largo. Estás cansado y tienes los nervios alteradísimos.

Eso es todo. Atrapa la realidad. Cualquier cosa sirve, pero tienes que asirte a algo real.» Me metí la mano en el bolsillo y agarré un puñado de calderilla. Las monedas quedaron al instante húmedas de sudor.

Me esforcé en pensar en otra cosa. Pensé en mi casa soleada de Unoki. Pensé en la colección de discos que había dejado allí. Yo tenía una colección bastante buena de jazz. Me había especializado en pianistas blancos de la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Había ido reuniendo pacientemente álbumes de pianistas, desde Lennie Tristano a Al Haig o bien Claude Williamson, Lou Levy, Russ Freeman, André Previn. La mayoría de los discos ya estaban descatalogados y había empleado mucho tiempo y dinero en reunirlos. Había aumentado poco a poco la colección a base de ir recorriendo con ^{la} diligencia de una hormiga tiendas de discos, y de ir intercambiando objetos con otros coleccionistas. La mayoría de las piezas que había dejado no eran de primera categoría, ni mucho menos. Pero yo amaba aquel aire íntimo tan especial que se desprendía de aquellos viejos y mohosos discos. Mi humilde justificación era que si el mundo se compusiera únicamente de cosas de primera calidad, seguro que sería muy insípido. Me acordaba al detalle del diseño de las fundas de cada uno de esos discos. También podía recordar con precisión el peso y el tacto de aquellos discos de vinilo sobre mi mano.

Pero todo eso ha desaparecido ahora. En realidad, fui yo quien lo borró con mis propias manos. Y es probable que no vuelva a escuchar jamás esos discos.

Luego recordé el olor a tabaco de cuando besaba a Izumi. Me acordé del tacto de sus labios y de su lengua. Cerré los ojos. Deseé que estuviera a mi lado. Deseé que me sujetara la mano todo el tiempo, como en el avión cuando sobrevolábamos Egipto.

Cuando aquella gigantesca ola pasó finalmente por encima de mi cabeza, la

música ya había cesado. A la que me di cuenta, ya había desaparecido. Ahora oprimía los alrededores un silencio tan profundo que me hería los tímpanos. La luz de la luna llena bañaba inexpresivamente todo cuanto me rodeaba. Estaba de pie, solo, en lo alto de la colina. Desde allí se veía el mar, el puerto, la ciudad con las luces apagadas, la luna. En el cielo seguía sin haber una sola nube. Nada había cambiado en el paisaje. Sólo que había dejado de oírse la música.

¿Habían dejado de tocar de repente? Quizá. Ya casi era la una de la madrugada. O a lo mejor esa música no había existido jamás. Eso tampoco era, en absoluto, descartable. En aquellos momentos, no confiaba mucho en mis oídos. Cerré los ojos y sumergí una vez más mi conciencia en el interior de mi cuerpo. Dentro de las tinieblas suspendí con suavidad un fino sedal que sujetaba una plomada. Pero, tal como suponía, no se oyó nada. Ni siquiera el eco que dejaba atrás. Lo único que había era un silencio tan profundo que nada podía romperlo.

Eché una mirada a mi reloj de pulsera. Pero en mi muñeca no había ningún reloj. Lancé un suspiro y me embuté las manos en los bolsillos. No es que quisiera saber la hora en realidad. Alcé la vista al cielo. La luna era un globo helado de piedra, cuya piel estaba erosionada por la crueldad de los años. Las sombras que se producían en su superficie parecían focos de infección del cáncer extendiendo sus aciagos tentáculos hacia el fondo de la conciencia. Y sembraban por la superficie, como si de un hombre sonámbulo se tratara, partículas de venganza. La luz de la luna distorsiona los sonidos, confunde la mente de los hombres. «Y hace desaparecer a los gatos. Quizás, a partir de aquella noche, todo estuviera minuciosamente planeado», pensé.

Era incapaz de decidir si seguir hacia delante o si volver por donde había venido. Cansado de pensar, me senté. ¿Dónde se habría metido Izumi? Su ausencia me afectaba de forma terrible. Si ella no volvía a aparecer jamás, ¿cómo diablos viviría yo en el futuro, solo en aquella isla absurda? Lo que allí había no era más que mi yo provisional. Era Izumi quien, mal que bien, me conservaba en aquella vida provisional. Si ella desaparecía definitivamente, mi conciencia ya no tendría un cuerpo al que regresar.

Pensé en los gatos hambrientos. Imaginé cómo se comían el cerebro de mi verdadero yo, cómo roían su corazón, sorbían su sangre, devoraban su pene. Pude oír cómo, en un lugar remoto, sorbían mis sesos. Tres ágiles gatos rodeaban mi cabeza y sorbían esa sopa espesa. La rasposa punta de su lengua lamía las blandas paredes de mi conciencia. Y a cada lametón, mi conciencia temblaba como la calina e iba flaqueando.

Izumi no estaba en ninguna parte. La música tampoco se oía. Ya debían de haber dejado de tocar.

Al comienzo de todo, teníamos un día radiante, perfecto. Era un domingo de julio por la tarde. El primer domingo del mes. Tres o cuatro nubecillas blancas flotaban a lo lejos como unos exquisitos signos de puntuación puestos con cuidado. El sol vertía sus rayos sobre el mundo con entera libertad, sin nada que se interpusiera en su camino. En ese reino de julio, incluso el envoltorio plateado de chocolate, hecho una bola y arrojado sobre el césped, lanzaba orgullosos destellos como un cristal legendario del fondo de un lago. Si fijabas la vista, te dabas cuenta de que la luz contenía otra luz distinta en su interior, algo parecido a una caja dentro de otra. La luz que había dentro de la luz estaba compuesta de diminutos e incontables granos de polen. Unos granos de polen opacos y blandos. Y esos granos flotaban sin rumbo en el cielo para acabar posándose poco después, despacio, tomándose su tiempo, en la superficie de la tierra.

Al volver del paseo me acerqué a la plaza que hay delante de la galería de pintura. Sentados al borde del estanque, mi compañera y yo nos quedamos contemplando perezosamente las dos estatuas de bronce de los unicornios que había al otro lado. La larga estación de las lluvias por fin había terminado. El vientecillo del verano recién estrenado mecía con suavidad las hojas de los robles y levantaba, de vez en cuando, algún rizo en la superficie de aquel estanque poco profundo. De forma idéntica, el tiempo avanzaba y se detenía, se detenía y avanzaba. En el fondo de las aguas transparentes había algunas latas de Coca—Cola. A mí me recordaron las ruinas de alguna ciudad antigua sumergidas bajo el agua. Por delante de nosotros desfilaron los miembros uniformados de un equipo de béisbol sobre hierba, un niño montado en una bicicleta, un anciano que paseaba un perro, un joven extranjero con pantalones cortos de *jogging*. De un enorme transistor que había sobre el césped llegaba débilmente, transportada por el viento, la dulzona melodía de una canción pop. Una canción que hablaba de amores perdidos o de amores que estaban a punto de perder; se. Me parecía haber oído antes aquella melodía, pero no lo habría jurado. Tal vez fuera otra similar. La escuché distraído. Podía sentir cómo los rayos del sol me succionaban los brazos desnudos. Sin que se oyera un sonido, de una forma muy apacible, tranquila. De vez en cuando alzaba ambos brazos y los estiraba hacia delante. Había llegado el verano.

No tengo la menor idea de por qué un domingo como aquél **una** tía pobre, precisamente, tuvo que robarme el corazón. A mi alrededor no había ninguna tía pobre, ni siquiera había nada que me sugiriera su existencia. Pero, a pesar de ello, la tía pobre llegó y se marchó. **Fue** sólo durante unas centésimas de segundo, pero

estuvo en mi corazón. Y al marcharse dejó atrás un extraño vacío con forma humana. Una sensación parecida a cuando alguien pasa un instante por debajo de tu ventana y desaparece. Tú corres a la ventana y te asomas hacia fuera. Pero allí ya no hay nadie.

¿Una tía pobre?

Tras echar otra mirada a mi alrededor, alcé la vista al cielo. Había llegado y se había ido. Las palabras habían sido absorbidas por aquella tarde de domingo como la trayectoria transparente de una bala. Los principios siempre son así. En un momento determinado, todo existe; un instante después, todo se ha perdido.

—Quiero escribir algo sobre una tía pobre —le dije a mi compañera, decidido a traducir mis pensamientos en palabras. Yo soy de esas personas que intentan escribir novelas.

—¿Sobre una tía pobre? —preguntó ella ligeramente sorprendida. Se quedó unos instantes mirándome a los ojos como si estuviese midiendo algo—. ¿Y por qué? ¿Por qué sobre una tía pobre?

¿Por qué? Eso no lo sabía ni yo. Por una razón u otra, las *cosas que no comprendía* solían ser las que me robaban el corazón.

Permanecimos unos instantes en silencio. Mientras, estuve bosquejando con la punta del dedo el vacío con forma humana que había dejado en mi pecho.

—Y esa historia, ¿crees que querrá leerla alguien? —dijo ella. —La verdad, mucho atractivo no creo que tenga —reconocí yo.

—¿Por qué quieres escribirla entonces?

—Eso no puedo explicártelo bien con palabras —dije—. Para poder explicarte las razones de por qué quiero escribir una novela sobre esto, primero tengo que escribirla; y si escribo una novela sobre esto, ya no habrá ninguna razón para explicarte las razones de por qué quiero escribirla, ¿entiendes?

Ella sonrió sin decir nada, se sacó un pitillo arrugado del bolsillo y lo encendió. Ella siempre los arruga. A veces están tan desmenuzados que ni siquiera puede encenderlos. Pero esa vez lo prendió sin dificultad.

—Por cierto —dijo ella—. ¿Tienes alguna tía pobre?

—No —respondí.

—Yo sí. Un ejemplar auténtico. Una verdadera tía pobre. Estuvo viviendo unos años con nosotros.

La miré a los ojos. Su mirada era tan serena como de costumbre. —Pero yo no quiero escribir nada sobre mi tía —dijo ella—. No pienso escribir ni una palabra.

En el transistor empezó a sonar otra canción. Se parecía a la anterior, pero ésta no recordaba haberla oído nunca.

—Tú no tienes ninguna tía pobre —prosiguió ella—. Pero quieres escribir algo sobre una. En cambio, yo tengo una auténtica tía pobre. Pero no quiero escribir nada sobre ella. ¿No te parece un poco extraño todo esto?

Asentí.

—¿Por qué será?

En vez de responder, ella se limitó a ladear un poco la cabeza. De espaldas a mí, sumergió sus finos dedos en el agua. Fue como si la pregunta pasara a través de sus dedos hasta ser absorbida por las ruinas del fondo del agua. Seguro que mi señal de interrogación aún sigue allí, sumergida en el fondo del estanque lanzando brillantes destellos como un fragmento de bruñido metal. Y, posiblemente, les haga la misma pregunta a las latas a su alrededor.

¿Por qué será? ¿Por qué será? ¿Por qué será?

Ella dejó caer al suelo las cenizas desmenuzadas de la punta de un cigarrillo desmenuzado.

—A decir verdad, hay unas cuantas cosas que también a mí me gustaría contar sobre mi tía. Pero yo no sabría encontrar las palabras adecuadas. A mí eso me supera. Porque yo conozco a una tía pobre de carne y hueso —dijo ella mordisqueándose los labios—. Pero creo que eso va mucho más lejos de lo que tú te piensas.

Alcé la vista de nuevo hacia las estatuas de los unicornios. Ambos estaban agitando las patas delanteras al viento, irritados por el paso del tiempo que los había abandonado en algún lugar del pasado. Tras frotarse varias veces contra las mangas de la camisa los dedos que había sumergido en el agua, ella se volvió hacia delante.

—Tú vas a escribir sobre una tía pobre —dijo—. Vas a encargarte de eso. Y, no sé, al menos a mí me parece que asumir esa responsabilidad implica ofrecer, a la vez, algún tipo de ayuda. ¿Y tú serías capaz de hacerlo? Si tú ni siquiera tienes una tía pobre de verdad.

Lancé un profundo suspiro.

—Lo siento —se disculpó.

—No te preocupes. Posiblemente tengas razón —admití yo. Pues, sí. Porque yo no tengo una tía pobre de verdad... Parece la letra de una canción.

Tal vez en tu familia tampoco haya una tía pobre. Éste sería, entonces, un punto que tú y yo tendríamos en común: el hecho de que nuestras familias carezcan de una tía pobre. Como punto en común es un poco raro. Como lo sería, por ejemplo, compartir un charco **una** apacible mañana.

Pero seguro que tú, al menos, sí habrás visto una tía pobre en alguna boda. Porque, al igual que en todas las librerías hay un libro que lleva mucho tiempo abandonado en un rincón sin que nadie lo hojee, al igual que en todos los armarios hay una camisa que apenas se usa, en todas las bodas hay una tía pobre.

Apenas se la presentan a la gente, apenas conversan con ella. Nadie le pide que pronuncie unas palabras. Se limita a permanecer sentada a la mesa como una botella de leche vacía. Toma el consomé a pequeños e inseguros sorbos, come la ensalada con el tenedor del pescado, las alubias se le escurren fuera de la cuchara y, al final, es la única que se queda sin la cucharilla del helado. Su regalo, con un poco de suerte, irá a parar al fondo de un armario y, si la fortuna le es adversa, acabará en la basura en la próxima mudanza junto con trofeos polvorientos de vete a saber qué.

En el álbum de bodas que hojearán de vez en cuando, también aparece su fotografía, claro está. Pero su imagen es tan fúnebre como la del cadáver de un abogado que todavía esté en relativo buen estado.

«¿Y esa mujer quién es? Sí, ésa, la de la segunda fila, la que lleva gafas...»

«¡Ah!, no es nadie.» Dirá el joven esposo. «Es sólo mi tía pobre.» No tiene nombre. Es sólo la tía pobre. Únicamente eso.

Claro que el nombre, un día u otro, desaparece. Esto lo puedo jurar.

Sin embargo, la desaparición puede producirse de diversas formas. En primer lugar, está aquella en la cual tu nombre desaparece al morir. Ésa es muy simple. «El río se ha secado y todos los peces han muerto», o «El bosque ha sido pasto de las llamas y todos los pájaros han muerto abrasados»... Y nosotros lamentamos sus muertes. A continuación, está aquella en la cual, un buen día, tú haces ¡puf! y te apagas de repente, pero, tal como sucede con un televisor viejo, incluso después de morir queda una luz blanca temblando en la pantalla. Tampoco ésa está mal. Se parece un poco a las pisadas de los elefantes de la India que se han extraviado, pero seguro que no está nada mal. Y, en último lugar, está aquella en la que el nombre se pierde antes de morir. Es decir, las tías pobres.

Sin embargo, yo también caigo a veces en ese estado de falta de nombre típico de las tías pobres. Al atardecer, entre la muchedumbre que abarrota la terminal, de súbito se me va de la cabeza adónde voy, cómo me llamo y dónde vivo. Claro que es por poco tiempo, unos cinco o diez segundos a lo sumo.

También puedes encontrarte con esto:

—Mira, es que no hay manera de que me acuerde de cómo te llamas —te dice alguien.

—Tranquilo. No pasa nada. Mi nombre tampoco es nada del otro mundo.

Él se señala repetidas veces la boca.

—No, si es que lo tengo en la punta de la lengua...

En esas situaciones me siento como si estuviera enterrado pero con la punta del pie izquierdo asomando por fuera. Alguien acabará, antes o después, tropezando con él y empezará a disculparse.

—¡Oh! Lo siento. Si es que lo tengo en la punta de la lengua...

Bueno, y entonces, los nombres que se pierden, ¿adónde van a parar? En el intrincado laberinto de las grandes ciudades, desde luego, tienen muy pocas probabilidades de sobrevivir. Unos acabarán aplastados en el asfalto por un camión de transporte, otros morirán como un perro abandonado por no llevar la calderilla suficiente para coger el tren, otros se hundirán en un río profundo al llevar los bolsillos lastrados por el orgullo.

Con todo, quizás algunos logren sobrevivir y se dirijan a la ciudad de los nombres perdidos donde formarán una silenciosa comunidad. Una ciudad pequeña, muy pequeña. Y seguro que en sus puertas plantarán este cartel:

PROHIBIDA LA ENTRADA A LAS PERSONAS AJENAS.

Y quien entre por las buenas recibirá el pequeño castigo reglamentario.

O tal vez fuera un pequeño castigo pensado exclusivamente para mí. Yo llevaba pegada a mis espaldas una pequeña tía pobre.

La primera vez que fui consciente de ello ocurrió a mediados de agosto. No fue por nada especial. Simplemente, lo advertí de pronto: ¡Oh! En las espaldas llevo a una tía pobre.

La sensación no era nada desagradable. El peso era discreto, no me lanzaba un aliento apestoso detrás de las orejas. Se limitaba a estar firmemente adherida a mi espalda como una sombra pasada por lejía. Si no prestaba mucha atención, la gente ni siquiera advertía su presencia. Incluso los gatos que viven conmigo la miraban, los dos o tres primeros días, con recelo, pero en cuanto comprendieron que no tenía intención alguna de entrometerse en su territorio se acostumbraron a ella enseguida. Algunos amigos míos, sin embargo, no lograban relajarse en su presencia. Porque, mientras estábamos bebiendo, ella les iba echando rápidas ojeadas por encima de mi hombro.

—Pues yo no me siento cómodo.

—No te preocupes —dije yo—. Pero si es muy tranquila. Y, además, es completamente inofensiva.

—Eso ya lo sé. Pero... ¿cómo te diría? Es que me deprime.

—Pues no la mires.

—Ya, claro —replicaba él con un suspiro—. ¿Y dónde se te ha colgado eso a la espalda?

—No se trata de *dónde* —respondí—. Es sólo que estoy rumiando unas cosas todo el día. Sólo eso.

Él asintió y suspiró.

—Creo que ya sé lo que quieres decir. Si es que tú siempre has tenido ese carácter.

—Pues sí.

Y, sin excesivo entusiasmo, seguimos bebiendo whisky alrededor de una hora más.

—Oye —le pregunté yo—, ¿por qué la encuentras deprimente?

—Es que... Vamos, que me da la impresión de que mi madre no me quita los ojos de encima.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué debe de ser?

—¿¡Que por qué!?! —exclamó él con cara de espanto—. Pues porque es mi madre lo que llevas pegado a la espalda.

Al contrastar las impresiones de varias personas (porque yo, por mí mismo, no podía mirarme la espalda), llegué a la conclusión de que lo que llevaba pegado detrás no era una tía pobre con una forma definida, sino una especie de ser etéreo que cambiaba de forma según las imágenes que tuviera en mente quien la miraba.

Para un amigo mío era una perra de raza akita, que se le había muerto de cáncer de esófago el otoño anterior.

—A los quince años. Ya era muy vieja, la pobre. Pero es que el cáncer de esófago es horroroso. ¡Pobre bicho!

—¿De cáncer de esófago?

—Sí. Un cáncer que se forma en el esófago. Algo terrible. ¡Dios me libre de algo parecido! La pobre se pasaba el día gimiendo. «Hi—hi—hi», hacía. Yo quería matarla para que no sufriera más. Pero mi madre no quiso.

—¿Y por qué no?

—¡Vete a saber! No debía de querer ensuciarse las manos —respondió él con acento sombrío.

—Total, que estuvo dos meses con el gota a gota enchufado. Uno que se coloca en el suelo. ¡Oía que apestaba! —En este punto, se calló por unos instantes—. No es que fuera un buen perro. En absoluto. Era una cobardica y ladraba a todo bicho viviente. Vamos, que no servía para nada. También pilló una enfermedad en la piel...

Asentí.

—La pobre habría sido más feliz si hubiera nacido cigarra. Al menos se habría podido pasar el día chillando sin que la molestara nadie. Y, además, no

habría tenido cáncer de esófago...

Pero ella seguía siendo una perra y estaba montada a mi espalda con el tubo de la instilación colgándole de la boca.

Para cierto agente inmobiliario era una maestra que había tenido mucho tiempo atrás, en primaria.

—El año veinticinco de *Shôwa*.^{*} Sí, diría que fue el año en que empezó la guerra de Corea —dijo él enjugándose el sudor con una gruesa toallita—. Fue nuestra tutora durante dos años. ¡Qué tiempos aquéllos! Claro que, de ella, ya ni me acordaba.

Parecía tomarme por un pariente de la antigua maestra y me invitó a un *mugicha*^{*} frío.

—Pensándolo bien, era una pobre mujer. El mismo año en que se casó llamaron al marido a filas. Y él murió dentro de un buque de carga, a medio camino del frente. Eso debió de ser el año dieciocho de *Shôwa*.^{*} Ella siguió dando clases en primaria, pero, al año siguiente, se abrasó en los bombardeos. Se quemó desde la mejilla izquierda, así, así, brazo abajo. —Se trazó una larga línea con la punta del dedo desde la mejilla hasta el brazo izquierdo, se acabó la *mugicha* de un trago y volvió a enjugarse el sudor con la toallita—. Por lo visto, había sido muy guapa. ¡Pobre mujer! Pero dicen que hasta le cambió el carácter. Si aún vive, ahora debe de tener casi sesenta años. Sí, sí. Seguro que fue el veinticinco de *Shôwa*...

Y así fue tomando la forma del plano de un rincón de la ciudad o de una participación de boda. Y, teniendo como base de operaciones mi espalda, la tía pobre fue ampliando, poco a poco, su círculo de influencia.

Pero, al mismo tiempo, mis amigos se fueron apartando de mi lado, uno tras otro, de la misma forma que un peine va perdiendo sus púas.

—No, si no es mal tipo —decían—. Pero cada vez que lo veo me encuentro frente a la deprimente estampa de mi madre (o de la vieja perra muerta de cáncer de esófago o de la maestra con la cara quemada).

Tenía la sensación de haberme convertido en el sillón de un dentista. Nadie me recriminaba nada. Nadie me odiaba. Pero todos me evitaban como la peste y, si me topaba con ellos, me daban cualquier excusa verosímil y ponían pies en polvorosa.

—Es que, cuando estoy contigo, me agobio, ¿sabes? —me dijo una chica con tono remiso, pero no exento de sinceridad—. Si lo que llevas a la espalda fuera un paraguero, pues aún podría soportarlo. Pero eso...

—¡Un paraguero!

* Año 1950. (*N. de la T.*)

* Té de cebada tostada. (*N. de la T.*)

* Año 1943. (*N. de la T.*)

«¡Qué le vamos a hacer!», pensé. Las relaciones sociales nunca habían sido mi fuerte. Además, no quería vivir con un paraguero colgado a la espalda.

Tal como he dicho, mis amigos me evitaban, pero, a cambio, empezaron a disputármeme los medios de comunicación. Revistas en su mayoría. Un día sí otro no venían a fotografiarnos a la tía pobre y a mí, se exasperaban al ver que ella no salía bien en las fotos, me acibillaban a preguntas que no venían a cuento y se iban. Yo esperaba que el hecho de salir en las revistas me conduciría a descubrir algo nuevo o a que se desarrollase algo con respecto a la tía pobre. Pero no se produjo ningún descubrimiento y tampoco hubo evolución alguna. Lo único que conseguí fue agotarme.

Incluso salimos en el *Morning Show* de la televisión. Me tuve que levantar a las seis de la mañana, me montaron en un coche, me llevaron a los estudios de televisión y me hicieron tomar un café dudoso. Unos tipos incomprensibles me rodearon llevando a cabo cosas incomprensibles. Me entraron ganas de coger la puerta y largarme. Pero, antes de que tuviera la posibilidad de hacerlo, llegó mi turno. El presentador, cuando no le enfocaban las cámaras, era un tipo malhumorado, arrogante y superficial. No perdía la ocasión de meterse con quienes le rodeaban. Nada más verlo, le cogí antipatía. Pero en cuanto se encendió la luz roja experimentó una brusca transformación. Se convirtió en un sonriente, simpático e inteligente hombre de mediana edad.

—Vamos a dar inicio a la sección «Cosas así también existen» —dijo dirigiéndose a las cámaras—. Empezaremos con nuestro invitado, el señor... que se encontró de pronto con que tenía a una tía pobre cargada a la espalda. Y, ciertamente, pocas son las personas que se hallan en semejante situación. Esta mañana desearía que nos contara cómo sucedió todo y, también, las dificultades que ha tenido que afrontar.

¿Qué le parece a usted? ¿Encuentra muy incómodo llevar a una tía pobre a la espalda?

—Pues no es particularmente incómodo o problemático, la verdad —dije—. Pesa poco, no come ni bebe.

—¿Tampoco le duele a usted la espalda?

—No.

—¿Desde cuándo la lleva usted pegada ahí?

Intenté explicarles de forma concisa la historia de la plaza de las estatuas de los unicornios, pero el presentador no pareció entender su significado.

—En resumen —dijo tras un carraspeo—, que usted se encontraba sentado en el borde de un estanque y que la tía pobre que estaba oculta en su interior se le subió a la espalda y lo poseyó.

—Que no. No es eso —le dije sacudiendo la cabeza.

«¡Uf!», pensé. «Lo sabía. No tendría que haber venido a este sitio. Total, lo único que esperan es algo que les haga reír o una historia de terror de segunda categoría.»

—La tía pobre no es un fantasma. Ni estaba oculta en ninguna parte ni ha poseído a nadie. Está hecha sólo de palabras —expliqué con hastío—. Únicamente palabras.

Nadie abrió la boca.

—O sea, que puesto que las palabras son como electrodos que conectan con la mente, si a través de ellas envías el mismo estímulo una y otra vez, se producirá sin falta una reacción. No hace falta decir que esta reacción será completamente distinta según la persona. En mi caso ha adoptado la forma de un ser independiente. Exactamente igual que si la lengua se te fuera hinchando deprisa dentro de la boca. Lo que se me pegó a la espalda, en definitiva, fueron las palabras «tía pobre». Unas palabras sin significado, sin forma. Iría más allá y diría que son un signo conceptual.

El presentador puso cara de apuro.

—Usted dice que no tienen ni significado ni forma, pero nosotros podemos ver claramente una especie de figura colgada a su espalda, y eso tiene un significado para cada uno de nosotros.

Me encogí de hombros.

—Y eso es un signo, ¿no le parece?

—En ese caso —saltó a mi lado una joven colaboradora deseosa de reconducir la situación al ver que entrábamos en terreno estéril—, si usted lo desea, podrá hacer desaparecer a su antojo esta imagen o este ser.

—No, eso no es posible. Una vez surge, continúa existiendo de modo independiente a mi voluntad. Es como la memoria. Hay recuerdos, por ejemplo, que por más que quieras borrarlos te es imposible hacerlo. Pues esto es igual.

La joven colaboradora siguió preguntando con aire de estar poco convencida.

—Por ejemplo. Este proceso que ha mencionado usted de convertir palabras en signos conceptuales, ¿podría efectuarlo yo también?

—No sé qué tal resultaría, pero en principio sí —le dije.

—Y si yo —intervino el presentador— repitiera una y otra vez la palabra «conceptual», es posible que algún día me apareciera en la espalda una figura de lo conceptual, ¿no es así?

—En principio, sí —respondí mecánicamente.

—En resumen, que tendría lugar una simbolización conceptual de la palabra «conceptual».

—Exactamente —dije. Los potentes focos del plató y el pestilente aire que se respiraba allí dentro me estaban dando dolor de cabeza. Las estridentes voces de la gente no hacían más que incrementar el dolor.

—Por cierto, la palabra «conceptual», ¿qué forma cree usted que adoptaría? —dijo el presentador. Algunos invitados se rieron.

Le dije que no lo sabía. Ni siquiera me apetecía pensar en ello. Bastante tenía yo con cargar con la tía pobre. Y además, sobre todo, ellos no lo preguntaban

en serio. Lo único que querían era hablar por hablar hasta que llegara el momento de la publicidad.

Este mundo es una farsa, no hace falta que lo diga. ¿Quién puede huir de ello? Desde el plató de televisión iluminado por los potentes focos hasta el ermitaño que vive oculto en las profundidades del bosque, la raíz es la misma. Yo seguí andando por el mundo con una tía pobre colgada a la espalda. En el circo de este mundo yo era un payaso de primera. Porque tenía una tía pobre pegada a la espalda. Quizá debería haber llevado un paraguero, tal como me había dicho aquella chica. Entonces, la gente tal vez me hubiese admitido en su grupo. Y yo cada quince días habría pintado el paraguero de un color distinto y habría ido a todas las fiestas.

—¡Oh! Esta semana llevas el paraguero de color rosa —me diría alguien.

—Pues, sí —respondería yo—. Y la semana que viene vendré de verde esmeralda.

Quizás incluso habría chicas deseosas de meterse en la cama con un hombre que cargara con un paraguero de color rosa.

Pero, por desgracia, lo que yo llevaba a la espalda no era un paraguero sino una tía pobre. Con el paso del tiempo, la gente fue perdiendo el interés en nosotros. En definitiva (tal como dijo mi compañera) ¿a quién va a interesarle una historia sobre una tía pobre? Una vez que la fugaz curiosidad inicial siguió el camino que tenía que seguir y desapareció, lo único que dejó tras de sí fue un silencio parecido al de las profundidades marinas. Un silencio tan profundo como el hecho de que la tía pobre y yo nos hubiésemos convertido en un solo cuerpo.

—Te vi el otro día por la tele —me dijo mi compañera.

Estábamos sentados en el borde de aquel mismo estanque. Hacía tres meses de nuestro último encuentro. Había llegado el otoño. El tiempo había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Era la primera vez que habíamos estado tanto tiempo sin vernos.

—Pareces un poco cansado.

—Lo estoy, muchísimo —dije.

—No pareces tú.

Asentí. Era cierto. No parecía yo. Ella dobló repetidas veces las mangas de la chaqueta de su chándal sobre las rodillas. Las plegaba y las desplegabla, las desplegabla y volvía a plegarlas. Como si hiciera retroceder y avanzar el tiempo, una y otra vez.

—Parece que tú también has conseguido tener una tía pobre, ¿no? —comentó ella.

—Eso parece —dije yo.

—¿Y qué? ¿Cómo te sientes?

—Como una sandía que se hubiera caído al fondo de un pozo.

Ella se rió mientras acariciaba, como si fuera un gato, la suave chaqueta de chándal que tenía cuidadosamente doblada sobre las rodillas.

—¿Y ya sabes cómo es?

—Un poco, creo —contesté—. Al menos creo que estoy a punto de saberlo.

—¿Has podido escribir algo entonces?

—No —dije ladeando un poco la cabeza—. Ni una línea. Me falta motivación. Quizá no pueda escribir nunca nada.

—¡Qué pusilánime!

—Tal como tú misma dijiste, si no puedo ayudar en nada, ¿qué sentido tiene que escriba sobre una tía pobre?

Ella permaneció unos instantes en silencio, mordisqueándose los labios.

—¡Va! Pregúntame algo. Quizá pueda ayudarte.

—¿Como voz autorizada en tías pobres?

—Pues sí —dijo ella—. Pregunta. Es posible que nunca más vuelva a tener ganas de hablar de este tema.

No se me ocurrió por dónde empezar hasta pasado un tiempo.

—A veces me pregunto qué tipo de personas se convierten en tías pobres. ¿Lo son de nacimiento? ¿O existen unas circunstancias tía—pobre que, como si fueran una hormiga león, acechan en una esquina, abren la boca, engullen al que pasa por allí y lo convierten en tía pobre?

Ella hizo una serie de movimientos afirmativos con la cabeza. Como indicándome que aquélla era una buena pregunta.

—Las dos cosas son lo mismo. Seguro —dijo ella.

—¿Cómo que son lo mismo?

—Sí. En resumen, que tal vez una tía pobre tenga una infancia tía—pobre y una juventud tía—pobre. O quizá no. Pero eso no importa. En este mundo hay millones de causas para millones de consecuencias. Millones de razones para vivir y millones de razones para morir. Millones de razones para dar razones. Razones de este tipo puedes obtenerlas de una manera tan sencilla como hacer una llamada telefónica. Pero tú no pides nada de eso, ¿verdad?

—Pues... —contesté—, creo que no.

—Existen. Eso es todo —dijo ella—. Y tú tienes que reconocerlo y aceptarlo. Son causas o consecuencias. Eso no importa. La tía pobre existe. Y su existencia en sí misma ya es una razón. Como nosotros, que estamos, aquí y ahora, sin ninguna razón o causa en particular.

Permanecemos sentados en el borde del estanque, en la misma posición, sin pronunciar una palabra. La luz transparente del otoño creaba pequeñas sombras en su perfil.

—¿Y qué? ¿No vas a preguntarme qué veo en tu espalda? —dijo.—ves en mi espalda? —preguté.

—Nada —contestó ella sonriendo—. Sólo te veo a ti.

—Gracias —dije.

El tiempo, por supuesto, va abatiendo a todos los hombres por igual. Como un cochero que fustiga con su látigo a un caballo viejo hasta que cae muerto a un lado del camino. Pero sus embates son tan extremadamente suaves que ni siquiera los perciben quienes los están sufriendo.

A pesar de ello, nosotros sí pudimos observar ante nuestros propios ojos, como a través del cristal de un acuario, los efectos de la tiranía del tiempo sobre la tía pobre. Dentro del angosto recipiente de cristal, el tiempo estaba estrujando a la tía pobre como si fuera una naranja. Pero no salía ni una gota de zumo.

Lo que me fascinaba era la perfección de su interior.

Y ya no sale ni una gota, ¿de veras!

Sí, la perfección está sentada sobre el núcleo de la existencia de la tía pobre como un cadáver enterrado en un glaciar. Un magnífico glaciar que parece hecho de acero inoxidable. Sólo diez mil años de sol podrían fundirlo. Claro que la tía pobre no durará diez mil años, así que ella vivirá con esta perfección, morirá con esta perfección y será enterrada con esta perfección.

La perfección de debajo de la tierra y sobre la tía pobre.

En fin, quizás a lo largo de diez mil años el glaciar se vaya fundiendo dentro de las tinieblas y la perfección empuje hacia arriba, logre reventar la tumba y salir afuera. Seguro que todo habrá cambiado en la superficie de la tierra. Pero si todavía se hicieran ceremonias de boda, la perfección que habría dejado la tía pobre quizá sería invitada a un banquete, se comería todos los platos del menú con modales

exquisitos, se pondría en pie y pronunciaría unas emotivas palabras de felicitación.

Pero ¿qué más da? Dejémoslo.

Esto, en definitiva, no sucederá hasta el año 11.980 d.C.

La tía pobre dejó mi espalda a finales de otoño.

Recordé que debía resolver unos asuntos antes de que llegara el invierno y, junto con la tía pobre, cogí un tren de cercanías. A aquellas horas de la tarde, los pasajeros podían contarse con los dedos de una mano. Hacía mucho tiempo que no daba un paseo tan largo y me quedé contemplando con deleite el paisaje que discurría al otro lado de la ventanilla. El aire era claro y penetrante, las montañas estaban teñidas de un color azul casi artificial, los árboles que aparecían de trecho en trecho a lo largo de la vía estaban cargados de frutos rojos.

Durante el viaje de vuelta, frente a mí, sólo había sentada una mujer delgada, que debía de estar en la mitad de la treintena, junto con sus dos hijos. A la izquierda de la madre estaba la hija mayor, una niña vestida con lo que parecía el uniforme del parvulario, de sarga azul marino, y un sombrero recién estrenado, de fieltro gris con una cinta roja, en la cabeza. Un bonito sombrero de ala estrecha y redonda. A la derecha de la madre estaba el niño, de unos tres años. No llamaban la atención por nada en particular. Tanto sus facciones como los atuendos que llevaban eran normales y corrientes. La madre cargaba con un gran paquete y tenía cara de cansancio. Claro que la mayoría de madres la tienen. Así que apenas reparé en ellos. Me limité a echarles una rápida ojeada cuando subieron al tren y se sentaron frente a mí. Después bajé la vista y me concentré en la lectura de un libro de bolsillo.

Pronto llegó a mis oídos la quejumbrosa voz de la niña. Tenía un tono irritado, apremiante, como de protesta.

—¡Qué pesada! ¡Te he dicho mil veces que te estés calladita en el tren! —oí que le decía la madre.

La madre estaba absorta en la lectura de una revista que había desplegado sobre el paquete que llevaba en las rodillas.

—Es que..., ¡mamá!... Mi sombrero... —dijo la niña.

—¡Cállate! —le espetó la madre.

La niña iba a objetar algo, pero se tragó las palabras y cerró la boca con aire descontento. El niño, que estaba sentado al otro lado de la madre, le había quitado a su hermana de un tirón el sombrero de la cabeza y ahora lo estaba manoseando. La niña alargó el brazo e intentó quitárselo. Pero el niño se retorció, decidido a no soltar el sombrero por nada del mundo.

—¡Va a romper el sombrero! —exclamó la niña al borde del llanto.

Con cara de fastidio, la madre echó una rápida ojeada al niño, alargó la mano e intentó coger el sombrero. Pero el niño, agarrándolo con fuerza con ambas manos, se negó tercamente a soltarlo. La madre lo dejó correr. Le dijo a la niña algo como: «Déjalo jugar un rato con él, que se cansará enseguida». La niña no pareció muy convencida. Pero no replicó. Sabía que lo único que conseguiría con ello sería que la riñeran. Apretó los labios y clavó la mirada en el sombrero,

todavía en manos de su hermano pequeño. La madre seguía leyendo la revista. Poco después, el niño empezó a tirar del lazo rojo del sombrero. El desinterés de la madre, por lo visto, lo había envalentonado. Sabía que estirando del lazo irritaba a su hermana. Y lo hacía adrede. Era un acto lleno de malicia. Me enfadé incluso yo. Me entraron ganas de levantarme y de arrancarle el sombrero de las manos.

La niña miraba fijamente a su hermano en silencio. Parecía estar rumiando algo. De pronto, se levantó, le soltó a su hermano un bofetón en la mejilla, aprovechó el instante en que éste retrocedía amedrentado para quitarle el sombrero y volvió a su asiento. Veloz como una centella. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. A la madre y al niño, comprender la situación les llevó lo que se tarda en aspirar una profunda bocanada de aire. De repente, el hermano pequeño empezó a berrear y, al mismo tiempo, la madre le dio una fuerte palmada a la niña en la rodilla desnuda. Luego se volvió hacia el niño, le acarició la mejilla e intentó que dejara de llorar. Pero el niño siguió berreando.

—Pero, mamá..., es que mi sombrero... —dijo la niña.

—Los niños que no se portan bien en el tren ya no son míos —atajó la madre.

Sin dejar de mordisquearse los labios, la niña bajó la vista y la clavó en su sombrero.

—Vete allá.

La madre le señaló el asiento vacío que había a mi lado. La niña desviaba la mirada intentando ignorar el dedo tieso de la madre, pero éste seguía apuntando hacia mi izquierda como si se hubiera petrificado en el aire.

—¡Va! ¡Vete! Tú ahora ya no eres de la familia.

Resignada, la niña agarró el sombrero y la maleta, se levantó, cruzó lentamente el pasillo, se sentó a mi lado y bajó la cabeza. Acarició con los dedos el ala del sombrero posado sobre sus rodillas. «¡La culpa es suya!», pensaba la niña. «¡Le estaba quitando la cinta a mi sombrero!» Regueros de lágrimas corrían por sus mejillas.

Ya casi anochecía. La turbia luz amarilla de las lámparas danzaba vagamente por el interior del vagón como el polvillo de las alas de una polilla lúgubre. Flotaba en el espacio hasta ser succionado en silencio por las bocas y narices de los pasajeros hacia el interior de sus cuerpos. Cerré el libro, puse cara arriba las palmas de mis manos sobre las rodillas y me quedé largo rato con la vista clavada en ellas. Pensándolo bien, hacía mucho tiempo que no me estudiaba con tanto de-enimiento las manos. A la luz mortecina del vagón se veían muy sucias, ennegrecidas. No parecían mías. Eso me entristeció. Porque esas manos, desde todos los puntos de vista, ya no podrían hacer feliz a nadie. Porque no eran unas manos como para ayudar a alguien. Deseé apoyar una mano en el hombro de la niña, que hipaba a mi lado, y consolarla. Deseé decirle que ella no había hecho nada malo y que había sido extremadamente hábil en el momento de recuperar su sombrero. Aunque, por supuesto, ni la toqué ni le dirigí la palabra. Porque sólo

hubiera servido para aturdira más aún, para asustarla todavía más. Encima, mis manos estaban tan ennegrecidas, tan sucias.

Cuando bajé del tren, a mi alrededor soplaban ya el viento invernal. La temporada de los jerséis estaba llegando a su fin y se acercaba la de los gruesos abrigos. Por un instante, pensé en los abrigos de invierno. Me pregunté si tendría que comprarme uno nuevo. Después, al pie de las escaleras, cuando acababa de cruzar la garita del revisor, me di cuenta de pronto. Me di cuenta de que la tía pobre había abandonado mis espaldas.

No sabía cuándo había desaparecido. Se fue de la misma manera que vino: sin que nadie lo advirtiera.

Había regresado al lugar donde estaba originalmente, dondequiera que éste se encontrara, y yo había vuelto a mi yo original. Pero ¿qué diablos era mi yo original? En aquellos momentos me veía incapaz de asegurarlo. Me sentía como si el yo que estaba allí fuese otro yo muy parecido al yo original. ¿Qué tenía que hacer yo a partir de ahora? No lo sabía. Estaba tan completa y desesperadamente sola como un poste indicador plantado en mitad del desierto al que se le hubiesen borrado las letras. Me resultaba imposible comprobar la dirección. Rebusqué en los bolsillos, introduje toda la calderilla que llevaba en la ranura de una cabina telefónica y marqué el número del apartamento de mi compañera. El timbre sonó siete veces. Al octavo timbrazo, se puso.

—Estaba durmiendo —me dijo atontada.

—¿A las seis de la tarde? —pregunté sorprendido

—Es que he estado trabajando toda la noche hace dos horas.

—Siento haberte despertado —me disculpé—. pero, a decir verdad, sólo quería asegurarme de

Pude sentir cómo ella sonreía plácidamente teléfono.

—Gracias por preocuparte por mí —dijo—. Pero tranquilo. Estoy viva. Y para poder continuar viviendo me mato trabajando y, ahora, estoy que me caigo de sueño. ¿Vale? ¿Te has quedado tranquilo?

—Sí —respondí.

—Oye —me dijo ella en tono confidencial—. Vivir es muy duro, ¿no te parece?

—Y que lo digas —admití.

Tenía razón. Vivir es muy duro.

—¿Te apetece que vayamos ahora a comer algo? —le pregunté.

—Lo siento, pero ahora no me apetece comer. Lo único que quiero es dormir a pierna suelta sin pensar en nada.

—Tampoco yo tengo hambre —dije—. Sólo quería hablar contigo. Es que hay varias cosas que quiero decirte.

Se produjo un corto silencio al otro lado del auricular. Ella se mordía los labios y tenía el dedo meñique posado en el extremo de la ceja. Podía sentirlo.

—Luego, ¿vale? —dijo remarcando cada palabra—. Ahora déjame dormir.

Sólo un rato. Y cuando me levante, seguro que todo irá bien. Cuando me despierte te llamo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella dudó unos instantes.

—¿Es urgente lo que tienes que decirme?

—No —respondí—. No corre ninguna prisa. Puedo esperar. Sí, porque me sobra el tiempo. Diez mil años, veinte mil años. Puedo esperar tanto tiempo como sea necesario.

Tras repetir «Buenas noches», ella cortó la comunicación. Contemplé unos instantes el auricular amarillo que tenía en la mano y colgué. En aquel preciso instante me asaltó un hambre espantosa. Sentía un vacío en el estómago que casi me hacía enloquecer. Quería comer algo. Lo que fuera. Mientras pudiera meterme algo en la boca, no me importaba qué. Para conseguir algo de comer me habría arrastrado por el suelo, le habría lamido los dedos a quien fuera. Sí, de acuerdo. Os lameré los dedos y, luego, dormiré tan profundamente como un tronco expuesto a la lluvia. Y, sea quien sea quien me dé puntapiés, yo no abriré los ojos. Me sumiré en un profundo sueño de diez mil años.

Me recosté en la cabina, ahuyenté cualquier pensamiento de mi mente, cerré los ojos. Los pasos de diez mil personas me bañaban como una ola. La gente continuaba andando hasta el infinito. Marcando un paso tras otro. «Tac, tac, tac.» «¿Adónde habrá vuelto la tía pobre?», me pregunté. «¿Y adónde he vuelto yo?»

Suponiendo, pienso yo, suponiendo que dentro de diez mil años surgiera una sociedad compuesta exclusivamente por tías pobres, ¿me abrirían las puertas a mí? En aquel lugar debería haber un gobierno y un ayuntamiento para tías pobres elegidos por tías pobres, circularían trenes para tías pobres conducidos por tías pobres, existirían novelas para tías pobres escritas por tías pobres.

No, ellas no necesitan eso para nada. Ni el gobierno, ni los trenes, ni las novelas.

Ellas preferirían, más bien, hacer una especie de enormes botellas de vinagre en las que poder meterse y llevar una vida silenciosa y apacible. Desde el aire veríamos decenas, centenas de miles de esas botellas alineadas sobre la superficie de la tierra hasta donde alcanzara la vista. Seguro que sería un paisaje tan hermoso que te dejaría sin aliento.

Sí, y suponiendo que en ese mundo hubiera un pequeño espacio para la poesía, yo querría escribir un poema. Y tendría el honor de ser el primer insigne poeta del mundo de las tías pobres.

«No está mal», pensé.

Yo cantaré a los rayos de sol que se reflejan en el verde cristal de las botellas, cantaré al mar de hierba que se extiende bajo mis pies brillando con el rocío matutino.

Pero, esto, en definitiva, no sucederá hasta el año 11.980 d.C. Y diez mil

años son demasiados años como para esperar. Tendría que pasar muchos inviernos hasta entonces.

Pudo darme la fecha exacta en que le empezaron las náuseas gracias a que era una de las contadísimas personas que poseen la rara capacidad de llevar un diario, sin olvidar un solo día, a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. Los vómitos se iniciaron el cuatro de junio —un día de sol— y terminaron el catorce de julio —nublado— del mismo año. Él era un joven ilustrador con el que colaboré en una ocasión en un trabajo para una revista.

Al igual que yo, coleccionaba discos antiguos. Además tenía la afición de acostarse con las novias y las esposas de sus amigos. Debía de ser dos o tres años menor que yo. A lo largo de su vida se había acostado con muchas. Cuando lo invitaban a casa, y mientras ellos se acercaban a la bodega del barrio a comprar cerveza o se tomaban una ducha, él hacía el amor con sus mujeres. Solía hablarme de ello.

—Pues un polvo rápido tampoco está tan mal, ¿sabes? —me contó una vez—. Sin quitarte apenas la ropa, así, deprisa y corriendo. Hay tendencia a alargarlo cada vez más, con preámbulos y otras historias. Así que no está mal variar de vez en cuando. Es muy divertido enfocarlo desde otra perspectiva, no creas.

Él no practicaba sólo el sexo acrobático, por supuesto. También disfrutaba con el sexo normal, ejecutado despacio, con calma. Pero lo que le gustaba era hacerlo con las novias y esposas de sus amigos.

—Yo no creo que me esté portando mal, que les esté poniendo los cuernos a mis amigos ni nada por el estilo. Al acostarme con ellas, tengo una sensación de enorme intimidad. Como de estar en familia. Total, no es más que sexo. Y, si no se llega a saber, no le haces daño a nadie.

—¿Nunca te han descubierto hasta ahora?

—No, claro que no —me dijo con extrañeza—. Estas cosas, si no tienes el deseo subliminal de que te pillen, no llegan a saberse nunca.

Debes andarte con cuidado, claro. Y no empezar con insinuaciones, coqueteos ni nada por el estilo. Es muy importante dejarlo todo muy claro desde el principio. O sea, que aquello es un juego lleno de intimidad, y que tampoco pretendes ir más lejos ni herir a nadie. Obviamente, tiene que decirse con tiento, buscando las palabras adecuadas.

Me costaba creer que aquello pudiera funcionar con tanta facilidad, pero él no era un tipo fanfarrón que se inventara historias, así que debía de ser cierto.

—En realidad, eso es lo que desea la mayoría de las mujeres. La mayor parte de sus maridos o de sus novios son mucho mejores que yo. O son más guapos, o son más inteligentes, o tienen el pene más grande. Pero eso, a ellas, no les importa. Ellas se conforman con que su pareja sea, hasta cierto punto, un tipo formal,

cariñoso, alguien con quien puedan entenderse. Lo que buscan es un hombre que se interese por ellas más allá del marco estático de «novia» o de «esposa». Ése es el principio fundamental. Claro que, luego, hay distintas motivaciones secundarias.

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo, el resentimiento hacia una infidelidad del marido, el aburrimiento, la satisfacción del ego cuando siente que interesa a otros hombres aparte del suyo. Ese tipo de cosas. Eso yo lo capto a la primera ojeada. No se trata de conocimientos o de técnica. Es un talento innato. Algunas personas lo poseen y otras no.

Él no tenía novia fija.

Tal como he dicho, los dos éramos coleccionistas y, a veces, cogíamos nuestros discos, nos juntábamos y hacíamos algún trato. Ambos coleccionábamos discos de jazz de la década de los cincuenta y primera mitad de los sesenta, pero, como estábamos especializados en áreas ligeramente distintas, siempre surgía alguna posibilidad de trato. Yo me centraba en las bandas de jazz blancas de la Costa Oeste y él coleccionaba discos de la última época de músicos como Coleman Hawkins o Lionel Hampton. Así que, si él tenía *Victor*, de Pete Jolly Trio, y yo *Mainstream Jazz*, de Vic Dickenson, no era difícil que se produjera algún intercambio provechoso para ambos. Nos pasábamos un día entero tomando cervezas y estudiando la calidad de los discos o de las interpretaciones y, muchas veces, cerrábamos el trato.

Fue después de uno de esos encuentros cuando me habló de sus náuseas. Estábamos en su apartamento, bebiendo whisky y escuchando discos. De hablar de música pasamos a hablar de whisky y esto nos llevó a las borracheras.

—Hace tiempo, en una ocasión me pasé vomitando unas seis semanas. Todos los días, sin saltarme ni uno. Y no es que hubiera bebido demasiado. Tampoco estaba enfermo. Vomitaba sin más, sin ninguna causa específica. Durante cuarenta días. ¡Cuarenta días eternos! No es para tomárselo a broma.

Vomitó por primera vez el 4 de junio, pero aquel día no se encontraba en situación de protestar. Ya que la noche anterior su estómago había trasegado una buena cantidad de whisky y de cerveza. También se había acostado con la mujer de un amigo suyo, como de costumbre. Eso fue la noche del 3 de junio de 1979.

De modo que el hecho de que a las ocho de la mañana del 4 de junio arrojara todo cuanto tenía en el estómago en la taza del váter fue, según la sabiduría popular, lo más natural del mundo. Cierto que no había vuelto a vomitar a causa de la bebida desde que salió de la universidad, pero, con todo, no era ningún suceso extraordinario. Tiró de la cadena, envió la vomitona a la alcantarilla, se sentó ante la mesa y empezó a trabajar. No se encontraba mal. Es más, aquel día se sintió especialmente fresco y productivo. Trabajó a buen ritmo y, a mediodía, comprobó que tenía apetito.

Para almorzar se hizo un sándwich de jamón y pepino y se lo tomó junto con una lata de cerveza. Media hora más tarde, sintió por segunda vez náuseas y vomitó

el sándwich entero en la taza del váter. El pan y el jamón desmenuzados quedaron flotando en la superficie del agua. A pesar de ello no sentía molestia alguna. No se encontraba mal. Sólo sentía náuseas. De pronto tuvo la sensación de que algo le obstruía la garganta y, sólo para probar, se había puesto en cuclillas ante el inodoro: acto seguido, todo lo que contenía su estómago se le había ido escurriendo fuera de la misma forma que un mago va sacando palomas, conejos o banderitas del sombrero. No fue más que eso.

—Yo había vomitado mucho en la época de la universidad, cuando bebía hasta reventar. También me había mareado a veces yendo en coche. Pero aquellas náuseas eran completamente distintas. Ni siquiera notaba esa contracción de estómago tan típica del vómito. El estómago empujaba hacia arriba la comida como si aquello no tuviera nada que ver con él. No tenía ningún nudo en el estómago. No me sentía mal, los vómitos apenas olían. Todo aquello era muy extraño. Y no me había pasado una vez sino dos. Preocupado, decidí dejar el alcohol por un tiempo.

A pesar de ello, la tercera vomitona se produjo, puntualmente, a la mañana siguiente. Devolvió casi toda la anguila de la cena junto con el *muffin* inglés con mermelada amarga que había tomado para desayunar.

Después, mientras estaba en el baño lavándose los dientes, sonó el teléfono. Cuando descolgó, un hombre pronunció su nombre y luego colgó bruscamente. Sólo eso.

—¿No sería un novio o marido furioso? —pregunté.

—En absoluto —dijo—. A éstos les conozco a todos la voz. Y la del hombre del teléfono te aseguro que no la había oído nunca. Me producía una sensación muy desagradable. Total, que el tipo ese llamó todos los días. Del día cinco de junio al catorce de julio. ¿Qué te parece? Es justo el periodo en que yo tuve náuseas diarias, ¿te das cuenta?

—¿Pero qué relación podían tener los vómitos con esas llamadas desagradables? Yo no le veo ninguna.

—Ni yo tampoco —respondió él—. Justo por eso todavía ahora estoy confuso. En fin, sea como sea, las llamadas eran siempre iguales. Sonaba el teléfono, el hombre pronunciaba mi nombre y, después, colgaba bruscamente. Llamaba una vez al día. A horas distintas. A veces por la mañana, a veces por la tarde. Incluso había llamado alguna vez a altas horas de la noche. La verdad es que yo podía haber dejado que sonara el teléfono y no haberme puesto, pero me daba miedo que fuera una llamada de trabajo, o también podía telefonar alguna chica...

—Ya, claro —dije.

—De forma paralela, continuaban las náuseas, sin fallar un solo día. Lo vomitaba casi todo. Al arrojar lo que tenía en el estómago me entraba un hambre canina, comía algo y, luego, volvía a devolver. Era un círculo vicioso. Menos mal que, de media, digería bien una de cada tres comidas. Gracias a eso seguí viviendo, mal que bien. Si hubiera vomitado todas las comidas, habrían tenido que

alimentarme con instilación, supongo.

—¿Y no fuiste al médico?

—¿Al médico? Pues claro que fui al hospital del barrio. Es un hospital que está bastante bien, tiene de todo. Me hicieron radiografías, análisis de orina. Ante todo, comprobaron que no se tratase de cáncer. Pero no me encontraron nada malo en ninguna parte. Estaba sano *como* una manzana. Al final llegaron a la conclusión de que se trataba o bien de una fatiga estomacal crónica o bien de estrés nervioso, y *me* recetaron un medicamento para el estómago. Me dijeron que me levantara y acostara temprano, que me abstuviera de beber, que intentar^a no preocuparme por cosas sin importancia. ¡Vaya tonterías! La fatiga estomacal crónica la conocía hasta yo. Muy imbécil tiene que ser quien la sufra y no se dé cuenta. La fatiga crónica provoca pesadez en el estómago, ardores, falta de apetito. En el caso de que haya vómitos, éstos aparecen siempre después de los demás síntomas. No te pueden venir así, por las buenas, con independencia de los demás. y yo sólo tenía vómitos, ningún otro síntoma. Dejando aparte el hambre que me acuciaba todo el día, me encontraba de maravilla y notaba la cabeza muy despejada.

En cuanto al estrés, yo no sabía lo que era. Cierto que tenía mucho trabajo acumulado. Pero no tanto como para acabar exhausto. Los asuntos con las chicas me iban bien. Una vez cada tres días, acudía a la piscina a nadar... No. No creo que tuviera estrés.

—Parece que no —admití.

—Yo sólo vomitaba —dijo él.

Durante dos semanas, él siguió vomitando y el teléfono continuó sonando. Al decimoquinto día, harto de ambas cosas, dejó el trabajo sin hacer y decidió que, ya que no podía librarse de las náuseas, intentaría librarse, al menos, de las llamadas, de modo que reservó una habitación en un hotel donde pudiera pasarse el día mirando la televisión y leyendo. Al principio la cosa funcionó. El sándwich de *roast beefy* la ensalada de espárragos que se comió para almorzar le sentaron bien. Quizás el cambio de ambiente hubiera surtido efecto, porque logró digerir la comida sin ningún problema. A las tres y media se encontró con la novia de un amigo íntimo en el salón de té del hotel y se echó al estómago una tarta de cerezas y un café solo. Volvió a sentarle bien. Luego se acostó con la novia de aquel amigo. Con el sexo tampoco hubo ningún problema. Cuando ella se marchó, él cenó solo. Fue a un restaurante que había cerca del hotel y comió tofu, *sawara** asada con *miso* dulce blanco al estilo de Kioto, *sunomono*, *misoshiru* y un bol de arroz. Siguió sin probar una gota de alcohol. Eran las seis y media de la tarde.

Volvió a su cuarto, miró las noticias de la televisión y, cuando acabaron, empezó a leer el nuevo libro de Ed McBain de la serie Distrito 87. Como a las nueve seguía sin tener náuseas, finalmente respiró con alivio. Después de dos

* Pescado largo y delgado de unos cuarenta y cinco centímetros de largo parecido al atún. (N. de la T)

semanas podía volver a disfrutar de la placentera sensación de tener el estómago lleno. Deseó que las cosas siguieran por el buen camino y que la situación volviera pronto a la normalidad. Cerró el libro, encendió la televisión y, tras permanecer unos minutos cambiando de canal con el mando a distancia, se decidió por una vieja película del Oeste. La película acabó a las once de la noche y después pusieron las últimas noticias. Cuando éstas acabaron, apagó el televisor. Tenía muchas ganas de tomarse un whisky y consideró la posibilidad de encaminarse al bar de abajo y pedir una copa antes de acostarse, pero se lo pensó dos veces y desistió. No quería arruinar un día tan perfecto por culpa del alcohol. Apagó la lamparilla junto a la cama y se escurrió entre las mantas.

El teléfono sonó a altas horas de la madrugada. Cuando abrió los ojos y miró el reloj, vio que eran las dos y cuarto. Al principio estaba tan atontado por el sueño que no podía entender cómo es que sonaba el teléfono en aquel lugar. A pesar de ello sacudió la cabeza y, medio sin saber lo que estaba haciendo, descolgó y se llevó el auricular a la oreja.

—Diga —contestó.

La voz aquella pronunció su nombre, como siempre, y, acto seguido, colgó. Sólo se oía como si el teléfono comunicara.

—Pero tú no le habías dicho a nadie que te alojabas en aquel hotel, ¿verdad? —pregunté.

—No, claro que no. A nadie. Exceptuando a la chica con la que me había acostado, claro.

—Tal vez ella se lo contara a alguien.

—¿Con qué motivo?

Ahora que lo decía, pues tenía razón.

—Luego, en el cuarto de baño, lo vomité todo, absolutamente todo. El pescado, el arroz. Todo. Como si la llamada telefónica hubiera levantado una trampilla y dejado abierto el camino para que salieran los vómitos. Después de vomitar me senté en la bañera e intenté ordenar mis ideas. Lo primero que cabía pensar era que todo el asunto de las llamadas, fueran hechas en broma o con malicia, era la hábil maquinación de alguien. Cómo se había enterado esa persona de mi estancia en el hotel, eso ya lo decidiría más adelante, pero la cuestión era que las llamadas eran obra de alguien. La segunda posibilidad era que fueran alucinaciones auditivas. Me parecía ridículo planteármelo siquiera, pero si se analizaban los hechos con frialdad, no podía descartarse por completo esa hipótesis. O sea, que a mí me daba la sensación de que sonaba el teléfono, cogía el auricular y, entonces, sentía que alguien decía mi nombre. Pero nada de eso sucedía en realidad. En principio era posible, ¿no te parece?

—Bueno, sí, pero... —dije.

—Entonces llamé a recepción y les pedí que comprobaran si acababa de telefonar alguien a mi habitación. Pero no fue posible averiguarlo. El sistema telefónico del hotel registraba las llamadas que se efectuaban al exterior, pero no

quedaba constancia de las que se recibían desde el exterior. O sea, que no tenía ninguna pista.

»Aquella noche fue el punto de inflexión a partir del cual empecé a considerar seriamente varias cuestiones. Sobre los vómitos y las llamadas. En primer lugar, que ambos hechos, no sabía si de manera parcial o total, debían de estar conectados en alguna parte. Luego, que tanto el uno como el otro eran algo mucho más serio de lo que yo había imaginado al principio. Eso lo había ido viendo cada vez con mayor claridad.

»Cuando, tras pasar dos noches en el hotel, volví a mi casa, las náuseas y las llamadas continuaron como de costumbre. A modo de prueba me alojé en varias ocasiones en casa de algún amigo, pero, con todo, las llamadas no se hicieron esperar. Y sucedía siempre que mis amigos no estaban presentes y yo me encontraba solo. Este hecho me fue inquietando cada vez más. Empezó a darme la impresión de que tenía algo invisible plantado a mis espaldas que espiaba todos mis movimientos y que aguardaba el momento propicio para telefonarme y meterme el dedo hasta la boca del estómago. Y éstos son, claramente, los primeros síntomas de la esquizofrenia, ¿verdad?

—Pero yo diría que no hay muchos esquizofrénicos que se inquieten preguntándose si padecen esquizofrenia, ¿no te parece?

—Exacto. Además, no se conoce ningún caso en el que la esquizofrenia vaya ligada a las náuseas. Eso me lo dijeron en el departamento de psiquiatría del Hospital Universitario. Los psiquiatras apenas me hicieron caso. Sólo tratan a pacientes que presentan una sintomatología más clara. Me dijeron que en cada uno de los trenes de la línea Yamanote hay, en cada vagón lleno, de 3,5 a 4 personas de promedio que presentan síntomas parecidos a los míos, y que el hospital no puede atenderlos a todos. Me aconsejaron que llevara los vómitos al departamento de medicina interna y que las llamadas las denunciara a la policía.

»Sin embargo, como tú quizá ya sepas, hay dos tipos de fechorías de los que la policía no se ocupa. Una es ese tipo de llamadas; y la otra, el robo de bicicletas. En ambos casos, el número contabilizado es excesivo y se trata de acciones de poca monta. Si se ocuparan de todas las denuncias, el funcionamiento policial se colapsaría. Así que a mí ni me escucharían. ¿La llamada de un demente? ¿Y qué le dice? ¿Su nombre? ¿Y nada más? Tenga, rellene este formulario. Y, si hay algo nuevo, póngase en contacto con nosotros. Eso sería, más o menos, lo que me dirían. Ni siquiera me prestarían atención si les señalara la cuestión de cómo era posible que aquel hombre supiera siempre dónde me encontraba. Y si insistiera demasiado, empezarían a sospechar que estoy mal de la cabeza.

»Así que llegué a la conclusión de que no podía confiar ni en los médicos ni en la policía. En definitiva, que aquello tenía que resolverlo yo por mi cuenta. Lo decidí unos veinte días después de que empezara la «llamada de las náuseas». Me considero una persona bastante fuerte, tanto física como psicológicamente hablando, pero en aquellos momentos estaba a punto de derrumbarme, cosa que no

es de extrañar.

—Pero con las novias de tus amigos todo iba bien, ¿verdad?

—Pues sí, más o menos. Justamente, uno de mis amigos estaba de viaje durante dos semanas en Filipinas por cuestiones de trabajo y, mientras tanto, su novia y yo nos lo pasamos muy bien.

—Mientras te divertías con ella, ¿recibiste alguna llamada?

—Jamás. Puedo comprobarlo mirando el diario, pero yo diría que no. Que no debe de haber ninguna. Siempre buscaba el momento en que yo estuviera completamente solo. Lo mismo sucedía con los vómitos. Entonces caí en la cuenta. ¿Cómo es que paso tanto tiempo solo? Lo cierto era que, de las veinticuatro horas del día, estaba solo, de promedio, unas veintitrés horas. Vivía solo, apenas mantenía relaciones laborales con nadie, las conversaciones de trabajo eran generalmente por teléfono, las novias eran novias de otros, las comidas, el noventa por ciento de las veces, las hacía fuera; el único deporte que practicaba consistía en dar, yo solo, una brazada tras otra; no tenía otro *hobby* más que escuchar, yo solo, discos antiguos; el trabajo, para poder concentrarme, lo tenía que hacer solo, tenía amigos, pero, a aquella edad, todos estaban muy ocupados y no podía verlos con mucha frecuencia... ¿Entiendes a qué tipo de vida me refiero?

—Pues, más o menos —asentí.

Se echó whisky sobre el hielo y, tras removerlo con la punta del dedo, tomó un sorbo.

—Entonces intenté plantearme en serio qué tenía que hacer. ¿Iba a seguir sufriendo solo las llamadas y las náuseas eternamente?

—Habrías podido buscarte una novia normal. Una novia para ti solo.

—También pensé en eso, claro. Me dije que tenía veintisiete años y que ésa no era una mala edad para sentar la cabeza. Pero me resultaba imposible. Yo no soy así. No podía soportar rendirme de ese modo. No me resignaba a cambiar de estilo de vida por unas absurdas e incomprensibles llamadas telefónicas. Y decidí luchar mientras me quedara un átomo de fuerza física y mental.

—¡Humm!

—¿Qué hubieras hecho tú?

—¡Uf! Vete a saber. No tengo la menor idea —contesté. Y no la tenía, de veras.

—Total, que las náuseas y los vómitos continuaron. Fui perdiendo peso. Espera... Sí, mira... El día cuatro de junio pesaba sesenta y cuatro kilos. El día veintiuno, sesenta y uno. El día diez de julio, cincuenta y ocho kilos. ¡Cincuenta y ocho kilos! Con mi estatura, es difícil de creer. Toda la ropa empezó a irme grande. Acabé teniendo que andar sujetándome los pantalones.

—Tengo una pregunta. ¿Por qué no conectaste un contestador automático o algo por el estilo?

—Porque no quería huir de él, por supuesto. Si lo hubiera hecho, habría pensado que me rendía. ¡Y eso nunca! Era: o él o yo. O se hartaba él o me iba al

cuerno yo. Con los vómitos hice lo mismo. Me los tomé como si fueran una dieta ideal. Por suerte, no había perdido toda la fuerza física y podía seguir llevando la vida de costumbre y mantener mi ritmo de trabajo habitual. Volví a beber. Tomaba cerveza desde la mañana, al caer la noche me empapaba en whisky. Total, acabaría vomitando igualmente. Al beber me sentía aligerado y lo encontraba más consecuente, la verdad.

Saqué algunos ahorros del banco, fui a una tienda de ropa y me compré un traje de mi nueva talla y dos pares de pantalones. Al mirarme en el espejo de la tienda me dije que no me sentaba tan mal la delgadez. Pensándolo bien, las náuseas no eran tan graves. Eran mucho menos dolorosas que las hemorroides o las caries, y más elegantes que la diarrea. Era cuestión de relativizarlo. Una vez resuelto el problema nutricional y descartado el peligro del cáncer, los vómitos, en sí mismos, eran algo inofensivo. Total, en América venden píldoras para adelgazar que provocan el vómito.

—Entonces —dije—, las náuseas y las llamadas continuaron hasta el día catorce de julio, ¿verdad?

—Para ser exactos... Espera un poco... Para ser exactos, el último vómito fue el día catorce de julio a las nueve y media de la mañana, devolví tostadas, una ensalada de tomate y leche. Y la última llamada tuvo lugar esa misma noche a las diez y veinticinco minutos, y yo, en aquellos momentos, estaba escuchando *Concert by the Sea*, de Erroll Garner, y tomándome un Seagram VO. ¿Qué? ¿Qué me dices? Eso de llevar un diario es útil, ¿verdad?

—Pues, sí. Mucho —asentí—. Entonces, tanto las llamadas como las náuseas se cortaron en seco, ¿no?

—Sí, en seco. Como en *Los pájaros* de Hitchcock, una buena mañana abres la ventana y todo ha pasado. Ni los vómitos ni las llamadas volvieron a repetirse. Yo recuperé peso hasta los sesenta y tres kilos y dejé colgados dentro del armario el traje y los pantalones. De recuerdo.

—¿Con la voz del teléfono sucedió lo mismo?

Él hizo un leve movimiento con la cabeza de izquierda a derecha. Y me dirigió una vaga mirada.

—No —contestó—. La última llamada, sólo ésa, fue distinta de las demás. Primero mencionó mi nombre. Como siempre. Pero luego el tipo me dijo: «¿Sabes quién soy?», y guardó silencio durante unos instantes. Yo también callaba. Ambos permanecemos unos diez o quince segundos sin pronunciar palabra. Luego colgó. Y sólo se oía cómo comunicaba el teléfono.

—¿De verdad te dijo eso: «¿Sabes quién soy?».

—Palabra por palabra. Exactamente eso. De una manera muy lenta y muy clara. «¿Sabes quién soy?» Pero yo no recordaba haber oído nunca aquella voz. Al menos, seguro que no pertenecía a alguien que hubiese tratado durante los cinco o seis últimos años. No puedo asegurarte que no se tratara de algún conocido de cuando era niño o de alguien a quien apenas le hubiera oído la voz, pero, entre

éstos, no se me ocurría nadie que tuviera razones para odiarme. No recordaba haberle hecho una mala pasada a nadie, y tampoco tengo tanto volumen de trabajo como para despertar el odio entre los de mi mismo ramo.

Sí, ya lo sé. Está lo de las mujeres. Como bien sabes, no tengo la conciencia completamente tranquila. Lo admito. No hay nadie que, a los veintisiete años sea inocente como un bebé. Pero, tal como te he dicho antes, conozco las voces de todos mis amigos. Los reconocería de inmediato.

—Pero una persona formal no tiene como especialidad acostarse con las parejas de sus amigos.

—En ese caso —dijo él—, ¿tú apuntarías a la posibilidad de que fuera una especie de sentimiento de culpa... Un sentimiento de culpa que ni yo mismo soy consciente de tener..., que se materializase en las náuseas y las alucinaciones auditivas?

—Eso no lo he dicho yo, sino tú —lo corregí.

—¡Humm! —dijo, se metió un trago de whisky en la boca y alzó la vista al techo.

—También hay otras posibilidades. Por ejemplo, que uno de tus amigos contratara un detective privado para que te siguiera, y que, para escarmentarte o a modo de advertencia, hiciera que éste te llamara por teléfono. Y las náuseas podían ser una simple indisposición física que coincidiera, casualmente, con las llamadas.

—Las dos merecen ser tomadas en consideración —dijo él admirado—. Con razón eres novelista. Pero, respecto a tu segunda hipótesis, mira, yo no dejé de acostarme con ninguna de ellas. ¿Cómo es que él dejó de llamarme a pesar de todo? Eso no cuadra.

—Quizá perdió el interés en su novia. O quizá se le acabó el dinero para seguir pagando al detective. Sea como sea, se trataba sólo de una hipótesis. Y si bastara con hipótesis, te podría dar cien o doscientas si quieres. La cuestión es con qué hipótesis acabas quedándote tú. Y qué aprendes de ella.

—¿Aprender? —preguntó con extrañeza. Y, durante unos instantes, presionó el culo del vaso de whisky contra su frente—. ¿Y qué tendría que aprender yo?

—Pues qué harías si esto volviera a suceder, claro está. La próxima vez quizá no acabe a los cuarenta días. Las cosas que empiezan sin causa acaban sin causa. Y a eso también se le puede dar la vuelta.

—¡Qué cosas más desagradables dices! —exclamó con una risita. Luego se puso serio—. Pero es extraño. Hasta que no me lo has dicho, no había pensado en esta posibilidad. En que pudieran volver a aparecer. Oye, ¿tú crees que volverán?

—Eso no hay manera de saberlo —respondí.

Él fue bebiéndose el whisky a sorbitos, removiendo el vaso de vez en cuando. Luego dejó el vaso vacío sobre la mesa y se sonó varias veces la nariz con un pañuelo de papel.

—O quizá —dijo—, o quizá la próxima vez le ocurra a alguien completamente distinto. Como por ejemplo a ti. Tú tampoco eres inocente del todo,

¿verdad?

Después de aquello nos vimos varias veces más, intercambiamos algunos discos que no podrían llamarse de vanguardia y bebimos. Unas dos o tres veces al año. Yo no soy de los que llevan un diario, así que no puedo dar un número exacto. Y hay algo que es de agradecer, ni a él ni a mí nos han visitado ni las náuseas ni las llamadas telefónicas.

—Aquella ola estuvo a punto de engullirme una tarde de septiembre cuando tenía diez años —empezó a decir, en voz baja, el séptimo hombre.

Era el último a quien le tocaba hablar aquella noche. Las agujas del reloj señalaban ya las diez. Los hombres, sentados en círculo dentro de la habitación, podían distinguir, en la negra oscuridad de la noche, el rugido del viento que se dirigía hacia el oeste. El viento agitaba las hojas de los árboles del jardín, hacía vibrar los cristales de las ventanas y, al fin, con un chillido agudo como un silbato, se desplazaba a otro lugar.

—Era una ola gigantesca, muy distinta a las que había visto hasta entonces —prosiguió el hombre.

»No logré, por muy poco, arrastrarme consigo. Pero, a cambio, engulló lo que yo más quería y se lo llevó a otro mundo. Y yo tardé muchísimo tiempo en volver a encontrarlo, en poder recuperarlo. Un largo y precioso tiempo que jamás me será devuelto.

El séptimo hombre aparentaba estar en la mitad de la cincuentena. Era un hombre delgado. Alto, con bigote y una pequeña pero profunda cicatriz en el rabillo del ojo derecho, que podía haber sido producida por un cuchillo pequeño. Llevaba el pelo corto, con algunas ásperas canas aquí y allá. En el rostro del hombre se adivinaba la expresión que la gente suele adoptar cuando tiene dificultades para explicarse con claridad, pero, en su caso, aquella expresión se adecuaba con tanta perfección a su rostro que parecía que estuviera presente en él desde hacía mucho tiempo. Bajo la chaqueta de *tweed* gris llevaba una camisa lisa de color azul. De cuando en cuando, el hombre se tocaba el cuello de la camisa. Nadie conocía su nombre. Nadie sabía, tampoco, a qué se dedicaba.

El séptimo hombre carraspeó. Hundió sus palabras en el silencio.

Los demás esperaban, sin decir absolutamente nada, a que prosiguiera su relato.

—*En mi caso* fue una ola. No sé qué forma tomaría en el suyo, por supuesto. Pero, en mi caso, *accidentalmente* fue una ola. Aquello se presentó un día, de pronto, sin previo aviso, bajo la fatídica forma de una ola gigantesca.

Nací en un pueblo de la costa, en la prefectura de S. El pueblo es muy pequeño y es probable que ustedes no lo hayan oído nombrar nunca. Mi padre era el médico del pueblo y, durante mi infancia, jamás me faltó de nada. Desde que tuve uso de razón me sentía muy unido a un amigo al que le tenía un enorme

cariño. Se llamaba K. Vivía al lado de casa y estaba un curso por detrás del mío. Los dos íbamos juntos al colegio y, a la vuelta, jugábamos también juntos. Podría decirse que éramos como hermanos. A pesar de que hacía mucho tiempo que nos conocíamos, no nos habíamos peleado jamás. Yo tenía un hermano, pero como era seis años mayor que yo, la relación con él no era muy estrecha. Además, si les soy sincero, éramos muy distintos de carácter y no nos llevábamos demasiado bien. En definitiva, que sentía más amor fraternal hacia ese amigo que hacia mi propio hermano.

K era delgado, blanco de tez, con unas facciones tan hermosas como las de una niña. Sin embargo, tenía dificultades en el habla y le costaba expresarse. A los desconocidos podía parecerles incluso un poco retrasado mental. Era muy frágil y, por esa razón, tanto en la escuela como cuando jugábamos a la salida, yo me había erigido en su protector. Porque yo era más bien grande, se me daban bien los deportes y todos me respetaban. Que yo prefiriera estar con K se debía, básicamente, a la dulzura y bondad de su corazón. Su inteligencia era normal, pero, a causa de sus dificultades orales, sus notas no eran buenas y le costaba seguir el ritmo de las clases. Sin embargo, para el dibujo tenía un talento excepcional y, ya fuera con lápiz o con pinturas, hacía unos dibujos tan hermosos y llenos de vida que incluso los profesores se quedaban boquiabiertos. Había ganado muchos concursos y había sido galardonado innumerables veces. Estoy seguro de que hoy sería un pintor famoso. Le gustaba pintar paisajes e iba con frecuencia a la playa que se hallaba cerca de casa, no se cansaba de reproducir las vistas marinas. Yo solía sentarme a su lado y contemplaba admirado los ágiles y precisos movimientos de su pincel. Me maravillaba ver cómo, en un instante, era capaz de crear unas formas y tonalidades tan vivas sobre el lienzo blanco. Ahora me doy cuenta de que lo suyo era puro talento.

Un mes de septiembre, un gran tifón asoló la región donde yo vivía. Según la predicción meteorológica de la radio, aquél tenía que ser *el* tifón de mayor envergadura de los últimos diez años. Se suspendieron las clases y las tiendas cerraron bien sus puertas metálicas en previsión. Desde primeras horas de la mañana, mi padre y mi hermano tomaron un martillo y clavos y fueron fijando todas las contraventanas de la casa, y mi madre, de pie en la cocina, no paró de cocer arroz para preparar *onigiri*.^{*} Llenamos botellas y cantimploras de agua y cada uno de nosotros metió sus objetos más preciados dentro de una mochila, por si de repente teníamos que refugiarnos en algún lugar. Para los adultos, aquellos tifones que se presentaban casi cada año eran una molestia y un peligro, pero para los niños, tan alejados de la realidad de todo aquello, eran una especie de espectáculo que nos producía una enorme excitación.

A primeras horas de la tarde, el cielo empezó a cambiar rápidamente de

^{*} Bolas de arroz rellenas de diversos alimentos. (*N. de la T*)

color. Se tiñó de una serie de tonalidades irreales. Yo salí al porche y estuve observándolo hasta que el viento empezó a ulular y la lluvia comenzó a azotar la casa con un extraño ruido seco, como si arrojaran puñados de arena contra las paredes. Nuestra casa permanecía con las contraventanas cerradas, sumida en la oscuridad, y toda la familia se había reunido en una habitación con el oído pegado a la radio. Por lo visto, la cantidad de agua que había descargado el tifón no era mucha, pero los daños provocados por el vendaval eran muy grandes. El fuerte viento había levantado los tejados de la mayoría de las casas y había hecho zozobrar un gran número de barcas. También habían fallecido, o resultado gravemente heridas, muchas personas al ser alcanzadas por pesados objetos que volaban por los aires. El locutor advertía, una y otra vez, que no saliéramos de casa bajo ningún concepto. A causa del fuerte viento, la casa rechinaba como si una mano gigantesca la sacudiera. De cuando en cuando se oía cómo algunos objetos pesados golpeaban con estrépito las contraventanas. Mi padre dijo que tal vez fueran tejas que habían salido despedidas de los tejados. Pendientes de las noticias de la radio, almorzamos los *onigiri* y el *tamagoyaki** que había preparado mi madre y esperamos con paciencia a que el tifón pasara por encima de nuestras cabezas y se fuera.

Pero el tifón no acababa de pasar de largo. Según la radio, al llegar a la prefectura de S había disminuido bruscamente la velocidad y, por entonces, se dirigía despacio hacia el nordeste a una velocidad equivalente a la de un hombre a la carrera. El viento rugía, incansable, haciendo volar todo cuanto se hallaba en la superficie de la tierra y arrastrándolo hasta el fin del mundo.

Debía de hacer una hora, aproximadamente, que había empezado a soplar el viento. De repente, todo se sumió en el silencio. No se oía nada. Incluso llegó de alguna parte el canto de los pájaros. Mi padre entreabrió la contraventana y atisbó por la rendija. El viento había amainado y ya no llovía. Los grises nubarrones iban desapareciendo despacio. Entre los jirones de nubes empezó a asomar el cielo azul. Los árboles del jardín, empapados de lluvia, dejaban que el agua goteara desde sus ramas.

—Ahora estamos en el ojo del tifón —me explicó mi padre—. Durante un rato, unos quince o veinte minutos más o menos, continuará la calma. Luego volverá a desencadenarse la tempestad, igual que antes.

Le pregunté a mi padre si podía salir afuera. Me respondió que sí, a condición de que no me alejara mucho.

—Pero al primer sople de viento vuelve corriendo a casa —me dijo.

Yo salí y miré a mi alrededor. Parecía increíble que hasta hacía unos pocos minutos hubiera estado rugiendo la tormenta. Alcé la vista al cielo. Me dio la impresión de que flotaba en él un enorme «ojo» que nos miraba con frialdad. Aunque no había nada semejante, por supuesto. Nosotros sólo nos encontrábamos

* Especie de tortilla. (*N. de la T*)

dentro de una calma fugaz creada en el núcleo de un remolino de presión atmosférica.

Mientras los adultos rodeaban sus casas comprobando si el tifón había ocasionado algún desperfecto en ellas, yo me encaminé solo hacia la playa. El viento había arrancado y hecho volar por los aires muchas ramas que ahora estaban en mitad del camino. También había arrojadas por el suelo gruesas ramas de pino que un adulto no habría podido levantar solo. Había fragmentos de tejas por todas partes. Y coches con grandes grietas en los cristales debidas al impacto de alguna piedra. Incluso había una caseta de perro que había venido rodando de no se sabía dónde. Al ver todo aquello uno podía pensar que una gran mano se había extendido desde el cielo y había provocado el caos en la superficie de la tierra. Cuando iba andando por el camino, K me vio y salió afuera. Me preguntó que adónde iba. Al responderle que me acercaba un momento a la playa, K me siguió sin decir nada. Tenía un perrito blanco que también empezó a corretear detrás de nosotros.

—Al primer soplo de viento nos volvemos corriendo a casa —le dije, y K asintió en silencio.

El mar estaba a doscientos metros de casa. Había un malecón tan alto como yo ahora y tuvimos que subir las escaleras para bajar a la playa. Todos los días íbamos a jugar allí y conocíamos cada rincón de la arena. Pero, en el ojo del tifón, todo era distinto. El color del cielo, el color del mar, el rumor de las olas, el olor de la brisa, la amplitud del paisaje. En aquella playa, todo había cambiado. Nos sentamos en el malecón y permanecimos unos instantes contemplando la escena en silencio. Pese a hallarse en medio del tifón, el mar parecía una balsa de aceite. La línea de la costa se había adentrado en el mar. La blanca arena se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Ni siquiera con la marea baja retrocedían tanto las aguas. La playa estaba tan vacía que recordaba una enorme estancia de la que hubieran sacado todos los muebles. Objetos de diversa índole que habían llegado flotando a la deriva se alineaban en la orilla formando una especie de cinturón.

Bajé del rompeolas, empecé a andar por la seca orilla estudiando con atención todo aquello. Juguetes de plástico, sandalias, láminas de madera que parecían haber formado parte de algún mueble, ropa, una botella de forma curiosa, una caja de madera con una inscripción en una lengua extranjera, cosas cuya naturaleza era imposible de determinar, todo se extendía hasta donde alcanzaba la vista como si fuera el escaparate de una pastelería. Probablemente, las altas olas levantadas por el tifón habían transportado todo aquello, hasta allí, desde muy lejos. Cuando veíamos algo que nos llamaba la atención, lo cogíamos y lo estudiábamos con detenimiento. El perro de K permanecía a nuestro lado meneando el rabo y olisqueando cada una de las cosas que encontrábamos.

No creo que permaneciéramos allí más de cinco minutos. Sin embargo, a la que nos dimos cuenta, las olas ya habían alcanzado el punto donde nos encontrábamos. Las olas, en silencio, sin previo aviso, alargaban furtivamente la resbaladiza punta de su lengua hacia nuestros pies. Nunca hubiera podido imaginar

que el oleaje se acercara con tanto sigilo, de un modo tan repentino. Yo había crecido al lado del mar y conocía sus peligros. Era consciente de la imprevisible violencia de sus embates y, por lo tanto, los dos íbamos con grandes precauciones y nos manteníamos en un lugar que se podía considerar seguro, muy alejados de donde rompían las olas. Pero éstas, en un momento dado, sin que lo advirtiéramos, habían llegado a unos escasos diez centímetros de nuestros pies. En aquel momento, el oleaje retrocedía de nuevo, con sigilo. Aquellas olas no volvieron. Las que vinieron a continuación nada tenían de amenazador. Eran unas olas que bañaban dulcemente la orilla. Pero el terrible infortunio que se ocultaba en ellas, parecido al tacto de la piel de un reptil, hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Era un terror injustificado. Pero auténtico. De forma instintiva, percibía que estaban vivas. No me cabía duda. *Podía asegurar que aquellas olas tenían vida.* Aquellas olas me habían avistado a mí y ahora se disponían a engullirme. Como un enorme carnívoro que me acechara, conteniendo el aliento, en medio de la pradera, soñando con el instante de clavarme sus afilados colmillos y devorarme. «¡Tenemos que escapar!», me dije.

Me dirigí a K y le dije: «¡Vámonos!». K estaba a unos diez metros, de espaldas a mí, acucillado sobre algo. Yo creía haber gritado, pero parecía que mi voz no había llegado a sus oídos. O quizás él estuviera tan absorto en lo que había encontrado que no me había oído. Solía sucederle. Cuando se entusiasmaba por algo, se olvidaba de cuanto lo rodeaba. O quizás es que mi voz no había sido tan potente como yo pensaba. Me acuerdo muy bien de que no la había reconocido como mía. Me había parecido que pertenecía a otra persona.

Entonces oí un rugido. Tan fuerte que hacía temblar el suelo. No. Antes del rugido oí otro ruido diferente. Una especie de extraño *goteo*, como si grandes cantidades de agua estuvieran saliendo por un agujero. Ese *goteo* continuó por unos instantes, cesó y luego llegó, entonces sí, aquel bramido siniestro. Pero K siguió sin levantar la cabeza. Estaba inmóvil, en cuclillas, contemplando algo que se encontraba a sus pies. Se hallaba totalmente absorto en ello. K no debía de haberlo oído. No comprendo cómo pudo no percibir aquel estruendo que hacía vibrar el suelo. O quizá yo fuese el único en oírlo. Sonará raro, pero es posible que fuera un ruido de una naturaleza especial que únicamente yo podía percibir. Lo digo porque ni siquiera el perro de K, que estaba allí, parecía haberlo captado. Y los perros, como ustedes sabrán, son seres particularmente sensibles a los ruidos.

Decidí acercarme corriendo a K y arrastrarlo fuera de allí. Era lo único que podía hacer. Yo *sabía* que se acercaba una ola y K no lo sabía. Pero me encontré con que mis pies corrían en una dirección completamente distinta a mis *decisiones*. *Yo me estaba dirigiendo al malecón, estaba huyendo solo.* Creo que lo que me hizo obrar de ese modo fue *el* terrible pánico que sentía. El pánico había sofocado mi voz y, en aquel momento, movía mis piernas a su antojo. Corrí dando traspiés por la blanda arena, llegué al malecón y desde allí llamé a K.

«¡Cuidado! ¡Que viene una ola!», esta vez el grito no se ahogó en mi

garganta. Había dejado de oírse el bramido. K, finalmente, me oyó y alzó la cabeza. Pero ya era demasiado tarde. En aquel instante, una gigantesca ola se erguía hacia lo alto como una enorme serpiente y se disponía a atacar. Era la primera vez en mi vida que veía una ola tan horrenda. Era tan alta como un edificio de tres plantas. Y, sin un sonido (al menos yo no recuerdo que lo hubiera y en mi memoria siempre avanza en silencio), se alzó a las espaldas de K, tan alta que tapaba el cielo. K miraba hacia mí sin comprender qué estaba sucediendo. Luego, como si se hubiera dado cuenta de algo, se dio la vuelta de súbito. Intentó huir. Pero ya no había escapatoria posible. Un instante después, la ola ya lo había engullido. Fue como si hubiera chocado de frente con una locomotora cruel que corriera a toda máquina.

Con estruendo, dividida en innumerables brazos, la ola rompió de forma salvaje contra la arena y un mar de salpicaduras voló por los aires, como producto de una explosión, y alcanzó el malecón donde yo me encontraba. Refugiado detrás del malecón, dejé que las salpicaduras me pasaran por encima. Aquella rociada de agua que había sobrepasado el rompeolas sólo alcanzó a mojarme la ropa. Luego, subí apresuradamente a lo alto del malecón y dirigí la mirada hacia el mar. Las olas habían rotado sobre sí mismas y, en aquel momento, retrocedían llenas de energía hacia alta mar con un rugido salvaje. Parecía que, en el fin del mundo, alguien estuviera tirando con todas sus fuerzas de una gigantesca alfombra. Agucé la vista, pero la silueta de K no se veía por ninguna parte. Tampoco se veía el perrito. Las olas habían retrocedido de golpe hasta tan lejos que daba la impresión de que el mar se hubiera secado y de que, de un momento a otro, fuera a aflorar todo el fondo del océano. Me quedé petrificado en lo alto del malecón.

Había vuelto la calma. Un silencio tan desesperado como si le hubiesen arrebatado los sonidos a la fuerza. La ola se había ido muy lejos llevándose a K. ¿Qué debía hacer yo? No lo sabía. Contemplé la posibilidad de bajar a la playa. Quizá K estuviera allí enterrado en la arena. Pero me lo pensé mejor y no me aparté del malecón. Sabía por experiencia que, tras una gran ola, suelen venir dos o tres más. No recuerdo cuánto tiempo transcurrió. Creo que no demasiado. Diez o veinte segundos a lo sumo. En cualquier caso, tal como había previsto, las olas volvieron. Igual que antes, aquel estruendo hizo temblar con furia el suelo. Y, una vez hubo desaparecido, otra ola no tardó en erguir su enorme cabeza. Exactamente igual que antes. Ocultó el cielo y se levantó ante mis ojos como una pared de roca mortal. Pero esta vez no huí. Me quedé paralizado en lo alto del rompeolas, como embrujado, esperando inmóvil a que atacara. Me daba la sensación de que, como K había sido atrapado, ya no tenía ningún sentido escapar. No. Quizá sólo estuviera petrificado a causa de aquel pánico abrumador. No recuerdo bien cuál de las dos cosas me pasó.

La segunda ola no fue menor que la primera. No. Fue incluso mayor. Se fue acercando hasta reventar despacio, distorsionándose la forma, por encima de mi cabeza, como cuando se desploma una pared de ladrillo. Era tan grande que no

parecía una ola real. Se diría que era algo completamente distinto que había adoptado la forma de ola. *Algo distinto con forma de ola que procedía de otro mundo muy lejano.* Lleno de resolución, aguardé el instante de ser engullido por las tinieblas. Mantuve los ojos bien abiertos. Recuerdo que, en aquellos momentos, oía cómo me latía el corazón con fuerza. Sin embargo, en cuanto llegó frente a mí, la ola perdió de repente todo su vigor, como si se le hubieran agotado las fuerzas, y se quedó suspendida en el aire. Duró apenas unos instantes, pero la ola, rota, *permaneció inmóvil* justo en aquel punto. Y en la cresta, dentro de su lengua transparente y cruel, distinguí con toda claridad la figura de K.

Tal vez a algunos de ustedes les resulte difícil creer lo que les estoy diciendo. No me extraña. A decir verdad, también a mí, incluso hoy, me cuesta hacerme a la idea de cómo pudo suceder una cosa semejante. Tampoco puedo explicarlo. Pero no fue ni una fantasía ni una alucinación. Ocurrió de verdad, tal como se lo estoy contando. En la punta de la ola, como si estuviese encerrado en una cápsula transparente, flotaba, vuelto hacia un lado, el cuerpo de K. Y no sólo eso. K miraba hacia mí y *me sonreía*. Ante mis ojos, al alcance de mi mano, estaba el rostro de mi mejor amigo, a quien las olas acababan de engullir. No cabía la menor duda. Él me miraba y sonreía. Pero no era una sonrisa normal. La boca de K se abría en una amplia sonrisa maliciosa que se extendía, literalmente, de oreja a oreja. Y su par de frías y congeladas pupilas permanecían fijas en mí. Entonces me tendió la mano derecha. Como si quisiera asírmela y arrastrarme consigo a *aquel otro mundo*. Por muy poco, su mano no logró agarrar la mía. Luego volvió a esbozar una sonrisa, aún más amplia que la anterior.

Por lo visto, perdí el conocimiento. Al recobrarlo, me encontré tendido en una cama, en el consultorio de mi padre. Cuando abrí los ojos, la enfermera salió a toda prisa a avisar a mi padre y éste acudió corriendo. Me cogió la mano, me tomó el pulso, me observó las pupilas, me puso la mano en la frente, me tomó la temperatura. Intenté mover la mano, pero me fue imposible levantarla. El cuerpo me ardía y estaba tan aturdido que no lograba hilvanar las ideas. Al parecer, una altísima fiebre me había consumido durante varios días. «Has estado tres días durmiendo sin parar», me dijo mi padre. Un vecino que lo había visto todo desde lejos cogió en brazos mi cuerpo desfallecido y me llevó a casa. Mi padre me contó también que las olas se habían tragado a K y que no había ni rastro de él. Quise decirle algo a mi padre. Necesitaba decirle algo. Pero mi lengua estaba hinchada, paralizada. No me salían las palabras. Tenía la sensación de que otro ser vivo habitaba dentro de mi boca. Mi padre me preguntó cómo me llamaba. Intenté recordar mi nombre, pero, antes de lograrlo, volví a perder la conciencia y me hundí en las tinieblas.

Permanecí en cama alrededor de una semana tomando alimento líquido. Vomité muchas veces, deliraba. Mi padre temía muy en serio que mi mente no

podiera recuperarse jamás del violento golpe sufrido, ni de las altas fiebres. Cosa que en verdad, dado el grave estado en el que me encontraba, no hubiera sido nada extraño. Sin embargo, físicamente al menos, logré recuperarme. En unas semanas pude reanudar la vida de antes. Empecé a ingerir comida normal, estuve en situación de ir a la escuela. Lo que no quiere decir que las cosas volvieran a ser como antes.

El cadáver de K no apareció jamás. Tampoco el del perrito. Los cuerpos de las personas que se ahogaban en aquella parte de la costa solían ser arrojados unos días después por las corrientes marinas a una pequeña ensenada que se encontraba hacia el este, pero el cuerpo de

K jamás apareció. Las olas levantadas por aquel tifón habían sido tan descomunales que, posiblemente, se hubiesen llevado el cadáver mar adentro y era imposible que regresara a la costa. Tal vez se hubiese hundido en las profundidades marinas donde se habría convertido en alimento de los peces. La búsqueda del cuerpo de K, en la que participaron todos los pescadores de la zona, se alargó durante mucho tiempo, pero un día, por supuesto, terminó. Como faltaba el cuerpo, el funeral no se celebró íntegramente. Los padres de K casi enloquecieron de dolor y todos los días vagaban sin rumbo por la playa o bien se encerraban en su casa y recitaban sutras.

Sin embargo, pese al terrible golpe que habían sufrido, los padres de K no me reprocharon ni una sola vez que hubiese llevado a su hijo a la playa en medio del tifón. Porque sabían muy bien que yo siempre había querido y protegido a K como si fuera mi hermano pequeño. Mis padres, a su vez, intentaban no mencionar el incidente delante de mí. Pero yo lo sabía. Que si lo hubiese intentado, habría podido salvar a K. Habría podido correr junto a él y arrastrarlo hasta el lugar donde no llegaban las olas. Quizá no me hubiera sobrado ni siquiera un segundo, pero siguiendo todo el proceso dentro de mi memoria cabía pensar que hubiera sido posible. Pero yo, tal como he mencionado antes, poseído por aquel pánico abrumador, había huido solo y abandonado a K a su suerte. Que los padres de K no me reprocharan nada y que nadie en mi presencia tocara el tema, como si fuera un tumor, me atormentaba más aún. Me costó mucho reponerme anímicamente de aquel golpe. Y me pasaba los días sin ir a la escuela, sin comer apenas, tendido en la cama con la mirada clavada en el techo.

Me veía incapaz de olvidar a K, recostado en la cresta de la ola, sonriéndome maliciosamente. Aquella mano que me tendía invitadora, cada uno de sus dedos, estaba grabada en el fondo de mi cabeza. Y cuando me dormía, su cara y su mano aparecían en mis sueños como si me hubiesen estado aguardando con impaciencia. En mis sueños, K salía fuera de su cápsula de un salto, me agarraba fuertemente la muñeca y me arrastraba hacia el interior de la ola.

También tenía otro sueño. Yo estaba bañándome en el mar. Era una tarde soleada de verano y yo nadaba indolentemente dando brazadas por mar abierto. El sol me abrasaba la espalda y el agua me envolvía de un modo muy placentero.

Pero, en un momento dado, alguien, dentro del agua, me agarraba el pie derecho. Sentía el tacto gélido alrededor de mi tobillo. Me asía con tanta fuerza que yo no podía soltarme. Me arrastraba bajo el agua. Y allí estaba el rostro de K. Igual que entonces, K mostraba una amplia sonrisa maliciosa que le llegaba de oreja a oreja y mantenía los ojos clavados en mí. Yo intentaba gritar, pero la voz se ahogaba en mi garganta. Sólo tragaba agua. Y el agua iba llenando mis pulmones...

Me despertaba en las tinieblas con un alarido, anegado en sudor, sin poder respirar.

A finales de aquel año les pedí a mis padres que me dejaran marchar del pueblo lo antes posible. No podía seguir viviendo en la playa donde K había sido tragado por las olas ante mis propios ojos y donde, como ellos sabían, cada noche me asaltaban las pesadillas. Quería alejarme, aunque sólo fuese un poco, de allí. Si no lo hacía, acabaría volviéndome loco. Mi padre atendió a mis razones y lo dispuso todo para que pudiera irme del pueblo. En enero me trasladé a la prefectura de Nagano y allí empecé a ir a la escuela. La casa natal de mi padre se hallaba en Komoro y mi familia me dejó vivir en ella. Allí acabé la enseñanza primaria, empecé secundaria y, luego, pasé al instituto. Durante las vacaciones no volvía a casa. Mis padres venían a verme de vez en cuando.

Sigo viviendo en Nagano. Me licencié en ciencia e ingeniería por la universidad de la ciudad de Nagano y entré a trabajar en una fábrica de maquinaria de precisión de la zona, donde todavía sigo. Trabajo igual que todo el mundo y llevo una vida normal. Tal como ustedes pueden observar, en mí no hay nada extraño. Nunca he sido una persona muy sociable, pero me gusta mucho ir a la montaña y tengo varios buenos amigos con quienes comparto esta afición.

Poco después de abandonar mi pueblo, dejé de sufrir pesadillas con la frecuencia de antes. Lo que no significa que desaparecieran del todo. Llamaban de vez en cuando a mi puerta como un cobrador. Cuando parecía a punto de olvidarlas, me visitaban de nuevo. Siempre, absolutamente siempre, se trataba del mismo sueño. Idéntico hasta en los menores detalles. Cada vez me despertaba con un alarido. Con el futón empapado en sudor.

Ésa es probablemente la razón de que no me casara. Porque no quería despertar a quien tuviera a mi lado con mis alaridos a las dos o las tres de la madrugada. A lo largo de mi vida me he enamorado de algunas mujeres. Pero jamás he pasado la noche con una sola. El pánico se me había metido hasta la médula y me era completamente imposible compartirlo con alguien.

En definitiva, me pasé más de cuarenta años sin volver a mi pueblo, sin acercarme a aquella playa. No únicamente a aquella playa, sino al mar en general. Porque tenía miedo de que, si iba al mar, me sucediera lo mismo que en mis sueños. A mí me encantaba nadar, pero desde entonces había dejado, incluso, de nadar en la piscina. Tampoco ponía los pies en ríos profundos ni en lagos. Evitaba

subir a cualquier barco. Jamás había viajado en avión para ir al extranjero. Pero, a pesar de ello, no podía alejar de mi mente la imagen de que me moría ahogado en alguna parte. Ese negro presagio me había agarrado la conciencia, como la helada mano de K en mis sueños, y no la soltaba.

Volví a pisar por primera vez la playa donde desapareció K en primavera del pasado año.

El año anterior, mi padre había muerto de cáncer y mi hermano mayor había vendido la casa para disponer de capital; y al vaciar el trastero encontró, metidas en una caja de cartón, mis pertenencias de cuando yo era pequeño y me las envió a Nagano. La mayoría eran objetos que no valían la pena, pero, entre ellos, encontré unas pinturas que K había hecho y que me había regalado. Posiblemente, mis padres me las hubiesen guardado como recuerdo. Pero a mí, el terror me dejó sin aliento. Me dio la sensación de que, a través de aquellas pinturas, el espíritu de K resucitaba ante mis propios ojos. Decidí deshacerme de ellas de inmediato, volví a envolverlas en el fino papel y las metí dentro de la caja. Sin embargo, fui incapaz de tirarlas. Tras unos días de vacilaciones, volví a abrir el papel y tomé con resolución las pinturas en la mano.

La mayoría eran paisajes, y el mar, la arena, los pinos y las calles del pueblo que yo conocía aparecían pintados con aquel colorido tan nítido propio de K. Resultaba asombroso comprobar cómo los colores de las pinturas habían conservado toda su brillantez y cómo se mantenía intacta aquella impresión tan viva que me habían producido en el pasado. Mientras las sostenía en la mano y las iba mirando, me embargó una gran añoranza. Aquellas pinturas estaban ejecutadas con mayor destreza y poseían una calidad artística aún mayor de lo que yo recordaba. En aquellos dibujos se traslucían los sentimientos más profundos de K. Reconocí con toda claridad, como si fueran míos, los ojos con los que él miraba el mundo que lo rodeaba. Contemplando aquellas pinturas, fui recordando vívidamente cada una de las cosas que había hecho junto a K, cada uno de los lugares que había visitado con K. Sí. Aquellos eran también los ojos de *mi propia* infancia. Aquellos días junto a K, hombro con hombro, ambos contemplábamos el mundo con una mirada idéntica, llena de vida y sin una nube que la empañara.

Todos los días, al volver de la empresa, tomaba asiento frente a la mesa, cogía cualquiera de las pinturas de K y la contemplaba. Hubiera podido quedarme mirándola para siempre. En ellas estaban presentes los añorados paisajes de mi infancia que yo me había obstinado en apartar de mi memoria durante tanto tiempo. Al mirar aquellas pinturas podía sentir cómo algo se iba infiltrando en silencio dentro de mi cuerpo.

Y un día, tal vez habría transcurrido una semana, se me ocurrió de súbito. *Que quizás había estado equivocado durante todos aquellos años.* K, tendido en la punta de aquella ola, tal vez no me mirara con odio o resentimiento, quizá no deseara arrastrarme a ninguna parte. Es posible que su sonrisa maliciosa no hubiera sido tal, sino una mera impresión producida por algo y que K, en aquellos

momentos, ya estuviese inconsciente. O también era posible que K me estuviera sonriendo dulcemente por última vez, que me estuviera anunciando su despedida eterna. El violento odio que había creído descubrir en su expresión había sido sólo producto del profundo pánico que me dominaba en aquellos instantes. Cuanto más observaba, hasta el mínimo detalle, las pinturas que K había hecho en el pasado, más me reafirmaba en mi opinión. Podías mirarlás tanto como quisieras, pero en las pinturas de K era imposible descubrir algo más que un alma pura y pacífica.

Después permanecí allí sentado, inmóvil, durante largo tiempo. El sol se ponía y las pálidas tinieblas del atardecer fueron envolviendo lentamente la estancia. Pronto llegó el profundo silencio de la noche. Ésta avanzó sin fin hasta que, para equilibrar el gran peso de tinieblas acumuladas, llegó el amanecer. El nuevo sol tiñó el cielo de una tonalidad rojiza, los pájaros se despertaron y empezaron a cantar.

Entonces decidí que tenía que volver a mi pueblo. Sin pérdida de tiempo.

Puse cuatro cosas dentro de una bolsa de viaje, llamé a la empresa diciéndoles que un asunto urgente me impedía acudir al trabajo, tomé el tren y me dirigí al pueblo donde había nacido.

Mi pueblo ya no era el tranquilo pueblo costero que recordaba. Durante el periodo de expansión económica de los sesenta había crecido en los alrededores una ciudad industrial y el paisaje había experimentado una transformación enorme. Delante de la estación, donde antes había únicamente una tienda de regalos, ahora se alineaban bloques de tiendas y el único cine de la ciudad se había convertido en un supermercado. También mi casa había desaparecido. La habían derruido unos meses atrás y, en su lugar, sólo quedaba un solar desnudo. Los árboles del jardín habían sido talados en su totalidad y en la tierra negruzca sólo crecían, aquí y allá, hierbajos. Tampoco estaba la vieja casa donde vivió K. En su lugar había un aparcamiento de hormigón donde se alineaban los turismos y las furgonetas. Pero no me dolió. Porque aquel pueblo hacía mucho tiempo que ya no era el mío.

Caminé hasta la playa, subí las escaleras del malecón. Al otro lado, exactamente igual que en el pasado, se extendía, amplio, sin trabas, el mar. Un vasto mar. Y a lo lejos se distinguía la línea del horizonte. También la playa continuaba igual que antes. En ella se extendía la arena como antes, rompían las olas como antes, la gente seguía paseando por la orilla como antes. Eran más de las cuatro y los dulces rayos de sol de última hora de la tarde lo envolvían todo. El sol, como si estuviera sumido en profundas reflexiones, iba descendiendo despacio hacia el oeste. Me senté en la arena, dejé la bolsa a un lado y me quedé contemplando el paisaje en silencio. Era una vista verdaderamente dulce y apacible. Mirándola, resultaba imposible imaginar que alguna vez hubiera venido un gran tifón y que las altas olas me hubiesen arrebatado a un amigo irremplazable. Tampoco debía de quedar casi nadie que recordara aquel suceso ocurrido cuarenta años atrás. Parecía que todo fuera una ilusión mía, creada por mi mente hasta en los mínimos detalles.

A la que me di cuenta, de pronto, las profundas tinieblas de mi interior ya habían desaparecido. Se habían marchado tan súbitamente como habían venido. Me alcé despacio de la arena. Me dirigí a la orilla y, sin arremangarme siquiera los pantalones, me adentré tranquilo en el mar. Y, con los zapatos puestos, dejé que las olas me lamieran los pies. Como si fuera una reconciliación, aquellas olas, idénticas a las de cuando era niño, se deshacían dulcemente contra mis pies llenas de nostalgia, tiñendo de negro mi ropa y mis zapatos. Varias olas se acercaron apacibles, abriendo un intervalo entre una y otra, y luego se fueron. La gente que pasaba me miraba con extrañeza, pero a mí no me importaba en absoluto. Sí. Después de tanto tiempo, yo había conseguido llegar hasta allí.

Alcé la mirada al cielo. Unas pequeñas nubes grises parecidas a copos de algodón flotaban en él. No había un solo soplo de viento y parecía que las nubes permanecieran clavadas en el mismo lugar. No puedo expresarlo con claridad, pero me daba la impresión de que aquellas nubes estaban suspendidas en el cielo exclusivamente para mí. Me acordé del momento en que había alzado la mirada al cielo, aquel día cuando aún era niño, buscando el gran ojo del tifón. En aquel instante, el eje del tiempo rechinó con fuerza. Cuarenta años se desplomaron en mi interior como una casa medio podrida y el viejo tiempo y el nuevo se mezclaron dentro de un único torbellino. A mí alrededor se apagaron todos los ruidos, la luz tembló. Perdí el equilibrio y me desplomé dentro de la ola que se acercaba. El corazón me latía con fuerza en el fondo de la garganta y perdí la sensibilidad de manos y pies. Permanecí largo tiempo tendido en esa posición. No podía levantarme. Pero no tenía miedo. No. No había nada que temer. Aquello ya había pasado.

A partir de entonces no he tenido más sueños espantosos. No he vuelto a despertarme con un alarido en plena noche. Ahora me dispongo a iniciar una nueva vida. No. Tal vez sea demasiado tarde para ello. Tal vez sea muy poco el tiempo que me queda en el futuro. Pero, aunque así sea, me siento agradecido por haber sido salvado, al final, de ese modo, por haber experimentado una recuperación. Sí. Porque yo tenía muchas posibilidades de acabar mi vida sin haber recibido la salvación, alzando un triste lamento dentro de las tinieblas del pánico.

El séptimo hombre permaneció unos instantes en silencio mirando a quienes lo rodeaban. Nadie dijo una palabra. Ni siquiera se los oía respirar. Nadie cambió de postura. Todos esperaban a que el séptimo hombre prosiguiera. El viento había cesado por completo y, en el exterior, no se oía nada. El hombre volvió a tocarse el cuello de la camisa buscando las palabras.

—A mí me parece que lo verdaderamente temible en esta vida no es el pánico en sí mismo —dijo el hombre unos instantes después—. El miedo existe. Eso es indudable. Se nos muestra bajo distintas formas y, a veces, domina nuestras vidas. Pero lo más temible de todo es dar la espalda a ese miedo y cerrar los ojos.

Actuando de esta manera acabamos cediéndole a algo lo más valioso que hay en nuestro interior. En mi caso..., ese algo fue una ola.

El año de los espaguetis

1971 fue el año de los espaguetis.

En 1971 yo hacía espaguetis para vivir y vivía para hacer espaguetis. El vapor que se alzaba de la olla de aluminio era mi orgullo, la salsa de tomate que se cocía a fuego lento en la cazuela haciendo ¡chup!, ¡chup!, mi esperanza.

Fui a una tienda de artículos de cocina y adquirí una enorme olla de aluminio en la que hubiera podido bañarse un perro pastor alemán; compré un cronómetro de cocina; recorrí supermercados especializados en productos extranjeros e hice acopio de especias de curiosos nombres; encontré, en una librería occidental, unos libros de recetas de espaguetis y, además, compré montones de tomates. Adquirí pasta de espaguetis de todas las clases habidas y por haber, elaboré todos los tipos imaginables de salsas. Minúsculas partículas de olor a ajo, a cebolla, a aceite de oliva flotaban en el aire y, fundidas en un todo armonioso, llenaban todos los rincones del pequeño piso de un solo ambiente en el que yo vivía. El suelo, el techo, las paredes, los libros, las fundas de los discos, mi raqueta de tenis, los pliegos de viejas cartas, todo estaba impregnado de su olor. Un olor parecido al de las alcantarillas de la antigua Roma.

Esta historia tuvo lugar en el año 1971 d.C., el año de los espaguetis.

En principio, yo hacía los espaguetis solo y me los comía solo. Podía resultar que, por una u otra razón, tuviera que comer acompañado, pero yo prefería mil veces comérmelos solo. Para empezar, en aquella época, yo estaba convencido de que los espaguetis eran un plato para degustarlo solo. Aunque no tengo la menor idea de por qué creía eso.

Con los espaguetis siempre tomaba té. También me preparaba una ensalada. Una ensalada sencilla de lechuga y pepino. Ambos en generosas cantidades. Lo disponía todo cuidadosamente sobre la mesa y me iba comiendo los espaguetis yo solo, despacio, tomándome mi tiempo mientras le echaba ojeadas al periódico que tenía junto al plato.

Los días de los espaguetis se sucedían uno tras otro, de domingo a sábado, y al terminar volvía a iniciarse, a partir del nuevo sábado, un nuevo ciclo de días de los espaguetis.

Mientras comía espaguetis solo, a menudo me daba la sensación de que alguien estaba a punto de llamar a la puerta y de entrar en casa. Eso me sucedía especialmente las tardes lluviosas. El visitante difería según la ocasión. Unas veces era un desconocido y otras alguien a quien había visto alguna vez. O una chica de piernas delgadas con quien había salido en una ocasión cuando iba al instituto, o yo mismo, tal como era hacía unos años, o William Holden acompañado de Jennifer Jones.

¿William Holden?

Sin embargo, jamás entró uno de ellos en mi casa. Todos, como retazos de memoria que eran, permanecían vagando delante y, al final, se iban sin haber llamado siquiera a la puerta.

Fuera llovía.

Primavera, verano, otoño... Y yo continuaba haciendo espaguetis. Como si fuera un acto de venganza. De la misma manera que una chica sola, traicionada por su novio, arrojaría al fuego las viejas cartas que éste le escribió, yo iba haciendo espaguetis, eternamente, en silencio.

En un bol amasé las sombras del tiempo ya vivido dándoles la forma de un perro pastor alemán, lo arrojé dentro del agua hirviendo y le eché una pizca de sal. Y me planté ante la olla de aluminio con unos palillos largos en la mano, sin apartarme de su lado hasta que el cronómetro de cocina soltó un gritito plañidero.

No podía quitarles el ojo de encima a aquellos tramposos. Porque parecía que los espaguetis se dispusieran a deslizarse fuera de la olla y a desaparecer en la oscuridad de la noche. Y de la misma forma que la jungla tropical engulle, sin hacer ruido, dentro de su tiempo eterno una mariposa de colores, así mismo la noche parecía estar aguardando, inmóvil, conteniendo el aliento, la llegada de los espaguetis.

Spaghetti alla parmigiana

Spaghetti alla napoletana

Spaghetti alla prematura

Spaghetti al cartoccio

Spaghetti al aglio e olio

Spaghetti alla carbonara

Spaghetti della pina

Y luego están los desgraciados espaguetis sin nombre arrojados descuidadamente como sobras dentro del frigorífico.

Los espaguetis nacieron dentro del vapor de agua, descendieron el declive de 1971 como la corriente de un río y desaparecieron. Lo lamento por ellos.

Los espaguetis de 1971.

Cuando a las tres y veinte minutos de la tarde sonó el teléfono, yo estaba tumbado sobre el tatami con la vista clavada en el techo. Los rayos de sol invernal formaban una isla de luz justo donde yo estaba tendido. Me había quedado distraídamente tumbado, durante horas, dentro de la luz de diciembre de 1971, como una mosca muerta.

Al principio no me pareció que se tratara del timbre del teléfono. Conforme sonaba, fue tomando la forma de timbre hasta que, al final, no me cupo la menor duda. Sonaba un timbre cien por cien real que hacía vibrar un aire cien por cien real. Sin cambiar de posición alargué la mano hacia el auricular. La que llamaba

era una chica con una personalidad tan indefinida que parecía que, antes de las cuatro y media de la tarde, fuera a esfumarse en alguna parte. Era la antigua novia de un conocido. Él y esa chica de personalidad indefinida se habían juntado vete a saber por qué y se habían separado vete a saber por qué. Pero la primera vez que se encontraron yo tuve (aunque no muy activamente) algo que ver.

—Oye, siento molestarte, pero ¿podrías decirme dónde puedo encontrarlo?
—me dijo.

Yo contemplé el auricular y seguí el cable con la mirada. Estaba bien conectado al teléfono.

Le di una respuesta vaga. En su voz había advertido una resonancia funesta y prefería no verme involucrado en el asunto.

—Nadie me lo quiere decir —replicó ella con frialdad—. Todo el mundo simula que no lo sabe. Pero es muy importante. Por favor, dímelo. No te ocasionaré ningún problema. Dime. ¿Dónde está?

—No lo sé, de verdad. Hace mucho que no lo veo —contesté. Me había salido una voz que no parecía la mía. Era cierto que hacía mucho tiempo que no lo veía. Pero conocía su dirección y su número de teléfono. Y yo, cuando mentía, ponía una voz muy extraña. Ella enmudeció.

El auricular me pareció de pronto tan frío como una vara de hielo. Todo a mi alrededor se había convertido en una vara de hielo. Igual que en una escena de ciencia ficción de J.G. Ballard.

—No lo sé, de verdad —repetí—. Hace tiempo que desapareció sin decir nada.

Al otro lado del teléfono ella se rió.

—Bromeas, ¿no? No es tan listo como para hacer algo así. Eso lo sé hasta yo. Es incapaz de vivir sin gritarle a alguien.

Realmente, tenía razón. El tipo no era tan listo. Pero yo no podía decirle dónde se encontraba. Si llegaba a saber que yo se lo había dicho, el siguiente en llamar sería él. Y yo no tenía ningunas ganas de meterme en berenjenales. Yo, en cierto momento, hice un hoyo en el jardín trasero y lo enterré todo allí. No quería que ahora vinieran los demás a abrirme de nuevo el hoyo.

—Lo siento —me disculpé.

—Oye, yo a ti te caigo mal, ¿verdad? —me espetó de repente.

No supe qué responderle. Yo no sentía por ella ninguna antipatía en especial. En primer lugar, porque no tenía una impresión determinada de ella. Y no puedes tener una mala impresión de una persona que no te produce impresión alguna.

—Lo siento —repetí—. Es que ahora tengo los espaguetis al fuego.

—¿Ah, sí?

—Estoy haciendo espaguetis —mentí. No sé cómo se me ocurrió soltarle eso. Pero esa mentira me pareció muy convincente. Tanto que ni siquiera me dio la sensación de que estuviera mintiendo.

Metí un agua imaginaria dentro de la olla, encendí un fuego imaginario con

unas cerillas imaginarias.

—¿Y entonces qué? —dijo ella.

Metí una pizca de sal imaginaria en el agua hirviendo, eché con cuidado un puñado de espaguetis imaginarios dentro y programé a veinte minutos el cronómetro de cocina imaginario.

—Ahora no puedo hablar contigo. Se me pegarían los espaguetis. Ella se calló. Lo siento, pero es que hervir espaguetis es una operación muy delicada.

Ella calló. En mi mano, el auricular empezó a descender la pendiente la del bajo cero.

Precipitadamente, añadí:

—¿Podrías llamarme más tarde?

—¿Porque tienes los espaguetis al fuego?

—Sí, exacto.

—Esos espaguetis, ¿los haces para alguien o son para comértelos ?

—Para comérmelos yo solo —respondí.

tú solo

Ella contuvo el aliento. Luego aspiró despacio una bocanada de aire— Seguro que tú no lo sabes, pero me encuentro en un apuro muy serio. Y no sé qué hacer.

—Siento no poder ayudarte —dije.

—También es una cuestión de dinero.

—¿Ah, sí?

—Quiero que me devuelva un dinero —dijo—. Le presté dinero. No tenía que haberlo hecho. Pero no pude evitarlo.

Permanecí unos instantes en silencio, pensando en los espaguetis.

—Lo siento —repetí.

—Pero tienes los espaguetis al fuego.

—Sí.

Ella se rió sin fuerzas.

—Adiós. Y recuerdos a tus espaguetis. Espero que estén buenos. —Adiós — dije yo también.

Al colgar, la isla de luz del suelo se había desplazado unos centímetros. Volví a tenderme dentro y alcé los ojos hacia el techo.

A mí me parece que es triste pensar eternamente en un puñado de espaguetis que no se van a hervir nunca.

Ahora me arrepiento un poco de no haberle dicho a aquella chica lo que quería saber. Total, el tipo no era nada del otro mundo. Un tipo superficial, sin ningún contenido, que se creía un artista. Un sujeto con mucha labia del que casi nadie se fiaba. Y quizás ella necesitaba el dinero. Además, el dinero que te han prestado, sea como sea, tienes que devolverlo.

¿Qué habrá sido de ella? A veces pienso en ello. Por lo general, mientras como espaguetis. ¿Desapareció, realmente, después de colgar, absorbida por las sombras de las cuatro y media de la tarde? ¿Tuve yo, en ese caso, parte de la culpa? Pero quiero que me comprendas. En aquella época, yo no quería mantener ninguna relación con nadie. Justamente por eso iba haciendo yo solo espaguetis un día tras otro. En aquella enorme olla donde habría cabido un perro pastor alemán.

Durum semolina.

Un trigo dorado que crece en los campos de Italia.

Los italianos se habrían quedado estupefactos si hubieran sabido que lo que exportaban en 1971 no era más que soledad.

El nombre real de Tony Takitani era, verdaderamente, Tony Takitani.

Debido a su nombre (en el registro civil figuraba, por supuesto, Tony Takitani) y a que tenía las facciones muy pronunciadas y el pelo rizado, cuando era pequeño solían tomarlo por un niño mestizo. Porque, en plena posguerra, había montones de niños por cuyas venas corría la sangre de los soldados americanos. Sin embargo, lo cierto era que tanto su padre como su madre eran japoneses de pura cepa. Su padre se llamaba Shózaburó Takitani y era un trombón de jazz que había disfrutado de cierta fama en la preguerra. Pero cuatro años antes de que estallara la guerra del Pacífico se metió en un lío de faldas, tuvo que dejar Tokio y, puestos a marcharse, se fue a la China llevándose sólo su instrumento. En aquella época, zarpando de Nagasaki, se tardaba un día en llegar a Shangai. No tenía nada, ni en Tokio ni en Japón, que le importara dejar atrás. Se marchó sin pesar alguno. Además, los encantos artísticos que ofrecía el Shangai de aquella época parecían irle, a un hombre de sus características, como anillo al dedo. Desde el instante en que avistó, de pie en la cubierta del barco que remontaba el río Yangtzé, las hermosas calles de Shangai iluminadas por el sol de la mañana, se sintió fascinado por la ciudad. Aquella luz parecía traerle promesas de un futuro brillante y feliz. Tenía entonces veintiún años.

De este modo, Shózaburó Takitani se pasó los agitados tiempos de contienda, desde la guerra chino-japonesa al ataque de Pearl Harbor y al lanzamiento de las bombas atómicas, tocando despreocupadamente el trombón en los clubes nocturnos de Shangai. La guerra se desarrollaba en un lugar que nada tenía que ver con él. En definitiva, que se puede afirmar que Shózaburó Takitani no tenía ni un ápice de voluntad o reflexión frente a la historia. Tocar el trombón, comer tres veces al día y disponer de algunas mujeres a su alrededor era todo cuanto deseaba. Era un hombre modesto, pero también arrogante. Fundamentalmente era un gran egoísta, pero solía ser muy amable y simpático con quienes le rodeaban. Por lo tanto, gustaba a la mayoría de la gente. Era joven, guapo y, encima, tocaba muy bien el trombón, así que, fuera a donde fuese, destacaba como un cuervo en un día de nieve. Se había acostado con tantas mujeres que había perdido la cuenta. Desde japonesas a chinas, pasando por rusas blancas, desde prostitutas a mujeres casadas, desde mujeres hermosas a otras que no lo eran tanto, él se acostaba con cuantas mujeres tuviera al alcance de la mano. Y, pronto, Shózaburó Takitani se convirtió en un sujeto emblemático del Shangai de la época gracias a la dulzura de su trombón y a la actividad de su enorme pene.

Otra cualidad que lo adornaba (aunque él no fuese especialmente consciente de ello) era la de saber trabar amistades «útiles». Estaba en excelentes términos con militares de alta graduación del ejército de tierra japonés, con ricachones chinos,

aparte de con unos tipejos forrados de dinero que habían obtenido enormes beneficios económicos de la guerra por medios poco claros. La gran mayoría era el tipo de sujetos que esconden una pistola bajo la chaqueta y que, al salir de un edificio, lo primero que hacen es echar una ojeada calle arriba y calle abajo, pero Shózaburó Takitani, curiosamente, se llevaba bien con ellos. Y ellos lo protegían con mimo. Si tenía algún problema, ellos le proporcionaban los medios para solucionarlo. En aquella época, la vida le sonreía a Shózaburó Takitani.

Sin embargo, los talentos notables como el suyo también tienen, a veces, efectos adversos. Al acabar la guerra, el ejército chino puso el ojo en sus juergas con tipos poco recomendables y él fue a dar con los huesos en la cárcel durante una larga temporada. La mayoría de los encarcelados eran ejecutados sin ser juzgados siquiera. Un buen día, sin previo aviso, los arrastraban hasta el patio de la cárcel y con una pistola automática les volaban la cabeza de un disparo. Las ejecuciones siempre tenían lugar a las dos de la tarde. Y el sonido duro y comprimido de los disparos de las automáticas resonaba por el patio de la cárcel.

Ésa fue la mayor crisis en la vida de Shózaburó Takitani. La distancia entre la vida y la muerte era, literalmente, del grosor de un pelo. Él era consciente de que podía encontrar la muerte en aquel lugar. Morir, en sí mismo, no le daba miedo. Total, te pegaban un tiro y listos. El dolor no debía durar más que un instante. «Hasta ahora he vivido como me ha dado la gana y me he acostado con un montón de mujeres», se decía. «He comido muy buena comida, he tenido mucha suerte en esta vida. No dejo atrás nada que valga la pena. Aunque me maten, así por las buenas, no tengo ningún derecho a quejarme. ¡En fin! Así están las cosas. Pedir más sería abusar. En esta guerra han muerto millones de japoneses. Y montones de personas han tenido una muerte infinitamente peor que la mía.» Resignado a su suerte, se pasaba el día tumbado en el calabozo, silbando. Día tras día contemplaba cómo pasaban las nubes al otro lado del ventanuco enrejado de su celda y se representaba los rostros y los cuerpos de todas las mujeres con las que se había acostado sobre las paredes rezumantes de humedad. Sin embargo, después de todo, Shózaburó Takitani fue uno de los dos únicos japoneses que lograron salir de aquella prisión con vida y volver a Japón. El otro era un militar de alta graduación que casi había enloquecido. De pie en la cubierta del barco que lo repatriaba, mientras miraba cómo la ciudad de Shangai se iba empequeñeciendo en la distancia, justo al contrario de lo que había sucedido a su llegada, pensó: «¡La vida no hay quien la entienda!».

Shózaburó Takitani volvió a Japón demacrado y sólo con lo puesto, en la primavera del año 21 de *Shówa**. A su llegada a Tokio se encontró con que su casa había ardido y que sus padres habían muerto en los grandes bombardeos aéreos de marzo del año anterior. Su único hermano había desaparecido en el frente de Birmania. O sea, que Shózaburó Takitani estaba solo en el mundo. Este hecho, sin

* Año 1946. (*N. de la E*)

embargo, no lo afligió demasiado ni tampoco representó un golpe terrible para él. Por supuesto que experimentó cierta sensación de pérdida. «Pero esto, en la vida, te pasa antes o después», se dijo. «Tomes el camino que tomes, un día u otro acabarás solo.» Él tenía entonces treinta años. Y ya no era una edad en la que pudiera reprocharle a nadie haberse quedado solo. Le daba la sensación de haber envejecido algunos años de golpe. Sólo eso. Fue el único sentimiento que brotó de su pecho.

Sí. Shózaburó Takitani había logrado, de una manera u otra, sobrevivir, y ya que lo había conseguido, ahora tendría que estrujarse los sesos para seguir sobreviviendo.

No sabía hacer otra cosa, así que llamó a sus antiguos conocidos, formó una pequeña banda de jazz y empezó a recorrer las bases del ejército norteamericano. Allí hizo uso de su innato don de gentes y trabó amistad con un comandante amante del jazz. El comandante era un americano de origen italiano, de Nueva Jersey, bastante buen clarinete. Como el comandante trabajaba en el departamento de abastecimiento, podía traerle de América todos los discos que necesitara. En sus ratos libres solían interpretar jazz juntos. Shózaburó Takitani frecuentaba también el cuartel del comandante y, mientras bebían cerveza, escuchaban discos de alegre jazz de Bobby Hackett, Jack Teagarden o Benny Goodman, y se esforzaban en copiar sus frases. El comandante le proporcionaba, en las cantidades que él quería, leche, chocolate y otros alimentos muy difíciles de conseguir en aquella época. «¡Pues no son tan malos tiempos!», pensaba Shózaburó Takitani.

Se casó el año 22 de *Shōwa*.^{*} La novia era una pariente lejana por parte de madre. Un día se la encontró por la calle, fueron a tomar un té, intercambiaron noticias de la familia y hablaron de los viejos tiempos. Después volvieron a verse y, pronto, no se sabe por qué —lo más plausible es que fuera porque ella se hubiese quedado embarazada— decidieron irse a vivir juntos.

Esto es, al menos, lo que Tony Takitani había oído de boca de su padre. No sabía cuánto había querido Shózaburó Takitani a su esposa. «Era una mujer muy bonita y callada, pero de constitución débil», le había dicho su padre.

Al año de la boda nació un niño. La madre murió tres días después del parto. Murió en un abrir y cerrar de ojos y fue incinerada en un abrir y cerrar de ojos. Tuvo una muerte muy tranquila. Sin ningún conflicto, sin sufrir apenas, murió consumiéndose lentamente. Como si alguien, a sus espaldas, hubiera apagado la luz.

Shózaburó Takitani no sabía cómo debía sentirse frente a aquella muerte. Se sentía perdido ante ese tipo de emociones. Era incapaz de comprender con exactitud qué significaba la muerte. Y no podía deducir ni juzgar qué consecuencias le reportaría a él en concreto aquella pérdida. Lo único que podía hacer era asimilarlo como un hecho consumado. En consecuencia, tenía la

* " Año 1947. (*N. de la E*)

sensación de que llevaba una especie de disco plano metido en el pecho. Pero no tenía ni idea de qué tipo de objeto se trataba ni de por qué se hallaba allí. Sólo sabía que llevaba aquello metido dentro y que le impedía pensar en otra cosa. Por esta razón, Shôzaburô Takitani se pasó la semana posterior a la muerte de su esposa casi sin pensar en nada. Ni siquiera se acordó de su hijo, al que había dejado en el hospital.

El comandante permaneció a su lado e intentó consolarlo. Todos los días bebían juntos en el bar de la base. El comandante lo aleccionaba. Le decía que tenía que ser fuerte. Porque lo más importante, en aquel momento, era criar a su hijo como era debido. Shôzaburô Takitani no comprendía de qué diablos le estaba hablando, pero asentía en silencio. El afecto que se desprendía de aquellas palabras podía captarlo incluso él. Luego el comandante le dijo, como si se le ocurriera de repente, que si estaba de acuerdo, él podía ser el padrino de su hijo. Sí, porque, pensándolo bien, Shôzaburô Takitani todavía no había dado ningún nombre a su hijo.

El comandante sugirió ponerle al niño su nombre, Tony. El nombre de Tony, lo mires como te lo mires, no parece muy adecuado para un niño japonés, pero si era apropiado o no, al comandante ni siquiera se le pasó por la cabeza. Shôzaburô Takitani, al llegar a casa, escribió «Tony Takitani» en un papel, lo pegó en la pared y lo estuvo contemplando durante unos cuantos días. «¿Tony Takitani? Pues no está mal», pensó. La era americana aún continuaría durante algún tiempo y tal vez fuese una buena idea ponerle al niño un nombre americano. A lo mejor le sería útil.

Sin embargo, para el niño que llevaba ese nombre, la vida no fue precisamente un camino de rosas. En la escuela se burlaban de él llamándolo mestizo, y la gente, cuando pronunciaba su nombre, ponía cara de extrañeza o de desagrado. La mayoría se lo tomaba como una broma de mal gusto e incluso había quien se enfadaba. Cierta tipo de personas, por el mero hecho de estar frente a un niño que se llamara de ese modo, sentía cómo se le abrían las viejas heridas del pasado.

Todo esto hizo de Tony Takitani un muchacho con una marcada tendencia a encerrarse en sí mismo. No trabó una sola amistad que pudiera considerarse como tal, pero este hecho no parecía afectarle demasiado. Para él, estar solo era lo más natural del mundo, o, incluso, una especie de premisa de su vida. Desde que tuvo uso de razón, su padre estaba ausente, de gira con la banda de jazz. De pequeño, lo cuidó una empleada doméstica y, a partir del último año de primaria, empezó a apañárselas solo. Cocinaba solo, echaba la llave solo y dormía solo. No sentía soledad. Era más cómodo hacerse las cosas por sí mismo que tener a alguien encima todo el día. Shôzaburô Takitani, después de la muerte de su esposa, fuera por la razón que fuese, no volvió a casarse. No hace falta decir que siguió teniendo una novia tras otra, pero jamás llevó a una sola mujer a casa. Tanto el padre como el hijo estaban acostumbrados a apañárselas solos. Su relación no era tan distante como cabría esperar de dos personas que vivan de ese modo. Sin embargo, ambos

estaban muy avezados a la soledad y, por lo tanto, ninguno de los dos dio el primer paso para abrirle su corazón al otro. Simplemente, no necesitaban hacerlo. Shózaburó Takitani no estaba hecho para ser padre y a Tony Takitani tampoco le iba el papel de hijo.

A Tony Takitani le gustaba el dibujo y se pasaba las horas encerrado en su habitación dibujando. Le gustaba especialmente reproducir aparatos. Con la punta del lápiz afilada como una aguja plasmaba con asombrosa exactitud cada detalle de bicicletas, radios y todo tipo de máquinas. Incluso cuando dibujaba flores captaba cada uno de los nervios de las hojas. Sólo sabía dibujar de esa forma. En las demás asignaturas, sus notas no eran nada del otro mundo, pero en dibujo eran excelentes. Y en los concursos siempre solía ganar el primer premio.

Por lo tanto, el hecho de que al acabar el instituto ingresara en la facultad de bellas artes y luego se hiciera ilustrador, fue lo más natural del mundo (a partir del primer año de universidad, sin que ninguno de los dos lo propusiera, como si fuera lo más lógico, padre e hijo empezaron a vivir cada uno por su cuenta). De hecho, ni siquiera tuvo la necesidad de considerar otras posibilidades. Mientras los demás jóvenes a su alrededor sufrían y se sentían perdidos, él iba trazando sus precisos dibujos mecánicos, en silencio, sin pensar en nada. En una época como aquella, en la que los jóvenes se rebelaban con violencia contra el poder y el sistema, casi ninguna de las personas que lo rodeaban valoraba aquellos dibujos tan extremadamente prácticos. Al mirarlos, los profesores de bellas artes, no tenían más remedio que sonreír. Sus condiscípulos le criticaban su falta de contenido ideológico. A su vez, Tony Takitani no lograba encontrarles la gracia a los dibujos «con contenido ideológico» de sus compañeros. A sus ojos, eran inmaduros, feos e inexactos.

Una vez fuera de la universidad, la situación dio un vuelco. Gracias a su técnica extremadamente práctica, realista y utilitarista, a Tony Takitani nunca le faltó el trabajo. Porque no había otro que fuera capaz de reproducir con tanta precisión máquinas y elementos arquitectónicos complicados. «Es más real que el original», afirmaba todo el mundo. Sus dibujos eran más exactos que una fotografía y tan fáciles de comprender que cualquier explicación era superflua. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en el ilustrador más solicitado. Desde dibujos de portadas de revistas de automóviles hasta ilustraciones para anuncios, mientras se tratara de mecanismos, él aceptaba cualquier encargo. Trabajar le divertía, aparte de reportarle unos beneficios considerables.

Mientras tanto, Shózaburó Takitani continuaba tocando incansablemente el trombón. Llegó la época del jazz moderno, llegó la época del jazz libre, llegó la época del jazz electrónico, pero Shózaburó Takitani siguió siempre con el viejo jazz. No era un músico de primera categoría, pero su nombre era bastante conocido y siempre tuvo trabajo. Podía comer comida buena, no le faltaban mujeres. Si consideramos la vida en términos de satisfacción o insatisfacción personal, la suya fue una de las más afortunadas.

Tony Takitani trabajaba sin desperdiciar un instante y no tenía ninguna afición cara, así que a los treinta y cinco años ya había amasado una pequeña fortuna. Aconsejado por alguien, compró una gran casa en Setagaya y adquirió varios apartamentos para ponerlos en alquiler. Un asesor fiscal se ocupaba de todo.

Tony Takitani había salido con unas cuantas chicas. Cuando era joven, incluso había vivido con una, aunque sólo durante un corto periodo de tiempo. Pero jamás había pensado en casarse. No sentía la menor necesidad de hacerlo. La comida, la limpieza y la colada se las hacía él solo y, cuando el trabajo se lo impedía, contrataba a una asistente doméstica. Jamás había deseado tener hijos. Tampoco tenía amigos a quienes consultar las cosas o a quienes poder abrirles el corazón. Ni siquiera tenía a alguien con quien irse de copas. Eso no significa que fuera una persona huraña. No era tan simpático como su padre, pero en su vida diaria se relacionaba con absoluta normalidad con quienes lo rodeaban. No fanfarroneaba ni presumía. No se justificaba a sí mismo, no hablaba mal de nadie. Prefería escuchar a los demás que hablar de sí mismo. Así que la mayoría de personas lo apreciaba. Sin embargo, era absolutamente incapaz de establecer relaciones personales que fueran más allá del nivel práctico. A su padre sólo lo veía, siempre por algo en concreto, una vez cada dos o tres años. En cuanto se encontraban y resolvían el asunto que los ocupaba, ya no tenían nada más que decirse. La vida de Tony Takitani discurría de una manera extremadamente tranquila y apacible. «No creo que me case nunca», pensaba.

Sin embargo, un día, de repente, sin previo aviso, Tony Takitani se enamoró. Sucedió de forma tan inesperada que parecía increíble. Ella era una empleada a tiempo parcial de una editorial, que había ido a su estudio a recoger unas ilustraciones. Tenía veintidós años. Mientras estuvo allí, lució siempre una serena sonrisa en los labios. Tenía un rostro agradable y simpático, pero, mirándola con objetividad, no se la podía considerar una belleza. Sin embargo había algo en ella que golpeó con violencia el corazón de Tony Takitani. Desde que la vio por primera vez sintió una opresión en el pecho que casi le impedía respirar. No sabía qué tenía aquella chica que le había asestado un golpe tan fuerte. Pero, aunque lo hubiera sabido, no podía explicarse con palabras.

Además, también se sintió atraído por su modo de vestir. A él no le interesaba demasiado la ropa y apenas se fijaba en cómo iban vestidas las mujeres, pero, sin embargo, se quedó profundamente admirado al ver cómo aquella chica sabía llevar la ropa. Incluso puede decirse que lo conmovió. Había muchas mujeres que vestían con buen gusto. Muchas que iban más elegantes que ella. Pero el caso de aquella chica era diferente. Ella vestía con tanta naturalidad, con tanta gracia, que parecía un pájaro envuelto en un aire especial que se dispusiera a alzar el vuelo hacia otro mundo. Nunca había visto a alguien que llevara la ropa con tanta alegría. Incluso la ropa, al envolverla, adquiriría una vida nueva. Ella le dio las gracias y se marchó. Pero incluso después de que ella recogiera el trabajo y se fuera, él siguió sin poder pronunciar una palabra. Permaneció sentado ante la mesa, aturdido,

incapaz de hacer nada hasta que anocheció y la habitación quedó a oscuras.

Al día siguiente llamó a la editorial y se inventó la primera excusa que le vino a la cabeza para que ella tuviera que volver a su estudio. Después del trabajo la invitó a comer. Mientras, charlaron de cosas sin importancia. Pese a llevarse más de quince años, curiosamente tenían muchos temas en común. Hablaran de lo que hablaran coincidían. Era la primera vez que tanto a él como a ella les ocurría una cosa semejante. La chica, al principio, estaba un poco tensa, pero luego se fue relajando y empezó a reír y a charlar por los codos.

—Tienes muy buen gusto en el vestir —la alabó Tony Takitani al despedirse.

—Es que me gusta mucho la ropa —repuso ella tímidamente—. Casi todo el sueldo me lo gasto en ropa.

Luego se vieron varias veces más. No iban a ningún sitio en especial, simplemente se sentaban en algún lugar tranquilo y charlaban. Hablaban de sí mismos, hablaban del trabajo, hablaban de cómo se sentían o de qué pensaban sobre diversas cosas. Hubieran podido continuar charlando eternamente sin hartarse. Hablaban y hablaban, como si estuvieran llenando algún vacío. Y, a la quinta vez que se vieron, Tony Takitani le pidió que se casara con él. Pero ella tenía un novio con el que salía desde el instituto. Con el paso del tiempo, la relación con su novio se había ido deteriorando y habían llegado al punto de pelearse por cualquier tontería cada vez que se veían. A decir verdad, cuando estaba con él, ella no se sentía tan libre como con Tony Takitani, ni tampoco se divertía tanto. Pero no podía romper el noviazgo de un día para otro. Ella tenía sus razones. Y además se llevaban quince años. Ella todavía era joven, apenas tenía experiencia. Y no podía prever lo que esa diferencia de edad podía significar en el futuro. Le pidió tiempo para pensárselo.

Mientras ella reflexionaba, Tony Takitani vivió unos días infernales. No podía trabajar. Bebía, todos los días, solo. La soledad se le hizo tan opresiva que lo paralizaba, provocándole una gran angustia. La soledad empezó a parecerle una prisión. «¡Y pensar que nunca me había dado cuenta!», se decía. Contemplaba con ojos desesperados los fríos y gruesos muros que lo rodeaban. «Si ella no quiere casarse conmigo, me moriré», pensó.

Fue a su encuentro y se lo explicó todo. Que hasta entonces había estado siempre solo y que se había perdido una infinidad de cosas. Y que ella le había hecho ser consciente de su soledad.

Ella era una chica inteligente. Tony Takitani le gustaba como persona. Al principio le había caído simpático y, conforme lo había ido tratando, le había ido gustando cada vez más. Si a ese sentimiento se lo podía llamar amor, ella no lo sabía. Pero ella sentía que dentro de él se escondía algo maravilloso. Y pensaba que podía ser muy feliz a su lado. Y se casaron.

Al casarse con ella se terminaron los días de soledad en la vida de Tony Takitani. Al despertarse por la mañana, lo primero que hacía era buscar a su mujer con la mirada. En cuanto descubría su figura durmiendo se tranquilizaba. Cuando no la encontraba, recorría inquieto toda la casa buscándola. Para él, no estar solo era algo paradójico. Ya que en cuanto había dejado de estarlo le había asaltado una angustia espantosa pensando en qué sería de él si volvía a quedarse solo. De vez en cuando ese pensamiento le venía a la cabeza y se sentía tan aterrado que le entraba un sudor gélido. El pánico continuó hasta tres meses después de la boda. Sin embargo, conforme fue acostumbrándose a su nueva vida, conforme fue haciéndose más remota la posibilidad de que ella desapareciera de súbito, el terror fue alejándose gradualmente. Y, por fin, se tranquilizó y se sumergió en una plácida felicidad.

En una ocasión, los dos fueron a ver una actuación musical de Shôzaburô Takitani. Ella quería saber qué instrumento tocaba el padre de su marido.

—¿Crees que le importará que vayamos? —preguntó ella.

—No lo creo —repuso él.

Y acudieron a un club de Ginza donde tocaba Shôzaburô Takitani. Excepto durante su infancia, era la primera vez que Tony Takitani presenciaba una actuación de su padre. Éste tocaba exactamente el mismo tipo de música de entonces. Todas las melodías las había escuchado Tony Takitani en disco, desde niño, multitud de veces. La interpretación de su padre era fluida, elegante, dulce. Aquello no era arte. Pero sí una música ejecutada hábilmente por un profesional de primera categoría que lograba que el público se sintiera bien. Tony Takitani, cosa infrecuente en él, tomó una copa tras otra mientras escuchaba.

Sin embargo, poco después, mientras permanecía atento a la música, algo que había en ella empezó a asfixiarlo y a causarle un terrible desasosiego, como si fuera un estrecho tubo en el que fuera acumulándose de forma lenta pero certera la basura. Le pareció que aquella música era un poco diferente de la que él recordaba. Claro que había transcurrido mucho tiempo y que, en aquel entonces, la escuchaba con los oídos de un niño. Pero le pareció que la diferencia era muy importante. Quizá fuera mínima. Pero era esencial. Y eso él podía percibirlo con toda claridad. Hubiera querido subir al escenario, agarrar a su padre del brazo y preguntarle: «¡Papá! ¿Dónde diablos está la diferencia?». Pero no lo hizo, por supuesto. Después de todo, ni siquiera era capaz de explicar esa sensación. Sin decir nada, siguió escuchando a su padre hasta el final mientras tomaba whisky con agua. Y, junto a su esposa, aplaudió y volvió a casa.

Sobre su matrimonio no se proyectaba sombra alguna. Su trabajo seguía como siempre, ellos dos no se peleaban nunca. Solían pasear, iban al cine, viajaban. Considerando su edad, ella era bastante buena ama de casa y sabía dar una respuesta acertada a cualquier cuestión.

Desempeñaba con eficacia las labores domésticas y no le creaba a su marido ningún problema superfluo. Con todo, había una cosa, una única cosa, que

preocupaba a Tony Takitani. Y era que compraba demasiada ropa. No es exagerado decir que, cuando veía un vestido, casi no podía contenerse. La expresión de su cara cambiaba de súbito, incluso se le alteraba la voz. La primera vez que lo notó, Tony Takitani casi pensó que se había sentido indispuesta de repente. Esa tendencia ya la tenía antes de casarse, pero fue durante la luna de miel en Europa cuando tomó proporciones alarmantes. Durante el viaje, ella compró ropa hasta cansarse. En Milán y París, de la mañana a la noche, recorrió las boutiques como una posesa. No vieron nada. No fueron ni al Duomo ni al Louvre. El único recuerdo que tiene Tony Takitani del viaje son las tiendas de ropa. Valentino, Missoni, Sant Laurent, Givenchy, Ferragamo, Armani, Cerruti, Gianfranco Ferré... Como hechizada, ella compraba un traje tras otro mientras él iba detrás pagando las facturas. Casi temía que la banda magnética de la tarjeta de crédito acabara desgastándose por el uso.

Incluso después de volver a Japón no se aplacó la fiebre. Todos los días iba de compras. El número de trajes que poseía experimentó un incremento acelerado. En consecuencia, tuvieron que encargar varios armarios roperos más. También hicieron construir muebles zapateros. Pero pronto los armarios no fueron suficientes y tuvieron que acondicionar un cuarto entero como ropero. No obstante, la casa era grande y sobraban las habitaciones. Tampoco les faltaba el dinero. Además, su esposa vestía con un gusto exquisito. Y sólo con tener ropa nueva ya era feliz. Así que Tony Takitani no encontraba nada que objetar al respecto. «¡En fin! No hay nada de malo en ello», pensó. «En este mundo nadie es perfecto.»

Sin embargo, cuando los trajes de su esposa ya no cupieron en una habitación, empezó a inquietarse. Una vez, mientras ella no estaba, contó las piezas de ropa que tenía. Según sus cálculos, aunque se cambiara de ropa dos veces al día, tardaría casi dos años en poder ponérsela toda. Y eso, lo miraras como lo mirases, era una exageración. No podía entender por qué había de comprar un vestido tras otro. Estaba tan ocupada comprándolos que ni siquiera tenía tiempo de ponérselos. Consideró la posibilidad de que se tratara de algún problema psicológico. Y, en ese caso, debía ponerle freno.

Un día, después de cenar, decidió abordar el tema. Le sugirió que no comprara tanta ropa. Le dijo que no era cuestión de dinero. Que podía comprar todo lo que necesitara, por supuesto. Que él estaba contento de que ella se pusiera guapa, pero ¿era realmente necesario comprar tanta ropa cara?

Su esposa bajó la mirada y estuvo reflexionando durante unos instantes. Luego le dio la razón. No necesitaba toda aquella ropa. Eso lo veía hasta ella. Pero no podía hacer nada. Cuando tenía un vestido bonito delante, sentía la pulsión de comprarlo. No se trataba de que lo necesitara o no, o de que tuviera muchos o de que tuviera pocos. Se trataba de que no podía evitarlo. Sin embargo, dijo, aquello (y lo comparó con una adicción a las drogas) no podía continuar. Se curaría. Porque si seguía así, acabaría llenando la casa de ropa.

Se pasó una semana sin ir de compras, encerrada en casa. Para ella, aquellos

días fueron terribles. Se sentía como si estuviese andando por la superficie de un planeta con poco oxígeno. Todos los días entraba en el ropero, cogía todos sus vestidos, uno tras otro, y los contemplaba. Acariciaba el tejido, olía su aroma, se los probaba y se miraba al espejo. No se cansaba de contemplarlos. Y cuanto más los miraba más le apetecía tener vestidos nuevos. No podía controlar las ganas de comprar más.

Simplemente, no podía aguantarse.

Sin embargo, amaba profundamente a su marido y lo respetaba. Creía que él tenía razón. No necesitaba tanta ropa. «Yo sólo dispongo de un cuerpo», se dijo. Llamó a una de las boutiques que frecuentaba y le preguntó al encargado si podía devolver un abrigo y un vestido que había comprado diez días antes y que no había estrenado. Le contestaron que no faltaba más. Que si tenía la amabilidad de llevarlos a la tienda, le devolverían el importe de los artículos. No podían hacer menos, ya que ella era una de sus mejores clientas. Cargó el abrigo y el vestido en el coche y se dirigió a Aoyama. Devolvió las prendas a la boutique y le reintegraron el importe en la tarjeta de crédito. Ella les dio las gracias, salió de la tienda, voló al coche intentando no mirar a su alrededor y emprendió el regreso a su casa pasando por la 246. Después de devolver la ropa sentía el cuerpo más liviano. «Sí, es verdad. No los necesitaba», se dijo a sí misma tratando de convencerse. «Tengo abrigos y vestidos suficientes para llevar mientras viva.» Pero mientras esperaba en una encrucijada, ante el semáforo, no podía quitarse de la cabeza ni el abrigo ni el vestido. Su color, su forma, su tacto. Veía cada detalle de las prendas de ropa tan vívidamente como si las tuviera delante. Sintió cómo su frente se cubría de sudor. Acodada en el volante, aspiró una gran bocanada de aire. Cerró los ojos y, al abrirlos, vio que el semáforo ya había cambiado a verde. En un acto reflejo pisó el acelerador.

En aquel momento un enorme camión, empeñado en cruzar con el semáforo en ámbar, embistió a toda velocidad el lateral del Renault Sank de color azul que ella conducía. No tuvo tiempo de sentir nada.

A Tony Takitani sólo le quedó una habitación llena de trajes de la talla treinta y seis. Contando únicamente los zapatos, había ciento doce pares. No tenía ni idea de qué haría con todo aquello. No quería guardar hasta el fin de los tiempos lo que había llevado su esposa, así que para desprenderse de los accesorios llamó a un comerciante del ramo y le pidió que se los llevara todos por el precio que le ofreciera. Las medias y la ropa interior las quemó juntas en la incineradora del jardín. Vestidos y zapatos había demasiados, así que los dejó tal cual. Después de los funerales se encerró solo en el ropero y se pasó allí de la mañana a la noche mirando aquellos trajes alineados, apretados el uno contra el otro.

Diez días después del funeral, Tony Takitani puso un anuncio en el periódico solicitando una ayudante. «Se necesita mujer de metro sesenta y uno de estatura,

talla 36 y número 35 de pie. Muy bien remunerado. Buenas condiciones laborales», rezaba la oferta de trabajo. El sueldo que ofrecía era excepcionalmente alto, así que a la entrevista, que tuvo lugar en su estudio de Minami-Aoyama, se presentaron trece candidatas. Cinco de ellas mentían de modo ostensible respecto a su talla. Entre las ocho restantes, escogió a la que tenía la constitución física más similar a la de su esposa. Una mujer de unos veinticinco años de rostro anodino. Vestía una blusa blanca sin adornos y una falda ceñida de color azul marino. Llevaba, tanto la ropa como los zapatos, pulcros y limpios, pero se veían bastante desgastados por el uso.

Tony Takitani se lo explicó a la mujer. El trabajo, en sí mismo, no era difícil. Tenía que estar todos los días en el estudio de nueve de la mañana a cinco de la tarde y atender al teléfono, enviar ilustraciones, ir a recoger material y hacer fotocopias. Nada más. Pero había una condición. El hecho era que él acababa de perder a su esposa y que ésta había dejado una gran cantidad de ropa. La mayoría era nueva, o casi nueva. Y él quería que ella se la pusiera en horas de trabajo como si fuera un uniforme. Por eso los requisitos para conseguir el empleo eran la talla, la estatura y el número de zapatos. Quizás eso le sonara raro. También él era consciente de ello. Pero en su propuesta no se ocultaba ninguna segunda intención. Él necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que su esposa había muerto. Así de simple. En resumen, que era como si tuviera que ir ajustando, poco a poco, la presión atmosférica del aire que había a su alrededor. Necesitaba ese periodo de tiempo. Y, mientras tanto, le era preciso que ella estuviera cerca de él vistiendo la ropa de su esposa. De esa forma, él iría tomando conciencia real de su muerte.

Mordiéndose los labios, la chica consideró en un abrir y cerrar de ojos la cuestión. Realmente, aquélla era una historia extraña. A decir verdad, ella no acababa de entender del todo la lógica del asunto. Que la esposa de aquel hombre había muerto hacía poco, eso lo había entendido. Que había dejado un montón de ropa al morir, también. Lo que no lograba comprender era por qué razón ella tenía que trabajar vestida con aquella ropa delante de él. De ordinario, cualquiera pensaría que allí se ocultaba algo raro. «Pero no parece mal hombre», se dijo. Se notaba por su modo de hablar. Quizá le había trastornado un poco perder a su esposa, pero tampoco parecía un loco peligroso capaz de hacerle daño a alguien. Además, y por encima de todo, ella necesitaba trabajar. Se había pasado los últimos meses buscando un empleo. El mes siguiente se le acababa el subsidio del paro. Y entonces se encontraría en serias dificultades a la hora de pagar el alquiler del piso. Posiblemente no volvería a encontrar nunca más un trabajo tan bien remunerado.

Aceptó. Le dijo que había algunos aspectos que no le habían quedado claros, pero que, posiblemente, sería capaz de desempeñar su cometido. ¿Podría, sin embargo, enseñarle la ropa antes? Pensaba que era mejor comprobar que de verdad fuera de su talla. Él repuso que no faltaba más. Llevó a la mujer a su casa y le

mostró la habitación llena de ropa. Excepto en los grandes almacenes, era la primera vez que la mujer veía tanta ropa junta. Y toda, eso se apreciaba a simple vista, era ropa de primera calidad que debía de costar una fortuna. De un gusto, además, irreprochable. Era una visión cegadora. La mujer sintió que le faltaba el aire. Los latidos del corazón se le aceleraron sin motivo. «Se parece a la excitación sexual», pensó ella.

Tony Takitani le pidió que se la probara, la dejó dentro del ropero y salió. Ella se sobrepuso y se vistió con los trajes que tenía más cerca. También se probó los zapatos. Tanto la ropa como los zapatos le iban tan bien como si hubieran sido hechos a medida para ella. Los fue tomando en las manos y los contempló. Los acarició con la punta de los dedos, aspiró su aroma. Cientos de preciosos vestidos estaban allí colgados, uno al lado del otro. Sus ojos se anegaron en lágrimas. No pudo evitarlo. Las lágrimas fueron brotando, una tras otra, de sus ojos. No podía contenerse. Rodeada de la ropa que había dejado una mujer muerta, ella lloraba, intentando ahogar los sollozos. Poco después, Tony Takitani se acercó a ver cómo iban las cosas y le preguntó por qué estaba llorando. Sacudiendo la cabeza, ella le respondió que no lo sabía. Era la primera vez que veía tantos vestidos bonitos juntos y eso, quizá, la había trastornado. Le pidió excusas. Y se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Si te parece bien, puedes empezar mañana —le dijo Tony Takitani con tono expeditivo—. Y llévate ropa y zapatos para una semana. Coge los que más te gusten.

Ella eligió, tomándose su tiempo, ropa para seis días. Luego, escogió calzado a juego. Y lo metió todo en una maleta. Tony Takitani le dijo que se llevara también un abrigo por si tenía frío. Ella escogió un cálido abrigo de cachemir de color gris. Era ligero como una pluma. Nunca había tenido en las manos una prenda tan liviana.

Después de que la mujer se marchara, Tony Takitani entró en el ropero, cerró la puerta y permaneció unos instantes mirando vagamente los trajes que había dejado su esposa. No lograba entender por qué aquella mujer se había echado a llorar al ver la ropa. Para él, aquellos vestidos no eran más que las sombras que había dejado su esposa. Una serie de sombras de la talla treinta y seis que se sucedían, una tras otra, colgadas de las perchas. Parecían unas muestras, reunidas y colgadas en aquel lugar, de las ilimitadas (teóricamente, al menos) posibilidades que comprende la vida del ser humano.

Aquellas sombras estaban adheridas antes al cuerpo de su esposa, recibían su cálido aliento, se movían junto a ella. Sin embargo, lo que en su momento tenía ante los ojos, una vez perdida la raíz de la vida, no era más que una sucesión de sombras miserables que se iban marchitando, minuto a minuto. Se trataba sólo de vestidos usados, desprovistos de significado. Mientras los miraba, sintió que cada vez se le hacía más difícil respirar. Los diferentes colores volaban al viento como el polen y penetraban en sus ojos, sus orejas, sus fosas nasales. Aquellos volantes,

los botones, los adornos de los hombros, los encajes, los cinturones enrarecían el aire de la habitación. El olor de la gran cantidad de sustancia antipolillas batía el aire sin hacer ruido, como incontables y minúsculas alas de insecto. De repente se dio cuenta de que, en ese momento, odiaba aquella ropa. Se recostó en la pared, se cruzó de brazos y cerró los ojos. La soledad se había infiltrado de nuevo en él como un tibio caldo de oscuridad. «Ya todo ha terminado», pensó. «Haga lo que haga, ya todo ha terminado.»

Llamó a casa de la mujer y le dijo que olvidara el asunto del trabajo. Que lo sentía muchísimo, pero que ya no la necesitaba. Ella, sorprendida, le preguntó qué diablos había ocurrido. Él repuso que le sabía mal, pero que las circunstancias habían cambiado. Que podía quedarse con todos los trajes que se había llevado, y también con la maleta, pero que olvidara aquel asunto. Que no se lo contara a nadie. Ella no entendía nada, pero conforme escuchaba fue perdiendo las ganas de seguir preguntando. Le dijo que «muy bien» y colgó.

Al principio, la mujer estaba enfadada con Tony Takitani. Pero después acabó teniendo la impresión de que había sido mejor así. Desde el comienzo, toda aquella historia había sido muy extraña. Era una lástima quedarse sin trabajo, pero ya se las apañaría.

Fue desplegando con mimo, uno tras otro, los vestidos que se había traído de casa de Tony Takitani, los fue colgando dentro del armario y metió los zapatos en cajas. Comparados con los recién llegados, sus viejos vestidos y zapatos se veían todos terriblemente miserables. A ella le dio la impresión de que eran de una materia diferente, confeccionados con materiales de otra dimensión completamente distinta. Se quitó la ropa que había llevado puesta en la entrevista, la colgó de una percha, se puso unos tejanos y una sudadera, se sentó en el suelo, sacó una cerveza de la nevera y se la bebió. Luego, al recordar el ropero de casa de Tony Takitani lleno a rebosar de ropa, lanzó un suspiro. «¡Cuántos vestidos bonitos!», pensó. «¡Uf! Pero si aquel ropero era más grande que mi piso entero.» Reunir semejante cantidad de ropa debía de haberle costado a aquella mujer un montón de dinero, y también de tiempo. Seguro. Pero ella había muerto. Había dejado una habitación llena de vestidos de la talla treinta y seis. ¿Qué debía de sentirse al morir dejando atrás tantos vestidos bonitos?

Sus amigos, que sabían muy bien lo pobre que era, se sorprendieron mucho al ver que, cada vez que quedaban, ella acudía con un vestido nuevo. Y todo ropa de marca, cara, sofisticada. Todos sus amigos le preguntaban dónde diablos los había conseguido y cómo. Ella les decía que no podía contárselo, que lo había prometido. Y sacudía la cabeza con un gesto negativo. Además, añadía, aunque lo explicase, nadie la creería.

Tony Takitani, al final, llamó a un ropavejero y le entregó todos los vestidos que su esposa había dejado. No le resultó rentable. Ni siquiera debió de recuperar

una vigésima parte del dinero que le habían costado. Pero eso a él no le importaba. Se los hubiera regalado con gusto, lo único que quería era que se los llevara, todos, sin dejar ni uno. Lejos, a un lugar donde él no pudiera volver a ponerles los ojos encima.

Y el antiguo ropero, ya vacío, continuó así durante muchos años.

A veces entraba en aquella habitación y permanecía allí, distraído, sin hacer nada. Durante una o dos horas se quedaba sentado en el suelo, con la vista clavada en las paredes vacías. Allí estaban las sombras de las sombras de la muerta. Sin embargo, con el paso del tiempo dejó de poder recordar lo que antes había en el cuarto. El recuerdo de aquellos colores y olores se fue borrando. Incluso la emoción tan viva que un día lo embargó reculó fuera del reino de la memoria, como si se hubiera acobardado. Los recuerdos fueron cambiando de forma despacio, como la neblina agitada por el viento, y cada vez que cambiaban de forma iban palideciendo un poco más. Ahora eran ya las sombras de las sombras de las sombras. Lo único que aún podía percibir era la sensación de pérdida dejada por algo que había existido. A veces ni siquiera lograba recordar con claridad el rostro de su esposa. Pero, de vez en cuando, se acordaba de aquella mujer desconocida que, en aquella habitación, había derramado lágrimas mirando los vestidos que había dejado atrás su difunta esposa. Recordaba su cara anodina, los zapatos de charol gastados. Y aquel sollozo revivía en su memoria. No quería acordarse de ello pero no podía evitar que le volviera una y otra vez a la cabeza. Ahora que había ido olvidando tantas cosas iba a acordarse, ni más ni menos, que de una mujer de quien ni siquiera recordaba el nombre.

Dos años después de la muerte de la esposa de Tony Takitani, murió de cáncer de hígado Shózaburó Takitani. Pese a tratarse de cáncer, no fue una muerte muy dolorosa y pasó poco tiempo en el hospital. Se fue muriendo como si estuviera conciliando el sueño. También, en este sentido, la suerte le sonrió hasta el final. Aparte de algún dinero en metálico y algunas acciones, no dejó nada que pudiera llamarse fortuna. Lo único que quedó de él como recuerdo fue su instrumento musical y una enorme colección de viejos discos de jazz. Tony Takitani los puso, dentro de las mismas cajas en que los había traído, sobre el suelo del ropero. Como olían a moho, tenía que abrir periódicamente la ventana para ventilar la habitación. Exceptuando esas ocasiones, jamás ponía los pies en el cuarto.

Y así transcurrió un año. Sin embargo, a él le fue molestando cada vez más tener bajo su techo aquel enorme montón de discos. Por el mero hecho de pensar que estaban allí sentía que le faltaba el aire. Se despertaba a medianoche y era incapaz de volver a conciliar el sueño. Los recuerdos eran poco nítidos. Pero todavía estaban allí, con todo el peso que deben tener.

Llamó a una tienda de discos de segunda mano y les pidió que tasaran la colección. Como había muchos discos valiosos que ya no se grababan desde hacía

mucho tiempo, le reportó un buen dinero. Una cifra suficiente para poder adquirir un coche pequeño, pero eso, a él, no le importaba.

Cuando aquel montón de discos desapareció, Tony Takitani se quedó, entonces sí, completamente solo.

Estaba hojeando distraídamente el periódico de la mañana cuando, en una esquina, descubrí el siguiente anuncio: «Famosos Pasteles Conitos. Concurso para la creación de los Nuevos Conitos. Gran sesión informativa». No tenía ni idea de qué diablos eran aquellos Conitos. Pero lo de «famosos pasteles» hacía suponer que se trataba de algún tipo de dulce. Yo soy un poco quisquilloso en lo que a los dulces se refiere. Y, como no tenía nada que hacer, decidí asomar las narices por la «gran sesión informativa».

La «gran sesión informativa» se celebraba en el salón de un hotel e incluso ofrecían té y pasteles. Los pasteles eran, ¡cómo no!, Conitos. Probé uno, pero su sabor no me entusiasmó precisamente. Lo encontré empalagoso y la corteza me pareció demasiado reseca. No podía creer que a los jóvenes de mi generación les gustara un dulce semejante.

Sin embargo, a la sesión informativa únicamente se presentaron chicos de mi edad, o incluso más jóvenes. A mí me asignaron el número 952 y, después, llegaron todavía unas cien personas más; es decir, que debieron de asistir a la reunión más de mil personas. Lo que no es poco.

A mi lado estaba sentada una chica de unos veinte años, llevaba unas gafas de muchas dioptrías. No era guapa, pero parecía tener buen carácter.

—Oye, ¿tú habías comido alguna vez Conitos? —le pregunté. —Pues, claro —respondió ella—. Son muy famosos.

—Sí, pero no valen mucho la pe... —La chica me dio una patada en la espinilla y no me dejó acabar la frase. Los individuos a mi alrededor me lanzaron una mirada despectiva. ¡Qué mal ambiente! Pero yo puse cara de inocencia tipo Pooh, el osito barrigón, y dejé pasar la tormenta.

—¿Tú eres tonto o qué? —me susurró la chica al oído poco después—. ¿Cómo se te ocurre venir aquí a criticar los Conitos? Mira que si te agarran los Cuervos Conitos, no sales de ésta con vida.

—¿Los Cuervos Conitos? —grité sorprendido—. ¿Y qué son...?

—¡Chist! —dijo la chica. La sesión informativa ya había empezado.

La abrió el presidente de «Confiterías Conitos» para hablar de la historia de los Conitos. Según uno de aquellos relatos de verdad incierta debías remontarte a la Era Heian* para encontrar a no sé quién que hizo no sé qué a resultas de lo cual nació el primer Conito. El hombre llegó a decir que en el Kokinshû* figuraba un

* Era que va del año 794 al 1185. De este periodo datan importantísimas obras literarias como, por ejemplo, *Kokinwakashû* o *Genji Monogatari*. (N. de la T.)

* Nombre con que popularmente se conoce al *Kokinwakashit*, una recopilación de poemas que se llevó a cabo alrededor del año 905. (N. de la E)

poema sobre los Conitos. Al oír semejante barbaridad estuve a punto de echarme a reír, pero, a mi alrededor, todo el mundo escuchaba con una cara tan seria que me contuve. También influyó el miedo que me inspiraban los Cuervos Conitos.

La explicación del presidente de la compañía se alargó durante una hora. Aburridísima. Lo único que quería decir era, en definitiva, que los Conitos eran pasteles con historia. Pues podía haber acabado con una sola línea.

Luego, salió el director general y nos informó sobre el concurso para la creación del nuevo producto. Ni siquiera los Conitos, unos pasteles famosos en todo el país que se enorgullecían de su larga historia, podían prescindir de la incorporación de savia nueva que hiciera posible un desarrollo dialéctico apto para responder a las exigencias de las distintas generaciones. Eso sonaba muy bien, pero lo que quería decir, en definitiva, era que el gusto de los Conitos estaba pasado de moda y que habían bajado las ventas, por lo cual querían ideas nuevas de la gente joven. Podía haberlo dicho así, tal cual.

Al terminar nos dieron las bases del concurso. Elaborar un pastelito tomando como base los Conitos y presentarlo al cabo de un mes.

El importe del premio ascendía a dos millones de yenes. Con esos dos millones podía casarme con mi novia y mudarme a un apartamento nuevo.

Y decidí hacer el Nuevo Conito.

Tal como he dicho antes, soy un poco quisquilloso en lo que respecta a los dulces. Pasteles de *anko*,* crema u hojaldre, puedo prepararlos de todos los tipos imaginables. Para mí era pan comido hacer en un mes el Nuevo Conito de la Edad Contemporánea. El día en que expiraba el plazo hice dos docenas de Conitos y los llevé a Confiterías Conitos.

—¡Mmm! ¡Qué buena pinta tienen! Parecen buenísimos —me dijo la chica de recepción.

—Son buenísimos —aseguré yo.

Un mes después recibí una llamada de Confiterías Conitos diciendo que me personara en la empresa al día siguiente. Me puse una corbata y salí para allá. Hablé con el director general en la sala de visitas.

—El pastel Nuevo Conito que usted ha presentado ha tenido una excelente acogida en la compañía —dijo el director—. Ha recibido muy buenas críticas, especialmente, ¡ejem!, entre el sector joven de la empresa.

—Muchas gracias —le dije.

—Por otra parte, ¡ejem!, entre los miembros de más edad hay quien dice que su pastel no es un Conito. En definitiva, ¡ejem!, que cabe hablar de confrontación de ideas.

—¡Ah! —dije. No tenía ni idea de adónde quería ir a parar.

* Pasta de judías azucarada (*N. de la E*)

—En consecuencia, la junta directiva ha acordado pedirles la opinión a los señores Cuervos Conitos.

—¡Los Cuervos Conitos! —exclamé—. ¿Y qué son los Cuervos Conitos? El director general me miró con expresión atónita.

—¿Usted se ha presentado al concurso sin saber quiénes son los señores Cuervos Conitos?

—Lo siento mucho. Nunca me entero de qué va el mundo.

—¡Menudo problema! —exclamó el director y sacudió la cabeza—. Con que ni siquiera conoce a los señores Cuervos Conitos... Bueno, ¡en fin!, sígame.

Salí de la habitación en pos de él, caminé por el pasillo, subí al sexto piso en ascensor y, luego, avancé por otro pasillo. Al fondo había un gran portalón de hierro. Cuando el director llamó al timbre, apareció un fornido guarda y, después de pedirle al director que se identificara, dio la vuelta a la llave y nos abrió la gran puerta. Unas medidas de seguridad extremas.

—Aquí dentro se encuentran los señores Cuervos Conitos —me explicó el director—. Los señores Cuervos Conitos son una familia de cuervos especiales que vienen alimentándose exclusivamente de Conitos desde tiempos inmemoriales.

Sobraba cualquier otra explicación. Dentro de la estancia, había más de cien cuervos. Se trataba de una habitación vacía, parecida a un almacén, de más de cinco metros de altura, con un montón de palos horizontales que iban de pared a pared y en los que estaban posados, unos al lado de otros, los Cuervos Conitos. Eran más grandes que los cuervos ordinarios y los mayores debían de medir un metro de largo. Incluso los más pequeños alcanzaban los sesenta centímetros. Al fijarme bien descubrí que no tenían ojos. En lugar de eso, sólo tenían pegado un bulto blanco de grasa. Además, sus cuerpos estaban tan embotados que parecían a punto de reventar.

Al oírnos entrar, los Cuervos Conitos empezaron a graznar a coro mientras batían las alas. Al principio creí que eran simplemente graznidos, pero cuando se me habituó el oído, comprendí que gritaban: «¡Conitos! ¡Conitos!». Sólo de mirar a aquellos pajarracos se te helaba la sangre en las venas.

El director sacó algunos Conitos de una caja que llevaba y los fue arrojando al suelo. Cien cuervos se abalanzaron a la vez sobre los pasteles. Y en su búsqueda desesperada de Conitos se daban picotazos los unos a los otros en las patas, incluso en los ojos. ¡Uf! ¡Con razón se habían quedado ciegos!

Acto seguido, el director fue esparciendo por el suelo unos pasteles, parecidos a los Conitos, que sacó de otra caja.

—Mire. Éstos son los pasteles de uno de los participantes que ha sido eliminado del concurso.

Los cuervos se arrojaron, como antes, sobre los pasteles, pero en cuanto se dieron cuenta de que no eran Conitos los vomitaron y empezaron a graznar con irritación. Gritaban:

—¡Conitos!

—¡Conitos !

—¡Conitos!

Sus graznidos retumbaban en el techo hasta clavarse en los oídos. —¡Mire! Sólo comen Conitos auténticos —dijo el director, convencido—. Las imitaciones ni las tocan.

—Conitos!

—¡Conitos!

—¡Conitos!

—Y, ahora, vamos a ofrecerles los pasteles que usted ha elaborado. Si se los comen, será usted elegido. Si no se los comen, será usted eliminado.

«¡A ver cómo va!», pensé inquieto. No sé por qué, pero tenía un mal presentimiento. Era un error hacerles decidir a aquellos bichos el resultado del concurso. Pero el director, haciendo caso omiso de mis opiniones, esparció profusamente por el suelo los Nuevos Conitos que yo había presentado a concurso. Los cuervos volvieron a abalanzarse sobre los pasteles. Y, acto seguido, empezó el jaleo. Algunos cuervos se los comían satisfechos, otros los escupían gritando: «¡Conitos!». A continuación, los cuervos que no habían podido coger ninguno clavaban excitadísimos el pico en la garganta de los que se los acababan de tragar. La sangre se esparcía por todas partes. Un cuervo cogió el pastel que otro había vomitado, pero otro cuervo gigantesco, al grito de «¡Conitos!», lo atrapó y le abrió el vientre en canal. Y, de este modo, empezó una batalla sin cuartel. La sangre llamaba a la sangre, el odio llamaba al odio. Se trataba sólo de unos insignificantes pasteles, pero éstos lo eran todo para los cuervos. Para ellos era cuestión de vida o muerte si los Conitos eran auténticos o no.

—¡Mire lo que ha conseguido! —le espeté al director—. Arrojárseles de ese modo, tan de repente, ha sido un estímulo demasiado poderoso.

Luego salí solo de la estancia, bajé en ascensor y abandoné el edificio de Confiterías Conitos. Perder los dos millones de yenes era una verdadera lástima, pero no quería ni oír hablar de vivir el resto de mis días acompañado de unos pajarracos como aquéllos.

Yo sólo hago la comida que yo quiero comer y me la como yo. Y los cuervos; ¡que se mueran todos pegándose picotazos los unos a los otros!

El hombre de hielo

Me casé con un hombre de hielo.

Encontré al hombre de hielo en el hotel de unas pistas de esquí. Es posible que aquél fuera el lugar más indicado para conocerlo. En el vestíbulo de aquel bullicioso hotel, atestado de gente joven, el hombre de hielo estaba solo, leyendo tranquilamente un libro en el rincón más alejado de la estufa. Ya casi era mediodía, pero a mí me dio la impresión de que la límpida y fría luz de la mañana todavía seguía brillando sólo a su alrededor.

—¡Mira! Aquél es el hombre de hielo —me susurró una amiga. Pero yo, entonces, no tenía la menor idea de qué era un hombre de hielo. Tampoco mi amiga lo tenía muy claro. Lo único que sabía era que se llamaba de ese modo.

—Seguro que está hecho de hielo. De ahí le debe de venir el nombre —me dijo ella con una expresión muy seria. Como si hablara de algún fantasma o de alguna víctima de una enfermedad contagiosa.

El hombre de hielo era alto y sus cabellos, a ojos vista, rígidos. De cara parecía joven, pero su pelo, tieso como el alambre, estaba entreverado de algo blanco como la nieve cuajada en el suelo. Sin embargo, dejando eso aparte, su aspecto no difería apenas del de un hombre normal. No se le podía llamar guapo, pero, según cómo te lo miraras, tenía un aire muy atractivo. Había algo punzante en él que se te clavaba muy hondo en el corazón. Y ese algo residía, especialmente, en su mirada. En sus ojos silenciosos y transparentes que centelleaban como un carámbano en una mañana de invierno. Aquellos ojos parecían poseer un destello de vida verdadera dentro de un cuerpo transitorio. Permanecí unos instantes allí de pie, contemplando desde lejos al hombre de hielo. Pero él no alzó la cabeza ni un solo instante. Siguió leyendo el libro, inmóvil, sin hacer ningún movimiento. Como si estuviera convenciéndose a sí mismo de que estaba completamente solo.

La tarde del día siguiente, el hombre de hielo se encontraba en el mismo lugar, leyendo el mismo libro. Tanto al mediodía, cuando fui al comedor a almorzar, como al atardecer, cuando volví de las pistas con mis amigos, él estaba en la misma silla del día anterior proyectando la misma mirada sobre las páginas del mismo libro. Al día siguiente, igual. Cayera la tarde, avanzara la noche, él seguía allí, solo, leyendo con una placidez semejante a la del invierno al otro lado de la ventana.

En la tarde del cuarto día, esgrimí una excusa y no subí a las pistas. Me quedé sola en el hotel y estuve vagando un rato por el vestíbulo. Todo el mundo había ido a esquiar y el vestíbulo estaba desierto como una ciudad abandonada. El aire, muy caliente y húmedo, contenía un extraño tufo melancólico. Era el olor de la nieve que la gente arrastraba, adherida a la suela de sus botas, al interior del hotel, y que en ese momento se deshacía ante la estufa sin que a nadie le importara.

Atisbé afuera por una ventana, y por otra, hojeé el periódico. Luego me acerqué al hombre de hielo dispuesta a dirigirle la palabra. Yo soy más bien tímida, no suelo abordar a desconocidos si no tengo necesidad. Pero, en aquel momento, algo me impelía a hablar, a toda costa, con el hombre de hielo. Era mi última noche en el hotel y, si perdía aquella ocasión, ya no se me volvería a presentar otra.

—¿Usted no esquía? —le pregunté intentando dar a mi voz un tono natural.

Él alzó la cabeza despacio. Con cara de estar pensando: «No sé por qué, pero me ha dado la impresión de haber oído soplar el viento a lo lejos». Me clavó aquellos ojos suyos. Luego sacudió la cabeza en silencio.

—No, yo no esquío. Me basta con estar aquí leyendo mientras contemplo la nieve. —Sus palabras formaban una blanca nube parecida al bocadillo de un manga. Yo pude ver las palabras, tal y como lo digo, con mis propios ojos. Él les quitó la escarcha frotándolas suavemente con el dedo.

Yo ya no supe qué añadir a continuación. Me ruboricé y me quedé allí plantada. El hombre de hielo me miró a los ojos. Me pareció verlo sonreír por un instante. Pero no estoy segura. ¿Había sonreído realmente? Quizá sólo me había dado esa impresión.

—¿Por qué no se sienta un momento? —me dijo el hombre de hielo—. Podemos hablar un rato si quiere. Tengo la sensación de que usted siente curiosidad por mí. Debe de querer saber cómo es un hombre de hielo, ¿verdad? —Y se rió, aunque sólo un instante—. No se preocupe. Aunque hable conmigo, no va a resfriarse.

Así que hablé con el hombre de hielo. Nos sentamos juntos en un sofá de un rincón del vestíbulo y hablamos con reserva mientras contemplábamos la nieve que danzaba al otro lado de la ventana. Yo pedí un cacao y me lo bebí. Él no tomó nada. El hombre de hielo no parecía mejor conversador que yo. A eso hay que añadir que no teníamos en común ningún tema de conversación. Primero hablamos del tiempo. Luego, de lo cómodo que era el hotel. ¿Está aquí solo?, le pregunté. Sí, me respondió. El hombre de hielo me preguntó si me gustaba esquiar. No mucho, le respondí. La verdad es que he venido porque mis amigas insistieron mucho. Pero yo apenas sé esquiar. Yo me moría de ganas de saber cómo era el hombre de hielo. Si era verdad que estaba hecho de hielo. Qué comía. Dónde vivía en verano. Si tenía familia o no... Ese tipo de cosas. Pero el hombre de hielo parecía reticente a hablar de sí mismo. Y yo no me atrevía a preguntar. Porque pensaba que, tal vez, a él no le apeteciera tocar esos temas.

En cambio, sí habló de mí. Es realmente difícil de creer, pero el hombre de hielo, fuera por la razón que fuese, me conocía a fondo. La composición de mi familia, mi edad, mis aficiones, mi estado de salud, la universidad a la que iba, los amigos con quienes salía, lo sabía absolutamente todo. Incluso conocía al dedillo cosas de un pasado lejano que yo ya había olvidado por completo.

—No lo entiendo —le dije sonrojándome—. Me da la impresión de haberme quedado desnuda delante de la gente. ¿Cómo es posible que sepas tantas cosas de

mí? —le pregunté—. ¿Puedes leer la mente de las personas?

—No, yo no puedo leer la mente de los demás. Pero lo sé. Así, sin más —dijo el hombre de hielo. Como si clavara la mirada en el interior del hielo—. Si te miro así, fijamente, puedo saberlo todo sobre ti.

—¿Ves el futuro? —le pregunté.

—El futuro no lo conozco —me dijo el hombre de hielo con semblante inexpresivo. Y sacudió la cabeza despacio—. El futuro no me interesa lo más mínimo. A decir verdad, en mí no cabe el concepto de futuro. Porque en el hielo no existe el futuro. Sólo contiene el pasado, y lo contiene cerrado de una manera hermética. Dentro de él existe la totalidad de las cosas, nítidamente selladas como si estuvieran vivas. El hielo es capaz de conservar muchas cosas de esta forma. De una manera limpia y clara. Ésta es la función del hielo, su esencia.

Nos seguimos viendo incluso después de volver a Tokio. Pronto empezamos a quedar todos los fines de semana. Pero nunca íbamos al cine, ni entrábamos en una cafetería. Tampoco comíamos juntos. Porque el hombre de hielo apenas comía. Siempre nos sentábamos en el banco de algún parque y hablábamos. Hablábamos realmente de muchas cosas. Pero, por más tiempo que pasara, el hombre de hielo no parecía decidirse a hablar de sí mismo.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué no hablas nunca de tus cosas? A mí me gustaría saber más cosas sobre ti. Dónde has nacido. Quiénes son tus padres. Cómo te has convertido en un hombre de hielo.

El hombre de hielo se me quedó mirando unos instantes a los ojos. Luego, sacudió la cabeza despacio.

—Es que yo no lo sé —dijo el hombre de hielo con tono calmado, pero resuelto. Y exhaló una compacta y blanca nube de aliento—. Yo no tengo pasado. Yo conozco el pasado de todas las cosas. Conservo el pasado de todas las cosas. Pero *en mí* no hay pasado. No sé dónde he nacido. No conozco el rostro de mis padres. Ni siquiera sé si realmente los he tenido. Ni siquiera sé cuántos años tengo. Ni siquiera sé si, en verdad, tengo edad.

El hombre de hielo estaba solo como un iceberg en medio de las tinieblas.

Y yo me enamoré profundamente del hombre de hielo. Y el hombre de hielo amaba, simplemente, a mi yo *del presente*, sin pasado, sin futuro. Y yo amaba al hombre de hielo *del presente*, sin pasado ni futuro. Era maravilloso. Incluso empezamos a hablar de casarnos. Yo acababa de cumplir veinte años. Y el hombre de hielo era el primer hombre de quien me enamoraba en serio en toda mi vida. Qué significaba amar al hombre de hielo era algo que yo, en aquellos momentos, no podía ni imaginar. Pero creo que, aunque hubiera estado enamorada de otra persona, tampoco lo hubiera sabido.

Mi madre y mi hermana mayor se opusieron de forma categórica a mi boda con el hombre de hielo. Eres demasiado joven para casarte, me decían. Ni siquiera conoces exactamente su identidad. Ni siquiera sabes dónde ha nacido, ni cuándo. ¿Cómo vamos a decirles a nuestros parientes que te casas con un tipo así? Además,

i él es de hielo! ¿Qué harías si, por casualidad, se te deshiciera?, decían ellas. Parece que no lo entiendas, pero al casarse, uno tiene que estar dispuesto a asumir una serie de responsabilidades. ¿Y cómo puede un hombre de hielo asumir sus responsabilidades como marido?

Pero esas preocupaciones eran innecesarias. En realidad, el hombre de hielo no estaba hecho de hielo. El hombre de hielo sólo era frío como el hielo. Por lo tanto, aunque estuviera en un sitio cálido, no se derretía. Su frialdad se parecía al hielo. Pero su cuerpo no se componía de hielo. Y aunque ciertamente era de una frialdad extrema, ésta no robaba la temperatura corporal de los demás.

Y nos casamos. La nuestra fue una boda sin felicitaciones. Ni mis amigos, ni mis padres, ni mis hermanas, nadie se alegró de nuestro casamiento. Ni siquiera celebramos la ceremonia nupcial. Tampoco pudimos inscribirnos en el registro civil porque él no tenía certificado de nacimiento. Simplemente, los dos decidimos que nos habíamos casado. Compramos un pequeño pastel y nos lo comimos. Ésa fue nuestra pequeña celebración. Alquilamos un pequeño apartamento y el hombre de hielo, para ganarse la vida, entró a trabajar en unos almacenes frigoríficos de carne de ternera congelada. Él resistía muy bien el frío y, por más que trabajara, no se cansaba. Apenas comía. Por lo tanto, su jefe lo tenía en gran estima. Y le pagaba un sueldo mucho más alto que a los demás empleados. Y nosotros vivíamos tranquilos y felices sin que nadie nos molestara y sin molestar a nadie.

Cuando nos abrazábamos, yo pensaba en un bloque de hielo que debía de existir, silencioso y solo, en alguna parte. Me preguntaba si el hombre de hielo conocía el lugar donde se encontraba aquel bloque. Era una roca de hielo congelada, tan dura que costaba imaginar que pudiera existir algo más duro. Era el bloque de hielo más grande del mundo. Se encontraba en algún lugar remoto. El hombre de hielo traía a este mundo el recuerdo de aquel bloque de hielo. Al principio, cuando me abrazaba, me sentía invadida por el desconcierto. Sin embargo, pronto me acostumbré. Incluso empecé a amar encontrarme entre sus brazos. Él seguía sin decir una palabra sobre sí mismo. Tampoco sobre cómo se había convertido en un hombre de hielo. Yo no le preguntaba nada. Nos abrazábamos en la oscuridad y compartíamos en silencio aquel bloque gigantesco. Dentro de ese hielo estaba encerrado con pulcritud todo el pasado del mundo a lo largo de cientos de millones de años.

En nuestro matrimonio, no existía ningún problema propiamente dicho. Nos amábamos de forma profunda el uno al otro, nadie se interponía en nuestro amor. La gente que nos rodeaba no acababa de acostumbrarse al hombre de hielo, pero, a pesar de ello y con el paso del tiempo, al menos empezaron a dirigirle la palabra. Empezaron a decir que, en fin, tampoco era tan diferente de la gente normal. Pero ellos, en el fondo de su corazón, no aceptaban al hombre de hielo ni, por supuesto, tampoco a mí por haberme casado con él. Nosotros éramos un tipo de personas distinto a *ellos* y, por más tiempo que pasara, esa zanja era imposible de rellenar.

Tampoco lográbamos concebir un hijo. Quizás entre un ser humano y un

hombre de hielo hubiera incompatibilidades genéticas que lo impidieran. En cualquier caso, al no tener ningún niño, a mí me sobraba el tiempo. Por la mañana arreglaba la casa en un santiamén y, luego, no tenía nada más que hacer. Carecía de amigos con quienes charlar o ir a alguna parte, tampoco conocía a nadie en el barrio. Mi madre y mis hermanas todavía estaban enfadadas conmigo por haberme casado con el hombre de hielo y no me dirigían la palabra. Para ellas yo era la oveja negra de la familia, alguien de quien se avergonzaban. Ni siquiera contaba con alguien con quien hablar por teléfono. Mientras el hombre de hielo trabajaba en el almacén frigorífico, yo permanecía siempre en casa leyendo o escuchando música. Por mi carácter, yo era una persona a quien le gustaba más estar en casa que salir, tampoco me asustaba la soledad. Sin embargo, todavía era joven y pronto me agobió esa sucesión de días idénticos sin cambio alguno. Lo que me hacía sufrir no era el aburrimiento. Lo que yo no podía soportar era la reiteración. No sé por qué, pero empecé a verme a mí misma como una sombra repetida dentro de esa reiteración.

Entonces, un día se lo propuse a mi marido. ¿Por qué no hacíamos un viaje, para cambiar de aires?

—¿Un viaje? —dijo el hombre de hielo. Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Y por qué diablos quieres ir de viaje? ¿Acaso no eres feliz aquí conmigo?

—No se trata de eso —le dije—. Yo soy feliz. Entre nosotros no hay ningún problema. Pero me aburro. Quiero ir lejos y ver algo que no haya visto nunca. Respirar un aire que no haya respirado jamás. ¿Lo entiendes? Además, todavía no hemos ido de luna de miel. Tenemos dinero ahorrado, a ti te deben un montón de días de vacaciones. Creo que éste es el momento ideal para marcharnos tranquilamente de viaje.

El hombre de hielo lanzó un suspiro tan profundo que casi parecía congelado. El suspiro cristalizó en el aire de una manera audible. Cruzó sobre las rodillas sus largos dedos cubiertos de escarcha.

—Bueno, pues si a ti te apetece ir de viaje, yo no tengo nada que objetar. A mí no me parece muy buena idea, la verdad. Pero, en fin, si *eso* te hace feliz, estoy dispuesto a marcharme, iré a donde tú quieras. En el almacén, si las pido, creo que podré tomarme unas vacaciones. Hasta ahora he trabajado muy duro. Dudo que haya algún problema. Por cierto, ¿ya has pensado adónde te gustaría ir?

—¿Qué te parece ir al Polo Sur? —le dije.

Lo elegí pensando que, haciendo tanto frío, seguro que a él le interesaría ir. Además, a decir verdad, yo siempre había querido ir al Polo Sur. Quería ver la aurora boreal y los pingüinos. Me imaginé a mí misma cubierta con un abrigo de pieles con capucha, bajo la aurora boreal, mirando jugar a los pingüinos.

Cuando lo oyó, el hombre de hielo clavó sus ojos en los míos. Fijamente, sin parpadear. Y, como un afilado carámbano de hielo, me atravesó los ojos hasta llegar al fondo de mi cerebro. Él permaneció unos instantes reflexionando en

silencio, pero al final, con voz sorda, me dijo que le parecía bien.

—De acuerdo, si tú quieres ir al Polo Sur, vayamos al Polo Sur. ¿Estás segura de que es ése el lugar al que prefieres ir?

Asentí.

—Creo que, dentro de dos semanas, podré tomarme unas vacaciones. Imagino que te dará tiempo de prepararlo todo para el viaje. ¿Estás de acuerdo? ¿Seguro?

No pude responder de inmediato. Porque notaba la cabeza fría y embotada debido a aquella mirada, tan fija, parecida a un carámbano, que me había lanzado el hombre de hielo.

Sin embargo, con el paso del tiempo empecé a arrepentirme de haberle propuesto a mi marido ir de viaje al Polo Sur. No sé por qué. Pero tenía la sensación de que, en cuanto yo acabé de pronunciar las palabras «Polo Sur», algo había cambiado en su interior. Los ojos de mi marido eran dos carámbanos mucho más agudos que antes, su aliento era mucho más blanco que antes, sobre sus dedos había mucha más escarcha que antes. Se volvió mucho más taciturno que antes, mucho más obstinado que antes. Dejó de comer por completo. Todo eso me causó una enorme inquietud. Cinco días antes de partir me decidí a pedírselo. Que abandonáramos la idea de ir al Polo Sur. Pensándolo bien, hacía demasiado frío allí y eso no sería bueno para la salud, le dije. He pensado que sería mejor que fuéramos a otro lugar más normal. Europa estaría muy bien. Podríamos ir a España, por ejemplo, a descansar. A beber vino, comer paella y ver corridas de toros. Pero mi marido hizo oídos sordos a lo que yo decía. Permaneció unos instantes con la mirada clavada a lo lejos. Luego me miró. Me miró fijamente a los ojos. Su mirada era tan profunda que sentí como si mi cuerpo fuera desapareciendo gradualmente. Yo no quiero ir a España, dijo mi marido, el hombre de hielo, con voz resuelta. Lo siento, pero en España hace demasiado calor para mí, y hay demasiado polvo. La comida es demasiado picante. Además, ya hemos adquirido los dos billetes para ir al Polo Sur. Incluso ya te has comprado un abrigo de pieles y unas botas forradas para el viaje. No podemos tirar todo eso. Ahora tenemos que ir allí.

A decir verdad, yo tenía miedo. Presentía que si íbamos al Polo Sur nos ocurriría algo irreparable. Tuve un sueño horrible, recurrente. Estoy paseando y me caigo dentro de un profundo agujero que se abre en el suelo, y allí dentro me voy congelando sola, sin que nadie me encuentre. Encerrada en el hielo, clavo la vista en el cielo. Estoy consciente. Pero no puedo mover ni un dedo. Es una sensación terriblemente extraña. Me doy cuenta de que, minuto a minuto, me voy convirtiendo en pasado. No hay futuro en mí. Sólo un pasado que se va acumulando. Y entonces, de repente, todos me están contemplando, ellos están mirando el pasado. La visión de cómo yo voy pasando de largo mirando hacia atrás.

Luego me despierto. A mi lado, el hombre de hielo está profundamente dormido. Duerme sin un suspiro. Como algo muerto y congelado. Pero yo amo al hombre de hielo. Lloro. Mis lágrimas caen sobre su mejilla. Entonces él se

despierta y me abraza.

—He tenido una pesadilla espantosa —le digo. Él sacude la cabeza despacio en la oscuridad.

—Es sólo un sueño —me dice—. Los sueños vienen del pasado. No del futuro. Ellos no tienen que controlarte a ti. Eres tú quien debe controlarlos a ellos. ¿De acuerdo?

—Sí —le digo. Pero no estoy convencida.

Mi marido y yo cogimos el avión para el Polo Sur. No logré encontrar ningún pretexto para impedir el viaje. Tanto el piloto como las azafatas de aquel avión que se dirigía al Polo Sur eran terriblemente taciturnos. Quería contemplar la vista por la ventanilla del avión, pero unas gruesas nubes me lo impidieron. Además, las ventanillas pronto se cubrieron de una capa de hielo. Mientras, mi marido permaneció en silencio leyendo un libro. Yo no sentía ni un ápice de la excitación y alegría que suele acompañar a un viaje. Simplemente estaba haciendo algo que había decidido hacer.

Cuando bajamos la escalerilla del avión y tocamos tierra, noté cómo un gran temblor sacudía el cuerpo de mi marido. Fue más breve que un parpadeo, la mitad de un instante, y nadie se dio cuenta de ello, ni siquiera se reflejó en su rostro. Pero a mí no se me pasó por alto. Dentro del cuerpo de mi marido algo se había estremecido con gran violencia, aunque de manera secreta. Clavé la vista en su perfil. Plantado allí, contempló el cielo, se miró las manos y respiró hondo. Luego me miró y sonrió alegremente.

—¿Aquí es adónde querías venir? —me dijo.

—Sí —contesté.

Ya lo suponía hasta cierto punto, pero el Polo Sur resultó ser una tierra todavía más solitaria de lo que imaginaba. Allí no vivía casi nadie. Sólo había un pequeño pueblo anodino. En el pueblo sólo había un pequeño hotel, evidentemente, anodino. El Polo Sur no es un lugar turístico. Ni siquiera se veían pingüinos. Ni tampoco la aurora boreal. A veces me dirigía a la gente con la que me cruzaba por la calle y les preguntaba dónde podía encontrar a los pingüinos. Sin embargo, la gente se limitaba a sacudir la cabeza en silencio. Ellos no entendían mi lengua. Así que dibujé un pingüino en un papel. Con todo, ellos siguieron sacudiendo la cabeza sin decir una palabra. Yo me sentía sola. A la que dabas un paso fuera de la ciudad, ya no veías más que hielo. No había ni árboles, ni flores, ni ríos, ni lagos. Fuera a donde fueses, no encontrabas más que hielo. Una vasta superficie de hielo que se extendía hasta donde te alcanzaba la vista.

Pero mi marido, con su aliento blanco, las manos cubiertas de escarcha y aquellos ojos como carámbanos clavados en la distancia, iba todo el día de aquí para allá, incansable, lleno a rebosar de energía. Enseguida aprendió la lengua de aquella tierra y empezó a hablar con la gente de la ciudad con un tono de resonancia duro como el hielo. Hablaban durante horas, con la seriedad pintada en el rostro. Pero yo no podía entender de qué diablos hablaban tan apasionadamente.

Mi marido estaba fascinado por aquella tierra. Tenía algo que lo embelesaba. Al principio, eso me irritó. Sentía que me había dejado atrás. Me sentía traicionada, ignorada.

Pero pronto, en aquel mundo silencioso rodeado por una gruesa capa de hielo, fui perdiendo todas las fuerzas. Despacio, poco a poco. Y pronto desapareció incluso mi irritación. Parecía haber perdido en alguna parte la brújula de mis sensaciones. Perdí el sentido de la dirección, perdí la noción del tiempo, me perdí de vista a mí misma. No sé cuándo empezó, ni cuándo acabó. Pero, a la que me di cuenta, estaba encerrada sola dentro de la insensibilidad, en aquel mundo de hielo, en un invierno eterno que había perdido todos los colores. Incluso después de perder la mayoría de sensaciones, yo lo sabía. *Que ese marido mío que estaba en ese momento en el Polo Sur no era mi marido de antes.* No es que fuera diferente. Él seguía siendo tan atento conmigo como siempre, me hablaba con cariño. Y yo sabía muy bien que las palabras que pronunciaba eran sinceras. Pero yo lo sabía, por supuesto. Que era un hombre de hielo distinto al que yo había conocido en el hotel de las pistas de esquí. Pero no tenía a nadie a quien quejarme. Toda la gente del Polo Sur apreciaba a mi marido y no había nadie que entendiera una palabra de lo que yo les decía. Todos exhalaban un aliento blanco, tenían la cara cubierta de escarcha y bromeaban, discutían y cantaban en la sorda lengua del Polo Sur. Encerrada sola en la habitación del hotel, contemplaba aquel cielo gris sin perspectivas de que despejara a meses vista, y aprendía la terriblemente complicada (y que yo no creía poder llegar a saber jamás) gramática de la lengua del Polo Sur.

En el aeródromo ya no había ningún avión. Después de que partiera el avión que nos trajo a nosotros, ya no volvió a aterrizar ninguno más. Y la pista de aterrizaje pronto quedó enterrada bajo el duro hielo. Como mi corazón.

—¡Ha llegado el invierno! —exclamó mi marido—. Es un invierno muy largo. Los aviones ya no vendrán, ni tampoco los barcos. Todo, absolutamente todo, está congelado. Al parecer, no nos quedará más remedio que esperar hasta la primavera —dijo.

Tres meses después de llegar al Polo Sur descubrí que estaba embarazada. Y yo lo sabía. Que el niño que yo pariría sería un pequeño hombre de hielo. Mi útero se congelaría, finos trozos de hielo se mezclarían con mi líquido amniótico. Podía sentir su gelidez dentro de mi vientre. Yo lo sabía. El niño tendría la mirada de carámbano igual que su padre, y sus dedos estarían cubiertos de escarcha. Yo lo sabía. Que nuestra familia ya nunca más saldría del Polo Sur. El eterno pasado, con su peso desmesurado, nos aferraba los pies con fuerza. Y nosotros ya no nos podríamos soltar jamás.

A mí, ahora, apenas me queda corazón. Mi calor ya se ha esfumado en la distancia. Incluso a veces me olvido de que alguna vez lo tuve.

Pero aún puedo llorar. Estoy verdaderamente sola. En el lugar más frío y solitario del planeta. Cuando lloro, el hombre de hielo me besa la mejilla. Y mis lágrimas se convierten en hielo. Entonces, él toma en su mano mis lágrimas de

hielo y se las pone sobre la lengua. «Oye, te quiero», me dice. Y no miente. Lo sé muy bien. El hombre de hielo me ama. Pero el viento que viene soplando de alguna parte se lleva atrás, muy atrás, hacia el pasado, sus palabras convertidas en blanco hielo. Yo lloro. Continúo derramando grandes lagrimones de hielo. En una casa de hielo del Polo Sur congelada en la distancia.

Los dos descubrieron aquel pequeño restaurante por azar. Al atardecer del día que llegaron a la playa de Singapur se les ocurrió, sin más, meterse en un callejón donde acabaron topando casualmente con el local. Era una construcción de una sola planta, rodeada por una tapia de ladrillo alta hasta la cintura. En el jardín, donde crecían unas palmeras bajas, sólo había cinco mesas de madera. El edificio principal, hecho de argamasa, estaba pintado de un vivo color rosado. Sobre las mesas se abrían unas sombrillas de lona de tonos desteñidos. Como todavía era temprano, apenas había clientes. Sólo dos ancianos con el pelo corto, chinos al parecer, sentados el uno frente al otro a una de las mesas, bebiendo cerveza y picando de una variedad de platos en silencio. No decían una palabra. A sus pies, un perrazo negro con los ojos entrecerrados permanecía tumbado en el suelo con aire somnoliento. Por la ventana de la cocina se alzaba vapor de agua blanco, cuya forma recordaba la cola de algún espíritu, y se esparcía un delicioso olor a hervido. También se oían las animadas voces de los cocineros y el alegre entrecocar de los cacharros de cocina. El sol poniente hacía resaltar el verde de las hojas de las palmeras mecidas por la brisa.

La mujer se detuvo y permaneció unos instantes observando aquella escena.

—¿Y si cenáramos aquí? —dijo ella.

El joven leyó el nombre del restaurante junto a la puerta de entrada y buscó el menú. Pero fuera no había ninguno. Ladeó la cabeza.

—¡Uf! No sé. Eso de comer en un lugar desconocido, en el extranjero....

—Yo, con los restaurantes, tengo mucho ojo. Los sitios buenos los huelo enseguida. No fallo nunca. Créeme. Aquí se come bien. Estoy segura cien por cien. ¿Qué? ¿Entramos?

El hombre cerró los ojos y aspiró una gran bocanada de aire. No sabía de qué comida se trataba, pero realmente olía muy bien. Además, la apariencia del restaurante tenía algo que atraía.

—¿Crees que estará limpio?

La mujer le tiró del brazo.

—Estás cargado de manías. Tranquilo. Por una vez que hacemos un viaje largo, bien podemos ir un poco a la aventura, ¿no te parece? Eso de no salir del restaurante del hotel, la verdad, es un aburrimiento. ¡Va! Entremos.

Una vez dentro descubrieron que era un restaurante especializado en platos de cangrejo. La carta estaba escrita en inglés y en chino. La gran mayoría de los clientes era gente del lugar y el precio era módico. Según la explicación adjunta

al menú, en Singapur había infinidad de clases de cangrejos y se cocinaban más de cien variedades. Ambos tomaron cerveza del país, pidieron algunos de los tipos de cangrejo que más o menos pudieron identificar y se los comieron entre los dos. Las raciones eran generosas; los ingredientes, frescos y la condimentación, ligera.

—¡Qué bueno! —exclamó el hombre admirado.

—¿Qué te decía yo? Tengo un talento especial para descubrir buenos restaurantes.

—Pues sí, la verdad —reconoció el joven.

—Y este talento es más útil de lo que parece —dijo ella—. Comer es más importante de lo que la gente piensa. En la vida hay siempre un momento en el que debes comer algo bueno. Y, en esas ocasiones, el hecho de que entres en un buen restaurante o en uno malo, puede hacer cambiar tu vida por completo. En resumen, que te caigas de este o del otro lado de la tapia.

—Comprendo —dijo él—. La vida no es una broma.

—Exacto —dijo ella. Y luego levantó el dedo índice con aire burlón—. La vida no es una broma. Menos de lo que tú te imaginas. El joven asintió.

—Y nosotros hemos caído dentro de la tapia.

—Exacto.

—Pues, muy bien —dijo el hombre como si hablara consigo mismo—. ¿Te gusta el cangrejo?

—¡Huy, sí! Siempre me ha encantado el cangrejo. ¿Y a ti?

—A mí también. Podría comer cangrejo todos los días. —Pues ya tenemos algo más en común —dijo ella. Y sonrió.

El hombre también sonrió. Los dos alzaron el vaso de cerveza y brindaron de nuevo.

—Volvamos mañana —propuso ella—. Restaurantes tan baratos y que sirvan platos de cangrejo tan buenos como éstos, se pueden contar con los dedos de una mano.

Los tres días siguientes acudieron al restaurante. Por la mañana iban a la playa, nadaban hasta hartarse y tomaban el sol, y por la tarde paseaban por la ciudad e iban a tiendas de artesanía a comprar *souvenirs*. Al anochecer, casi siempre a la misma hora, se dirigían al restaurante del callejón, probaban distintas variedades de cangrejo y luego volvían al hotel, hacían el amor con tiempo sobre la cama y dormían sin soñar. Unos días dignos del paraíso. Ella tenía veintiséis años y enseñaba inglés en un instituto privado femenino. Él tenía veintiocho y trabajaba en un gran banco, en el departamento de investigación financiera de empresas. Había sido casi un milagro que los dos hubieran podido tomarse vacaciones al mismo tiempo, y en aquel momento disfrutaban intensamente de aquellos días de libertad en los que podían estar solos sin estorbos. Ambos

se esforzaban en no sacar temas de conversación que significaran malgastar aquel precioso tiempo.

El cuarto día (el último de sus vacaciones), para cenar, los dos comieron cangrejo. Mientras extraían la carne de las patas del cangrejo con un delgado utensilio metálico, los dos hablaron de lo irreal y lejana que les parecía su frenética vida cotidiana en Tokio estando en aquel lugar, donde se pasaban los días nadando y comiendo deliciosos platos de cangrejo. Hablaron principalmente del presente. Durante la comida, el silencio cayó sobre ellos en varias ocasiones y, en cada una de ellas, ambos se sumieron en sus propias reflexiones. Pero no era un silencio incómodo. Porque entre ellos mediaban una cerveza muy fría y unos platos calientes de cangrejo.

Al salir del restaurante volvieron al hotel y, como de costumbre, hicieron el amor sobre la cama. De manera tranquila, pero satisfactoria. Luego, los dos se ducharon y, acto seguido, se quedaron dormidos. Sin embargo, poco después, el joven se despertó. Se encontraba muy mal. Sentía el estómago como si se hubiera tragado una pequeña y pesada nube. Corrió al lavabo, se puso en cuclillas, metió la cabeza dentro del inodoro y arrojó con fuerza todo lo que tenía dentro del estómago. Y dentro del estómago tenía montones de carne blanca de cangrejo. Ni siquiera le había dado tiempo de encender la luz, pero pudo vislumbrarlo gracias a la enorme luna llena que flotaba en el cielo. Respiró hondo, cerró los ojos y, sin cambiar de posición, dejó transcurrir el tiempo. Tenía la cabeza embotada y era incapaz de hilvanar las ideas. Simplemente esperaba. Luego le vino otra arcada, como una nueva ola que va a romperse a la orilla, y volvió a vomitar con fuerza todo lo que aún le quedaba en el estómago.

Al abrir los ojos vio que, sobre el agua del váter, flotaban sus vómitos convertidos en una amalgama blanca. El volumen era considerable. «¿Tanto cangrejo he comido?», pensó medio asombrado. «¡Uf! Si todos los días he comido esta cantidad, no me extraña que haya acabado vomitando. ¡Qué bárbaro! En estos cuatro días he comido cangrejo para dos o tres años.»

Sin embargo, al fijar la mirada, le pareció que aquella masa que flotaba por encima del agua se movía un poco. Al principio pensó que se trataba de una alucinación. La pálida luz de la luna crea estas ilusiones. De vez en cuando, alguna nube ocultaba la luna a su paso y, por un instante, la oscuridad se hacía más densa. El joven cerró los ojos, respiró hondo despacio y volvió a abrirlos. Pero no cabía duda. Aquella carne se estaba moviendo. No era una ilusión. Como si se crispara, la superficie de la carne temblaba nerviosamente. El joven se levantó y encendió con decisión la luz del baño. Y, al acercar la vista, descubrió que aquel temblor no era más que una multitud de gusanos blancos. Incontables, gusanos diminutos del mismo color blancuzco que la carne estaban adheridos a la superficie de ésta.

Volvió a sentir la necesidad de vomitar todo lo que tenía en el estómago.

Pero dentro ya no le quedaba nada. El estómago se le había reducido al tamaño de un puño. Mezclado con los vómitos, arrojó amargos jugos gástricos de color verde. A pesar de eso, bebió con ansiedad para enjuagarse la boca y volvió a vomitar. Luego tiró de la cadena para que el agua del depósito arrastrara todo lo que flotaba por encima del agua del inodoro. Tiró de la cadena una y otra vez hasta que no quedó nada. Se lavó bien la cara en el lavabo, se frotó con fuerza la boca con una toalla blanca limpia y se cepilló a conciencia los dientes. Luego apoyó ambas manos sobre el lavabo y contempló su cara reflejada en el espejo. Su rostro estaba demacrado, se le marcaban las arrugas, su tez tenía un tono terroso. No parecía su cara, sino la de un anciano exhausto.

Al salir del lavabo se recostó en la puerta y contempló la habitación. Su novia dormía profundamente sobre la cama. No parecía sentir nada. Con la cabeza hundida en la almohada, se la oía respirar sumida en el sueño. Su largo pelo le cubría la mejilla y el hombro como un abanico. Detrás del omoplato tenía dos pequeños lunares, uno al lado del otro, como dos gemelos. En la espalda se le destacaban con claridad las huellas del traje de baño. La clara luz de la luna penetraba silenciosamente en la habitación a través de la persiana y el mar nocturno hacía resonar el monótono rumor de las olas. A la cabecera de la cama, el despertador electrónico mostraba los dígitos de color verde. No se apreciaba ningún cambio. Pero también en el interior de la mujer había cangrejo. Aquel día por la noche, los dos habían compartido la comida del mismo plato. Sólo que ella todavía no se había dado cuenta de lo que pasaba.

El joven se hundió en el sillón de mimbre que había junto a la ventana, cerró los ojos y respiró de una forma pausada y regular. Se llenó los pulmones de aire nuevo y, cuando éste se enrareció, lo espiró. En la medida de sus fuerzas, intentó cambiar todo el aire que contenía su cuerpo. Al hacerlo, quería abrir todos sus poros. Se oía cómo le latía el corazón con unos latidos duros y secos igual que un antiguo despertador resonando en una estancia vacía.

Contemplando la figura de la mujer tendida sobre la cama, el joven imaginaba la multitud de diminutos gusanos que estarían pululando por el interior de su vientre. ¿Debía despertarla y decírselo? ¿Debía tomar alguna medida al respecto? Tras dudar unos instantes, el joven desechó la idea. Seguro que no sería de ninguna utilidad. Ella no se daba cuenta. Y ése era el problema más grave.

La tierra rotaba de un modo anormal. Él podía percibir su mudo chirrido. Algo había sucedido y el mundo había sufrido un cambio. El orden de una multitud de cosas se había alterado y ya era imposible volver atrás. Ahora sólo restaba que aquellas cosas que habían cambiado prosiguieran, tal cual, su avance hacia delante. A la mañana siguiente ellos regresarían a Tokio. Volverían a su vida cotidiana. Como si, en la superficie, nada hubiera cambiado. Pero él lo sabía. «Tal vez las cosas jamás vuelvan a funcionar bien entre esta mujer y yo. Quizá nunca más vuelva a experimentar hacia ella los mismos sentimientos que experimenté hasta ayer.» Pero no se trataba sólo de eso. «Quizá ni siquiera yo vuelva a llevarme

bien conmigo mismo nunca más», se dijo. «Nosotros, en cierto sentido, hemos caído de una alta tapia hacia dentro. Sin hacer ruido, sin dolor. Y *ella ni siquiera se ha dado cuenta.*»

El joven permaneció hasta el amanecer en la silla de mimbre, respirando en silencio. Durante la noche cayeron, a intervalos, varios agua_ceros. De vez en cuando, las gotas de lluvia azotaban la ventana con fuerza, como si la estuvieran castigando. Cuando las nubes se alejaban, volvía a asomar la luna. Esto se repitió varias veces. Pero la mujer no se despertó. Ni siquiera se dio la vuelta. Sólo a veces le temblaban un poco los hombros. Él hubiera dado cualquier cosa por dormir. Cuando, tras un sueño profundo, se despertara, quizá ya todo se habría resuelto y todas las cosas seguirían su curso, igual que antes, como si nada hubiese pasado. El joven deseaba con ansia atrapar el sueño. Pero, por más que alargó el brazo, no logró alcanzar el sitio donde éste se encontraba.

El joven se acordó de la primera noche, cuando pasaron por delante del restaurante. Los dos ancianos chinos del pelo corto, los platillos que éstos comían en silencio, el perro negro con los ojos entrecerrados a sus pies, los viejos parasoles desteñidos. Ella lo agarró del brazo. Todo parecía haber ocurrido en un pasado remoto. Pero en realidad hacía sólo tres días. Y durante esos tres días, a manos de una extraña fuerza desconocida, él se había convertido en un viejo infeliz de rostro macilento. En las solitarias y hermosas playas de Singapur.

Levantó ambas manos hasta situarlas delante de su cara y las observó con atención. Contempló durante unos instantes el dorso de las manos, luego les dio la vuelta y contempló las palmas. Tanto si la giraba hacia un lado como hacia otro, la mano se veía sacudida por un ligero temblor.

—¡Huy, sí! Siempre me ha encantado el cangrejo. ¿Y a ti? —oyó que decía la mujer.

«No lo sé», pensó él.

Algo amorfo le rodeaba el corazón, envuelto en un misterio profundo y blando. Ya no tenía la menor idea de qué dirección tomaría su vida a partir de aquel momento y qué diablos le esperaba a él en aquel lugar. Sin embargo, cuando el cielo del este empezó a tomar un color lechoso, él pensó aquello de repente. «Hay una única cosa cierta. De aquí en adelante, vaya a donde vaya, jamás volveré a comer cangrejo.»

Hace mucho tiempo (por más que lo diga, apenas han transcurrido catorce o quince años) yo vivía en una residencia de estudiantes. Tenía dieciocho años y acababa de entrar en la universidad. No conocía Tokio y era la primera vez que vivía solo, así que mis padres, intranquilos, me metieron en aquella residencia. La cuestión monetaria también contaba, por supuesto. Alojarme en una residencia era considerablemente más barato que vivir solo. Yo hubiera preferido alquilar un apartamento y vivir a mi aire, pero, teniendo en cuenta el importe de la matrícula, el coste de las clases y el de mi manutención, que mes tras mes me enviaban mis padres, la verdad es que no podía quejarme.

La residencia se encontraba en el distrito Bunkyó, en lo alto de una loma que tenía unas vistas magníficas. Ocupaba un extenso terreno rodeado por un alto muro de cemento. Al cruzar el portal te topabas con un olmo gigantesco. Decían que tenía ciento cincuenta años, o quizá más. Cuando, al pie del árbol, mirabas hacia lo alto, no podías vislumbrar el cielo, oculto por completo tras el verde follaje.

El camino de cemento daba un rodeo para evitar el gigantesco olmo y luego cruzaba el patio formando una larga línea recta. A ambos lados del patio se alineaban, en paralelo, dos bloques de hormigón de tres pisos: los dormitorios. Eran unos edificios enormes. A través de las ventanas abiertas se oía al *disc-jockey* de la radio. Las cortinas de las ventanas eran todas del mismo tono crema, el color que mejor resistía la decoloración solar.

El camino moría ante el pabellón principal, de dos pisos de altura. En la planta baja estaban el comedor y un baño grande; en la primera planta, el paraninfo, algunas salas de reuniones e, incluso, un salón para la recepción de huéspedes importantes. Al lado del pabellón principal se levantaba el tercer bloque. También éste constaba de tres plantas. El patio era grande y, en medio del verde césped, un sistema automático de riego por aspersión daba vueltas de modo que las gotas de agua reflejaban los rayos de sol. Detrás del pabellón principal había un campo para jugar al béisbol y al fútbol, y seis pistas de tenis. En fin, que a la residencia no le faltaba de nada.

El único problema que tenía aunque supongo que habrá división de opiniones respecto a si esto se podía considerar, o no, un problema era que la residencia la dirigía una fundación poco transparente que incluía a sujetos de extrema derecha. Bastaba con leer los folletos informativos para los nuevos residentes y el reglamento para darse cuenta. «El principio rector de la enseñanza reside en la formación de hombres de valía para servir a la patria.» Ésta era la filosofía que regía la fundación del centro. Y muchos empresarios que comulgaban con ella habían hecho importantes donaciones de capital. Así rezaba la fachada, pero detrás había algo turbio. Nadie conocía la verdad a ciencia cierta. Había quien

afirmaba que la fundación era un medio para desgravar impuestos, o que la construcción de la residencia había sido un mero pretexto, rayando la estafa, para hacerse con aquel terreno. También había quien decía que era pura propaganda. Pero qué más daba. Lo cierto es que viví en aquella residencia de la primavera de 1967 al otoño del año siguiente. Y, en lo que atañe a la vida cotidiana, no hay gran diferencia entre la derecha y la izquierda o entre intentar parecer mejor o peor de lo que se es en realidad.

El día empezaba con la solemne ceremonia de izamiento de la bandera. Himno nacional incluido, por supuesto. Porque una cosa no puede desligarse de la otra. Tal como sucede con las noticias deportivas y con la melodía que abre el programa. El podio estaba en el centro del patio para que pudiera verse desde las ventanas de todos los bloques.

Izar la bandera era función del celador del bloque este (el bloque donde vivía yo). Era un hombre de unos cincuenta años, alto y de mirada acerada. En su pelo duro se entreveían algunas canas y lucía una larga cicatriz en la nuca tostada por el sol. Se rumoreaba que el sujeto procedía de la Escuela Militar del Ejército de Tierra de Nakano. A su lado, un alumno oficiaba de ayudante en la ceremonia. Nadie sabía quién era. Llevaba la cabeza rapada y siempre vestía uniforme. No sé cómo se llamaba ni en qué habitación vivía. Jamás había coincidido con él en el comedor o en el baño. Ni siquiera estoy seguro de que fuera estudiante. En fin, ya que llevaba uniforme, debía de serlo. Era lo único que cabía pensar. Y, al contrario de don Escuela-Militar-de-Nakano, éste era bajo, rollizo, de tez pálida. Cada día a las seis de la mañana, aquella pareja izaba el sol naciente en el patio.

Durante la primera época que pasé en la residencia solía contemplar la escena por la ventana. A las seis de la mañana, junto con la señal horaria de la radio, aparecían por el patio. Uniforme llevaba una delgada caja de madera de paulonia. Escuela-Militar-de-Nakano, un magnetófono portátil de la casa Sony. Escuela-Militar-de-Nakano depositaba el magnetófono a los pies del podio. Uniforme abría la caja de madera de paulonia. Dentro estaba la bandera nacional, doblada con esmero. Uniforme entregaba la bandera a Escuela-Militar-de-Nakano. Éste la ensartaba en la cuerda. Uniforme pulsaba el botón del magnetófono.

«Que tu reinado...»

Y la bandera ascendía deslizándose por el asta.

«... perdure hasta que...»

En ese instante, la bandera se hallaba a media asta.

«... las pequeñas piedras...»

Una vez había alcanzado lo más alto, ambos se cuadraban adoptando la posición de «¡Firmes!», alzaban la vista y miraban la bandera de frente. Si el cielo estaba despejado y tenían la suerte de que soplara el viento, aquél era un hermoso espectáculo.

Al atardecer se arriaba la bandera siguiendo el mismo ritual. Sólo que en orden inverso al matutino. Se arriaba la bandera y se guardaba dentro de la caja de paulonia. Durante la noche no ondeaba.

¿Por qué tenían que arriarla de noche? Las razones se me escapaban. La nación sigue existiendo durante la noche, y hay mucha gente que trabaja a esas horas. Me parecía injusto que todas esas personas no contaran con la tutela de la bandera nacional. Aunque quizá no tuviera mucha importancia. Tal vez no preocupara a nadie. Posiblemente yo fuera el único que había reparado en ello. Y a mí, en realidad, sólo se me había pasado por la cabeza de pronto y tampoco le otorgaba un significado más profundo.

Las habitaciones se distribuían, por sistema, de la siguiente manera: las dobles, para los estudiantes de primero y segundo; las individuales, para los de tercero y cuarto curso.

Las habitaciones dobles, de forma estrecha y alargada, tenían una superficie de seis *tatami*.^{*} En la pared del fondo había una ventana con el marco de aluminio. Los muebles eran austeros hasta la exageración, y resistentes. Dos mesas y dos sillas, una litera de dos camas, dos taquillas y, luego, una estantería empotrada en la pared. En los estantes de la mayoría de las habitaciones se alineaban transistores, secadores del pelo, hervidores eléctricos de agua, café instantáneo, azúcar y varias ollas para preparar *râmen*^{*} instantáneo, platos y vasos. En las paredes de yeso había pegadas *pin-ups* del *Playboy*. Sobre las mesas se alineaban manuales, diccionarios y novelas de moda.

Al ser habitaciones donde sólo residían hombres, solían estar terriblemente sucias. En el fondo de las papeleras había pegadas mondas de mandarina enmohecidas, y las latas que hacían las veces de cenicero estaban atiborradas de colillas hasta una altura de unos diez centímetros. En las tazas había residuos de café fuertemente pegados. El suelo estaba sembrado de envoltorios de celofán de *râmen* instantáneo y de latas de cerveza vacías. Las ráfagas de aire levantaban nubes de polvo del suelo. Apestaba. Porque todos arrojaban la ropa sucia debajo de la cama. Como a nadie se le ocurría airear periódicamente los futones, éstos estaban empapados en sudor y despedían un hedor nauseabundo.

Mi habitación, por el contrario, estaba limpia como una patena. No había ni una mota de polvo en el suelo, los ceniceros siempre estaban limpios. Los futones se tendían al sol una vez a la semana, los lápices estaban metidos dentro de su pote. De nuestra pared, en vez de una *pin-up*, colgaba una fotografía de uno de los

* Seis tatami equivalen a 9,9 metros cuadrados (*N. de la T.*)

* Fideos chinos (*N. de la T.*)

canales de Amsterdam. Porque mi compañero de habitación era patológicamente limpio. Él hacía toda la limpieza. Incluso me lavaba la ropa. Yo no tenía que mover un dedo. A la que dejaba la lata de cerveza que acababa de beberme sobre la mesa, un instante después ya había ido a parar a la papelera.

Mi compañero estudiaba geografía en la universidad.

—Estoy estudiando mapas —me dijo primero.

—¿Te gustan los mapas? —le pregunté.

—Sí. En el futuro, quiero entrar en el Instituto Nacional de Geografía y hacer mapas.

Me admiró la gran diversidad de deseos que hay en este mundo. Jamás me había parado a pensar qué tipo de personas hacen mapas y qué les motivaba a ello. Pero me extrañaba que una persona que tartamudeaba cada vez que pronunciaba la palabra «mapa» quisiera entrar en el Instituto Nacional de Geografía. A veces tartamudeaba y a veces no, pero cuando se trataba de la palabra «mapa» tartamudeaba con toda seguridad el cien por cien de las veces.

—¿Qué estudias? —me preguntó.

—Teatro —contesté.

—¿O sea que haces teatro?

—No. No hago teatro. Se trata de leer obras de teatro, de investigar. Ya sabes, Racine, Ionesco, Shakespeare...

Repuso que, aparte de Shakespeare, no había oído hablar jamás de los otros autores. Tampoco yo los conocía casi. Sólo que figuraban en el índice de materias del curso.

—Bueno, sea como sea, eso es lo que te gusta —dijo.

—No especialmente —repuse.

Mi respuesta le desconcertó. Y, cuando se desconcertaba, su tartamudeo se agravaba. Me sentí culpable.

—Me daba igual una cosa que otra —le expliqué—. Filosofía india, historia de Asia, me era lo mismo. Al final elegí teatro un poco por casualidad. Sólo eso.

—No lo entiendo —dijo—. En mi caso, me gustan los mapas y, por eso, estudio mapas. Por eso he entrado en la Universidad de Tokio y mis padres hacen lo que pueden y me envían dinero. Pero tú dices que a ti no te pasa lo mismo que a mí...

Su argumento era más lógico que el mío, así que desistí de seguir dándole explicaciones. Luego nos jugamos a suertes qué letra usaría cada uno. A mí me tocó la de arriba y a él la de abajo.

Él vestía siempre camisa blanca y pantalones negros. Llevaba la cabeza rapada, era alto, de pómulos marcados. Para ir a la universidad se ponía siempre el uniforme de estudiante. Tanto los zapatos como la cartera los llevaba negríssimos. Tenía toda la pinta de ser un estudiante de derechas y eso es lo que le parecía a la mayoría de gente que lo rodeaba, pero lo cierto es que no le interesaba en absoluto la política. Le daba pereza elegir la ropa y, en consecuencia, vestía siempre así. Su

interés se limitaba a las transformaciones de la línea costera, a la construcción de un nuevo túnel de ferrocarril, a ese tipo de cosas. Cuando empezaba a hablar de esos temas, podía pasarse una o dos horas tartamudeando y encallándose, hasta que yo acababa soltando un alarido o me dormía.

Cada mañana se levantaba a las seis. Usaba el «Que tu reinado...» como despertador. Así que no puede decirse que aquella ceremonia ostentosa de izamiento de la bandera no sirviera para nada. Se vestía, iba al baño y se lavaba la cara. Tardaba mucho rato, tanto que yo me preguntaba si se quitaba los dientes y se los lavaba uno por uno. Cuando volvía a la habitación, alisaba con esmero las arrugas de la toalla y la ponía a secar sobre el radiador, depositaba el cepillo de dientes y el jabón en la repisa. Luego encendía la radio y empezaba su sesión de gimnasia radiofónica.

Yo solía acostarme tarde y, además, tenía el sueño pesado, así que por más que empezara la gimnasia de la radio, yo seguía durmiendo como si nada. Sin embargo, cuando llegaba la parte de los saltos, siempre me despertaba asustado. Porque cada vez que brincaba en realidad, daba unos saltos enormes, mi cabeza subía y bajaba unos cinco centímetros de la almohada. Y así no había quien durmiera.

—Perdona —le dije al cuarto día—. ¿No podrías hacer la gimnasia en la azotea? Es que me despiertas.

—No puede ser —replicó—. Si la hago en la azotea, los del tercer piso se quejarán. Como nosotros estamos en la planta baja, no molestamos a nadie.

—Entonces hazlo en el patio.

—Tampoco puede ser en el patio. Como no tengo transistor, no puedo escuchar la música. Y, sin la música, no puedo hacer la gimnasia de la radio.

Lo cierto era que su radio tenía que enchufarse y, por otro lado, la mía, que sí era transistor, sólo sintonizaba FM.

—Entonces, lo siento, pero puedes bajar el volumen de la radio y suprimir la parte de los saltos.

—¿Saltos? —repitió asombrado—. ¿Saltos? ¿Y eso qué es?

—Saltos son saltos. Levantar una pierna y otra, saltar... —De eso no hay.

Empezó a dolerme la cabeza. Sentí que tanto me daba una cosa como otra. Pero ya que había sacado el tema a colación, decidí que lo mejor era zanzarlo. Y, tarareando la música de apertura del programa radiofónico de gimnasia de la cadena de televisión NHK, empecé a dar saltos en el suelo.

—¡Mira! Es esto. Hay, ¿no?

—Sí que los hay. No me había dado cuenta.

—Así pues —proseguí—, quiero que te saltes esta parte. El resto lo soportaré.

—Imposible —me dijo con la mayor naturalidad del mundo—. No puedo saltarme ninguna parte. Hace diez años que hago lo mismo. En cuanto empiezo, me sale una cosa tras otra. Pero si me saltara una parte, no me saldría nada.

—Entonces no hagas nada.

—No está bien que hables de este modo. No puedes ir dando órdenes a la gente.

—No te estoy ordenando nada. Sólo que yo quiero dormir, como mínimo, hasta las ocho. Y si tengo que levantarme antes, me gusta despertarme solo. No como si tuviera que empezar una carrera de obstáculos. Sólo eso. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo —dijo.

—Entonces, ¿cómo podemos solucionarlo?

—¿Por qué no te levantas y hacemos gimnasia los dos juntos? Resignado, volví a dormirme. Y él continuó haciendo gimnasia todos los días sin saltarse ni uno.

Naoko soltó una risita cuando le conté el incidente de la gimnasia radiofónica con mi compañero de habitación. No se lo había contado con la intención de divertirla, pero al final me reí con ella. Aunque su risa duró un instante, hacía mucho tiempo que no la veía reír. Naoko y yo nos habíamos apeado en la estación de Yotsuya e íbamos andando por el malecón paralelo a la vía, en dirección a Ichigaya. Era una tarde de domingo de mediados de mayo. Por la mañana había llovido, antes de mediodía la lluvia había cesado y, en ese momento, el viento del sur barría los grises y pesados nubarrones que cubrían el cielo. Las hojas de los cerezos, de un fresco color verde, se mecían al viento y reflejaban los destellos de los rayos del sol. La luz solar ya contenía el olor de principios de verano. Las personas con quienes nos cruzábamos se habían quitado los jerséis y las chaquetas y los llevaban sobre los hombros. En la pista de tenis, un hombre joven blandía la raqueta vestido con unos sucintos pantalones cortos. El borde metálico de la raqueta despedía destellos bajo el sol de la tarde.

Únicamente dos monjas sentadas en un banco, la una al lado de la otra, vestían con pulcritud sus negros hábitos invernales. Aunque ambas charlaban muy animadas, sus figuras anunciaban que el verano aún quedaba lejos.

Tras quince minutos de caminata tenía la camisa bañada en sudor. Me quité la gruesa camisa de algodón y me quedé en camiseta. Naoko se había arremangado hasta los codos la chaqueta de su chándal de color perla. La prenda había adquirido una bonita tonalidad al desteñirse a fuerza de lavados. Tenía la impresión de haber visto a Naoko enfundada en un chándal parecido mucho tiempo atrás, pero tal vez me equivocara. Eran muchas las cosas que no lograba recordar. Me parecía que todo había sucedido en un pasado remoto.

—¿Es divertido vivir con otra gente? —me preguntó.

—Todavía no lo sé. Llevo poco tiempo.

Ella se detuvo delante de una fuente, bebió un sorbo de agua, se sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y se secó los labios. Luego se agachó y se anudó los cordones de las zapatillas de tenis.

—¿Crees que yo también podría vivir así?

—¿Con otra gente?

—Sí —dijo Naoko.

—No lo sé. Hay más cosas molestas de lo que parece. Reglas muy estrictas, o la gimnasia matutina, por ejemplo.

—Claro —asintió ella y, durante unos instantes, pareció darle vueltas a algo. Luego me clavó la mirada. Sus ojos eran increíblemente cristalinos. No me había dado cuenta de que tuviera una mirada tan clara. De una transparencia tan especial que asombraba a quien la miraba. Parecía que estuvieras contemplando el cielo.

—Pero a veces no, ¿verdad? Es decir... —Al pronunciar estas palabras, aún con la mirada clavada en la mía, se mordió los labios—. No sé, da igual.

Así acabó la conversación. Ella volvió a reemprender la marcha.

Hacia medio año que no la veía. Durante ese medio año, Naoko había adelgazado tanto que apenas la reconocí. La carne había desaparecido de las mejillas antes rollizas que la caracterizaban, y su nuca se había afinado. Sin embargo, no se la veía huesuda. Estaba mucho más hermosa de lo que recordaba. Estuve a punto de decírselo, pero no supe cómo y, al final, me callé.

No habíamos ido a Yotsuya por nada en concreto. Nos habíamos encontrado por casualidad en un tren de la línea Chūō. Ni ella ni yo teníamos planes. Naoko propuso que nos apeáramos del tren y así lo hicimos. Y casualmente era la estación de Yotsuya. No teníamos nada especial que decirnos. No entendía por qué Naoko me había propuesto ir juntos. Desde un principio, ya no teníamos ningún tema de conversación.

En cuanto salimos de la estación, ella empezó a andar, resuelta, sin decir una palabra. Yo la seguí. Manteniendo un metro de distancia. Andaba todo el tiempo mirándole la espalda. De cuando en cuando se volvía y me decía algo. A veces era capaz de darle una respuesta adecuada; otras, no tenía ni idea de qué contestarle. Y otras ni siquiera entendía lo que me estaba diciendo. Pero a ella parecía importarles muy poco si la oía o no. Cuando acababa de expresar lo que pensaba, volvía a darme la espalda y reemprendía la marcha en silencio.

En Lidabashi giró hacia la derecha, cruzó el foso, atravesó el cruce de Jinbochō, subió la cuesta de Ochanomizu y llegó a Hongō. Después prosiguió hasta Komagome bordeando la línea férrea. Un itinerario nada desdeñable. Cuando llegamos a Komagome, el sol ya se había puesto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Naoko.

—En Komagome —dije—. Hemos dado una vuelta enorme. —¿Y cómo es que hemos venido hasta aquí?

—Has sido tú quien me ha traído. Yo me he limitado a seguirte.

Entramos en una *soba ya* que había cerca de la estación y tomamos un tentempié. Desde que pedimos la comida hasta que acabamos de comer no dijimos una palabra. Yo estaba agotado por la caminata, me sentía como si me hubiesen descuartizado; ella se hallaba sumida de nuevo en sus reflexiones.

—Estás en forma, ¿eh? —le dije al acabar de comer.

—¿Sorprendido?

—Pues sí.

—En el instituto era corredora de fondo. Además, como a mi padre le gusta el montañismo, cuando era pequeña, todos los domingos me llevaba con él de excursión. Por eso tengo las piernas fuertes.

—Pues no lo parece.

Ella rió.

—Te acompaño a casa —le dije.

—No hace falta —dijo ella—. Puedo volver sola. No te preocupes. —No me importa acompañarte.

Establecimiento donde se sirven fideos de trigo sarraceno, *soba*. (*N. de la T*)

—No, de veras. No hace falta. Estoy acostumbrada a regresar sola A decir verdad, se me quitó un peso de encima al oírla. En tren se tardaba más de una hora para ir a su casa, y no me apetecía nada pasarme todo ese tiempo sentado a su lado en silencio. Al final, ella regresó sola. A cambio, yo pagué la comida.

—Oye, si quieres..., si no te va mal..., si no fuese una molestia..., podríamos vernos otra vez. Ya sé que no tengo ningún derecho a proponértelo, pero... —me dijo en el momento de separarnos.

—¿Derecho? —me extrañé—. ¿A qué te refieres con «derecho»? Ella enrojeció. Tal vez se hubiera dado cuenta de mi asombro.

—No sé explicarlo —comentó en tono de disculpa. Se subió las mangas del chándal hasta los codos y volvió a bajárselas. La luz de la lám. para confería un bonito color dorado al suave vello de sus brazos—. No es «derecho» lo que quería decir. Es otra cosa muy distinta.

Naoko hincó los codos en la mesa, cerró los ojos y buscó las palabras apropiadas. Pero no las halló.

—No importa —dije.

—No puedo hablar bien —me explicó Naoko—. Últimamente me pasa mucho. De verdad que no puedo hablar bien. Cuando intento decir algo, sólo se me ocurren palabras que no vienen a cuento. Que no vienen a cuento o que expresan todo lo contrario de lo que quiero decir. Y, si intento corregirlo, me lío más aún, y más equivocadas son las palabras. Y al final acabo por no saber qué quería decir al principio. Es como si tuviese el cuerpo dividido por la mitad y las dos partes estuviesen jugando a perseguirse. La sensación es ésa. En medio hay una columna muy gruesa, ¿sabes?, y las dos partes van dando vueltas a su alrededor jugando a perseguirse. Una parte de mí tiene la palabra adecuada, pero la otra parte nunca puede atraparla de ninguna de las maneras.

Naoko depositó ambas manos sobre la mesa y me clavó la mirada.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—Esto, en mayor o menor medida, nos sucede a todos —respondí—. Y nos impacientamos cuando no encontramos las palabras apropiadas. Naoko pareció

decepcionada por mi comentario.

—No era eso —repuso, pero no añadió nada más.

—No me importa quedar contigo —dije—. Los domingos nunca tengo nada que hacer, y andar es bueno para la salud.

Nos separamos en la estación. Yo le dije adiós y ella también me dijo adiós.

Conocí a Naoko durante la primavera de mi segundo año de bachillerato. Ella tenía mi misma edad y estudiaba en un exclusivo colegio de monjas. Me la presentó un muy buen amigo mío que salía con ella. Los dos eran compañeros de juegos, se conocían desde primaria, y sus casas quedaban a menos de doscientos metros la una de la otra.

Al igual que muchas parejas que han crecido juntas, no sentían grandes deseos de estar a solas. Se visitaban con frecuencia en sus respectivas casas, salían a cenar con la familia del uno o del otro. A mí me habían invitado a varias citas dobles. Pero mis amores nunca cuajaban, así que empezamos a salir los tres: mi amigo, ella y yo. Era lo más cómodo y lo que mejores resultados daba. Ocupábamos las siguientes posiciones: yo era el invitado, mi amigo, el anfitrión talentoso, y Naoko compartía el papel estelar como ayudante.

Él sabía muy bien cómo llevarlo. Ciertamente tenía una vena sarcástica, pero en esencia era una persona amable y justa. Hablaba y bromeaba con Naoko y conmigo de manera equitativa. Si uno de los dos permanecía largo rato callado, sabía cómo sacarle las palabras. Tenía la capacidad de analizar al instante la atmósfera del lugar y de adaptarse a ella. Además, tenía el talento de sacar a relucir las partes interesantes de la charla de un interlocutor que no lo era tanto. Cuando hablaba con él, a veces me daba la impresión de llevar una vida de lo más interesante.

Sin embargo, en cuanto él se levantaba y nos quedábamos solos ella y yo, jamás lográbamos mantener una conversación fluida. No se nos ocurría nada de que hablar. En realidad, no teníamos ningún tema de conversación en común. Y nos limitábamos a beber agua o a jugar con el cenicero que había encima de la mesa sin dirigirnos apenas la palabra, esperando a que él regresara. En cuanto aparecía mi amigo se reanudaba la conversación.

Naoko y yo volvimos a vernos una única vez, tres meses después del funeral de mi amigo. Teníamos un asunto que tratar y quedamos en una cafetería, pero una vez solventamos el problema no supimos qué más decirnos. Saqué varios temas, pero la conversación languideció enseguida. Además, noté en la manera de hablar de Naoko cierta agresividad. Parecía enfadada conmigo, aunque yo desconocía el motivo. Luego nos separamos.

Quizás el motivo del enfado de Naoko fuera el hecho de que la última persona que habló con él fuese yo, y no ella. Ésta no es la mejor manera de expresarlo, pero creo que entiendo cómo se sentía. De haber podido, me hubiera

cambiado por ella. Sin embargo, era imposible. Una vez había sucedido, era imposible volver atrás.

Aquella tarde de mayo, él y yo, a la salida de la escuela (más que a la salida, a decir verdad, nos fuimos antes de que acabara) entramos en un billar y jugamos cuatro partidas. Yo gané la primera, él las tres restantes. Y a mí me tocó pagar el importe del juego tal como habíamos quedado.

Se mató aquella misma noche en el garaje de su casa. Conectó una manguera al tubo de escape de su N-360, selló los resquicios de las ventanillas con cinta adhesiva y puso en marcha el motor. No sé cuánto tiempo tardó en morir. Cuando sus padres volvieron del hospital adonde habían ido a visitar a un pariente, él ya estaba muerto. La radio del coche permanecía encendida; había un recibo de la gasolinera prendido en el limpiaparabrisas.

No había motivos aparentes, ni dejó escrita ninguna carta. Fui la última persona que habló con él, y la policía me llamó a declarar. Les expliqué que su actitud no me había hecho sospechar nada, que se había comportado como siempre. Normalmente, una persona que ha decidido suicidarse no gana tres partidas seguidas al billar. La policía no parecía que se hubiese formado una buena opinión ni de él ni de mí. Por lo visto, creían que no era extraño que un chico que se saltaba las clases para ir a jugar al billar se suicidara. Salió publicada una pequeña nota en el periódico y con eso quedó zanjado el asunto. Se deshicieron del N-360 rojo. En el colegio, sobre su pupitre, lucieron durante un tiempo unas flores blancas.

Desde que me gradué en el instituto hasta que me fui a Tokio, no hice nada de lo que tenía que hacer. Intentaba no pensar profundamente en nada. Eso fue lo único que hice. Y decidí olvidar por completo la mesa de billar forrada de fieltro de color verde, el N-360 rojo y las flores blancas de su pupitre. Y todo lo demás: la alta columna de humo alzándose desde lo alto de la chimenea del crematorio, el pisapapeles de forma achaparrada en la sala de interrogatorios de la policía. Todo. Al principio, pensé que iba a lograrlo. Sin embargo, en mi interior permanecía una masa de aire de contornos imprecisos. Con el paso del tiempo, esa masa empezó a definirse. Ahora ya puedo traducirla en palabras. Serían éstas:

«La muerte no existe en contraposición a la vida sino como parte de ella.»

Expresado en palabras, es tan vulgar que resulta desagradable. Un topicazo. Pero yo, en aquel momento, no lo sentía en forma de palabras sino como una masa de aire en mi interior. La muerte estaba presente en el pisapapeles, en las cuatro bolas rojas y blancas alineadas sobre la mesa del billar. Y nosotros vivimos respirándola, llenándonos los pulmones de ese polvo fino.

Hasta entonces había concebido la muerte como una existencia independiente, separada por completo de todo lo demás. «Algún día la muerte nos tomará de la mano. Pero, hasta el día en que nos atrape, nos veremos libres de ella.» Yo pensaba así. Me parecía un razonamiento lógico. La vida está en esta orilla; la muerte, en la otra.

A partir de la noche en que murió mi amigo, fui incapaz de concebir la

muerte de una manera tan simple. La muerte no se contraponía a la vida. La muerte había estado implícita en mi ser desde un principio. Y ése era un hecho que no pude olvidar. Aquella noche de mayo, cuando la muerte se llevó a mi amigo a los diecisiete años, también se me llevó a mí.

Yo tenía plena conciencia de ello. Y, al mismo tiempo, intentaba no tomármelo demasiado en serio. Era una labor ardua. Porque yo sólo contaba dieciocho años y era demasiado joven para ser capaz de hallar el punto medio de las cosas.

A partir de entonces, Naoko y yo nos citábamos una o dos veces al mes. Si es que a aquello puede llamársele cita. Es que a mí no se me ocurre otra palabra.

Ella estudiaba en una universidad femenina en las afueras de Tokio. Una pequeña y prestigiosa universidad. Su apartamento estaba a quince minutos escasos a pie. Cerca del camino discurría un canal de riego de aguas cristalinas por donde solíamos pasear. Ella apenas tenía amigos. Seguía hablando de forma entrecortada. No teníamos casi nada que decirnos, así que yo tampoco hablaba demasiado. En cuanto nos encontrábamos, nos dedicábamos exclusivamente a andar.

Sin embargo, no puede decirse que la relación entre Naoko y yo no evolucionara. Cuando finalizaron las vacaciones de verano, automáticamente Naoko reemprendió los paseos a mi lado como si fuera lo más natural del mundo. Y seguimos andando el uno al lado del otro. Subíamos cuestas, bajábamos pendientes, cruzábamos puentes y calles. Continuamos andando. Caminábamos sin rumbo, deambulando de aquí allá. Después de un rato entrábamos en una cafetería a tomar un café, y luego reemprendíamos la marcha. Y, como si fuera una sucesión de diapositivas, la estación del año era lo único que cambiaba. Llegó el otoño y el suelo del patio de la residencia se cubrió de hojas de olmo. Al ponerme el primer jersey, me llegó el olor de la nueva estación. Me compré un par de zapatos nuevos de ante.

A finales de otoño, cuando el gélido viento barría la ciudad, ella se arrojaba a veces a mi brazo. Notaba su respiración a través de la gruesa tela de mi abrigo cruzado. Pero no era más que eso. Yo continuaba andando con las manos metidas en los bolsillos, como siempre. Como los dos calzábamos zapatos de suela de goma, nuestros pasos apenas se oían. Sólo un leve crujido cuando pisábamos las hojas secas y arrugadas de los plátanos. No era mi brazo lo que ella buscaba, sino el brazo de *alguien*. No era mi calor lo que ella necesitaba, sino el calor de *alguien*. Al menos, eso me parecía a mí.

Los ojos de Naoko habían ganado en transparencia. Una transparencia que no iba a ninguna parte. A veces, sin razón aparente, clavaba sus ojos en los míos. Cada vez que ocurría, a mí me embargaba la tristeza.

Los compañeros de la residencia me tomaban el pelo cada vez que recibía una llamada de Naoko o que salía con ella los domingos por la mañana. En fin, puede que fuera lo más natural que supusieran que me había echado novia. Yo no sabía cómo explicárselo y tampoco encontraba la necesidad de hacerlo, así que dejé que pensarán lo que quisieran. Cuando volvía de una cita, siempre había alguien que me preguntaba algo sobre cómo había ido el sexo. «Pues bien», les contestaba yo siempre.

Así pasé mis dieciocho años. El sol salía y se ponía; izaban la bandera y la arriaban. Y, al llegar el domingo, salía con la novia de mi amigo muerto. No tenía ni idea de qué estaba haciendo ni de qué vendría a continuación. En las clases de la universidad leía a Claudel, a Racine y a Eisenstein. Todos ellos habían escrito libros muy interesantes, pero nada más. En clase no había hecho ningún amigo. En la residencia, tenía simples conocidos. Como siempre me veían leyendo, los de la residencia pensaban que quería ser escritor, cosa que jamás se me había pasado por la cabeza. Yo no quería ser nada.

Intenté varias veces explicarle mis sentimientos a Naoko. Tenía la sensación de que ella podría entenderme con exactitud. Sin embargo, no fui capaz de expresarme claramente. De la misma forma que ella *me* había dicho al principio, al buscar las palabras apropiadas, éstas siempre se sumergían en el fondo de las tinieblas donde era imposible alcanzarlas.

Los sábados por la noche me sentaba en el vestíbulo al lado del teléfono, esperando la llamada de Naoko. A veces estaba tres semanas sin llamar, a veces llamaba dos semanas seguidas. Por eso, los sábados por la noche yo esperaba su llamada sentado en una silla. Como los sábados por la noche casi todos salían a divertirse, el vestíbulo estaba generalmente tranquilo. Contemplando las motas de luz que brillaban suspendidas en el aire silencioso, me esforzaba siempre en analizar mis sentimientos. Todo el mundo buscaba algo de alguien. Eso era cierto. Pero lo que vendría a continuación, yo no lo sabía. Al alargar la mano, lo único que encontraba, un poco más allá, era una vaga pared de aire.

En invierno encontré un trabajo de media jornada en una pequeña tienda de discos de Shinjuku. Por Navidad le regalé a Naoko un disco de Henry Mancini que incluía su adorada *Dear Heart*. Se lo envolví yo mismo y le puse una cinta de color rosa. El envoltorio era un papel de regalo navideño con un dibujo de abetos. Naoko me regaló unos guantes de lana que había tricotado para mí. El dedo gordo era un poco pequeño, pero, lo que es calentar, calentaban.

Ella no volvió a su casa durante las vacaciones, así que por Año Nuevo me invitó a comer a su apartamento.

Aquel invierno pasaron bastantes cosas.

A finales de enero, mi compañero de habitación estuvo dos días en cama a casi cuarenta grados de fiebre. Por esta razón tuve que anular una cita con Naoko. Él estaba retorciéndose de dolor en la cama con aire de ir a morir de un momento a otro y no era cuestión dejarlo en aquel estado. No encontré a ninguna alma caritativa dispuesta a cuidarlo durante mi ausencia. Total, que fui a comprar hielo hice unas compresas metiendo el hielo dentro de unas bolsas de plástico, le enjuagué el sudor con una toalla fría, le tomé la temperatura cada hora. La fiebre no remitió durante todo el día. Pero a la mañana siguiente, él se levantó de repente como si nada hubiera ocurrido. La temperatura le había bajado a treinta y seis grados y dos décimas.

—¡Qué extraño! —dijo—. Pero si yo nunca había tenido fiebre. —Pues ahora la has tenido —dije. Y le enseñé las entradas desperdiciadas por culpa de su calentura.

—¡Menos mal que eran invitaciones! —exclamó.

En febrero nevó en varias ocasiones.

A finales de febrero tuve una pelea estúpida con uno de los alumnos mayores que vivía en la misma planta que yo. Se golpeó contra el muro de cemento. Por suerte, no fue grave, pero el director de la residencia me llamó a su despacho y me riñó. A partir de entonces me sentí terriblemente incómodo en la residencia.

Cumplí diecinueve años, pronto empecé el segundo año de universidad. Suspendí algunos créditos. Saqué muchas C y D, alguna que otra B. Ella pasó a segundo sin suspender un solo crédito. Habíamos completado el ciclo de las estaciones.

En junio, ella cumplió veinte años. Yo no acababa de hacerme a la idea. Me daba la impresión de que lo más normal sería que, tanto ella como yo, viviéramos eternamente entre los dieciocho y los diecinueve años. Después de los dieciocho, cumplir diecinueve; después de los diecinueve, cumplir otra vez dieciocho. Eso sí tendría sentido. Pero ella había cumplido veinte años. Y yo también los cumpliría en invierno. Sólo un muerto podía quedarse en los diecisiete años para siempre.

El día de su cumpleaños llovió. Compré un pastel en Shinjuku, cogí el tren y me dirigí a su apartamento. El tren estaba lleno y, además, traqueteaba mucho. De modo que, cuando llegué a su casa por la noche, el pastel parecía el Coliseo romano. Con todo, le puse las veinte velitas y las encendí con una cerilla. Cuando corrimos las cortinas y encendimos la luz, pareció una fiesta de cumpleaños. Ella descorchó una botella de vino. Nos comimos el pastel, tomamos una cena sencilla.

—No sé por qué, me siento estúpida al cumplir veinte años —me dijo.

Después de comer recogimos los platos de la mesa, nos sentamos en el suelo y nos bebimos el resto del vino. Mientras yo me tomaba una copa, ella se bebía dos.

Aquel día, Naoko habló mucho, cosa infrecuente en ella. Me habló de su

infancia, de su escuela, de su familia. Cada relato era muy largo. Largo y detallado hasta la exageración. En un momento determinado, la historia A derivaba hacia la historia B, que ya estaba contenida en la historia A; poco después, pasaba de la historia B a la historia C, implícita en la anterior, y así de manera indefinida. Sin que acabara jamás. Yo, al principio, asentía, pero pronto dejé de hacerlo. Puse un disco y, cuando éste acabó, levanté la aguja y pinché otro. Cuando los hube escuchado todos, volví a empezar por el primero. Al otro lado de la ventana seguía lloviendo. El tiempo transcurría despacio y ella continuaba hablando sola.

Cuando dieron las once, empecé a sentirme intranquilo. Ella llevaba ya más de cuatro horas hablando sin parar. Además, se acercaba la hora del último tren. No sabía qué hacer. Podía dejar que siguiera hablando cuanto quisiera o esperar el momento adecuado para interrumpirla. Dudé mucho, pero, al final, decidí cortarla. De todos modos, estaba hablando demasiado.

—Bueno, se ha hecho muy tarde y yo tendría que irme —dije—. Nos vemos pronto.

No sé si mis palabras llegaron a sus oídos. Ella enmudeció unos instantes, pero luego reanudó su discurso. Resignado, encendí un cigarrillo. Por lo visto, lo mejor era dejarla hablar tanto como quisiera. Después, ya me las apañaría.

Sin embargo, no siguió hablando por mucho tiempo. Antes de que me hubiera dado cuenta ya se había detenido. La última sílaba quedó suspendida en el aire, como desgajada. Para ser precisos, no terminó de hablar. Sus palabras se habían esfumado de repente en alguna parte. Intentó continuar, pero ya no quedaba nada. Algo se había perdido. Con la boca entreabierta, me clavó una mirada perdida. Sus ojos parecían estar cubiertos por un velo opaco. Me dio la sensación de haber cometido una maldad imperdonable.

—No tenía la intención de interrumpirte. Pero ya es tarde y, además... Apenas había transcurrido un segundo, cuando las lágrimas afloran a sus ojos, resbalaron por sus mejillas y empezaron a caer sonoramente sobre la funda del disco. En cuanto vertió la primera lágrima, el llanto fue imparable. Lloraba con las manos apoyadas en el suelo, como si estuviera vomitando. Alargué la mano y le toqué el hombro. Éste se agitaba sacudido por pequeñas convulsiones. En un gesto casi reflejo la atraje hacia mí. Continuó llorando en silencio entre mis brazos. Mi camisa quedó empapada de su aliento cálido y de sus lágrimas. Los diez dedos de Naoko recorrían mi espalda como si buscaran algo. Mientras sostenía su cuerpo con la mano izquierda, le acariciaba su fino cabello con la derecha. Permanecí así mucho rato, esperando a que el llanto cesara. Pero ella no dejó de llorar.

Aquella noche me acosté con ella. No sé si fue lo correcto o no. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Hacía mucho tiempo que no me acostaba con una mujer. Y para ella fue la

primera vez. Le pregunté que por qué no se había acostado con él. Pero nunca debí preguntárselo. No me respondió. Apartó los brazos de mi cuerpo, me dio la espalda y se quedó contemplando la lluvia al otro lado de la ventana. Yo me fumé un cigarrillo con la mirada clavada en el techo.

Por la mañana había escampado. Ella dormía dándome la espalda. O quizá no hubiese dormido en toda la noche. Pero eso daba igual. La envolvía el mismo silencio que el año anterior. Me quedé un rato con la vista clavada en su blanca espalda, pero, al final, resignado, me levanté de la cama.

Por el suelo estaban esparcidas las fundas de los discos. Sobre la mesa, medio pastel de cumpleaños hecho migas. Como si el tiempo se hubiera detenido de repente. Encima del pupitre había un diccionario y una tabla de verbos franceses. De la pared frente al pupitre colgaba un calendario. Sólo cifras, sin fotografías ni dibujo alguno. El calendario estaba immaculado. Ni una nota, ni una señal.

Recogí mi ropa tirada a los pies de la cama y me vestí. La pechera de la camisa todavía estaba húmeda y fría. Acerqué el rostro; olía a ella.

En el bloc de notas que tenía encima del pupitre escribí: «Lámame pronto». Luego, salí de la habitación y cerré la puerta con cuidado.

Una semana después aún no había llamado. En casa de Naoko no podía dejar ningún recado, así que le escribí una carta. Le expresé lo que sentía de la manera más sincera posible. «Hay muchas cosas que no entiendo todavía, pero estoy intentando comprenderlas. Necesito tiempo. No tengo ni la más remota idea de adónde estaré llegando en este momento. Pero intento no pensar demasiado seriamente en las cosas. Al pensar en serio, el mundo se vuelve demasiado incierto y, como consecuencia, es probable que acabes presionando a quien se halle a tu alrededor. Y yo no quiero obligar a nadie a nada. Tengo muchas ganas de verte. Pero, tal como he dicho antes, no sé si esto es lo correcto o no.» Éste fue el contenido de la carta.

A principios de julio llegó la respuesta. Una carta corta.

«Por ahora he dejado mis estudios durante un año. Aunque diga "por ahora" es probable que no vuelva nunca más a la universidad. De hecho, la licencia por interrupción de estudios no ha sido más que un trámite. Mañana dejo mi apartamento. Quizá creas que ha sido una decisión precipitada, pero llevaba mucho tiempo pensando en hacerlo. Intenté hablarte varias veces de ello, pero me sentía incapaz de abordar el tema. Me daba miedo pronunciar estas palabras.

»No te preocupes por nada. Haya ocurrido algo o no haya ocurrido nada, así

han ido las cosas. Quizá te hiera que hable de este modo. Si es así, lo siento. Lo único que trato de decirte es que no quiero que, por mi causa, te reproches nada. Yo soy la única responsable de todo. Durante todo este año lo he ido posponiendo y eso te ha ocasionado a ti muchas molestias. Tal vez hasta hoy.

»En las montañas de Kioto hay un buen sanatorio y he decidido instalarme allí por un tiempo. No es un hospital, es una institución mucho más abierta. Ya te lo contaré con más detalle en otra ocasión. Ahora no puedo escribir bien. Esta carta la he reescrito unas diez veces. Te estoy muy agradecida por haber permanecido a mi lado durante todo este año, tanto que no puedo expresarlo en palabras.

»Si pudiera volver a encontrarte de nuevo en algún otro lugar de este mundo incierto, tal vez pudiera, entonces sí, hablar como es debido.

»Adiós.»

Releí la carta más de cien veces. Y cada vez que lo hacía me embargaba una tristeza insondable. Exactamente la misma que sentía cuando Naoko me miraba a los ojos sin apartar los suyos. Era incapaz de llevar a cuestras aquel sentimiento, no podía guardarlo en ninguna parte. Igual que el viento, no tenía contornos, ni peso. Ni siquiera podía investirme de él. La escena transcurría despacio ante mis ojos. Pero las palabras que se pronunciaban no llegaban a mis oídos.

Los sábados por la noche dejaba transcurrir el tiempo, como siempre, sentado en una silla del vestíbulo. Nadie iba a llamarme, pero ¿qué otra cosa debía hacer? Siempre fingía que estaba viendo en la televisión la retransmisión del partido de béisbol. Contemplaba el espacio inconmensurable que se abría entre el televisor y yo. Y yo dividía este espacio en dos, y luego volvía a partir otra vez el espacio por la mitad. Y repetía el proceso una y otra vez hasta que, al final, el espacio era tan pequeño que cabía en la palma de mi mano.

A las diez apagaba el televisor, regresaba a mi habitación y me dormía.

A finales de mes, mi compañero de habitación me regaló una luciérnaga metida en un bote de café instantáneo. Dentro del bote había, aparte del insecto, unas briznas de hierba y agua. En la tapa se abrían unos cuantos agujeros para la ventilación. A la luz del día, parecía un vulgar insecto negro como los que se ven en las orillas de las charcas. Pero al mirarlo con atención advertías que se trataba, efectivamente, de una luciérnaga. Intentaba trepar por las resbaladizas paredes de cristal y, cada vez, se caía al fondo. Hacía mucho tiempo que no miraba una luciérnaga tan de cerca.

—Estaba en el jardín. En el hotel que se encuentra aquí cerca, en ve-verano sueltan luciérnagas en el jardín para los clientes y é-ésta ha venido a parar aquí -me dijo embutiendo ropa y cuadernos en su bolsa de viaje.

Hacía ya varias semanas que habían empezado las vacaciones de verano. En la residencia sólo quedábamos él y yo. A mí no me apetecía volver a casa y él había hecho unas prácticas. Pero ahora que éstas habían terminado, se disponía a

volver a su casa.—Se la puedes regalar a una chica. Seguro que le gustará — sugirió.

—Gracias —le dije.

Al caer la noche, en la residencia reinaba el silencio. La bandera había sido arriada de su mástil, las ventanas del comedor estaban iluminadas. Al quedar pocos estudiantes, se encendían sólo la mitad de las luces. El ala derecha permanecía a oscuras, la izquierda, iluminada. Con todo, llegaba un ligero olor a comida. Olor a estofado.

Tomé el bote de café con la luciérnaga y subí a la azotea. Estaba desierta. Una camisa blanca tendida en una cuerda, que alguien había olvidado recoger, se mecía con la brisa nocturna como si fuera la muda de algún animal. Trepé por la escalera metálica oxidada que había en un rincón de la azotea hasta lo alto de la torre del agua. El tanque cilíndrico aún estaba caliente tras haber absorbido durante todo el día el calor de los rayos de sol. Cuando me senté en aquel espacio reducido y me apoyé en la barandilla, una luna blanca, casi llena, flotaba en el cielo. A mi derecha se veían las luces de Shinjuku; a mi izquierda, las de Ikebukuro. Los faros de los coches formaban una vía de luz que discurría entre las calles. Un zumbido sordo, mezcla de varios sonidos, flotaba como una nube sobre la ciudad.

Dentro del bote, la luciérnaga brillaba con una luz mortecina. Sin embargo, la luz era demasiado débil, el tono demasiado pálido. Dentro de mis recuerdos, las luciérnagas despedían una luz mucho más nítida y brillante en la oscuridad de las noches de verano. Así tenía que ser.

Quizás aquella estuviese débil, medio muerta. Agarré el bote por el borde y lo sacudí varias veces. La luciérnaga se golpeó contra la pared de cristal y, por un instante, levantó débilmente el vuelo. Pero su luz continuó siendo tan mortecina como antes.

Quizá me fallara la memoria. A lo mejor la luz no era, en realidad, tan vívida. Quizá sólo yo estuviese convencido de ello. O, tal vez, era porque, en aquel momento del pasado, la oscuridad que me rodeaba era muy profunda. No podía acordarme bien. Ni siquiera me acordaba de la última vez que había visto una luciérnaga.

Lo que sí recordaba era el murmullo del agua en la oscuridad de la noche. Era una vieja esclusa de ladrillo. Se abría y cerraba dando vueltas a una manivela. Era una corriente tan pequeña que las hierbas de la orilla ocultaban por completo la superficie del agua. Los alrededores estaban sumidos en la más completa oscuridad y sobre el estanque de la esclusa volaban cientos de luciérnagas. Los destellos de luz amarilla se reflejaban en la superficie del agua como chispas de fuego.

¿Cuándo debió de ser? ¿Y dónde?

No logro recordarlo bien.

Ahora todo se desplaza en el tiempo, se confunde en mi memoria.

Cerré los ojos y respiré hondo varias veces para serenarme. Al permanecer inmóvil con los ojos cerrados, me asaltó la sensación de que mi cuerpo iba a ser tragado, de un momento a otro, por las tinieblas del verano. Pensándolo bien, era la primera vez que subía a la torre del agua después de que se pusiera el sol. Se oía el viento con mayor claridad de la acostumbrada. Pese a no soplar con fuerza, dejaba a su paso un rastro sorprendentemente nítido. Despacio, tomándose su tiempo, la noche iba cubriendo la tierra. Las luces de la ciudad afirmaban su presencia brillando con intensidad, pero la noche iba afianzándose paso a paso.

Destapé el bote, saqué la luciérnaga y la deposité en un reborde que sobresalía unos tres centímetros del depósito. La luciérnaga no acababa de comprender dónde se encontraba en aquel momento. Dio una vuelta, tambaleándose, alrededor del perno y se subió a unos desconchones de pintura que parecían costras. De momento, avanzó hacia la derecha, se dio cuenta de que aquello era un callejón sin salida y viró de nuevo hacia la izquierda. Después se encaramó muy despacio a la cabeza del perno y se acurrucó allí. Permaneció inmóvil, como si hubiese exhalado el último suspiro.

Yo la observaba apoyado en la barandilla. Durante mucho rato, ni la luciérnaga ni yo hicimos el menor movimiento. El viento fluía entre nosotros como si fuera un río. Las incontables hojas del olmo susurraban en la oscuridad.

Esperé una eternidad.

Fue mucho después cuando la luciérnaga levantó el vuelo. Desplegó las alas como si se le hubiese ocurrido de repente y, un instante más tarde, ya estaba cruzando la barandilla y se sumergía en la envolvente oscuridad. Describió, ágil, un arco en torno al depósito, tal vez intentando recuperar el tiempo perdido y, tras permanecer unos instantes inmóvil observando cómo la línea de luz se extendía en el viento, voló hacia el este.

Aún después de que la luciérnaga hubiera desaparecido, el rastro *de su* luz permaneció largo tiempo en mi interior. Aquella pequeña llama, semejante a un alma que hubiese perdido su destino, siguió errando eternamente en la densa oscuridad de mis ojos cerrados. Alargué la mano repetidas veces hacia esa oscuridad. Pero no pude tocarla. Aquella tenue luz quedaba siempre más allá de las yemas de mis dedos.

Yo —Murakami— soy el autor de estos relatos. Las historias están, en su mayor parte, escritas en tercera persona, pero el narrador debe, en primer lugar, presentarse a sí mismo. De pie ante el telón, como en una antigua obra de teatro, va a pronunciar unas palabras introductorias, hacer una reverencia y retirarse. Intentaré ser breve. Permítanme, pues, abusar de su paciencia.

La razón por la cual he decidido mostrarme ahora es porque creo que es mejor que narre directamente unos «extraños sucesos» que me ocurrieron en el pasado. A decir verdad, mi vida es rica en este tipo de acontecimientos. Algunos de ellos poseen una significación especial y han ocasionado algún cambio, más o menos importante, en mi vida. Otros son insignificantes, triviales, y no han tenido la menor influencia —o, al menos, eso creo yo—.

Sin embargo, cuando relato, en una charla, alguna de las experiencias que me ha tocado vivir, la respuesta no suele ser positiva. La mayor parte de las veces, la reacción es tibia y la cuestión queda zanjada con una frase del tipo: «Ya. Esas cosas pasan». Mis vivencias nunca han animado la charla. Tampoco un «¡Oh! i A mí también me pasó algo parecido!» ha llevado la conversación al terreno personal. Y, como si fuera agua conducida hacia un canal equivocado, el tema que he sacado a colación va languideciendo, poco a poco, como absorbido por unas arenas sin nombre. Se produce un breve silencio. Luego alguien empieza a hablar de otra cosa distinta.

Primero me planteé la posibilidad de que fuera culpa de la manera de contarlo. Así que decidí escribirlo, como ensayo, en una revista. Quizá convertido en texto ganara interés. Pero, al parecer, nadie se creyó lo que estaba contando. «¡Anda! Eso es inventado, ¿verdad?», me dijeron en varias ocasiones. Como soy novelista, la gente tiende a creer que todo cuanto digo (escribo) es, en mayor o menor medida, una invención. Ciertamente, en el terreno de la ficción me invento historias sin recato (de hecho, éste es el papel de la ficción). Pero, cuando no me dedico a esta labor, no me voy sacando, porque sí, historias de la manga.

Por lo tanto, ahora me permito reservarme un poco de espacio para narrar brevemente, como preámbulo de los cuentos, algunas de las extrañas experiencias que he vivido. He decidido contar sólo hechos triviales, sin ninguna significación especial. Si empezara a relatar sucesos extraordinarios de esos que cambian la vida, necesitaría más de la mitad de las hojas de las que dispongo.

De 1993 a 1995 viví en Cambridge, en el estado de Massachusetts. Estaba en la universidad como escritor residente y escribía una larga novela titulada *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*. En el Charles Hotel de Cambridge hay un club

de jazz llamado Regattabar donde ofrecen a menudo conciertos de música en vivo. Es un club de jazz que tiene las dimensiones justas, con un ambiente muy tranquilo. En él suelen tocar músicos de renombre y no es demasiado caro.

En una ocasión actuaba allí el pianista Tommy Flanagan y su trío. Aquella noche, mi mujer tenía algo que hacer y fui a escucharlo solo. Tommy Flanagan es uno de mis pianistas de jazz preferidos. La mayoría de las veces, aparece como acompañante y su interpretación es cálida y profunda. Tan refinada como estable. Sus solos poseen una gran belleza. Me aposenté en una mesa al lado del escenario y me dispuse a disfrutar de la música mientras me tomaba una copa de Merlot californiano. Sin embargo, si se me permite expresar francamente mi parecer, aquella noche su interpretación distaba mucho de ser apasionada. Quizá no se encontrara en las condiciones físicas idóneas. O quizá fuera todavía demasiado pronto y no se había metido en el tema. No era, en absoluto, una mala actuación, pero carecía de ese *algo* que es capaz de transportar el corazón de quien la escucha a un lugar distinto. También se podría decir que le faltaba un toque de magia. Yo lo escuchaba pensando: «Ése no es Tommy Flanagan. Pero seguro que, de un momento a otro, nos muestra lo que sabe hacer».

Sin embargo, por más que transcurría el tiempo, la interpretación no remontaba. Conforme se acercaba el final, yo me iba impacientando y me decía: «¡No quiero que acabe de este modo!». Esperaba que su interpretación me ofreciera algo que pudiera recordar. Y, de seguirde aquel modo, sólo me dejaría una impresión muy tibia. O quizá nada en absoluto. Además, tal vez no volviera a tener otra oportunidad de escuchar a Tommy Flanagan en directo (de hecho, no la he tenido). Entonces se me ocurrió de repente. «Si tuviera la ocasión de pedirle a Tommy Flanagan que tocara dos melodías más, ¿cuáles elegiría?» Tras pasarme un rato dándole vueltas al asunto, opté por *Barbados* y *Star-Crossed Lovers*.

La primera es de Charlie Parker; la segunda, de Duke Ellington. Hay algo que quiero aclarar para los que no sean entendidos en jazz y es que ninguna de las dos son melodías muy conocidas. Se tocan en contadas ocasiones. La primera se puede escuchar a veces, aunque es una de las obras más discretas que dejó Charlie Parker, y, en cuanto a la segunda, creo que la mayoría de gente diría: «Ésa, yo no la he oído en mi vida». A lo que yo me refiero es, en resumen, a que elegí melodías muy «sobrias».

Por supuesto tenía una razón para escoger, en mis peticiones imaginarias, esas melodías tan «sobrias». Y es que Tommy Flanagan había grabado, en el pasado, una impresionante interpretación de ambas melodías. La primera está incluida en el álbum llamado *Dial J—J.5* (grabado en 1957), donde Tommy Flanagan estaba al piano con la banda de J.J. Johnson, y la segunda aparece en el álbum *Encounter!* (grabado en 1968), donde él forma parte del quinteto bicéfalo Pepper Adams & Zoot Sims. A lo largo de su extensa carrera, Tommy Flanagan ha interpretado y grabado como acompañante incontables melodías, pero eran los solos, inteligentes y frescos pese a su brevedad, que se encontraban en aquellas dos

piezas los que se habían contado siempre entre mis favoritos. Por lo tanto, me hubiera parecido un sueño que las interpretara entonces ante mis ojos. Yo mantenía la vista clavada en él imaginando cómo bajaba del escenario, se dirigía directamente a mi mesa y me decía: «Hace rato que tengo la sensación de que quieres pedirme que toque algo, así que pídemelo dos melodías». Por supuesto, las perspectivas de que mis sueños se hicieran realidad eran nulas.

Sin embargo, Flanagan, al final de la actuación, sin decir una palabra, sin lanzar una mirada hacia mí, ¡interpretó las dos melodías, una detrás de la otra! Primero, la balada *Star-Crossed Lovers*; luego, una (versión) *uptempo* de *Barbados*. Con la copa de vino en la mano, me quedé sin palabras. Supongo que los amantes del jazz me comprenderán, pero es que las posibilidades de que eligiera al final de una actuación esas dos piezas, una detrás de la otra, de entre un número de melodías de jazz tan alto como estrellas hay en el cielo, eran increíblemente pequeñas. Y, además, éste es otro punto interesante de la historia, que la suya fuera una interpretación tan maravillosa y llena de encanto.

El segundo acontecimiento tuvo lugar en un periodo de tiempo parecido y también está relacionado, ¡cómo no!, con el jazz. Una tarde, yo estaba buscando discos en una tienda de segunda mano que se encuentra cerca del conservatorio Berklee. Rebuscar por las estanterías llenas de viejos LP es uno de los pocos placeres por los que vale la pena vivir. Aquel día encontré un viejo LP de Pepper Adams llamado *10 to 4 at the 5 Spot* grabado por Riverside. Era una grabación de un concierto de música en vivo del apasionado quinteto de Pepper Adams, que incluía la trompeta de Donald Byrd, en el club de jazz Five Spot de Nueva York. *10 to 4* significa «las cuatro menos diez» de la mañana. O sea, que se apasionaron tanto en la actuación que prosiguieron hasta el amanecer. El disco era un original y el estado en que se encontraba era excelente, como si fuera nuevo. Creo que me costó unos siete u ocho dólares. Yo tenía la versión japonesa del disco, pero lo había escuchado tanto que estaba muy rayado y, además, encontrar un original en buen estado a aquel precio era, si se me permite la exageración, un pequeño milagro. Compré el disco sintiéndome el hombre más afortunado de la tierra y, al salir de la tienda, me crucé con un hombre joven que me dijo:

—*Hey, you have the time?* [¿Qué hora es?]

Eché un vistazo al reloj y le respondí automáticamente:

—*Yeah, it's 10 to 4.**

Al decírselo, me di cuenta de la coincidencia y tragué saliva. ¡Uf! ¿Qué diablos estaba ocurriendo a mi alrededor? ¿Estaba el dios del jazz —suponiendo que hubiera algo parecido en el cielo de Boston— guiñándome un ojo y dedicándome una sonrisa? «¿Qué, lo pillas?» [*Yo, you dig it?*]

* En inglés en el original. (*N. de la T*)

Ninguno de los dos sucesos posee ningún significado especial. Ni el uno ni el otro han provocado algún cambio en mi vida. Simplemente me chocaron aquellas extrañas coincidencias. «¡Vaya! Pues es verdad que a veces pasan cosas raras», me dije.

En realidad, soy una persona a la que le interesan muy poco los fenómenos ocultos. Nunca me ha atraído la adivinación. Antes que ir a un quiromántico a que me lea la mano, prefiero estrujarme los sesos y tratar de solucionar mis problemas yo solo. No tengo una gran cabeza, pero me da la impresión de que, incluso así, es más rápido. No *me* interesan los poderes paranormales. Hablando con franqueza, tampoco despiertan mi curiosidad ni la transmigración de las almas, ni los espíritus, ni los presentimientos, ni la telepatía, ni el fin del mundo. No es que sea un completo descreído. Es que no me importa si existen o no. Simplemente no tengo ningún interés personal en ello. Pero, sin embargo, un número significativo de fenómenos curiosos han dado una nota de color a mi modesta vida.

¿Me he puesto por ello a analizarlos activamente? No. Me he limitado a tomarlos tal cual venían y a seguir viviendo con completa normalidad. Pensando sin más: «Pues es verdad que pasan cosas raras», o «A lo mejor hay un dios del jazz o algo por el estilo».

A continuación voy a relatarles una historia que me refirió un conocido. Cuando, no sé por qué razón, le expliqué los dos episodios anteriores, él se quedó unos instantes reflexionando con expresión muy seria, y luego me dijo: «A decir verdad, a mí me sucedió algo parecido. Fue una experiencia fruto de la casualidad. No es que se trate de algo rarísimo, pero no me explico cómo pudo ocurrir. En todo caso, una suma de casualidades me condujeron a un lugar insospechado».

He introducido algunos cambios para evitar que pueda reconocerse la identidad de esta persona. Pero, aparte de esto, la historia ocurrió tal cual voy a contarla.

Él es afinador de pianos. Vive en la parte oeste de Tokio, cerca del río Tama. Tiene cuarenta y un años, y es gay. No oculta el hecho de que sea gay. Tiene un novio tres años más joven, pero éste trabaja en algo relacionado con bienes inmobiliarios y, por razones profesionales, no puede salir del armario. Así que viven separados. Él es afinador de pianos, pero se graduó en piano en el Conservatorio y no lo toca nada mal. Interpreta muy bien, con una gran carga expresiva y una considerable profundidad, a autores franceses como Debussy, Ravel y Erik Satie. Sin embargo, su preferido es Francis Poulenc.

—Poulenc era gay. Y no intentó ocultarlo jamás —me dijo una vez—.

Aunque eso, en aquella época, no era nada fácil. Una vez dijo: «Mi música no puede abstraerse del hecho de que yo sea homosexual». Entiendo muy bien a qué se refería. En resumen, que tenía que ser tan honesto respecto a su homosexualidad como intentaba serlo con su música. La música es así, y así debe ser, también, tu vida.

A mí siempre me había gustado la música de Poulenc. Y, cuando él venía a afinar mi viejo piano, una vez había acabado su trabajo siempre me tocaba algunas piezas breves de Poulenc. Como la *Suite Francesa* o la *Pastoral*.

«Descubrió» que era gay después de ingresar en el Conservatorio. Hasta entonces nunca había contemplado siquiera la posibilidad de serlo. Era guapo, de buena familia, de ademanes tranquilos, así que en el instituto, era muy popular entre las chicas. En aquella época, no tuvo ninguna novia fija, pero salió con varias. Le gustaba tener una chica a su lado. Contemplar muy de cerca sus peinados, aspirar el olor de sus nucas, coger sus pequeñas manos. Pero nunca llegó a iniciarse en el sexo. Tras unas cuantas citas, se daba cuenta de que la chica esperaba algo más. Pero él no daba un paso hacia delante porque no sentía la necesidad de hacerlo. A su alrededor, todos los chicos sin excepción, poseídos por sus demonios sexuales, lograban, a duras penas, dominar sus impulsos, o bien se abandonaban activamente a ellos. Pero él nunca sintió esa urgencia. Pensaba que debía de ser un poco infantil para su edad. O que, tal vez, aún no había encontrado a la persona adecuada.

Tras ingresar en la universidad empezó a salir con una chica de su mismo curso, del departamento de percusión. A ambos les gustaba hablar, se sentían muy próximos. Poco después de conocerse, hicieron el amor en la habitación de la chica. Fue ella quien tomó la iniciativa. También habían bebido. El acto sexual se desarrolló sin incidentes, pero él no lo encontró tan placentero y excitante como decía todo el mundo. Más bien le pareció rudo y grotesco. El tenue olor que despedía el cuerpo de la chica al excitarse le había desagradado. Más que realizar directamente el acto sexual hubiera preferido charlar de cosas íntimas con ella, tocar algo juntos o ir a comer los dos. Y, conforme pasaban los días, más difícil le resultaba hacer el amor con ella.

Con todo, él continuaba pensando que debía de ser indiferente al sexo. Hasta que un día... Pero, dejémoslo. Si saco el tema, me extenderé demasiado y, además, no guarda relación directa con la historia. En definitiva, que ocurrió algo y él descubrió que era, sin ningún género de duda, homosexual. Y, como le parecía muy fastidioso ir buscando pretextos, le confesó abiertamente a la chica: «Soy homosexual». Una semana después, casi todas las personas de su entorno ya se habían enterado de que era *gay*. La noticia fue rodando de boca en boca hasta llegar a su familia. Por este motivo, perdió algunos amigos y tuvo conflictos familiares, pero, en definitiva, quizá fuera mejor así. Por su carácter, era preferible esa situación a vivir escondiendo una verdad manifiesta en el fondo del armario.

Sin embargo, lo que más le afectó fue pelearse con su hermana; ella, dos

años mayor, era con quien mejor se llevaba de toda la familia. La familia del prometido de la hermana se enteró de que él era gay y la boda, que debía celebrarse en breve, estuvo a punto de suspenderse. Al final, lograron convencer a los padres del novio y hubo boda, pero, con todo el alboroto, la hermana sufrió un ataque de nervios y se enfadó muchísimo con su hermano pequeño. Le reprochó a gritos que se interpusiera en su felicidad al elegir un momento tan poco apropiado para confesarlo todo. Su hermano tenía, por supuesto, sus razones. Pero entre ambos ya nunca volvió a haber la intimidad que había existido en el pasado. Él ni siquiera asistió a la boda de su hermana.

Él se sentía satisfecho con su típica vida de gay que vive solo. Vestía bien, era amable y educado, tenía sentido del humor, casi siempre iba con una sonrisa agradable en los labios, por lo cual, la gran mayoría de personas —exceptuando esos individuos que tienen una aversión instintiva hacia los homosexuales— sentían por él una simpatía natural. En su trabajo, era un profesional de primera categoría, tenía muchos clientes y unos ingresos estables. Incluso varios pianistas famosos requerían sus servicios. Ya casi había amortizado por completo la hipoteca de la casa de dos dormitorios que había comprado en la ciudad universitaria. Poseía un aparato de audio de primera calidad, sabía preparar platos de comida orgánica e iba cinco días a la semana al gimnasio a quemar las grasas superfluas. Tras salir con varios hombres, diez años atrás conoció a su pareja actual, con quien mantiene una relación estable y satisfactoria.

Los martes se montaba en su Honda descapotable de dos asientos (verde, de conducción manual), cruzaba el río Tama e iba a un centro comercial de saldos de la prefectura de Kanagawa. Allí se concentraban grandes tiendas como *Gap*, *Toys R Us*, *The Body Shop*. Los fines de semana, el centro estaba atestado de gente y era muy difícil encontrar sitio para aparcar, pero los días laborables, por la mañana, reinaba en él la tranquilidad. Entrar en una gran librería que había en el centro, comprar un libro que le llamara la atención, dirigirse a la cafetería que había en un rincón del establecimiento y, una vez allí, ir volviendo las páginas del libro mientras saboreaba un café era su pasatiempo favorito de los martes.

—Los centros esos, en sí mismos, son horribles. No hace falta que te lo diga. Pero aquella cafetería es terriblemente agradable —dijo él—. La descubrí por casualidad. No hay música, no se puede fumar, los cojines de los asientos son ideales para leer. No son ni muy duros ni muy blandos. Además, siempre está vacía. Hay muy poca gente que entre en una cafetería los martes por la mañana y, si hay alguien, seguro que se va al Starbucks de la esquina.

Total, que el martes por la mañana se concentraba en la lectura en aquella cafetería de mala muerte desde las diez de la mañana pasadas hasta la una del mediodía. A esa hora comía una ensalada de atún en un restaurante de allí cerca, se bebía una botella de Perrier y, luego, iba al gimnasio a sudar. Así acostumbraba a pasar los martes.

Aquel martes por la mañana estaba leyendo como siempre en la cafetería. *Casa desolada*, de Charles Dickens. La había leído hacía mucho tiempo, pero al descubrirla en los estantes de la librería le entraron ganas de volver a leerla. Recordaba muy bien que en su día le pareció un libro muy interesante, pero había olvidado por completo el argumento. Charles Dickens era uno de sus autores favoritos porque, mientras se sumergía en sus páginas, podía olvidarse de todo lo demás. Y, como le sucedía siempre, la historia lo cautivó desde la primera página.

Tras estar una hora concentrado en la lectura, se sintió cansado, cosa nada extraña. Cerró el libro, lo dejó sobre la mesa, llamó a la camarera, le pidió otro café, se dirigió a los lavabos que se encontraban fuera del establecimiento y regresó. Al volver a su asiento, una mujer que había estado leyendo tranquilamente igual que él, en la mesa vecina, le dirigió la palabra.

—Perdone. ¿Podría hacerle una pregunta?

Esbozando una vaga sonrisa miró a la mujer. Debía de ser de su misma edad.

—Por supuesto. Adelante.

—Ya sé que es una falta de educación dirigirse de este modo a la gente, pero hay algo que me gustaría saber —dijo y se ruborizó un poco. —No importa. ¿De qué se trata?

—Pues, el libro que está usted leyendo ahora, ¿no se tratará por casualidad de una obra de Dickens?

—Pues sí —dijo él sujetando el libro y enseñándoselo—. Es *Casa desolada*, de Dickens.

—Lo suponía —dijo la mujer con alivio—. Al echar una ojeada a la cubierta me lo ha parecido.

—¿A usted también le gusta *Casa desolada*?

—Sí. Yo he estado todo el rato leyendo el mismo libro. A su lado, por casualidad. —Sacó la cubierta* del libro y se lo mostró.

Realmente, era una coincidencia asombrosa. Dos personas que están leyendo el mismo libro, un día laborable por la mañana, en dos mesas contiguas de una cafetería desierta de un centro comercial desierto. Además, no se trataba de un *best seller* famoso en el mundo entero, sino de una de las obras menos conocidas de Charles Dickens. Sorprendidos por la curiosa coincidencia, iniciaron una conversación sin la natural reserva de los primeros encuentros.

Ella vivía en una urbanización recién construida cerca del centro comercial. Unos cinco días atrás compró *Casa desolada*, tal como era previsible, en la misma librería del centro comercial. Luego se sentó en la cafetería, pidió un té y abrió el libro sin más, pero, en cuanto empezó a leerlo ya no lo pudo dejar. Se le pasaron

* En Japón, de desearlo el cliente, en las librerías ponen una cubierta de papel a los libros al adquirirlos. En ésta no figura el título del libro, obviamente, sino el nombre de la librería. (N. de la E)

dos horas en un santiamén. No devoraba las páginas de un libro con tanta pasión desde que iba a la universidad. Pasó un rato tan agradable en aquella cafetería que decidió volver. A seguir leyendo *Casa desolada*.

La mujer era menuda y, sin poder llamársela gorda, empezaba a acumular un poco de grasa en algunas partes del cuerpo. Tenía bastante pecho y un rostro simpático. Llevaba ropa de buen gusto y de apariencia más bien cara. Estuvieron hablando un rato. Ella pertenecía a un club de lectura y, como libro del mes, había resultado elegido en aquella ocasión *Casa desolada*. Entre los miembros del club se contaba una gran amante de Dickens y había sido ella quien había propuesto aquella novela. Tenía dos niñas (una en primero y la otra en tercero de primaria) y le resultaba difícil encontrar tiempo para dedicarlo a la lectura. Sin embargo, de vez en cuando, lograba salir de casa y reservarse un rato para leer. Las personas con quienes solía tratar eran las madres de los compañeros de colegio de sus hijas, pero con éstas los únicos temas de conversación posibles eran los programas de televisión y los chismes sobre los profesores de la escuela. Así que había decidido entrar en el club de lectura de la zona. Su marido, en el pasado, había sido un gran lector, pero, últimamente estaba tan ocupado con el trabajo que sólo leía libros de economía, y eso cuando podía.

Él también dijo cuatro palabras sobre sí mismo. Que trabajaba como afinador de pianos. Que vivía al otro lado del río Tama. Que estaba soltero. Que le gustaba tanto aquella cafetería que cada semana cogía el coche e iba a leer allí. No mencionó que fuera gay. No pretendía esconderlo, pero tampoco era algo que fuera propagando a los cuatro vientos.

Comieron en el restaurante del centro comercial. Ella tenía un carácter franco y abierto. Una vez hubo desaparecido la tensión del principio se rió a menudo. La suya era una risa natural, nada estentórea. No era preciso que ella le contara al detalle qué tipo de vida había llevado hasta el momento. Él podía imaginar que había sido educada con amor por una familia relativamente acomodada de Setagaya, que había ido a una universidad bastante buena, que había sacado buenas notas, que había sido muy popular (quizá más entre sus amigas que entre sus amigos), que se había casado con un hombre tres años mayor que ella que se ganaba muy bien la vida y que había tenido dos niñas. Sus hijas iban a una escuela privada. A lo largo de los doce años que llevaba casada, no todo había sido de color de rosa en su matrimonio, pero tampoco había habido ningún problema propiamente dicho. Mientras tomaban un almuerzo ligero hablaron de los libros que habían leído en los últimos tiempos y de la música que les gustaba. Charlaron alrededor de una hora.

—Me ha encantado hablar contigo —le confesó ella al terminar de comer, con las mejillas un poco encendidas—. Apenas conozco a gente con quien pueda hablar con tanta libertad.

—A mí también me ha encantado —le dijo él. Y no mentía.

El siguiente martes, él estaba en la misma cafetería leyendo el mismo libro cuando apareció ella. Al verse, se sonrieron e inclinaron levemente la cabeza en ademán de saludo. Luego, sentados en mesas diferentes, leyeron en silencio, cada uno por su lado, *Casa desolada*. A mediodía ella se acercó a su mesa y habló con él. Luego se fueron a almorzar juntos, como la semana anterior. Ella le propuso ir a un restaurante de cocina francesa que había por allí cerca, muy mono y que no estaba nada mal. Él asintió diciendo que le parecía bien, que en el centro comercial no había un solo restaurante que valiera la pena. Los dos fueron en el coche de ella (un Peugeot 306 automático de color azul) al restaurante y pidieron ensalada de berros y lubina a la plancha. También tomaron una copa de vino blanco. Y, mesa por medio, hablaron de las novelas de Dickens.

Después del almuerzo, a medio camino de vuelta al centro comercial, ella detuvo el coche en el aparcamiento de unos jardines y le cogió la mano. Le dijo que quería ir con él a algún «sitio tranquilo». Él se sorprendió un tanto de la forma en que se habían precipitado los acontecimientos.

—Desde que me he casado, jamás he hecho una cosa así. Ni una sola vez —dijo en tono de disculpa—. Ésa es la verdad. Pero en toda la semana no he dejado de pensar en ti. No te traeré complicaciones. Ni pienso molestarte. Eso en caso de que yo no te desagrade a ti, claro.

Él le estrechó cariñosamente la mano y, en voz baja, le explicó la situación. Que si hubiera sido un hombre corriente, seguro que le habría encantado ir con ella a un «sitio tranquilo». Que la encontraba una mujer muy atractiva y que habría sido maravilloso gozar de un momento de intimidad a su lado. Pero lo cierto era que él era homosexual. Y que no podía hacer el amor con mujeres. También había gays que lo hacían, pero ése no era su caso. Que lo comprendiera, por favor. Él podía ser su amigo. Pero, por desgracia, no podía convertirse en su amante.

La mujer tardó un poco en comprender el significado de lo que le estaba diciendo (antes que nada, porque era el primer homosexual que conocía en su vida), pero, una vez lo asimiló, se echó a llorar. Apoyó la cara en el hombro del afinador de pianos y lloró durante largo rato. Debía de ser por la impresión. A él le dio pena. La rodeó con el brazo y le acarició dulcemente el pelo.

—Perdóname —dijo ella—. Te he hecho decir cosas de las que no te apetecía hablar.

—Tranquila. No creas que vivo ocultándolo. Posiblemente hubiera tenido que ser yo quien te lo hubiera dicho desde un principio, para evitar futuros malentendidos. En todo caso, si alguien tiene que disculparse, ése soy yo.

Permaneció largo tiempo acariciándole dulcemente el pelo con sus cinco largos dedos. Esto logró calmarla un poco. Él se dio cuenta de que la mujer tenía un lunar en el lóbulo de la oreja derecha y sintió una nostalgia casi asfixiante. Porque su hermana, dos años mayor que él, también tenía un lunar de tamaño parecido en el mismo sitio. Cuando era pequeño, solía acercarse a su hermana dormida y, en broma, se lo rascaba con la uña para quitárselo. Su hermana siempre

se despertaba enfadada.

—Pero, gracias a haberte conocido, me he pasado toda la semana haciéndome ilusiones —dijo ella—. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía igual. Ha sido fantástico, no sé, algo como volver a la adolescencia. Así que no te preocupes. He ido a la peluquería, he hecho una dieta rápida, me he comprado ropa interior italiana...

—Vamos, que te he hecho tirar un montón de dinero —dijo él sonriendo.

—Sí, pero creo que yo, en este momento, lo necesitaba.

—¿Que lo necesitabas?

—Sí. Para dar forma a cómo me siento.

—¿Comprando, por ejemplo, lencería italiana sexy?

Ella enrojeció hasta las orejas.

—De sexy no tiene nada. Nada de nada. Es muy bonita, eso sí.

Sonriente, él la miró a los ojos. Le mostró que sólo estaba gastando una broma inofensiva para aliviar la tensión. Ella lo comprendió y sonrió a su vez. Ambos permanecieron unos instantes mirándose a los ojos.

Luego, él sacó un pañuelo y le secó las lágrimas. Ella se incorporó en el asiento y se recompuso el maquillaje ante el espejo retrovisor.

—Pasado mañana tengo que ir al hospital a que me hagan otra mamografía —le dijo al detener el coche en el aparcamiento del centro comercial, una vez hubo puesto el freno de mano—. En la radiografía que me hacen periódicamente han encontrado una sombra sospechosa y me han avisado de que vuelva al hospital para repetir la prueba y examinarlo a fondo. Si de verdad fuera cáncer, quizá tengan que ingresarme de inmediato. Que hoy haya actuado de esta forma, es posible que se deba a eso. Es decir...

Hubo un corto silencio. Luego ella sacudió varias veces la cabeza de izquierda a derecha. Despacio, pero con fuerza.

—Ni yo misma lo sé.

El afinador de pianos estuvo unos instantes calculando la profundidad del silencio de ella. Aguzó el oído, intentando detectar en su silencio alguna resonancia extraña.

—Los martes por la mañana, siempre estoy aquí —dijo—. No puedo servirte de mucho, pero, al menos, tendrás a alguien con quien hablar. Si te sirve alguien como yo.

—No se lo he contado a nadie más. Ni siquiera a mi marido. Él posó su mano sobre la mano de la mujer, apoyada en el freno de mano.

—Tengo mucho miedo —confesó ella—. Tanto, que a veces ni siquiera puedo pensar.

Una furgoneta azul se detuvo en el espacio vacío contiguo y de su interior salió un matrimonio de mediana edad con cara malhumorada. Se les oía hablar. Al

parecer se estaban recriminando algo el uno al otro. Una cosa sin importancia. Cuando desaparecieron, volvió el silencio. Ella permanecía con los ojos cerrados.

—No estoy en disposición de decir grandes cosas —comentó él—. Pero, yo, cuando no sé qué camino tomar, sigo una norma.

—¿Una norma?

—Si te encuentras con que debes elegir entre una cosa que tiene forma y otra que no la tiene, elige siempre la que no la tiene. Ésta es mi norma. Siempre que he chocado contra un muro la he seguido, y creo que a la larga me ha dado buenos resultados. Aunque haya sido duro en el momento de aplicarla.

—Y esta norma, ¿te la has inventado tú?

—Sí —dijo él mirando el cuentaquilómetros—. Basándome en mi propia experiencia.

—Si debo elegir entre una cosa que tiene forma y una que no la tiene, debo elegir siempre la que no la tiene —repitió ella.

—Exacto.

Ella reflexionó unos instantes.

Ahora mismo no lo acabo de entender. ¿Qué diablos tiene forma y qué no la tiene?

—Quizá no lo comprendas ahora. Pero es muy posible que, en un momento determinado, te encuentres ante esta disyuntiva. —¿Y tú eso lo sabes?

Asintió en silencio.

—Los gays veteranos como yo tenemos muchos poderes especiales. Ella se rió.

—Gracias.

Entonces se produjo otro largo silencio. Pero no fue tan denso ni asfixiante como el anterior.

—Adiós —dijo ella—. Muchas gracias por todo. He tenido mucha suerte al conocerte y poder hablar contigo. Me siento más capaz de enfrentarme a las cosas.

Él sonrió y le estrechó la mano.

—Cuídate.

De pie en el aparcamiento, siguió con la vista el Peugeot azul que se alejaba. Al final agitó la mano para despedirse en dirección al espejo retrovisor. Luego se dirigió andando despacio al lugar donde tenía estacionado su Honda.

El martes siguiente fue un día lluvioso. Ella no apareció por la cafetería. Él estuvo leyendo en silencio hasta la una y, luego, se marchó.

Aquel día, el afinador de pianos decidió no ir al gimnasio. No le apetecía hacer ejercicio. Sin almorzar siquiera, volvió directamente a casa. Allí se sentó en el sofá y dejó vagar sus pensamientos mientras escuchaba unas baladas de Chopin interpretadas por Arthur Rubinstein. Al cerrar los ojos se le representaba el rostro de la mujer menuda que conducía el Peugeot, sentía el tacto de su pelo en la punta

de los dedos. Recordaba con una nitidez asombrosa la mancha negra del lunar en el lóbulo de la oreja. Poco después, aun cuando el rostro de la mujer y la imagen del Peugeot se hubieron esfumado, la forma del lunar, únicamente ésta, siguió dibujándosele con toda claridad. Aquel pequeño punto negro, abriera los ojos o los cerrara, permanecía allí de manera secreta pero inevitable, como un signo de puntuación que se hubiera olvidado de poner, y hacía que se le estremeciera el corazón.

Pasadas las dos y media decidió llamar a casa de su hermana. Había pasado mucho tiempo desde que hablaron por última vez. ¿Cuánto tiempo debía de haber transcurrido? ¿Diez años, tal vez? Su relación había llegado hasta ese punto de abandono. Una de las razones de que eso hubiera sucedido eran las palabras que nunca debían haber pronunciado y que intercambiaron los dos hermanos en medio de la excitación de la pelea cuando se complicó el asunto de la boda. Otra de las razones era que a él no le gustaba su cuñado. Le parecía un zafio arrogante que consideraba sus inclinaciones sexuales como una enfermedad infecciosa incurable. Y, dejando aparte las ocasiones en que no le quedaba más remedio que verlo, intentaba mantenerse a cien metros de distancia.

Con el auricular en la mano dudó varias veces, pero al final marcó el número. El timbre sonó más de diez veces, y cuando él, resignado —aunque con cierto alivio—, se disponía a devolver el auricular a su sitio, contestó su hermana. Aquella voz tan familiar. Cuando la hermana supo que era él enmudeció por un instante al otro lado del auricular.

—¿A qué se debe tu llamada? —le preguntó ella con voz carente de inflexión.

—No lo sé —le respondió él con franqueza—. Simplemente he sentido la necesidad de hacerlo. Estaba preocupado por ti.

Hubo otro silencio. Un largo silencio. Él pensó que tal vez ella se estuviese preguntando si él todavía estaba enfadado.

—No hay ninguna razón en particular. Sólo quería saber si estabas bien.

—Espera un momento —dijo la hermana. Y, por su voz, él se dio cuenta de que había estado llorando en silencio—. Lo siento, ¿esperas un momento?

Otro silencio. Mientras, él mantuvo el auricular pegado a la oreja. No se oía nada. No había señales de vida. Luego, la hermana preguntó:

—¿Estás libre ahora?

—Sí. No tengo nada que hacer —contestó él.

—¿Te importa que vaya a verte?

—En absoluto. Iré a buscarte en coche a la estación.

Una hora más tarde, él recogió a su hermana delante de la estación y la llevó a su casa. Tras diez años de no verse tuvieron que admitir que los dos habían cambiado. Los efectos del tiempo se manifestaban en ambos. Y uno podía verlos reflejados en la figura del otro, como en un espejo. Su hermana seguía siendo delgada y esbelta, y parecía cinco años más joven. Sin embargo, en sus mejillas

hundidas había una severidad que antes no existía. También sus impresionantes y negras pupilas habían perdido su brillo. Él también aparentaba ser cinco años más joven, pero era evidente, a los ojos de cualquiera, que el nacimiento del pelo había retrocedido algo. Dentro del coche, los dos intercambiaron las consabidas frases tópicas. Que cómo iba el trabajo. Que si estaban bien los niños. Noticias de conocidos comunes. El estado de salud de los padres.

Al entrar en el piso, él se metió en la cocina y calentó agua. —¿Todavía tocas el piano? —le preguntó ella al fijarse en el piano vertical que había en la sala de estar.

—Lo toco por afición. Piezas sencillas. Los dedos no me siguen en las complicadas.

La hermana levantó la tapa del piano y posó sus dedos sobre las teclas cuyo color había cambiado con el uso.

—Estabas convencido de que llegarías a ser un famoso concertista de piano.

—El mundo de la música es la tumba de los niños prodigio —dijo él moliendo el café—. Yo también lo sentí, claro. Renunciar a la idea de ser pianista supuso una gran decepción. Fue como si todo lo que había hecho hasta entonces se hubiera echado a perder. Ésa es la sensación que tuve. Hubiera querido desaparecer. Pero no me quedó otra opción que admitir que mi oído era superior a mis manos. Había mucha gente mejor que yo tocando el piano, pero nadie que tuviera el oído más fino. Lo descubrí poco después de ingresar en la universidad. Y entonces pensé lo siguiente: «Me irá mejor siendo un afinador de primera categoría que un pianista de segunda».

Sacó de la nevera crema de leche para el café y la vertió en una pequeña jarrita de porcelana.

—Parecerá extraño, pero fue al empezar a estudiar para afinador profesional cuando comencé a disfrutar de verdad tocando el piano. Me había matado estudiando piano desde pequeño. No creas. Practicar un día tras otro con el objetivo de ir mejorando, a su manera, era interesante. Pero nunca me había *divertido* tocando el piano. Lo tocaba únicamente con el objetivo de solucionar algunos problemas concretos. Para no colocar los dedos en la tecla equivocada o para no hacerme un lío con ellos. Total, para impresionar a la gente. Pero cuando renuncié a la idea de ser pianista descubrí, finalmente, el placer de tocar el piano. «¡Qué maravillosa es la música!», pensé. Me sentí como si me hubiera descargado un pesado fardo de la espalda. Mientras cargaba con él, no era consciente de que lo llevaba.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿Ah, no?

La hermana sacudió la cabeza en silencio.

Tal vez no. Él pensó que quizá no le hubiera hablado nunca de eso. No, al menos, de aquella forma.

—Lo mismo me sucedió cuando descubrí que era gay —prosiguió él—.

Algunas dudas que tenía y que nunca había podido explicarme se despejaron de golpe. «¡Ah, claro! Era eso», pensé. Y todo se volvió mucho más fácil. Un paisaje nublado que se despeja de golpe. Es posible que en el momento en que renuncié a ser pianista o en el que reconocí que era gay decepcionara a algunas de las personas que me rodeaban. Pero quiero que entiendas que ésa era la única manera de volver a ser yo mismo. De ser yo bajo mi forma natural.

Puso una taza de café delante de su hermana, que estaba sentada en el sofá. Trajo su propio tazón y tomó asiento a su lado.

—Quizá tendría que haberme esforzado más en entenderte —dijo su hermana—. Pero creo que, antes, deberías habernos explicado mejor las cosas. Sincerarte con nosotros. Explicarnos qué te rondaba por la cabeza...

—No quise dar ninguna explicación —la interrumpió él—. Quería que me comprendieseis sin tener que explicar, una a una, mis razones. *Especialmente* tú.

Ella enmudeció.

Él dijo:

—Yo, en aquellos momentos, no podía pensar en cómo se sentía cada una de las personas que me rodeaban. No estaba en situación de hacerlo. —Al acordarse de aquella época, su voz tembló un poco. Le entraron ganas de llorar. Pero se rehízo. Y prosiguió—: En muy poco tiempo, mi vida sufrió un cambio radical. Debía agarrarme a algo, fuera como fuese, para no precipitarme al vacío. Tenía mucho miedo, estaba aterrado. Y, en un momento así, no puedes ir dando explicaciones a los demás. Sientes que te vas a resbalar de un momento a otro y a caer fuera del mundo. Por eso sólo quería que me comprendieras. Que me abrazaras con fuerza. Sin razones o explicaciones de por medio. Pero nadie...

La hermana sepultó la cara entre las manos y empezó a llorar en silencio. Sus hombros temblaban. Él le posó con suavidad una mano en un hombro.

—Lo siento —dijo la hermana.

—Olvídalo —repuso él. Puso crema de leche en el café, lo removió con la cucharilla y se lo bebió despacio para serenar su ánimo—. No tienes por qué llorar. También fue culpa mía.

—Pero, oye, ¿a qué se debe que me llames hoy? —preguntó la hermana levantando la cabeza y mirándolo de frente.

—¿Hoy?

—Sí. ¿Por qué después de diez años sin hablarnos, me has llamado precisamente hoy?

—Es que ha sucedido algo y me he acordado de ti. Me he preguntado qué estarías haciendo. Y me han entrado ganas de oír tu voz. Sólo eso.

—¿Nadie te ha dicho nada?

La voz de la hermana poseía una resonancia especial que lo puso en guardia.

—No, nada. ¿Ha pasado algo?

Ella permaneció unos instantes en silencio para serenarse. Él esperó pacientemente a que empezara a hablar.

—La verdad es que mañana ingreso en el hospital —dijo la hermana. —¿En el hospital?

—Pasado mañana me operan de cáncer de mama. Van a extirparme el seno derecho. Todo entero. Pero, incluso así, no es seguro que logren impedir que el cáncer se extienda. Aún no lo saben. Tienen que sacarlo y analizarlo primero.

Por unos instantes, él se quedó sin palabras. Todavía con la mano posada en el hombro de su hermana fue contemplando por orden, sin ningún significado en especial, uno tras otro, todos los objetos que había en la habitación. El reloj, los adornos, el calendario, el mando a distancia del estéreo. A pesar de ser objetos familiares de un cuarto que le era familiar, no podía calibrar la distancia que había entre uno y otro.

—Estuve mucho tiempo dudando entre llamarte o no —dijo la hermana—. Pero me dio la sensación de que era mejor que no lo hiciera y, al final, no te dije nada. Tenía muchas ganas de verte. Pensaba que debía hablar contigo con calma una vez. Y disculparme. Eso también. Pero... es que no quería que nuestro reencuentro se produjera en estas circunstancias. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Lo entiendo.

—Si teníamos que volver a encontrarnos, prefería que fuese en unas circunstancias más alegres, verte con una visión más positiva frente a las cosas. Por eso decidí no ponerme en contacto contigo. Pero, justo hoy, me has llamado tú...

Sin decir nada, él la rodeó con ambos brazos y la abrazó con fuerza, de frente. Pudo notar sus dos senos apretados contra su pecho. Ella sepultó la cara en su hombro y lloró. Los dos hermanos permanecieron largo tiempo en esa posición.

Finalmente, ella preguntó:

—¿Qué me decías que ha sucedido hoy para que te pusieras a pensar en mí? Si no te importa, cuéntamelo.

—¡Uf! ¿Cómo te lo contaría yo? No es algo que se pueda explicar en cuatro palabras. Es una tontería. Una serie de casualidades. Por azar, una coincidencia se ha sumado a otra y yo...

Ella sacudió la cabeza. El sentido de la distancia aún no había vuelto. El mando y los objetos de adorno estaban separados por un montón de años luz.

—No sabría explicarlo —dijo él.

—No importa —repuso la hermana—. Ha sido una suerte. Una verdadera suerte.

Él tocó el lóbulo de la oreja derecha de su hermana y, con la punta del dedo, rascó suavemente el lunar. Luego, como si enviara un susurro sin palabras a un lugar muy querido, le dio un cariñoso beso en la oreja.

—A mi hermana le extirparon el seno derecho en la operación. Por suerte, no se había producido metástasis y todo se solucionó con una quimioterapia bastante suave. Ni siquiera llegó a perder el cabello ni nada por el estilo. Ahora ya se

encuentra totalmente restablecida. Fui a verla todos los días al hospital. Para una mujer debe de ser algo terrible perder un seno. Incluso después de que le dieran el alta, seguí yendo a visitarla con frecuencia a su casa. Me encariñé con mi sobrino y mi sobrina y ellos conmigo. Incluso estoy enseñándole piano a la niña. Qué voy a decir yo, pero mi sobrina tiene mucho talento. Y en cuanto a mi cuñado, pues una vez empecé a tratarlo, no me pareció tan odioso como creía. Ya sé que es un poco arrogante, y algo zafio, pero se mata a trabajar y adora a mi hermana. Además, parece que finalmente ha comprendido que la homosexualidad no es una enfermedad infecciosa y que no voy a contagiar a mis sobrinos. Y éste es un pequeño, pero significativo, paso hacia delante. —Al decirlo, se echó a reír—. Me da la sensación de que haberme reconciliado con mi hermana ha representado un gran avance en mi vida. Es como si ahora fuera capaz de vivir con mayor naturalidad que antes. Quizá sea porque he tenido que enfrentarme a algo. Ya que, en el fondo de mi corazón, durante mucho tiempo había acariciado la idea de reconciliarme con ella.

—Sin embargo, ¿faltaba algo que propiciara vuestro reencuentro? —le pregunté.

—Exacto —respondió él. Y asintió repetidas veces—. Era fundamental que ocurriera ese algo. Y entonces lo pensé. Que una coincidencia fortuita tal vez sea un fenómeno normal y corriente. Es decir, que ese tipo de cosas ocurran constantemente, a diario, a nuestro alrededor. Sólo que nosotros no solemos prestarles atención y pasamos la gran mayoría por alto. Como sucede con los fuegos artificiales a pleno día, oímos un débil estallido pero, al alzar la vista al cielo, no vemos nada. Sin embargo, si estamos en una disposición de ánimo en la que necesitamos ardientemente que ocurra algo, tal vez envíen un mensaje dentro de nuestro campo visual y se hagan visibles. Que tomen una forma y un significado comprensible para nosotros. Y que nosotros, al percibirlo, exclamemos sorprendidos: «¡Menudas cosas pasan! ¡Qué raro!». Aunque en eso, de raro, no haya nada. No puedo evitar tener esta sensación. ¿Qué opinas? ¿Crees que estoy llevando las cosas demasiado lejos?

Reflexioné sobre lo que me había dicho.

—Pues sí. Tal vez tengas razón —fui capaz de responderle, pero no estaba muy seguro de que pudiera extraerse una conclusión sobre todo eso de una manera tan sencilla—. Mira, yo, por mi parte, opto por algo más simple y continuo creyendo en la teoría del dios del jazz —dije.

Él se rió.

—Ésa tampoco está nada mal. Espero que también exista un dios de los gays.

No sé qué fue de la mujer bajita que él había conocido en la cafetería del centro comercial. Hace más de medio año que no me hago afinar el piano y no he

tenido la ocasión de hablar con él. Posiblemente continúe cruzando el río Tama y yendo a la misma cafetería todos los martes, y también es posible que se hayan vuelto a ver. Sin embargo, nada he oído todavía al respecto. Por lo cual, la historia acaba en este punto.

Sea el dios del jazz, o el dios de los gays —o cualquier otro dios, no importa cuál—, lo que deseo es que uno de ellos proteja a aquella mujer, en alguna parte, humildemente, bajo la apariencia de una casualidad. Lo deseo de corazón. De una manera muy simple.

El hijo de Sachi murió a los diecinueve años atacado por un gran tiburón en Hanalei Bay. Para ser exactos, el tiburón no llegó a devorarlo. Estaba haciendo surf, solo, en alta mar, cuando un tiburón le arrancó la pierna derecha y, de la impresión, el joven se ahogó. Así pues, la causa oficial de la muerte fue ahogamiento. El tiburón se tragó más de la mitad de la tabla de surf. A los tiburones no les gusta devorar hombres. La carne humana no es de su agrado. En la mayoría de los casos, al primer bocado, decepcionados, se van. Por eso hay muchos casos de personas que, siempre que no hayan sucumbido al pánico, han logrado sobrevivir al ataque de un tiburón habiendo perdido solamente un brazo o una pierna. Sólo que el hijo de Sachi se aterró de tal manera que le sobrevino un ataque al corazón, tragó gran cantidad de agua y murió ahogado.

Cuando recibió la noticia a través del consulado japonés de Honolulu, Sachi se hincó de rodillas en el suelo. Su mente quedó en blanco, fue incapaz de hilvanar sus ideas. Simplemente permaneció allí sentada, con la vista fija en un punto de la pared. No sabe cuánto tiempo estuvo en ese estado. Sin embargo, al final, volvió en sí y buscó el número de teléfono de una compañía aérea para reservar un billete con destino a Honolulu. Porque el consulado le había dicho que viajara allí lo antes posible a fin de identificar el cadáver. Que podía darse el caso de que se tratara de una confusión.

Sin embargo, como era un puente largo, no había billetes con destino a Honolulu, ni para aquel día ni para el siguiente. Igual suerte tuvo en las demás compañías. Sin embargo, cuando Sachi le explicó la situación al responsable de reservas de United, éste reaccionó: «Diríjase inmediatamente al aeropuerto. Intentaremos por todos los medios conseguirle un billete». Sachi metió cuatro cosas en una bolsa de viaje y se dirigió al aeropuerto de Narita donde ya la estaba esperando una empleada que le entregó un billete de clase ejecutiva. «Es el único que tenemos disponible en este momento. Sin embargo, le cargaremos la tarifa de clase turista», le dijo la empleada. «Deben de ser momentos muy duros para usted, señora. Intente no desfallecer.» Sachi le agradeció su ayuda.

Cuando llegó al aeropuerto de Honolulu, Sachi se dio cuenta de que, con el atolondramiento, se había olvidado de comunicar la hora de su llegada al consulado japonés. Habían quedado en que un miembro del consulado la acompañaría a Kauai. Sin embargo, le pareció más sencillo dirigirse hacia allí sola que ponerse en contacto con el consulado y concertar una cita, y así lo hizo. Una vez en el lugar, ya se las apañaría. Hizo transbordo de avión y, antes de mediodía, ya estaba en Kauai. En el aeropuerto alquiló un coche en un mostrador de Avis y, en primer lugar, se dirigió a la comisaría más cercana. Allí les explicó que acababa de llegar de Tokio porque había recibido aviso de que su hijo había muerto en

Hanalei Bay atacado por un tiburón. Un policía canoso con gafas la acompañó a un depósito de cadáveres parecido a un almacén frigorífico. Y le mostró el cuerpo de su hijo al que le faltaba la pierna devorada. La pierna derecha estaba amputada un poco por encima de la rodilla. Por el corte, asomaba dolorosamente el blanco hueso. Aquél era su hijo, sin lugar a dudas. Su rostro carecía de toda expresión, parecía que estuviese durmiendo como si tal cosa. Daba la impresión de que, si lo sacudiera por el hombro, se levantaría rezongando. Como todas las mañanas.

En otra sala firmó un documento certificando que el cadáver era de su hijo. El policía le preguntó qué pensaba hacer con el cuerpo. Ella le respondió que no lo sabía, ¿qué solía hacerse en estos casos? El policía le explicó que lo más corriente era incinerar el cadáver y llevarse las cenizas a casa. También existía la posibilidad de transportar el cuerpo a Japón, pero los trámites eran complicados y costosos. También podía sepultar a su hijo en el cementerio de Kauai.

—Hágalo incinerar, por favor. Me llevaré las cenizas a Tokio —dijo Sachi.

Su hijo estaba muerto. Lo hiciera como lo hiciese, las perspectivas de que volviera a la vida eran nulas. Cenizas, huesos o cadáver, ¿qué cambiaba en realidad? Firmó la autorización de incineración. Pagó el importe.

—Sólo llevo American Express —dijo ella.

—No hay problema —respondió el policía.

«Estoy pagando la incineración de mi hijo con la tarjeta de American Express», pensó Sachi. Le parecía extraordinariamente irreal. Todo aquello carecía de cualquier viso de realidad, al igual que el hecho de que su hijo hubiera muerto atacado por un tiburón. La incineración tendría lugar al día siguiente por la mañana.

—Habla usted muy bien el inglés —le dijo el oficial mientras ponía los documentos en orden. Era un policía de origen japonés llamado Sakata.

—De joven viví un tiempo en América —explicó Sachi.

—Comprendo —dijo el policía. Luego le entregó las pertenencias de su hijo. Ropa, el pasaporte, el billete de regreso, la cartera, el *walkman*, unas revistas, unas gafas de sol, el neceser. Todo cabía en una pequeña bolsa de viaje. Sachi tuvo que volver a firmar un recibo donde figuraba una lista de aquellas modestas posesiones.

—¿Tiene otros hijos? —le preguntó el policía.

—No. Sólo lo tenía a él —respondió Sachi.

—¿Y no la ha acompañado su esposo?

—Mi marido murió hace muchos años.

El oficial lanzó un hondo suspiro.

—Lo siento mucho. Si podemos hacer algo por usted, no dude en decírnoslo.

—Enséñeme el lugar donde murió mi hijo. Y también donde se alojaba. Supongo que tendré que pagar la cuenta del hotel. Además, me gustaría ponerme en contacto con el consulado japonés en Honolulu, ¿podría usar su teléfono?

El policía trajo un mapa y le señaló con un rotulador el lugar donde había estado haciendo surfing su hijo y el hotel donde se alojaba. Sachi, por su parte, decidió pasar la noche en el pequeño hotel del centro de la ciudad que le recomendó el policía.

—Señora, me gustaría pedirle un favor personal —dijo aquel policía de mediana edad llamado Sakata en el momento de despedirse—. Aquí, en Kauai, la naturaleza arrebatada con frecuencia vidas humanas. Tal como usted puede ver, la naturaleza posee aquí una belleza extraordinaria, pero, al mismo tiempo, puede ser violenta y mortal. Nosotros vivimos aquí asumiendo esta posibilidad. Siento de corazón lo que le ha sucedido a su hijo. Pero le ruego que no aborrezca por ello nuestra isla. Puede que esto le suene muy poco considerado a usted. Con todo, se lo pido, por favor.

Sachi asintió.

—¿Sabe, señora? El hermano mayor de mi madre murió en la guerra, en el año 1944, en Europa. Cerca de la frontera entre Alemania y Francia. Formaba parte de un regimiento de soldados de origen japonés y se dirigía a rescatar un batallón de Texas cercado por los nazis, cuando lo alcanzó de lleno una bomba del ejército alemán. Lo único que quedó de él fue su placa de identificación y unos cuantos trozos de carne. Esparcidos por encima de la nieve. Mi madre adoraba a su hermano y, después de aquello, ya no volvió a ser la misma. Yo, por supuesto, únicamente conocí a mi madre después del cambio. Me duele el corazón sólo de pensarlo. —Al decirlo, el policía sacudió la cabeza—. En la guerra, sean cuales sean los ideales que se tengan, la muerte es producto de la ira y del odio de los dos contendientes. Pero en la naturaleza no es así. En la naturaleza no hay partes. Todo esto debe de ser muy duro para usted, pero intente pensar de esta manera: su hijo se ha integrado de nuevo en el ciclo de la naturaleza y su muerte nada ha tenido que ver con las ideologías, la ira o el odio.

Al día siguiente, después de la incineración, una vez hubo recibido una pequeña urna de aluminio con las cenizas de su hijo, Sachi se puso al volante del coche y se dirigió a Hanalei Bay, en la costa norte de la isla. Desde Lihue, donde estaba la comisaría de policía, había una hora de camino. La mayor parte de los árboles estaban deformados a causa de un gran tifón que años atrás había assolado la isla. Sachi también vio los restos de algunas casas de madera que se habían quedado sin tejado. Incluso las montañas habían experimentado cambios en su morfología. La naturaleza era muy dura en aquellos parajes.

Dejó atrás la pequeña y somnolienta ciudad de Hanalei y, un poco más adelante, encontró la zona de surfing donde el tiburón había atacado a su hijo. Detuvo el coche en un aparcamiento cercano, se sentó en la arena y se quedó mirando cómo cinco surfistas cabalgaban las olas. Flotaban en alta mar agarrados a sus tablas. Cuando se acercaba una ola poderosa tomaban impulso, se ponían de

pie encima de la tabla y cabalgaban sobre la ola hasta llegar a las proximidades de la playa. Cuando la ola perdía su fuerza, ellos perdían el equilibrio y caían al agua. Luego recobraban la tabla y la empujaban hasta alta mar, deslizándose entre las olas. Y volvían a repetir todo el proceso. Sachi no lo podía entender. ¿No tenían miedo de los tiburones? ¿O es que no se habían enterado de que, pocos días atrás, un tiburón había matado a su hijo en aquel mismo lugar?

Sentada en la arena, Sachi permaneció alrededor de una hora contemplando esa escena. Era incapaz de conformar una sola idea. El pasado que poseía un determinado peso había desaparecido, sin más, y el futuro estaba muy lejos, sumergido en las tinieblas. Ni un tiempo ni el otro tenían casi nada que ver con ella. Sentada en una temporalidad en continuo tránsito llamada presente, iba persiguiendo con los ojos de manera mecánica aquella monótona escena que se repetía una vez tras otra. En cierto momento pensó: «Lo que más necesito ahora es tiempo».

Luego se dirigió al hotel donde se hospedaba su hijo. Era un hotel pequeño y sucio frecuentado por surfistas, con un jardín descuidado donde dos chicos blancos de pelo largo, semidesnudos, estaban sentados en unas tumbonas de lona tomando cerveza. Había varios botellines verdes de Rolling Rock tirados por el suelo, entre los hierbajos. Uno de los chicos era rubio y el otro moreno, pero, aparte de eso, los dos tenían una cara parecida y una complexión física similar. Ambos lucían llamativos tatuajes en los brazos. En el aire flotaba un tenue olor a marihuana, mezclado con el de excrementos de perro. Cuando Sachi se acercó, ambos le dirigieron una mirada suspicaz.

—Mi hijo se alojaba aquí. Es el chico al que mató un tiburón hace tres días—les explicó Sachi.

Los dos intercambiaron una mirada.

—¿Te refieres a Takashi?

—Sí, a Takashi.

—Era un tipo muy majo —dijo el rubio—. ¡Fue una lástima!

—Aquella mañana, ¿no? Pues resulta que había muchas tortugas en la bahía, ¿no? —explicó el moreno con voz átona—. Y los tiburones vinieron detrás, para comérselas, ¿no? Esto... Los tiburones no suelen atacar a los surfistas... Porque nosotros tenemos muy buen rollo con ellos, ¿sabes? Pero..., hay tiburones de todo tipo, ¿no?

Ella les dijo que había venido a pagar el hotel. Porque suponía que su hijo tenía alguna cuenta pendiente.

El rubio hizo una mueca y blandió el botellín de cerveza en el aire.

—Ya. Es que tú no sabes cómo va esto. Aquí se tiene que pagar por adelantado, ¿sabes? Es un hotel barato para surfistas sin una perra. Nada de cuentas pendientes.

—Esto... ¿Y la tabla de Takashi? Te la vas a llevar, ¿no? —dijo el moreno—. El tiburón ese le hincó bien los dientes, ¿no?... La dejó partida en dos, ¿no? Es

una Dick Brewer vieja. La policía no se la llevó. Eee... me parece que aún está allí, ¿no?

Sachi sacudió la cabeza. No la quería ver.

—¡Fue una lástima! —repitió el rubio. Al parecer no se le ocurría otra cosa.

—Era un tipo muy majo —dijo el moreno—. Un tipo de puta madre, ¿no? Y en surfing también era muy bueno, ¿no? Esto... La noche antes, ¿no?... Estuvimos tomando tequila juntos, ¿no?

Al final, Sachi se quedó una semana en Hanalei. Alquiló la mejor casita que encontró y vivió allí preparándose comidas sencillas. Antes de volver a Japón tenía que tratar de recuperarse un poco. Se compró una silla de plástico, unas gafas de sol, un sombrero y crema de protección solar, y todos los días se sentaba en la arena y contemplaba a los surfistas. Llovía varias veces al día. La lluvia era tan fuerte que parecía que arrojaran grandes cubos de agua desde el cielo. En la costa norte, el clima es variable en otoño. Cuando empezaba a llover, Sachi se metía dentro del coche y se quedaba contemplando la lluvia. Cuando escampaba, volvía a la playa y dirigía los ojos hacia el mar.

A partir de entonces, Sachi empezó a visitar Hanalei todos los años en aquella misma época del año. Cuando se acercaba la fecha de la muerte de su hijo, se dirigía a Hanalei y permanecía allí tres semanas. En cuanto llegaba, cogía la silla de plástico, iba a la playa y se quedaba mirando a los surfistas. No hacía nada más. Simplemente, se pasaba el día sentada en la playa. Esto se repitió durante más de diez años. Se alojaba en la misma habitación de la misma casita y comía sola en el mismo restaurante leyendo un libro. A base de repetir, año tras año, lo mismo, empezó a conocer a algunas personas con quienes podía hablar. Era una ciudad pequeña y la mayoría de personas la conocían de vista. Se la conocía como la madre de aquel chico japonés al que mató un tiburón por los alrededores.

Aquel día, cuando volvía del aeropuerto adonde había ido a cambiar un coche de alquiler que no funcionaba del todo bien, Sachi se encontró a dos chicos japoneses que hacían autoestop en una localidad que está a medio camino llamada Kapaa. Estaban plantados delante del Ono Family Restaurant, con enormes bolsas deportivas a la espalda, y alzando, con expresión poco convencida, el dedo pulgar en dirección a los automóviles. Uno era alto y larguirucho, el otro bajo y rechoncho. Los dos llevaban el pelo, que les llegaba hasta los hombros, teñido de castaño, camisetas raídas y unos shorts y sandalias desastrados. Sachi pasó de largo, pero, tras proseguir un poco, se lo pensó dos veces y dio la vuelta.

—¿Adónde vais? —les preguntó en japonés asomándose por la ventanilla.

—¡Oh! ¡Pero si habla japonés! —dijo el alto.

—Pues claro. Como que soy japonesa —repuso Sachi—. ¿Adónde vais?

—A un sitio que se llama Hanalei —dijo el alto.

—¿Os llevo? Justo ahora voy hacia allí —dijo Sachi.

—Pues nos haría un gran favor —dijo el rechoncho.

Cargaron el equipaje en el maletero y, luego, se dispusieron a sentarse los dos en los asientos traseros del Neon.

—No es por nada, pero no me hace ninguna gracia que os sentéis los dos detrás —dijo Sachi—. No soy ningún taxi, así que, por favor, que pase uno delante. Me parece un poco más educado, la verdad.

Al final resultó ser el larguirucho el que se sentó, tímidamente, en el asiento de al lado del conductor.

—¿Cómo se llama este coche? —preguntó el alto doblando penosamente sus largas piernas.

—Es un Dodge Neon. De Chrysler —respondió Sachi.

—¡Jo! ¿No me diga que en América hay coches tan pequeños? Mi hermana lleva un Corolla, pero me parece que todavía hay más espacio que en éste.

—No todos los americanos van en Cadillac, ¿sabes?

—Pero es que éste es tan pequeño...

—Si no te gusta, puedes bajarte ahora mismo —dijo Sachi.

—¡Oh, no! No lo decía con esta intención. Ya veo que he metido la pata. Sólo es que me ha sorprendido que fuera tan pequeño. Creía que todos los coches americanos eran enormes.

—¿Y qué vais a hacer a Hanalei? —preguntó Sachi mientras conducía.

—Pues, surfing —dijo el alto.

—¿Y la tabla?

—Ya nos la agenciaremos en la zona —dijo el rechoncho.

—Traerlas de Japón es muy pesado. Además, hemos oído que aquí venden tablas de segunda mano baratas —explicó el alto.

—¿Y usted ha venido de viaje? —preguntó el rechoncho.

—Sí.

—¿Sola?

—Pues sí —le respondió Sachi con naturalidad.

—¿No será una de esas surfistas legendarias?

—¡Pues claro que no! —exclamó Sachi boquiabierta—. Por cierto, ¿ya sabéis dónde os vais a alojar en Hanalei?

—Pues no. Una vez allí, ya nos espabilaremos —dijo el alto.

—Y, si no encontramos nada, dormiremos en la playa —dijo el rechoncho—. Además, como no tenemos mucha pasta...

Sachi sacudió la cabeza.

—En la costa norte, en esta estación del año, las noches son frías. Incluso dentro de casa tienes que ponerte un jersey. Si dormís al aire libre, os pondréis enfermos.

—¿Pero en Hawai no es siempre verano? —preguntó el alto.

—Hawai está en el hemisferio norte y tiene cuatro estaciones. En verano hace calor y, en invierno, a su manera, hace frío.

—Entonces, será mejor que durmamos bajo tejado —dijo el rechoncho.

—Oiga, señora. ¿Podría recomendarnos algún sitio para pasar la noche? —preguntó el alto—. Es que nosotros casi no hablamos inglés.

—Nos habían dicho que en Hawai todo el mundo hablaba japonés, pero aquí nadie pillaba una palabra —dijo el rechoncho.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Sachi boquiabierto—. Japonés sólo lo hablan en Oahu y, además, sólo en una parte de Waikiki. Allí van muchos japoneses a comprar cosas caras a Louis Vuitton o a Chanel y, por eso, cogen dependientes que hablan japonés. O, también, en los hoteles Hyatt y Sheraton. Pero, a la que das un paso fuera, sólo entienden inglés. Es que esto es América, ¿sabéis? ¿Habéis venido a Kauai sin saber eso?

—Pues yo no lo sabía. Mi madre dice que en Hawai todo el mundo habla japonés.

—¡Uf! —dijo Sachi.

—Nosotros tenemos bastante con el hotel más barato que haya por allí —dijo el rechoncho—. Es que no tenemos pasta.

—El hotel más barato de Hanalei no es para pardillos —dijo Sachi—. Es un poco peligroso.

—¿Peligroso? ¿En qué sentido? —preguntó el alto.

—Drogas, básicamente —dijo Sachi—. Entre los surfistas, también hay mala gente. Si sólo fuera marihuana, no pasaría nada, pero a la que se trata de *ice* la cosa cambia.

—¿Y qué es eso del *ice*?

—Nunca he oído hablar de él —dijo el alto.

—Vosotros dos no os enteráis de nada, ¿verdad? ¡Uf! Esos tipos os enredarían de lo lindo —dijo Sachi—. El *ice* es una droga dura que en Hawai se puede encontrar por todas partes. No soy una experta, pero es una especie de estimulante cristalizado. Es barato, fácil de encontrar y te hace sentir muy bien, pero, a la que te enganchas, ya estás muerto.

—¡Qué peligro! —dijo el alto.

—Oiga, ¿y la marihuana se puede tomar sin problemas? —preguntó el rechoncho.

—Eso, yo no lo sé. Pero, como mínimo, por culpa de la marihuana no se muere nadie —dijo Sachi—. No es como el tabaco, que seguro que mata a la gente. Con la marihuana no pasa. Puede que te vuelva un poco tonto. Claro que vosotros no notaríais la diferencia.

—¡Cómo se pasa, señora! —exclamó el rechoncho.

—Usted debe de ser una del *boom*, ¿verdad? —dijo el alto. —¿De qué *boom* me hablas?

—De la generación del *baby boom*.

—A mí no me vengas con generaciones. Yo soy yo, y ya está. No me gusta que me clasifiquen, así por las buenas.

—¡Seguro! ¡Fijo que es del *boom!* —dijo el rechoncho—. Enseguida se mosquea. Igualita que mi madre.

—Te lo advierto. No me pongas tampoco en el mismo saco que a la bendita de tu madre —dijo Sachi—. En fin, dejémoslo correr. En Hanalei es mejor que os alojéis en un sitio decente. Saldréis ganando. Incluso hay algún asesinato de vez en cuando.

—Vaya, que esto no es precisamente el paraíso —concluyó el rechoncho.

—Sí. Ha cambiado mucho desde la época de Elvis —dijo Sachi—. No lo tengo muy claro, pero ese tal Elvis Costello ya debe de ser bastante abuelo, ¿no?

Después de esto, Sachi condujo durante un buen rato sin abrir la boca.

Sachi habló con el encargado de las casitas donde ella se alojaba y éste les encontró a los dos chicos una habitación bastante barata.

Gracias a la intermediación de Sachi, les rebajaron considerablemente la tarifa de una semana. Sin embargo, con todo, ésta no se ajustaba al presupuesto de los muchachos.

—¡Imposible! Nosotros no tenemos tanta pasta —dijo el alto.

—No tenemos casi nada, la verdad —reconoció el rechoncho.

—Pero algo de dinero, para una emergencia, sí llevaréis, supongo —dijo Sachi.

El larguirucho se frotó el lóbulo de la oreja con aire de apuro.

—Pues sí. Llevo la tarjeta familiar del Diners Club, pero mi padre me ha advertido que sólo la use si no me queda más remedio. Dice que a la que empezara a gastar, me puliría todo el dinero. Y si gasto en algo que no sea una emergencia, al volver a Japón me va a soltar una bronca.

—¡Idiota! —dijo Sachi—. Esto es una emergencia. Si aprecias en algo tu vida, ve sacando la tarjeta y quédate aquí. A no ser que quieras que la policía te arroje en un calabozo a medianoche y que un hawaiano enorme como un luchador de sumo te taladre el culo. Claro que, si te gusta eso, la cosa cambia. Pero duele bastante.

El larguirucho se sacó inmediatamente la tarjeta familiar del Diners Club del fondo de la cartera y se la entregó al encargado de las casitas. Sachi le preguntó dónde podían comprar tablas de surf de segunda mano a buen precio. El encargado le indicó una tienda. Donde tenían la posibilidad, además, de revenderlas al marcharse. Los dos dejaron el equipaje en la habitación y se dirigieron enseguida a la tienda a comprar tablas de surf.

A la mañana siguiente, Sachi estaba sentada en la playa, como siempre, contemplando el mar, cuando llegaron los dos chicos japoneses y empezaron a hacer surf. Nadie lo hubiera dicho al ver su aspecto tan poco digno de crédito, pero

los dos dominaban a la perfección la técnica del surf. Cuando venía una ola con fuerza se montaban encima, veloces, y, manejando las tablas con destreza, se deslizaban hasta las proximidades de la playa. Y lo repetían una y otra vez, sin cansarse. Cuando cabalgaban sobre una ola, se los veía llenos de vitalidad. Les brillaban los ojos, rebosaban confianza en sí mismos. No había ni rastro de debilidad en sus figuras. Seguro que se pasaban los días, de la mañana a la noche, sin estudiar, cabalgando sobre las olas. Como había hecho su hijo en el pasado.

Sachi empezó a estudiar piano después de ingresar en el instituto. Un comienzo muy tardío para ser pianista. Antes no había puesto nunca las manos sobre un piano. Sin embargo, después de clase, jugueteando con las teclas del piano que había en el aula de música, lo aprendió a tocar bien. En principio, ella estaba dotada para la música y tenía un oído extraordinario. A la que oía una vez una melodía, fuera la que fuese, era capaz de traspasarla, tal cual, al teclado del piano. Sabía encontrar los acordes correctos para cada melodía. A pesar de que nadie se lo había enseñado, movía los diez dedos con agilidad. Poseía un talento innato para tocar el piano.

Un joven profesor de música quedó admirado al descubrirla un día jugueteando con el piano del aula de música y le corrigió algunos errores básicos que ella cometía al poner los dedos sobre el teclado. «Tal como lo haces ahora, también puedes tocar, pero así serás más rápida», le dijo y se lo mostró. Ella lo asimiló en un abrir y cerrar de ojos. Aquel profesor era un gran amante del jazz y, después de clase, le fue transmitiendo la teoría básica del piano en el jazz. Cómo se formaban los acordes, cómo progresaban. Cómo se usaba el pedal. Cuál era el concepto de la improvisación. Ella lo absorbía todo con avidez. El profesor le compró, además, varios discos. De Red Garland, Bill Evans, Wynton Kelly. Ella escuchaba una y otra vez sus interpretaciones y las copiaba a la perfección. En cuanto se familiarizaba con ellos, no le resultaba demasiado difícil copiarlos. Era capaz de reproducir la resonancia y el flujo de su música con los dedos, sin necesidad de ir transcribiendo cada nota. «Tienes talento. Si estudiaras, podrías llegar a ser una pianista profesional», le decía el profesor entusiasmado.

Pero Sachi no opinaba igual. Porque lo único que ella era capaz de hacer era copiar fielmente un original. Le resultaba fácil tocar lo que ya existía y de la manera que lo hacían otros. Pero no era capaz de crear su propia música. Por más que le dijeran que tocara lo que quisiera, ella no sabía ni qué ni cómo. A la que improvisaba, al final acababa imitando algo. Además, le costaba mucho leer música. Cuando se encontraba frente a una partitura escrita al detalle, notaba que le faltaba el aire. Le resultaba muchísimo más fácil escuchar una melodía y trasladarla directamente al teclado. «¿Y así cómo voy a ser pianista?», pensaba.

Al acabar el instituto, decidió estudiar cocina en serio. No es que le gustara particularmente la cocina, pero su padre tenía un restaurante y, como no había

nada que le apeteciera hacer en especial, pensó que podría continuar el negocio. Fue a estudiar a una escuela de Chicago. No es que Chicago fuera una ciudad famosa en el mundo entero por su sofisticada cocina, pero allí tenía unos parientes que podían responsabilizarse de ella.

Mientras estudiaba cocina en aquella escuela, invitada por un compañero de clase empezó a tocar el piano en un pequeño piano-bar que había en el centro de la ciudad. Al principio tocaba esporádicamente para ganarse algún dinerillo para los gastos. Vivía con estrecheces del dinero que le enviaban sus padres, así que agradecería poder contar con unos ingresos extras. Y, como era capaz de tocar al momento cualquier melodía, el dueño estaba encantado con Sachi. Una vez oía una melodía, jamás la olvidaba y, aunque no la conociera, sólo con que se la tararearan ya era capaz de reproducirla. Además, sin ser una belleza, tenía un rostro atractivo, por lo que se hizo muy popular y cada vez acudían más clientes al bar a verla. Sólo en propinas ya ganaba una buena cantidad de dinero. Pronto dejó de ir a la escuela. Sentarse ante el piano era mucho más divertido, y más cómodo, que trocear carne de cerdo sanguinolenta, rallar un trozo de queso duro o lavar un montón de platos sucios.

Por lo tanto, cuando su hijo se saltaba las clases y se pasaba todo el día haciendo surfing, ella se limitaba a encogerse de hombros. «Cuando yo era joven, hacía lo mismo. No puedo reprochárselo. Quizá sea algo hereditario», se decía.

Estuvo alrededor de un año y medio tocando el piano en aquel bar. Allí aprendió a hablar inglés y ganó bastante dinero. Incluso tuvo un novio americano. Era un chico negro muy guapo aspirante a actor (más adelante, Sachi lo vio como actor secundario en *Diehard 2*). Sin embargo, un día un agente de inmigración con una placa en el pecho entró en el local. Posiblemente, Sachi llamara demasiado la atención. El agente le pidió que le enseñara el pasaporte. Y la detuvo por trabajo ilegal. Unos días después la hacían subir en un Jumbo con destino al aeropuerto de Narita —el importe del billete lo abonó ella, por supuesto— y así acabó su vida en América.

De vuelta en Japón se planteó diversas posibilidades de cara al futuro, pero no se le ocurría otro medio de vida posible que tocar el piano. Sus problemas con las partituras le restaban oportunidades de trabajo, pero su capacidad de reproducir de oído cualquier melodía era muy valorada en diversos lugares. Y tocó el piano en salones de hoteles, clubes nocturnos, piano-bares. Era capaz de interpretar cualquier tipo de música adaptándose al ambiente del local, a los clientes y a las canciones que le pedían que tocara. Ella podía ser un «camaleón musical», pero nunca le faltó trabajo.

A los veinticuatro años se casó y, dos años después, tuvo un hijo. Su marido era un guitarrista de jazz un año menor que ella. Sus ingresos eran casi nulos, se drogaba con asiduidad y era mujeriego. Muchos días no aparecía por casa y, cuando lo hacía, solía ser violento. Todo el mundo había estado en contra de su matrimonio y, una vez casada, todo el mundo le aconsejaba que se separase. Su

marido era muy descuidado, pero poseía un talento musical muy particular y, en el mundo del jazz, se le consideraba una joven promesa. Es posible que fuera eso lo que atrajo a Sachi. Pero el matrimonio no duró más de cinco años. Una noche, él tuvo un ataque al corazón en casa de otra mujer y murió mientras lo llevaban, completamente desnudo, al hospital. Debido a una sobredosis.

Poco después de que muriera su marido, ella abrió en Roppongi su propio piano-bar. Tenía algunos ahorros y, además, pudo contar con el dinero del seguro de vida al que Sachi había suscrito a su marido en secreto. También tuvo la posibilidad de pedir un préstamo a un banco. Porque el director de la sucursal bancaria era un cliente asiduo del piano-bar donde había trabajado Sachi antes. En el nuevo local puso un piano de cola de segunda mano e hizo construir una barra adecuándose a su silueta. Atrajo, con un sueldo muy elevado, a un hombre de talento que había descubierto en otro local para que desempeñara las funciones de barman y de encargado. Ella tocaba cada noche el piano, satisfacía las peticiones musicales de sus clientes y los acompañaba al piano cuando éstos cantaban. Sobre el instrumento había puesto una pecera para las propinas. Los músicos que actuaban en un club de jazz cercano se pasaban a veces por el bar y tocaban cosas sencillas. Consiguió hacerse con una clientela fija y el negocio le fue mejor de lo que había supuesto. Pudo ir devolviendo con regularidad el préstamo bancario. Como había quedado harta de la vida de casada, no volvió a contraer matrimonio, aunque salía con hombres de vez en cuando. La mayoría eran casados, lo que, a los ojos de Sachi, simplificaba las cosas. Y, mientras tanto, su hijo fue creciendo, se hizo surfista y empezó a decir que quería ir a Hanalei, en Kauai, a practicar el surf. A Sachi no le entusiasmó la idea, pero, harta de discutir, le acabó comprando a regañadientes el billete de avión. Las largas controversias no eran su fuerte. Y así, mientras esperaba la llegada de una ola con fuerza, a su hijo le atacó un tiburón que había entrado en la bahía persiguiendo tortugas y puso fin a su corta vida de diecinueve años.

Después de la muerte de su hijo, Sachi trabajó con más fervor aún que antes. Durante el año acudía a su local casi cada día y tocaba el piano sin parar. Y, cuando el otoño llegaba a su fin, se tomaba tres semanas de vacaciones y se dirigía a Kauai con un billete de clase ejecutiva de la compañía United. Durante su ausencia, la sustituía otro pianista.

También en Hanalei tocaba el piano a veces. Había un restaurante que tenía un pequeño piano de cola y, los fines de semana, actuaba un pianista cincuentón. Su repertorio se componía, principalmente, de temas inocuos como *Bali Hai* o *Blue Hawaii*. Sin ser un gran músico, el pianista era una persona muy afable y su carácter se reflejaba en sus interpretaciones musicales. Sachi se hizo amiga de él y, de vez en cuando, lo sustituía ante el piano. Al tratarse de actuaciones espontáneas, Sachi no cobraba nada, por supuesto, pero el dueño del restaurante solía invitarla a

una copa de vino o a un plato de pasta. A Sachi, tocar el piano, en sí mismo, le gustaba. Sólo con posar los diez dedos sobre las teclas notaba cómo se le ensanchaba el corazón. Y eso no tenía nada que ver con el talento. Tampoco con que tuviera alguna utilidad o no la tuviera. «Quizá mi hijo sentía lo mismo mientras cabalgaba sobre las olas», se decía Sachi.

Sin embargo, a decir verdad, a ella nunca le gustó su hijo como persona. Lo quería, por supuesto. Nadie le importaba más en el mundo. Sin embargo, como persona —aunque lo cierto es que tardó mucho tiempo en reconocerlo ante sí misma— no lograba sentir simpatía hacia él. Si el chico no hubiera llevado su misma sangre, no lo hubiera querido ni ver. Era egoísta, le faltaba fuerza de concentración, nunca lograba acabar lo que empezaba. Evitaba hablar en serio y, a la mínima, se inventaba la mentira que más le convenía. Apenas estudiaba y, por lo tanto, sus notas eran deplorables. La única actividad que realizaba más o menos en serio era el surf y vete a saber cuánto tiempo hubiera durado. Como tenía las facciones dulces, nunca le faltaban chicas, pero él no pensaba más que en divertirse y, cuando se cansaba de una, la dejaba sin más, como si desechara un juguete. «Quizá lo mimé demasiado», se decía Sachi. Tal vez le dio demasiado dinero para sus gastos. Debería haberlo educado con más severidad. Pero lo cierto es que ella no sabía cómo podía haber sido más estricta con él. Sachi tenía demasiado trabajo y, además, desconocía completamente la mentalidad y el cuerpo de un muchacho.

Sachi estaba tocando en aquel restaurante cuando entraron los dos surfistas a comer. Era su sexto día en Hanalei. Ambos estaban muy bronceados y parecían mucho más decididos que la primera vez que los había visto.

—¡Anda! ¡Pero si toca el piano! —exclamó el chico rechoncho.

—¡Y qué bien lo hace! Es toda una profesional —comentó el alto.

—Toco para divertirme —dijo Sachi.

—¿Conoce alguna canción de los *B'z*?

—No, para nada —dijo Sachi—. Pero, decidme, ¿no erais tan pobres? ¿Ya os llegará el dinero para comer aquí?

—Es que tengo la tarjeta Diners —dijo el alto con seguridad.

—¿No habíamos quedado en que era sólo para emergencias?

—¡Uf! Ya me las apañaré. Con estas cosas, ya se sabe. Una vez empiezas a usarlas se convierten en un vicio. Mi padre tenía toda la razón.

—Cierto. Bueno, veo que te lo tomas con tranquilidad —dijo Sachi admirada.

—Hemos pensado invitarla a comer —dijo el rechoncho—. Nos ha ayudado mucho y, eso, sin conocernos de nada. Pasado mañana a primera hora nos volvemos a Japón y antes nos gustaría invitarla para darle las gracias.

—Así que, si le apetece, podemos comer juntos ahora. También pediremos vino. Invitamos nosotros —dijo el alto.

—Ya he comido —dijo Sachi. Y alzó la copa de vino tinto que llevaba en la mano—. El dueño ya me ha invitado a una copa de vino. Pero me basta con la intención. Me considero invitada. Muchas gracias.

Un hombre blanco de gran estatura se acercó a su mesa y se plantó junto a Sachi. Llevaba un vaso de whisky en la mano. Rondaba los cuarenta años. Llevaba el pelo corto. Sus brazos eran tan gruesos como un poste eléctrico mediano y, en uno de ellos, lucía un gran tatuaje de un dragón. Debajo figuraban las iniciales USMC.* El color del tatuaje había palidecido. Al parecer, se lo habían hecho hacía mucho tiempo.

—Tocas muy bien —dijo él.

—Gracias —respondió Sachi tras echarle una ojeada al hombre.

—¿Japonesa?

—Sí.

—Yo he estado en Japón. Pero hace mucho tiempo. Dos años en Iwakuni.

—¡Vaya! Yo he estado dos años en Chicago. Pero hace mucho tiempo. Así que estamos empatados.

El hombre se lo pensó un poco. Luego, tras decidir que debía de tratarse de una broma, se rió.

—¡Va! Toca algo al piano. Algo que tenga marcha. ¿Conoces *Beyond the Sea*, de Bobby Darin? Es que la quiero cantar.

—Yo no trabajo aquí y, además, ahora estoy hablando con estos chicos. El pianista del restaurante es aquel caballero delgado, un poco calvo, que está sentado ante el piano. Si tienes alguna petición que hacer, dirígete a él. Y, luego, no te olvides de dejar propina.

El hombre sacudió la cabeza.

—Esa tarta de frutas no toca más que mariconadas. ¡Va! Quiero que tú me toques algo con marcha. Te doy diez pavos.

—No lo haría ni por quinientos —replicó Sachi.

—¿Ah, no? —dijo él.

—No —dijo Sachi.

—¡Ah! ¿Y entonces por qué no lucháis vosotros, los japoneses, para defender vuestro país? ¿Por qué tenemos que ir nosotros a Iwakuni a protegeros a vosotros?

—¿De modo que lo mínimo que yo puedo hacer es cerrar la boca y tocar?

—Correcto —dijo el hombre. Dirigió la mirada hacia los dos chicos que estaban sentados al otro lado de la mesa—. Y vosotros, ¿de qué vais? No servís para nada, todo el día con el coño del surfing. Los japos, vosotros venís a Hawái para hacer surfing, ¿y eso para qué? En Irak...

—Me gustaría hacerte una pregunta —intervino Sachi—. Hace un rato que me ronda una duda por la cabeza.

* Estas iniciales corresponden a United States Marine Corps. (*N. de la E*)

—Di.

Sachi giró la cabeza y miró de frente al hombre.

—Es la siguiente: ¿cómo diablos se forman los tipos como tú? Es algo que me intriga desde hace tiempo. Sois así de nacimiento o, a lo largo de vuestra vida, a raíz de una experiencia desagradable, os volvéis de este modo. ¿Cuál de las dos opciones es? ¿Tú qué piensas?

El hombre se quedó pensando unos instantes. Luego, con un golpe seco, dejó el vaso de whisky encima de la mesa.

—Escuche, señora...

Al oír que alguien vociferaba, el dueño del restaurante se acercó. Era un hombre bajito, pero agarró al antiguo *marine* por el brazo y se lo llevó. Al parecer se conocían y el hombre no opuso resistencia. Sólo dejó caer una o dos frases de protesta.

—Siento muchísimo lo que ha sucedido —dijo el propietario un poco después cuando se acercó a Sachi para disculparse—. No es un mal tipo, pero si bebe, cambia. Luego le llamaré la atención. Les invito a algo, para hacerles olvidar el mal rato.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada a este tipo de cosas —dijo Sachi.

—¿Qué decía aquel tipo? —le preguntó el chico rollizo a Sachi.

—No he pillado nada —comentó el alto—. Bueno, sólo lo de «japo». —No os habéis perdido gran cosa. No valía la pena —dijo Sachi—.

¿Y qué? ¿Habéis podido hacer surfing a gusto en Hanalei? ¿Os habéis divertido?

—¡Muchísimo! —respondió el rechoncho.

—¡Ha sido súper! —dijo el larguirucho—. Creo que me ha cambiado la vida. De veras.

—Pues eso es lo principal. Uno debe divertirse al máximo mientras pueda. Luego, ya te pasan factura.

—No hay problema. Tengo la tarjeta —dijo el larguirucho.

—¡Vaya par de benditos! —exclamó Sachi sacudiendo la cabeza. —Oiga, señora. ¿Podemos hacerle una pregunta? —dijo el rollizo.

—¿De qué se trata?

—¿Ha visto alguna vez al surfista japonés con una sola pierna? —¿Un surfista japonés con una sola pierna? —dijo Sachi achicando los ojos y mirando de frente al chico rollizo—. No, nunca. —Nosotros lo hemos visto dos veces. Nos estaba mirando fijamente desde la playa. Llevaba una tabla roja Dick Brewer y le faltaba la pierna desde aquí. —El chico rollizo trazó una línea con el dedo unos diez centímetros por encima de la rodilla—. Como si se la hubieran amputado. Pero cuando nosotros llegábamos a la playa, había desaparecido. No aparecía por ninguna parte. Queríamos hablar con él, así que lo buscamos en serio, pero no logramos encontrarlo. Debe de tener nuestra misma edad, más o menos.

—¿Y qué pierna le faltaba? ¿La derecha? ¿O la izquierda? El echocho reflexionó un momento.

—Pues yo diría que era la derecha. ¿Verdad?

—Sí, seguro. Era la derecha —respondió el alto.

—Ya —dijo Sachi. Se humedeció la boca con un poco de vino. El corazón le latía con un sonido duro y seco—. ¿Y seguro que era japonés? ¿No sería un hawaiano de origen japonés?

—Seguro. Eso se ve enseguida. Era un surfista venido de Japón. Como nosotros —dijo el alto.

Sachi mantuvo, por unos instantes, los labios apretados con fuerza. Luego dijo con voz seca.

—Me parece muy extraño. En una ciudad tan pequeña, a un surfista japonés cojo lo verías aunque no quisieras.

—Sí, ya —dijo el chico rollizo—. Algo así llamaría mucho la atención. Por eso nos ha extrañado tanto. Pero estaba. Seguro. Lo hemos visto los dos.

El alto comentó:

—Usted también se queda mucho rato sentada en la playa. Siempre en el mismo lugar. Pues, un poco más allá, estaba el chico ese, de pie sobre su pierna. Y siempre nos miraba a nosotros. Apoyado en el tronco de un árbol. Estaba por la zona donde se encuentran las mesas de picnic, debajo de aquel grupo de árboles de hierro.

Sachi tomó un sorbo de vino sin decir nada.

—Pero ¿cómo podrá tenerse en pie con una sola pierna encima de una tabla? No lo entiendo. Con dos ya cuesta lo suyo —dijo el rechoncho.

Después de aquello, Sachi recorrió todos los días, de la mañana a la noche, aquella larga playa, arriba y abajo. Pero no logró encontrar al surfista cojo. Iba preguntando a los surfistas del lugar: «¿Habéis visto a un surfista japonés con una sola pierna?». Pero todos sacudían la cabeza con cara de extrañeza. «¿Un surfista japonés con una sola pierna? No, no lo he visto. Si lo hubiera visto, me acordaría. Llamaría mucho la atención. Pero ¿cómo diablos puede hacer surfing faltándole una pierna?»

La noche antes de volver a Japón, después de hacer el equipaje, Sachi se metió en la cama. Se oían los chillidos de los lagartos gecko mezclados con el rumor de las olas. Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Sachi. Se dio cuenta de que estaba llorando al ver la almohada humedecida por las lágrimas. «¿Por qué no puedo ver yo a mi hijo?», pensó llorando. «¿Por qué pueden verlo aquel par de tontos y yo no? ¡Es injusto!» Recordó el cuerpo de su hijo en el depósito de cadáveres. De haber podido, lo hubiera sacudido fuertemente por el hombro hasta despertarlo y le hubiera preguntado a gritos: «¿Por qué? Dime, ¿por qué? ¡Esta vez has ido demasiado lejos!».

Sachi permaneció largo tiempo con la cara hundida en la almohada mojada por las lágrimas, sofocando el llanto. «¿Acaso yo no tengo derecho a verlo?» No

lo sabía. Lo único que le quedaba claro era que debía aceptar aquella isla. Tal como le había indicado, en voz baja, aquel policía de origen japonés, ella debía aceptar, tal como eran, las cosas de la isla. Tal cual eran. Justas o injustas. Con derecho o sin él. A la mañana siguiente, Sachi se despertó como una mujer sana de mediana edad. Cargó su maleta en el asiento posterior del Dodge Neon y dejó atrás Hanalei Bay.

Ocho meses después de regresar a Japón, Sachi se encontró en Tokio al chico rollizo. Estaba tomando un café en un Starbucks, cerca de la estación de metro de Roppongi, huyendo de la lluvia, cuando descubrió al chico rechoncho sentado a una mesa cercana. Se lo veía muy atildado con una camisa de Ralph Lauren bien planchada y unos pantalones chinos nuevos, y lo acompañaba una chica menuda de facciones agraciadas.

—¡Caramba, señora! —Con cara de alegría, se levantó de su asiento y se acercó a la mesa de Sachi—. ¡Qué casualidad! ¡Mira que encontrarnos aquí!

—Y que lo digas. ¿Cómo va todo? —dijo ella—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo? Lo llevas mucho más corto, ¿no?

—Es que pronto termino la universidad, ¿sabe? —respondió el chico rollizo.

—No me digas que vas a sacarte una carrera.

—Bueno, pues eso parece. Hasta aquí llego —dijo tomando asiento a su lado.

¿Has dejado el surfing?

—Lo practico los fines de semana. Pero ahora tengo que buscar trabajo. Ha llegado la hora de reformarme.

—¿Y tu amigo, el tímido?

—¡Ése tiene una suerte! No debe preocuparse por el empleo. Su padre es dueño de una pastelería occidental muy grande en Akasaka. Y dice que, si sigue con el negocio, le comprarán un BMW. ¡Qué suerte! Mi situación es diferente.

Sachi dirigió los ojos hacia el exterior. La lluvia pasajera de verano había teñido el pavimento de negro. Las calles estaban atestadas de coches y los taxistas hacían sonar, impacientes, el claxon.

—¿Aquella chica es tu novia?

—Sí, bueno, estoy en ello —dijo el chico rollizo rascándose la cabeza. —Es muy mona. Quizá demasiado guapa para ti. Seguro que no te deja hacer todo lo que quieres, ¿me equivoco?

Él alzó los ojos al techo, inconscientemente.

—Usted sigue como siempre, ¿eh? Soltando todas las lindezas que se le ocurren, ¿no? Pero lleva toda la razón del mundo. ¿No tendrá un buen consejo que darme? ¿Qué debo hacer para que las cosas progresen entre ella y yo?

—Para que las cosas te vayan bien con una chica hay tres maneras. La primera, callarte y escuchar lo que te dice. La segunda, alabar la ropa que lleva. La

tercera, invitarla a una buena comida. Es sencillo, ¿no? Y si así no te va bien, mejor que te resignes y lo dejes correr.

—Es un método muy práctico y fácil de entender. ¿Puedo apuntármelo en la agenda?

—Por mí, no hay problema. Pero ¿ni eso eres capaz de retener?

—No. Soy como una gallina. Doy tres pasos y ya se me ha ido todo de la cabeza. Por eso lo apunto todo. Por lo visto, Einstein hacía lo mismo.

—Conque Einstein, ¿eh?

—«Ser olvidadizo no es ningún problema. El problema es olvidar.»

—Haz lo que quieras —repuso Sachi.

El rechoncho se sacó una agenda del bolsillo y apuntó con cuidado lo que Sachi le había dicho.

—Muchas gracias por darme siempre tan buenos consejos —dijo él.

—Espero que te funcione.

—Haré lo posible —dijo el rollizo. Se puso en pie con la intención de volver a su mesa y, tras dudar un instante, le ofreció la mano—. Y usted también, señora.

Sachi le estrechó la mano.

—Me alegro mucho de que no se os comiera un tiburón en Hanalei Bay.

—¿Qué? ¿Hay tiburones allí? ¿De verdad?

—Sí, los hay —dijo Sachi—. De verdad.

Todas las noches, Sachi se sienta ante el teclado de ochenta y ocho teclas, de color marfil y negras, y mueve los dedos casi automáticamente. Mientras tanto, no piensa en nada. Sólo el eco de las notas del piano cruza su conciencia. Entran por esta puerta, salen por la otra. Cuando no está tocando el piano, piensa en su estancia de tres semanas, a finales de otoño, en Hanalei. Piensa en el rumor de las olas que se acercan y en el susurro de los árboles de hierro. En las nubes barridas por el viento, en los albatros que surcan el cielo con sus grandes alas desplegadas. Y piensa en lo que le aguarda allí. Esto es lo único en lo que Sachi puede pensar en estos momentos. Hanalei Bay.

En cualquier lugar donde parezca que esto pueda hallarse

—El padre de mi marido murió hace tres años atropellado por un tranvía — dijo la mujer. E hizo una pausa.

Yo no manifesté mi impresión al respecto. Me limité a mirarla fijamente a los ojos y a hacer dos pequeños movimientos afirmativos de cabeza. Durante el intervalo, comprobé si la media docena de lápices que descansaban en la bandeja de los lápices estaban bien afilados. Y, de la misma forma que un jugador de golf escoge el palo según la distancia, yo elegí con cuidado un lápiz. Uno que no tuviese la punta demasiado afilada ni tampoco demasiado roma.

—Me da vergüenza contarle esto —confesó la mujer.

No expresé mi opinión. Tomé el bloc de notas y, para probar el lápiz, escribí la fecha y el nombre de la mujer en lo alto de la hoja.

—Hoy en día, por Tokio apenas circulan tranvías. La mayoría han sido sustituidos por autobuses. Pero han dejado algunos. Como una especie de recuerdo. Pues bien, mi suegro fue atropellado por uno de esos tranvías —dijo la mujer, y lanzó un suspiro mudo—. La noche del uno de octubre de hace tres años. Llovía a cántaros.

Con el lápiz, anoté en el cuaderno los datos esenciales. «Padre, hace tres años, tranvía, lluvia torrencial, 1 de octubre, noche.» Yo sólo sé escribir haciendo buena letra, así que soy un poco lento.

—Mi suegro estaba en aquellos momentos muy ebrio. De no ser así, no se hubiera tendido en la vía del tranvía una noche de lluvia. Eso es evidente.

Tras pronunciar estas palabras, la mujer volvió a quedar en silencio. Apretando los labios con fuerza y mirándome fijamente. Quizás esperaba a que yo asintiera.

—Sí, claro —dije—. Debía de estar muy ebrio.

—Tanto como para perder la conciencia.

—¿Solía llegar su padre político a ese estado?

—¿Se refiere a emborracharse hasta el extremo de perder la conciencia?

Asentí.

—Lo cierto es que a veces bebía mucho —reconoció la mujer—. Pero no se puede decir que lo hiciera con frecuencia, y menos hasta el punto de tenderse en la vía del tranvía.

¿Hasta qué punto tiene que emborracharse alguien para tenderse en la vía? Yo era incapaz de precisarlo. Además, ¿era un problema de cantidad? ¿De calidad? ¿O quizás era un problema de orientación?

—O sea, que bebía mucho, a veces, pero que normalmente no llegaba hasta

ese punto —dije.

—Eso tengo entendido.

—¿Podría decirme su edad, señora?

—¿Me está preguntando cuántos años tengo?

—En efecto —dije—. Claro que si no quiere responder, no está obligada a ello.

La mujer alargó la mano y se frotó el puente de la nariz con el dedo índice. Era una nariz bonita, de líneas muy correctas. Posiblemente había sido objeto de una operación de cirugía estética en un pasado no muy lejano. Yo había salido un tiempo con una mujer que tenía la misma costumbre. A ella también le habían retocado la nariz y, cuando reflexionaba, siempre se frotaba el puente con el dedo índice. Como si se cerciorara de que la nueva nariz seguía en su sitio. Por esa razón, al ver su gesto, me asaltó un ligero *déjà vu*. Donde se mezclaban no pocos recuerdos de sexo oral.

—No tengo por qué ocultarla —dijo la mujer—. Tengo treinta y cinco años.

—¿Y qué edad tenía su padre político cuando falleció?

—Sesenta y ocho años.

—¿Y qué hacía su padre político? ¿De qué trabajaba?

—Era monje.

—¿Se refiere usted a que era monje budista?

—Sí. Era monje budista. De la secta *Jódo**. Era superior de un templo en el distrito de Toshima.

—Debió de representar un duro golpe, imagino —dije yo. —¿Se refiere a que mi suegro muriera, borracho, atropellado por un tranvía?

—Sí.

—Por supuesto que fue un golpe. Especialmente para mi marido

—dijo ella.

Lo apunté a lápiz. «68 años, monje budista, secta *Jódo*.»

Ella estaba sentada en un extremo de un sofá de dos plazas. Yo me encontraba ante la mesa, en una silla giratoria. Entre ambos había unos dos metros de distancia. Ella vestía un traje sastre bien cortado de color verde. Sus piernas, enfundadas en medias, eran bonitas, los zapatos negros de tacón le sentaban bien. Los tacones eran tan afilados como armas mortíferas.

—¿Desea usted, entonces —pregunté—, hacerme un encargo con relación a su padre político?

—No, en absoluto —dijo ella. Y sacudió la cabeza en un pequeño pero rotundo ademán para subrayar la negación—. Es referente a mi marido.

—¿Su marido también es monje budista?

* La secta budista *»Iō* (Tierra Pura) surgió en el siglo XII. (*N. de la T*)

—No. Trabaja en Merrill Lynch.

—¿La compañía de valores?

—Sí —respondió ella. En su voz se advertía cierta impaciencia. Como si quisiera decirme: «¿Acaso hay otra Merrill Lynch en el mundo que no sea la compañía de valores?»—. Vamos, que trabaja como corredor de bolsa.

Comprobé el estado en que se encontraba la punta del lápiz y, sin decir nada, esperé a que prosiguiera.

—Mi marido es hijo único, pero el cambio de valores le interesaba más que el budismo y, por lo tanto, no sucedió a su padre en sus responsabilidades como superior del templo.

Ella me miró como diciendo: «Cosa del todo lógica, ¿no le parece?», pero yo, como no sentía un gran interés ni por el cambio de valores ni por el budismo, no expresé mi parecer. Me limité a mostrar una expresión neutra que venía a decir: «La estoy escuchando atentamente, señora».

—Tras la muerte de su marido, mi suegra se mudó al mismo edificio donde vivimos nosotros, en el distrito de Shinagawa. Vivimos en el mismo bloque, pero en apartamentos separados. Nosotros, el matrimonio, en el piso veintiséis y mi suegra, en el veinticuatro. Ella vive sola. Hasta entonces vivía con mi suegro en el templo, pero cuando llegó otro monje enviado del templo principal para asumir las funciones de superior, ella se mudó aquí. Mi suegra tiene actualmente sesenta y tres años. Y, de pasada, le diré que mi marido tiene cuarenta. Si no sucede nada, el mes que viene cumplirá los cuarenta y uno.

Apunté en mi cuaderno: «suegra, piso 24; 63 años. Marido, 40; Merrill Lynch, piso 26, Shinagawa». Ella esperó pacientemente a que yo acabara de escribir.

—Mi suegra, desde que murió su marido, padece ataques de ansiedad. Los síntomas se le agravan especialmente las noches de lluvia. Puede que se deba a que mi suegro murió en una noche así. Supongo que es algo lógico.

Hice un ligero movimiento afirmativo de cabeza.

—Cuando se le agravan los síntomas, es como si se le aflojaran los tornillos de la cabeza. Nos llama por teléfono y entonces, o bien mi esposo o bien yo, vamos a su apartamento, dos pisos más abajo, y la atendemos. La tranquilizamos, la convencemos. Si mi marido está en casa, va él, y si no, bajo yo.

Ella hizo una pausa, esperando mi reacción. Yo guardaba silencio.

—Mi suegra no es mala persona. Jamás he pensado nada malo de ella. Sólo que tiene los nervios delicados y siempre ha dependido mucho de los demás. Creo que usted puede hacerse cargo de la situación.

—Me hago cargo —dije.

Ella cruzó y descruzó las piernas velozmente, esperó a que yo apuntara algo en el cuaderno. Pero esa vez no escribí nada.

—Nos llamó el domingo, a las diez de la mañana. También entonces estaba lloviendo bastante fuerte. Fue hace dos domingos. Hoy es jueves y, por lo tanto,

debe de hacer diez días de eso.

Eché una ojeada al calendario que tenía sobre la mesa. —El domingo tres de septiembre, ¿no es así?

—Exacto. El día tres. Ese domingo, a las diez de la mañana, llamó mi suegra —dijo la mujer. Luego cerró los ojos como si estuviera rememorando algo. Si hubiera sido una película de Alfred Hitchcock, la pantalla hubiera empezado a ondularse justo antes de que comenzara la escena retrospectiva. Pero, como no era una película, la mujer abrió los ojos sin que llegara a iniciarse la escena—. Se puso mi marido. Aquel día tenía que haber ido a jugar al golf, pero, como llovía muy fuerte desde el amanecer, había cancelado la partida y se encontraba en casa. Si hubiera hecho buen tiempo, no habría sucedido nada. Claro que de poco sirve hacer conjeturas a posteriori.

«3 septiembre, golf, lluvia, cancelado; madre-llamada», anoté en el cuaderno.

—Mi suegra le dijo a mi marido que se ahogaba. Que tenía vértigo y que no podía levantarse de la silla. Entonces mi marido, sin afeitarse siquiera, se vistió y bajó a su apartamento, dos pisos más abajo. Cuando se disponía a salir de casa, me dijo que no creía que le llevara mucho tiempo y que yo ya podía ir preparando el desayuno.

—¿Cómo iba vestido su marido? —le pregunté.

Ella volvió a frotarse suavemente el puente de la nariz.

—Llevaba un polo de manga corta y unos chinos. El polo era gris oscuro y los pantalones de color crema. Ambos, comprados por catálogo en J. Crew. Mi esposo es miope y lleva siempre gafas. Unas Armani de montura metálica. Los zapatos eran unos New Balance de color gris. Iba sin calcetines.

Apunté detalladamente esa información en el cuaderno.

—¿Quiere saber su estatura y su peso?

—Me sería de gran utilidad —dije.

—Mide un metro setenta y tres y pesa unos setenta y dos kilos. Antes de casarse, sólo pesaba sesenta y dos, pero, durante estos diez años, ha engordado un poco.

También tomé nota de ello. Luego comprobé el estado de la punta de mi lápiz y lo sustituí por otro nuevo. Jugueteé un poco con el lápiz, para familiarizarme con él

—¿Puedo proseguir? —preguntó la mujer.

—Adelante, por favor —dije yo.

La mujer volvió a cruzar y descruzar las piernas.

—Cuando llamó por teléfono, yo estaba a punto de hacer crepes. Los domingos por la mañana siempre hago crepes. Los domingos que no va a jugar al golf, mi marido siempre se come un montón de crepes. A mi marido le encantan los crepes. Acompañados de bacon bien crujiente.

«Con razón ha engordado diez kilos», me dije, pero, evidentemente, no le

expresé mis pensamientos.

—Veinte minutos después llamó mi marido. Me dijo que su madre ya estaba más tranquila, que subía de inmediato las escaleras y volvía a casa. Que le preparara enseguida el desayuno porque tenía mucho apetito. Al oírlo, puse la sartén al fuego y empecé a hacer los crepes. También sofrí el bacon. Calenté el jarabe de azúcar de arce. Los crepes no son difíciles de hacer, pero es fundamental respetar el orden y el tiempo de cocción correctos. Sin embargo, por más que esperé, mi marido no apareció. Los crepes se fueron quedando fríos y duros

en el plato. Entonces decidí llamar a mi suegra. Le pregunté si mi marido todavía estaba con ella. Mi suegra me dijo que hacía rato que se había ido.

Ella me miró a la cara. Yo esperaba, en silencio, a que prosiguiera. La mujer se sacudió con la mano una mota de polvo metafísica de imaginarios contornos que tenía sobre la falda a la altura de la rodilla.

—Mi marido se esfumó allí. Como el humo. Desde entonces no sé absolutamente nada de él. Desapareció de nuestra vista, sin dejar ni rastro, en el tramo de escalera que va del piso veinticuatro al veintiséis.

—Ha dado parte a la policía, imagino.

—Por supuesto —dijo la mujer y torció levemente los labios—. Como a la una de la tarde mi marido seguía sin volver, llamé a la policía. Pero, a decir verdad, la policía no se afanó mucho en su búsqueda. Vinieron unos agentes de la comisaría del barrio, pero, al no encontrar señales de lucha, perdieron enseguida el interés. Me dijeron que esperara un par de días y que si por entonces mi marido seguía sin volver, denunciara su desaparición. Los policías, por lo visto, creyeron que mi marido se había marchado a alguna parte obedeciendo a un impulso momentáneo. Creyeron que se había marchado porque estaba harto de su vida o algo por el estilo. Pero piénselo bien. Esto no tiene ningún sentido. Mi marido se fue a casa de su madre con las manos vacías, sin llevarse ni la cartera, ni el carnet de conducir, ni las tarjetas de crédito, ni el reloj. Ni siquiera se había afeitado. Además, acababa de llamar y de decirme que hiciera ya los crepes, que venía enseguida. Un hombre que se dispone a fugarse de casa no va a decir eso por teléfono. ¿No es cierto?

—Tiene usted toda la razón —asentí—. Por cierto, cuando va al piso veinticuatro, ¿su marido baja siempre por las escaleras?

—Mi marido no usa jamás el ascensor. Detesta los ascensores. Siempre dice que no soporta estar encerrado en un lugar tan pequeño.

—Sin embargo, decidió vivir en la planta veintiséis de un rascacielos, ¿no es cierto?

—Sí. Pero mi marido siempre sube y baja por las escaleras. Eso no le representa ningún problema. Así se le fortalecen las piernas y también le va bien para rebajar peso. Claro que le lleva cierto tiempo desplazarse, eso sí.

Escribí: «Crepes, diez kilos, escaleras, ascensor». Me representé la imagen de los crepes acabados de hacer y la del hombre subiendo por las escaleras.

La mujer dijo:

—Ésta es la situación en la que me encuentro. ¿Se encargará usted del caso?

No era preciso que me lo pensara demasiado. Era el tipo de caso que estaba esperando. Pero fingí que echaba un vistazo a la agenda y que hacía algunas comprobaciones. Si hubiera asentido de inmediato, ella habría sospechado que allí había gato encerrado.

—Hoy, afortunadamente, tengo libre hasta la tarde —dije. Y eché un vistazo al reloj de pulsera—. Ahora son las once y treinta y cinco. ¿Le parece bien conducirme ahora hasta su casa? Ante todo, me gustaría ver el lugar donde estuvo su marido por última vez.

—Claro que sí —dijo la mujer. Luego hizo una pequeña mueca—. ¿Significa eso que se encarga del caso?

—Sí —respondí.

—Pero, todavía no hemos hablado de sus honorarios.

—No son necesarios.

—¿Cómo dice usted? —preguntó la mujer mirándome fijamente a la cara.

—Que no voy a cobrarle nada —dije, y sonreí.

—Pero ésta es su profesión, ¿no es así?

—En realidad, no. No lo es. Yo soy un voluntario. Por eso no le cobraré nada.

—¿Un voluntario?

—Exacto.

—Sin embargo, con todo, usted tendrá algunos gastos...

—Tampoco necesito dinero para gastos. Soy un voluntario auténtico y, por lo tanto, no acepto ni remuneración ni gratificaciones de ningún tipo.

La mujer ponía cara de pasmo.

Se lo expliqué:

—Por suerte, obtengo de otra parte los ingresos necesarios para vivir. Mi objetivo al hacer esto no es ganar dinero. Yo tengo un interés particular en encontrar a personas que han desaparecido. —Lo cierto es que me interesaban cierto tipo de desapariciones. Pero tratar de precisar hasta ese punto habría complicado la historia—. Y dispongo de cierto talento para ello.

—¿Hay algo de cariz religioso tras todo esto? ¿Está relacionado con la *New Age*? —preguntó.

—No, no tiene nada que ver ni con la religión ni con la *New Age*.

La mujer dirigió una mirada a los afilados tacones de sus zapatos. Quizá con la intención de utilizarlos como arma contra mí si las cosas se torcían.

—Mi marido me ha dicho siempre que no me fie de las cosas gratuitas —repuso la mujer—. Quizá le parezca una grosería, pero, según él, suelen esconder algo.

—Por lo general, es tal como dice su marido —admití yo—. En la sociedad poscapitalista no es fácil confiar en lo que es gratis. Cierto. Sin embargo, con todo,

le pido que confíe en mí. Ésta es la premisa.

Ella tomó el bolso de mano Louis Vuitton que mantenía a su lado, recorrió la cremallera, que hizo un elegante siseo, y extrajo de su interior un abultado sobre. El sobre estaba cerrado. No sé cuánto dinero debía de haber dentro, pero parecía bastante pesado.

—De momento, he traído esto para posibles gastos.

Sacudí enérgicamente la cabeza.

—No puedo aceptar, bajo ningún concepto, ninguna remuneración, objeto o acto de agradecimiento. Ésta es la regla. Si aceptara cualquier pago o regalo, las acciones que me dispongo a hacer perderían todo su sentido. Si a usted le sobra el dinero y se siente incómoda no pagándome nada, dónelo a alguna institución benéfica. A la Asociación de Amigos de los Animales, al Fondo para la Educación de Huérfanos por Accidente de Tráfico o a donde le plazca. Quizá, de ese modo, se le aligere un poco la carga psicológica.

La mujer frunció el entrecejo, lanzó un hondo suspiro y, sin decir nada, volvió a guardar el sobre en el bolso. Y una vez su Louis Vuitton hubo recuperado su abultamiento y paz originales, lo depositó en el lugar donde se encontraba en un principio. Luego volvió a llevarse la mano al puente de la nariz y me miró como si yo fuera un perro al que le han lanzado un palo, pero que no se ha movido de su sitio.

—Las acciones que se dispone a emprender —concluyó la mujer con voz seca.

Asentí y dejé el lápiz, cuya punta había quedado roma, en la bandeja de los lápices.

La mujer de los zapatos de tacón afilado me condujo hasta el tramo de escalera que unía los pisos veinticuatro y veintiséis. Señaló la puerta de su apartamento (número 2609) y, luego, señaló la puerta del apartamento donde vivía su suegra (número 2417). Las dos plantas estaban unidas por una amplia escalera. Para recorrer aquella distancia no se tardaba, por más despacio que esto se hiciera, más de cinco minutos.

—En el momento de comprar la casa, mi marido tuvo en cuenta esta escalera, tan amplia y luminosa. En la mayoría de rascacielos se descuida mucho la escalera. Una escalera grande quita mucho espacio y la mayoría de los inquilinos apenas la pisan porque usan siempre el ascensor. Por eso, la mayor parte de constructores prefieren centrarse en puntos que capten más la atención de la gente. En un lujoso suelo de mármol en el vestíbulo, o en una biblioteca, por ejemplo. Pero mi marido concede una importancia primordial a la escalera. Dice que la escalera es la columna vertebral del edificio.

Efectivamente, era una escalera con presencia. En el descansillo entre los pisos veinticinco y veintiséis había un sofá de tres plazas y, en la pared, un gran

espejo de cuerpo entero. Un cenicero de pie, plantas de adorno. Por el ventanal se veía el cielo despejado, en el que flotaban unas cuantas nubes. Las ventanas tenían el cristal fijado en el marco de modo que no se pudieran abrir.

—¿En todos los pisos hay tanto espacio? —le pregunté.

—No. Cada cinco pisos hay un lugar de descanso como éste. Pero no en todas las plantas —dijo la mujer—. ¿Quiere ver el interior de nuestro apartamento y el de mi suegra?

—Por ahora no es necesario.

—Desde la inexplicable desaparición de mi marido, el estado de los nervios de mi suegra es todavía peor que de costumbre —dijo la mujer. Y agitó un poco las manos—. Para ella ha representado un golpe muy duro. Claro que no hace falta que se lo diga.

—Por supuesto —asentí yo—. Dudo que tenga que molestar a su madre política a lo largo de la investigación.

—Le agradecería mucho que no lo hiciera. Además, le ruego que no hable de ello con los vecinos. No le he contado a nadie que mi marido ha desaparecido.

—Comprendo —dije—. Por cierto, ¿suele utilizar usted las escaleras?

—No —respondió ella. Y alzó levemente las cejas como si le hubiese hecho un reproche injustificado—. Yo acostumbro coger el ascensor. Cuando salimos los dos juntos, mi marido empieza a bajar, él primero, las escaleras, y luego yo bajo en ascensor. Y nos encontramos en el vestíbulo. Al volver a casa, yo subo primero en ascensor. Luego viene mi marido detrás. Es peligroso subir y bajar unas escaleras tan largas con zapatos de tacón. Tampoco es bueno para el cuerpo.

—Sí, lo supongo.

Quería investigar un rato solo, así que le pedí que fuera a avisar al portero. Como iba a estar vagando por las escaleras entre los pisos veinticuatro y veintiséis, le pedí que le dijera al portero que era un agente de seguros o algo por el estilo. No quería que me tomaran por un ladrón y que avisaran a la policía, en cuyo caso me encontraría en una situación comprometida. Porque yo, en realidad, no tenía por qué estar allí. La mujer me dijo que iba a avisarlo. Y empezó a bajar las escaleras, hasta desaparecer de mi campo visual, con los tacones resonando con violencia. Incluso después de que ella se perdiera de vista su taconeo siguió resonando por los alrededores como una funesta proclama, hasta que finalmente se apagó y llegó el silencio. Me quedé solo.

Recorrí tres veces, de punta a punta, el tramo de escalera entre los pisos veinticuatro y veintiséis. La primera vez, a paso normal. Las otras dos, más despacio, inspeccionándolo todo con atención. Concentrado al máximo, para que no se me pasara por alto el más mínimo detalle. Casi sin parpadear. Todos los acontecimientos dejan atrás alguna huella. Y mi trabajo es descubrirla. Sin embargo, en aquella parte de escalera habían hecho la limpieza tan a conciencia que no quedaba ni una mota de polvo. No se veía ni una mancha, ni una abolladura. En el cenicero no había ni una sola colilla.

Cuando me cansé de subir y bajar por la escalera casi sin pestañear, me senté en el sofá del descansillo. El sofá estaba forrado de plástico y no podía calificarse precisamente de elegante. Sin embargo, para estar en un descansillo que casi nadie utilizaba (al menos, eso es lo que parecía), era digno de elogio. En la pared frente al sofá había un gran espejo de cuerpo entero. Ni una nube empañaba su superficie. Incluso la luz que penetraba por la ventana incidía en un ángulo apropiado. Durante un tiempo me quedé contemplando mi imagen reflejada en el espejo. Tal vez aquel domingo por la mañana, también el corredor de bolsa desaparecido se tomara un descanso en aquel sitio y mirara su imagen reflejada allí. Su cara sin afeitarse.

Yo sí que me había afeitado, pero llevaba el pelo un poco largo. Se me levantaba por detrás de las orejas, y mi aspecto era el de un perro pastor de pelo largo que acabara de cruzar el río. Ya era hora de que visitara al barbero. Además, el color de los calcetines no pegaba con el de los pantalones. Es que no había podido encontrar, de ninguna de las maneras, unos calcetines del color adecuado. Lo cierto es que nadie me criticaría si me decidiera a juntar, por fin, toda la ropa sucia y a lavarla de una vez. Aparte de eso, era la misma persona de siempre. Un hombre de cuarenta y cinco años, soltero. Que no sentía interés ni por el budismo ni por el mercado de valores.

«Por cierto, Paul Gauguin también era corredor de bolsa. Pero decidió dedicarse en serio a la pintura, dejó mujer e hijos y se fue a Tahití. Y si...», pensé. «Pero dudo que Gauguin se hubiera marchado sin llevarse la cartera. Y seguro que, si en aquella época hubiera habido American Express, no se la hubiese olvidado al partir. Yéndose a Tahití, ni más ni menos. Además, seguro que no le habría dicho a su mujer antes de esfumarse: "Vengo enseguida. Empieza a hacer los crepes". Por más que se trate de una desaparición, ésta debe de mantener un orden apropiado, cierto sistema.»

Me levanté del sofá y volví a subir la escalera, aunque por entonces eran los crepes recién hechos los que se iban adueñando de mis pensamientos. Me concentré con todas mis fuerzas y dejé correr la imaginación: «Tengo cuarenta años y trabajo en una compañía de valores. Hoy es domingo, fuera está lloviendo a cántaros y yo me estoy dirigiendo a casa a comerme unos crepes». Mientras tanto, me fueron entrando unas ganas locas de comerme unos crepes. Pensándolo bien, desde la mañana no había comido más que una manzana pequeña.

Incluso se me pasó por la cabeza dirigirme a *Denny's* a comerme unos crepes. Recordaba haber visto de camino hacia allí un rótulo de *Denny's*. Estaba a la distancia justa para ir andando. Los crepes de *Denny's* no eran nada excepcional (ni la calidad de la mantequilla, ni el sabor del jarabe estaban a la altura de mis gustos), pero, así y todo, tuve que contenerme. Porque, a decir verdad, a mí también me gustaban los crepes. Sentí cómo se me hacía la boca agua. Sin embargo, hice un rotundo gesto negativo y ahuyenté de mi mente la imagen de los crepes. Abrí la ventana y barrí las nubes de la obsesión. «Los crepes, ya te los comerás más tarde», me dije a mí mismo. «Antes tienes otras cosas más importantes que hacer.»

«Debería haberle preguntado a la mujer si su marido tenía algún hobby. Quizá le gustara pintar», pensé.

Luego me corregí a mí mismo: «Pero un hombre a quien le apasiona la pintura hasta el punto de irse de casa abandonando a su familia no se pasa todos los domingos, desde primera hora de la mañana, jugando al golf». ¿Puede alguien imaginarse a Gauguin, a Van Gogh o a Picasso con zapatos de golf, de rodillas sobre la hierba, ante el hoyo número diez, midiendo entusiasmado el ángulo y la distancia? Imposible. El marido desapareció porque sí. Entre los pisos veinticuatro y veintiséis, se topó con algo totalmente impensado (ya que en aquel momento no tenía otros planes más que comerse los crepes). Decidí partir de esa hipótesis.

Volví a sentarme en el sofá y miré el reloj. La una y treinta y dos minutos. Cerré los ojos y me concentré en un punto determinado del cerebro. Y, sin pensar en nada, me abandoné a las arenas movedizas del tiempo. Sin esbozar el menor movimiento dejé que su fluir me transportara. Después abrí los ojos y miré el reloj de pulsera. Las agujas marcaban la una y cincuenta y siete minutos. Se habían esfumado veinticinco. «No está mal», me dije. Una erosión del tiempo nada productiva. No estaba nada mal.

Volví a dirigir los ojos al espejo. Allí se reflejaba mi yo de siempre. Al levantar la mano derecha, la imagen alzó la izquierda. Al levantar la izquierda, alzó la derecha. Cuando hice amago de bajar la derecha y bajé de repente la izquierda, la imagen del espejo hizo amago de bajar la izquierda y bajó de repente la derecha. No había problema. Me levanté del sofá y descendí a pie desde la planta veinticinco hasta el vestíbulo.

A partir de entonces, todos los días, a las once de la mañana, visité las escaleras. El portero ya me conocía (incluso le llevé unos dulces de regalo) y me dejaba entrar y salir libremente del edificio. Recorrí, de ida y de vuelta, unas doscientas veces el tramo de escalera entre las plantas veinticuatro y veintiséis. Cuando me cansaba de andar, me sentaba en el sofá del descansillo, contemplaba el cielo que se veía por la ventana y observaba mi figura reflejada en el espejo. Fui al barbero a cortarme el pelo, lavé toda la ropa y me puse unos calcetines cuyo color combinara con el de los pantalones. Gracias a ello disminuyeron un poco las posibilidades de que alguien me señalara con reprobación por la espalda.

Por más atención que ponía en la búsqueda, no lograba encontrar una sola pista, pero yo no me desanimaba. Encontrar una pista decisiva es algo parecido a domar un animal rebelde. No se consigue así como así. La paciencia y la atención son cualidades importantes en este trabajo. Y también la intuición, por supuesto.

Mientras iba y venía por las escaleras todos los días, descubrí que había varias personas que las utilizaban. No muchas, ciertamente, pero sí unas cuantas que pasaban a diario por el rellano o, al menos, lo utilizaban. Se podía deducir por un envoltorio de caramelo arrojado a los pies del sofá, por una colilla de Marlboro

apagada en el cenicero o por un diario ya leído que habían dejado por allí.

Un domingo por la tarde me crucé con un hombre que subía corriendo las escaleras. Era un tipo bajito, de poco más de treinta años y cara seria, que llevaba un chándal verde y unas Asics. Un gran reloj Casio rodeaba su muñeca.

—Buenas tardes —le dije—. ¿Podría hacerle unas preguntas?

—No faltaba más —respondió el hombre y apretó un botón de su reloj. Luego respiró hondo varias veces. Su camiseta Nike estaba empapada de sudor a la altura del pecho.

—¿Sube y baja usted siempre corriendo las escaleras? —le pregunté.

—Subo corriendo. Hasta la planta treinta y dos. Pero, para bajar, utilizo el ascensor. Es peligroso bajar corriendo las escaleras.

—¿Lo hace todos los días?

—No. Como trabajo, dispongo de poco tiempo. Concentro esta actividad en los fines de semana, que es cuando subo y bajo varias veces. Claro que, entre semana, si vuelvo pronto del trabajo también corro.

—¿Vive usted en este edificio?

—Por supuesto —dijo el corredor—. Vivo en la planta diecisiete.

—¿Conoce, por casualidad, al señor Kurumizawa? Vive en el piso veintiséis.

—¿El señor Kurumizawa?

—Un señor con gafas de montura metálica de Armani que trabaja como corredor de bolsa y que sube y baja siempre por las escaleras. Mide un metro setenta y tres de estatura. Tiene cuarenta años.

Tras reflexionar unos instantes, el corredor se acordó.

—¡Ah! ¿Aquel hombre? Sí, lo conozco. Hablamos una vez. Nos cruzamos cuando corro. A veces está sentado en el sofá. Es un hombre que detesta el ascensor y que siempre utiliza las escaleras, ¿no es así?

—Sí. Es él —dije—. Por cierto, aparte del señor Kurumizawa, ¿sabe si hay muchas personas que utilicen a diario las escaleras?

—Sí, las hay —contestó él—. No son muchas, pero en el edificio hay varios asiduos de las escaleras. Hay quien odia los ascensores, ¿sabe? Luego hay otras dos personas, aparte de mí, que corren por las escaleras. Por aquí cerca no hay un buen circuito *de jogging*, así que, a cambio, suben y bajan escaleras. Hay gente que no corre pero que para mantener la salud utiliza las escaleras. Yo diría que éstas se utilizan más que las de la mayoría de rascacielos. Es que son tan amplias, tan claras y están tan limpias.

—¿No sabrá el nombre de alguna de esas personas?

—No —respondió el corredor—. Los conozco de vista y, al cruzarnos, nos saludamos con una inclinación de cabeza. Pero no sé ni su nombre ni el número de su apartamento. Esto, al fin y al cabo, es un edificio enorme de una gran ciudad.

—Comprendo. Muchísimas gracias —dije—. Siento mucho haberlo hecho detenerse. ¡Y ánimo!

Tras pulsar el botón de su reloj, volvió a subir corriendo las escaleras.

El martes, cuando estaba sentado en el sofá, se acercó un anciano. Canoso, con gafas, debía de tener unos setenta y cinco años. Llevaba una camisa de manga larga, unos pantalones grises y sandalias. Sus ropas se veían pulcras, sin una arruga. Era alto, de espalda erguida. Parecía un director de escuela primaria recién jubilado.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —dije yo.

—¿Le importa que fume?

—No, en absoluto. Adelante —le respondí.

Se sentó a mi lado, se sacó un paquete de Seven Stars del bolsillo del pantalón y encendió un cigarrillo con una cerilla. Luego apagó la cerilla y la arrojó al cenicero.

—Vivo en la planta veintiséis —comentó exhalando despacio el humo—. Vivo con mi hijo y mi nuera, pero ellos dicen que el tabaco huele mal, así que, cuando me entran ganas de fumar, vengo aquí. ¿Fuma usted?

Le conté que hacía unos doce años que lo había dejado.

—Yo también podría dejarlo. De hecho, apenas fumo unos cigarrillos al día. Así que, si quisiera, no me costaría nada —me explicó el anciano—. Sólo que esas pequeñas actividades, como son salir a comprar tabaco o venir aquí a fumar, me ayudan a pasar el día. Así me muevo, no pienso en tonterías.

—O sea, que usted continúa fumando por cuestiones de salud —le dije yo.

—Pues sí. En efecto —admitió el anciano con cara seria.

—¿Ha dicho que vive usted en la planta veintiséis?

—Sí.

—¿Conoce, entonces, al señor Kurumizawa, que vive en el número 2609?

—Sí, lo conozco. Es el señor con gafas, ¿verdad? El que trabaja en Salomon Brothers, ¿no es así?

—Merrill Lynch —le corregí.

—Exacto. Merrill Lynch —dijo el anciano—. Hemos hablado aquí varias veces. Él también se sienta aquí de vez en cuando.

—¿Y, las veces que lo vio, qué hacía el señor Kurumizawa en este sofá?

—Pues, no sé. Estaba sentado aquí, con la mirada perdida. Tampoco fumaba.

—¿Cree usted que pensaba en algo?

—Pues no lo sé. No podría precisárselo a usted. Estar con la mirada perdida..., pensar. Nosotros, normalmente, estamos pensando en algo. No vivimos, de ningún modo, para pensar, pero tampoco es que pensemos para vivir. Eso contradice la teoría de Pascal, pero es posible que nosotros, a veces, pensemos con el objetivo de amargarnos la vida a nosotros mismos. Al estar con la mirada perdida, tal vez se logre inconscientemente el efecto contrario. En ambos casos es difícil de responder.

Tras decir eso, el anciano aspiró una profunda bocanada de humo. Le pregunté:

—¿Le había mencionado el señor Kurumizawa, por casualidad, que tuviera problemas en el trabajo o en casa?

El anciano sacudió la cabeza y dejó caer la ceniza en el cenicero.

—Como usted sabrá, el agua siempre recorre la distancia más corta al desplazarse. Sin embargo, en algunos casos, la distancia más corta es producto del agua. Los pensamientos humanos funcionan igual. Siempre me ha dado esa impresión. Sin embargo, con esto no respondo a su pregunta. El señor Kurumizawa y yo jamás tocamos un solo tema profundo. Sólo charlamos un poco. Del tiempo, del reglamento de la casa, cosas por el estilo.

—Comprendo. Muchas gracias por haberme dedicado su tiempo —dije yo.

—A veces las personas no necesitamos hablar —dijo el anciano. Como si no me hubiera oído—. Sin embargo, por otra parte, es obvio

que las palabras cumplen la función de mediar entre los seres humanos. Si nosotros desapareciéramos, las palabras perderían la razón de existir. ¿No es cierto? Se convertirían en palabras que jamás serían pronunciadas y las palabras no pronunciadas ya no son palabras.

—Exactamente —admití yo.

—Y ésta es una proposición que vale la pena repetirse muchas veces.

—Como un Kôan Zen.

—Cierto —asintió el anciano.

Cuando terminó de fumarse el cigarrillo, se levantó y volvió a su apartamento.

—Que siga usted bien —se despidió.

—Adiós —dije yo.

El viernes, a las dos de la tarde, al pasar por el descansillo entre los pisos veinticinco y veintiséis, me encontré con una niña pequeña sentada en el sofá; cantaba una canción mientras miraba su imagen reflejada en el espejo. Por su edad, estaría seguramente empezando primaria. Llevaba una camiseta rosa, unos pantalones tejanos cortos, una mochilita verde colgada a la espalda y tenía un sombrero sobre las rodillas.

—¡Hola! —saludé.

—¡Hola! —me dijo la niña dejando de cantar.

Me habría gustado sentarme a su lado, pero, como temía que si pasaba alguien pensara algo raro, me apoyé en la pared al lado de la ventana y, manteniendo cierta distancia, le hablé a la niña.

—¿Ya has acabado la escuela? —le pregunté.

—No quiero hablar del colegio —repuso la niña. Su tono no admitía réplicas.

—Vale. No hablaremos de la escuela —le dije—. ¿Vives en esta casa? —Sí —respondió la niña—. En la planta veintisiete.

—¿Y vas siempre por las escaleras?

—Es que el ascensor apesta —dijo la niña.

—Ya. Y como el ascensor apesta, subes andando hasta el piso veintisiete, ¿no?

La niña asintió con un amplio movimiento de cabeza, con los ojos clavados en su imagen reflejada en el espejo.

—Pero no siempre. A veces. ¿Y no te cansas?

La niña no respondió a esa pregunta.

—Oye, ¿sabes? De todos los espejos de la escalera, éste es el que mejor te devuelve la imagen. Es muy diferente del que tenemos en casa. —¿Y en qué se diferencia?

—Míralo tú mismo —dijo la niña.

Avancé un paso en dirección al espejo y permanecí unos instantes observando mi imagen reflejada en él. Ahora que lo decía, me daba la impresión de que mi imagen reflejada allí era un poco distinta a la que estaba acostumbrado a ver en otros espejos. El yo de allá aparecía un poco más regordete y optimista que el yo de acá. Como si acabara de zamparme un montón de crepes calientes, por ejemplo.

—Oye, ¿tienes perro?

—No. Pero sí tengo peces tropicales.

—¡Ah! —dijo la niña. Aunque no parecían entusiasmarle los peces tropicales.

—¿Te gustan los perros? —le pregunté a la niña.

Sin responder a mi pregunta, ella me hizo otra.

—¿Tienes niños?

—No, no tengo niños —le respondí.

La niña me clavó una mirada suspicaz.

—Mi madre dice que no hable con hombres que no tienen niños. Porque, según ella, entre éstos hay muchos marranos.

—No siempre es así. Pero es verdad que debes andarte con cuidado con los hombres que no conoces. Tal como te previene tu madre.

—Pero yo no creo que tú seas un marrano —dijo la niña.

—Yo diría que no.

—Y tú no me enseñarás de repente el pito, ¿verdad?

—No.

—Y tú no coleccionas bragas de niñas pequeñas, ¿verdad?

—No.

—¿Coleccionas algo tú?

Reflexioné unos momentos. Yo coleccionaba primeras ediciones de libros de poesía contemporánea, pero me pareció que aquél no era el lugar idóneo para

hablar de ello.

—Pues no. ¿Y tú?

También ella se paró a pensar un poco. Luego sacudió la cabeza varias veces.

—No, nada.

Entonces permanecemos unos instantes en silencio.

—Oye, ¿qué te gusta más a ti del Mister Donuts?

—El «Clásico» —respondí en el acto.

—Ése no lo conozco —dijo la niña—. ¡Qué nombre tan raro! A mí me gusta el «Luna llena calentita» y el «Conejo saltarín».

—Nunca he oído hablar de ninguno de estos dos.

—Son unos que llevan dentro gelatina y pasta de judía dulce. ¡Están buenísimos! Pero mi madre dice que, si como muchos dulces, me volveré tonta, así que no me compra casi nunca.

—Pues tienen que estar muy buenos —dije.

—Oye, ¿y qué estás haciendo aquí? Ayer también estabas. Te vi de pasada —me preguntó la niña.

—Estoy buscando algo.

—¿Y qué buscas?

—Pues no lo sé —le respondí con franqueza—. Es posible que busque una especie de puerta.

—¿Una puerta? —dijo la niña—. ¿Y qué tipo de puerta? Es que hay puertas de muchas formas y colores distintos.

Reflexioné. ¿De qué tipo? ¿De qué color? Ahora que me lo decía, nunca había pensado en las formas y en los colores de las puertas. ¡Qué extraño!

—No lo sé. ¿Que qué forma debería tener? ¿Y de qué color debería ser? Incluso cabría la posibilidad de que no fuera una puerta. —¿No será un paraguas o algo así?

—¿Un paraguas? —pregunté—. Pues sí. No hay ninguna razón que impida que sea un paraguas.

—Pero la forma, el tamaño y la función de un paraguas y de una puerta son completamente diferentes.

—Sí, tienes razón. Son distintos. Pero, a la que les eche una ojeada, lo sabré. «¡Ah, sí! ¡Esto es lo que andaba buscando!» Ya sea un paraguas, una puerta o un donut.

—¡Ah! —exclamó la niña—. ¿Y hace mucho tiempo que lo buscas? —Mucho. Desde antes de que tú nacieras.

—¿Ah, sí? —dijo ella. Y estuvo un rato reflexionando mientras se contemplaba la palma de la mano—. ¿Te ayudo a buscar eso?

—Me encantaría que lo hicieras —respondí.

—Debemos buscar una cosa que puede ser una puerta, un paraguas, un donut, un elefante o no sé qué más, ¿verdad?

—Exacto —dije—. Pero, en cuanto lo veas, lo reconocerás.

—¡Qué divertido! —exclamó la niña—. Pero hoy me tengo que ir. Es que tengo clase de ballet.

—¡Hasta luego! —le dije—. Gracias por dejarme hablar contigo.

—Oye, ¿me dices otra vez el nombre del donut que te gusta a ti?

—Clásico.

La niña repitió para sí varias veces, en voz baja, la palabra «clásico», poniendo una cara muy seria.

—¡Adiós! —se despidió la niña.

—¡Adiós! —le respondí yo.

La niña se levantó y desapareció escaleras arriba cantando una canción. Yo cerré los ojos, me abandoné de nuevo al fluir del tiempo y dejé que éste se fuera consumiendo inútilmente.

El sábado recibí una llamada de mi cliente.

—Ha aparecido mi marido —me soltó de golpe. Sin saludo ni preámbulo alguno.

—¿Que ha aparecido? —repetí yo.

—Sí, ayer hacia las doce de la mañana me llamó la policía. Lo encontraron acostado en un banco de la estación de Sendai. No llevaba una sola moneda encima, ni el carnet de identidad, pero, por lo visto, fue acordándose progresivamente de su nombre, dirección y número de teléfono. Yo acudí enseguida a Sendai. Y se trataba de mi esposo, sin duda.

—¿Y por qué iría a Sendai? —le pregunté.

—Eso no lo sabe ni él. Dice que, a la que se dio cuenta, estaba tendido en un banco de la estación de Sendai con un empleado sacudiéndole el hombro. Cómo fue hasta Sendai sin nada de dinero en el bolsillo, qué ha hecho, y dónde, durante estos veinte días y cómo se las ha apañado para comer, esto no puede recordarlo.

—¿Cómo iba vestido?

—Igual que cuando salió de casa. Con barba de veinte días y diez kilos menos. Las gafas, por lo visto, las perdió en alguna parte. Ahora le estoy llamando desde el hospital de Sendai. Le están haciendo un reconocimiento médico. Un escáner, radiografías, un examen psicológico. De momento, el funcionamiento del cerebro parece haberse normalizado y físicamente no tiene ningún problema. Sin embargo, sus recuerdos se han borrado. Recuerda hasta el momento en que salió de casa de su madre y empezó a subir las escaleras, pero no logra

acordarse de nada más. Con todo, creo que mañana podremos volver juntos a Tokio.

—¡Qué bien!

—Le agradezco mucho todo cuanto ha hecho usted por encontrarlo. Sin embargo, a tenor de las circunstancias, ya no será necesario que continúe la

investigación.

—Eso parece —admití.

—Desde el principio hasta el final, todo lo que ha sucedido es confuso e incomprensible, pero mi esposo ha vuelto a casa y eso, para mí, es lo más importante.

—Por supuesto. Estoy de acuerdo —dije—. Eso es lo principal. —Por cierto, por lo que respecta a sus honorarios, ¿realmente no quiere usted aceptarlos?

—Tal como le expliqué la primera vez que nos vimos, no puedo recibir ningún tipo de remuneración. Así que, por favor, olvídense de ello. Sin embargo, le agradezco su preocupación.

Se produjo un silencio. Un refrescante silencio que venía a decir que yo ya había rechazado lo que tenía que rechazar. Yo contribuí a la prolongación de ese silencio y saboreé su frescor.

—Que le vaya bien —se despidió poco después la mujer y colgó. En su voz se apreciaba un dejo de compasión.

Yo también colgué. Y permanecí unos instantes contemplando el papel immaculado del bloc de notas mientras hacía rodar un lápiz nuevo entre los dedos. El papel en blanco me recordó unas sábanas limpias recién llegadas de la lavandería. Y las sábanas limpias me hicieron pensar en un gato bonachón a rayas negras, marrones y blancas que hacía la siesta encima de las sábanas con aire satisfecho. Y la imagen del gato bonachón haciendo la siesta sobre las sábanas limpias me serenó un poco. Luego fui siguiendo mis recuerdos y apuntando, con cuidada letra, en el papel immaculado, una a una, todas las cosas que me había dicho la mujer. «Estación de Sendai, viernes al mediodía, llamada telefónica, pérdida de 10 kg de peso, misma ropa, gafas extraviadas, borrados los recuerdos de veinte días.»

Borrados los recuerdos de veinte días.

Dejé el lápiz sobre la mesa, arqueé la espalda hacia atrás y, apoyado en el respaldo, alcé los ojos al techo. En el zócalo había un difuso motivo irregular que, al contemplarlo con los ojos semicerrados, parecía un mapa astrológico. Mirando ese cielo estrellado imaginario pensé que, por cuestiones de salud, quizá debería volver a empezar a fumar.

Dentro de mi cabeza resonaba todavía el débil eco de los tacones subiendo y bajando las escaleras.

—Señor Kurumizawa —dije en voz alta dirigiéndome a una esquina del techo—. Bienvenido de nuevo al mundo real. A su precioso mundo triangular compuesto por la madre que sufre ataques de ansiedad, por la esposa que calza zapatos con tacones como punzones para el hielo y por Merrill Lynch.

Y yo, posiblemente, buscaré de nuevo, en cualquier otro lugar, algo que tenga la forma de una puerta, o de un paraguas, o de un donut, o de un elefante. En cualquier lugar donde parezca que esto pueda hallarse.

La piedra con forma de riñón que se desplaza día tras día

Junpei tenía dieciséis años cuando su padre se lo dijo. Pese a correr por sus venas la misma sangre, padre e hijo jamás habían estado lo bastante unidos como para abrirse el corazón el uno al otro, y, además, muy pocas veces su padre expresaba una opinión filosófica (porque aquello debía de serlo, posiblemente) sobre la vida, así que aquella conversación quedó grabada con nitidez en su memoria. Aun así, Junpei no logra recordar qué llevó a su padre a pronunciar aquellas palabras.

—Un hombre, a lo largo de su vida, sólo conoce a tres mujeres que signifiquen verdaderamente algo para él. Ni una más, ni una menos —dijo su padre. Mejor dicho. Lo afirmó. Pronunció estas palabras con tono monótono, pero tajante. Como si hubiera dicho que la tierra tarda un año en dar una vuelta completa alrededor del sol. Junpei lo escuchó en silencio. Estaba tan sorprendido ante esa repentina afirmación que, en aquel instante, no se le ocurrió qué manifestar al respecto.

—O sea, que si tú, en el futuro, cuando conozcas o salgas con mujeres —prosiguió su padre—, te equivocas de pareja, no harás más que perder el tiempo. Ten esto bien presente.

Más adelante, varias preguntas afloraron a la mente del joven: «¿Habré encontrado mi padre ya a esas tres mujeres?». «¿Es mi madre una de ellas? En ese caso, ¿qué diablos ocurrió con las otras dos?» Pero a su padre no pudo formularle estas preguntas. Porque, y con ello volvemos a lo de antes, entre ambos no había la intimidad suficiente como para que hablaran con el corazón en la mano.

A los dieciocho años, Junpei dejó su casa e ingresó en una universidad de Tokio y, a partir de entonces, conoció y salió con varias mujeres. Entre ellas hubo una que «significó verdaderamente algo» para él. Junpei estaba convencido de ello entonces y todavía lo sigue estando ahora. Pero ella, antes de que Junpei pudiera dar una forma concreta a sus sentimientos y expresarlos (por naturaleza, él tardaba más que el resto de los mortales en darle una forma concreta a cualquier cosa), se casó con el mejor amigo de él. Y fue madre. Quedó, por lo tanto, excluida de las opciones vitales de Junpei. Y él tuvo que hacer de tripas corazón y quitársela de la cabeza. En consecuencia, el número de mujeres que pudieran «significar verdaderamente algo» en la vida de Junpei —de tomarse al pie de la letra la teoría de su padre— quedó reducido a dos.

Cada vez que conocía a una mujer, Junpei se hacía esta pregunta. Si aquella mujer significaba verdaderamente algo para él. Y la cuestión siempre le suponía un dilema. Porque, mientras esperaba a que la mujer que acababa de conocer

«significara verdaderamente algo» (¿y quién no lo espera?), al mismo tiempo temía agotar, ya en la primera fase de su vida, las cartas que le quedaban. A causa de su fracaso en establecer relaciones con la primera mujer decisiva que había encontrado, Junpei empezó a dudar de su capacidad —de aquella capacidad que reviste un significado tan importante como el de saber materializar el amor en el momento adecuado y de la manera adecuada—. Tal vez era, en definitiva, una persona que dejaba escapar las cosas más importantes de la vida mientras se quedaba con un montón de cosas insignificantes. Lo pensaba a menudo. Y, cada vez que le sucedía, su corazón se hundía en un agujero falto de calor y de luz.

Por esta razón, después de salir varios meses con una mujer nueva, cuando encontraba en el carácter de ella, en sus palabras o en su proceder, algo, aunque fuera una única cosa y por más insignificante que ésta fuese, que no le gustara o que le irritase, Junpei sentía, en el fondo de su corazón, cierto alivio. En consecuencia, establecer relaciones tibias e indecisas con muchas mujeres se convirtió en una constante de su vida. Como si fuera probando, salía un tiempo con una mujer y, luego, al llegar a cierto punto, cortaba la relación con toda naturalidad. En el momento de la separación no había ni discordias ni discusiones. Porque, de buen principio, él evitaba relacionarse con mujeres con las que la ruptura pudiera ser conflictiva. Junpei poseía un olfato que le permitía elegir a la pareja conveniente.

Si esa facultad era innata o producto de las circunstancias, eso no podía decirlo ni el mismo Junpei. De ser fruto de las circunstancias, podía muy bien hablarse de una maldición de su padre. En la época en que se graduó por la universidad, Junpei tuvo una violenta disputa con su padre, a raíz de la cual cortó todo contacto con éste y únicamente su teoría de las «tres mujeres», cuyo fundamento continuaba siendo una incógnita, se había convertido en una idea obsesiva que lo perseguía. Incluso se había planteado, medio en broma, si decantarse por la homosexualidad. De ese modo podía escapar de esa estúpida cuenta atrás. Sin embargo, por suerte o por desgracia, a Junpei sólo le interesaban sexualmente las mujeres.

Lo supo más adelante, pero aquella mujer era mayor que él. Tenía treinta y seis años. Y Junpei, treinta y uno. Un conocido abrió un pequeño restaurante francés en una calle que lleva de Ebisu a Daikanyama y lo invitó a la fiesta de inauguración. Junpei se puso una camisa de seda azul marino Perry Ellis con una chaqueta de verano de la misma tonalidad. Y como el amigo con el que había quedado para juntarse en la fiesta, de repente, había cancelado su asistencia, él se encontró no sabiendo cómo matar el tiempo. Se sentó solo en un taburete del bar de la sala de espera con una gran copa de borgoña en la mano. Cuando, decidido a volver a casa, buscaba con la mirada al dueño del restaurante para despedirse, se le acercó una mujer alta con un cóctel púrpura, cuyo nombre desconocía, en la mano.

La primera impresión que le vino a la cabeza fue que tenía muy buen tipo.

—Por allá he oído decir que eres novelista, ¿es cierto? —le preguntó ella acodándose en la barra.

—Pues, en cierto sentido, eso parece —le respondió él.

—Vamos, que eres novelista *en cierto sentido*.

Junpei asintió.

—¿Cuántos libros has publicado?

—Dos libros de relatos y una traducción. Pero ninguno se vende demasiado bien.

Ella estudió de nuevo el aspecto de Junpei. Y sonrió, al parecer, bastante satisfecha.

—En todo caso, es la primera vez en mi vida que conozco a un escritor.

—Encantado.

—Mucho gusto —dijo ella.

—Pero conocer a un novelista no tiene nada de interesante —dijo Junpei en tono de disculpa—. No posee ningún talento artístico especial. Un pianista puede tocar el piano, un pintor, aunque sólo sea un boceto, puede dibujar, un mago puede hacer un juego de manos sencillo... Pero un novelista no puede ofrecer nada.

—Pero, mira, quizá pueda apreciar tu aura artística.

—¿Mi aura artística? —preguntó Junpei.

—Sí, una especie de brillo que no se distingue en las personas normales.

—Cada mañana, cuando me afeito, veo mi cara reflejada en el espejo, pero nunca he notado que tuviera algo así.

Ella sonrió cálidamente.

—¿Qué tipo de novela escribes?

—La gente suele hacerme esta pregunta, pero mis novelas son muy difíciles de clasificar. No se adscriben a ningún género concreto... Ella deslizó un dedo por el borde de su copa de cóctel.

—Vamos, que escribes obras de alta literatura.

—Quizás. Aunque eso me suena a «envía la carta a alguien o te sucederá una desgracia».

Ella volvió a sonreír.

—Me pregunto si habré oído tu nombre alguna vez.

—¿Lees revistas literarias?

Ella hizo un pequeño, pero resuelto, movimiento negativo de cabeza.

—Entonces, no lo creo. No soy tan famoso —dijo Junpei.

—¿Has sido candidato alguna vez al premio Akutagawa?

—Cuatro veces en cinco años.

—¿Pero no lo has ganado?

Él se limitó a sonreír en silencio. La mujer, sin pedirle permiso, se sentó en el taburete contiguo. Y se bebió, a pequeños sorbos, el resto del cóctel.

—¡Qué más da! Los premios, en realidad, son una cuestión comercial —dijo ella.

—Claro que si esta afirmación la hiciera una persona que hubiera obtenido realmente el premio ganaría en credibilidad.

Ella me dio su nombre. Se llamaba Kirie.

—Suenas como si formaras parte de una misa —dijo Junpei.

A simple vista, ella parecía medir unos dos o tres centímetros más que Junpei. Llevaba el pelo corto, estaba bronceada y su cabeza tenía una forma muy bonita. Vestía una chaqueta de lino de color verde pálido y una falda acampanada hasta la rodilla. Las mangas de la chaqueta se las había arremangado hasta el codo. Debajo de la chaqueta llevaba una sencilla camisa de algodón y, en la solapa, un pequeño broche con turquesas. El pecho no lo tenía ni grande ni pequeño. Vestía con estilo, sin detalles superfluos, pero, al mismo tiempo, su indumentaria reflejaba un gusto muy personal. Tenía los labios carnosos y, cada vez que terminaba de decir algo, los estiraba o fruncía. Eso le confería una viveza asombrosa y una gran frescura. Su frente era ancha y, cada vez que reflexionaba, se dibujaban en ella tres arrugas paralelas. Cuando terminaba de pensar, las arrugas se borraban de golpe.

Junpei se dio cuenta de que se sentía atraído por aquella mujer. Poseía algo que excitaba su corazón de una manera confusa, pero persistente. Su corazón, habiendo recibido aquella descarga de adrenalina, enviaba señales secretas emitiendo unos pequeños sonidos. De repente, Junpei sintió sed y pidió una Perrier a un camarero que pasaba por allí. Y se preguntó, como acostumbraba hacer, si aquella mujer significaría algo para él. Si sería una de las dos mujeres que le quedaban. O si representaría un segundo golpe fallido. Si debía dejar pasar la oportunidad o si tenía que aprovecharla.

—¿Querías ser escritor desde siempre? —preguntó Kirie.

—Sí. Nunca he querido ser otra cosa. No se me ocurría ninguna otra alternativa.

—Vamos, que tus sueños se han cumplido.

—Pues no sé qué decirte. Yo quería ser un gran escritor —explicó Junpei abriendo los brazos y dejando entre ambos unos treinta centímetros—. Pero me da la sensación de que me falta mucho todavía.

—Todo el mundo tiene un punto de partida. Aún te queda mucho tiempo por delante. Es imposible ser perfecto desde el principio —dijo ella—. ¿Cuántos años tienes?

Entonces, los dos se dijeron sus respectivas edades. A ella no le importó lo más mínimo ser mayor que él. Junpei tampoco le concedió al hecho la menor importancia. En realidad, prefería una mujer madura a una jovencita. Además, en la mayoría de los casos, a la hora de separarse, era más fácil hacerlo de una mujer de más edad.

—¿Y de qué trabajas? —le preguntó Junpei.

Kirie estiró los labios formando una línea recta y puso, por primera vez, cara seria.

—A ver. ¿De qué dirías que trabajo?

Junpei agitó el vaso e hizo dar una vuelta completa al vino en su interior.

—¿Me das una pista?

—Nada de pistas. ¿Te parece muy difícil? Pero tu trabajo consiste en esto, ¿no? En observar y juzgar.

—Eso no es cierto. La tarea de un novelista es observar, observar, volver a observar y, luego, posponer el juicio tanto como se pueda.

—Entiendo —dijo ella—. Entonces observa, observa, vuelve a observar e imagina. Porque supongo que esto no entrará en contradicción con tu ética profesional.

Junpei alzó la cabeza y volvió a observar, con gran atención, el rostro de su interlocutora intentando leer los signos secretos que había en él. Ella clavó sus ojos en los de Junpei y él clavó los ojos en los de ella.

—No es más que una intuición sin ningún fundamento, pero yo diría que eres una profesional de algún tipo —dijo él un poco después—. Vamos, que no haces un trabajo que pueda realizar cualquiera, sino algo que requiere un talento o técnica especiales.

—Has acertado de lleno. Realmente, no es algo que pueda hacer cualquiera. Tal como dices. Pero ¿no podrías precisar un poco más? —¿Tiene que ver con la música?

—No.

—¿Diseñadora de ropa?

—No.

—¿Jugadora de tenis?

—No —respondió ella.

Junpei sacudió la cabeza.

—Estás muy bronceada. Tienes un cuerpo atlético, los brazos musculosos. Quizá sea porque haces mucho deporte al aire libre. Porque no me da la impresión de que trabajes en el exterior. No tienes ese aire.

Kirie se subió las mangas de la chaqueta, posó su brazos desnudos sobre la barra, les dio la vuelta y los observó.

—Vas por buen camino.

—Pero no logro dar con la respuesta correcta.

—Es importante tener pequeños secretos —dijo Kirie—. No voy a robarte el placer profesional de observar e imaginar... Pero una pista sí te la daré. A mí me sucede como a ti.

—¿Como a mí?

—Sí, que trabajo de lo que había querido hacer desde niña. Igual que tú.

Aunque no me ha sido nada fácil llegar hasta aquí.

—¡Fantástico! —exclamó Junpei—. Esto es algo muy importante. El trabajo, de base, debe ser un acto de amor. No una boda de conveniencia.

—Un acto de amor —dijo Kirie admirada—. ¡Qué comparación tan preciosa!

—Oye, ¿crees que habré oído tu nombre alguna vez? —preguntó Junpei.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo creo. No soy tan conocida.

—Todo el mundo tiene un punto de partida.

—Exacto —dijo Kirie con una sonrisa. Luego se puso seria—. Pero, en mi caso, a diferencia del tuyo, desde el principio he tenido que ser perfecta. A mí no se me permite ningún error. O la perfección, o nada. No hay punto medio. No hay vuelta atrás posible.

—Esto debe de ser otra pista, supongo.

—Tal vez.

Se acercó un camarero que rondaba con una bandeja llena de copas de champán y ella cogió dos. Le ofreció una a Junpei y dijo: «Brindemos».

—Por nuestras profesiones —dijo Junpei.

Y entrechocaron sus copas. Con un tintineo ligero y secreto.

—Por cierto, ¿estás casado?

Junpei sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —dijo Kirie.

Ella pasó la noche en la habitación de Junpei. Se bebieron el vino que les habían regalado como recuerdo de la inauguración, hicieron el amor y se durmieron. Cuando Junpei se despertó a las diez de la mañana pasadas, ella ya no estaba. A su lado sólo quedaba un hueco en la almohada con forma de falta de memoria. «Me voy a trabajar. Si quieres, llámame», rezaba una nota que había dejado en la almohada. También había apuntado su número de teléfono móvil.

Él la llamó a ese número y los dos se vieron el sábado al atardecer. Cenaron en un restaurante, bebieron un poco de vino, hicieron el amor en la habitación de Junpei y durmieron juntos. Por la mañana, ella había vuelto a desaparecer. Era domingo, pero había dejado una nota sencilla diciendo: «Desaparezco porque tengo que ir a trabajar». Junpei aún no sabía a qué se dedicaba Kirie. Pero debía de ser un trabajo que empezara a primera hora de la mañana. Y ella trabajaba los domingos, al menos, algunos de ellos.

No les faltaban temas para hablar. Kirie era muy lista y buena conversadora. Podía tocar muchos temas distintos. Excepto novelas, a ella le encantaba leer todo tipo de libros: biografías, historia, psicología, libros científicos de divulgación. Y retenía sobre esa diversidad de campos una cantidad asombrosamente grande de información. Un día, Junpei se admiró de los conocimientos tan precisos que tenía

sobre la historia de las casas prefabricadas. ¿Casas prefabricadas? ¿Se dedicaba Kirie a algo relacionado con la arquitectura?

—No —le respondió ella—. Es que me interesa cualquier tema que tenga que ver con la realidad. Sólo eso.

Sin embargo, cuando leyó los dos libros de relatos que había publicado Junpei, los encontró magníficos. «Son muchísimo más interesantes de lo que esperaba», dijo.

—¡Uf! La verdad es que estaba preocupada —admitió ella—. Pensaba en qué haría si, al leerlos, no me parecían nada interesantes. Qué debía decirte y demás. Pero no tenía por qué preocuparme. He disfrutado mucho leyéndolos.

—¡Menos mal! —exclamó Junpei con alivio. Lo cierto es que él había sentido la misma preocupación al entregarle, a petición de ella, los libros para que los leyera.

—Que conste que no es un cumplido dijo Kirie—. Pero tienes algo especial. Ese algo que un buen escritor debe poseer. En tus historias se respira un aire muy tranquilo, pero muchas de ellas están escritas con una gran viveza y el estilo es precioso. Y, por encima de todo, guardan el equilibrio. A decir verdad, es en el equilibrio en lo primero en lo que me fijo. Tanto en la música como en las novelas como en la pintura. Y cuando me topo con una obra de arte o con una interpretación que no mantiene el equilibrio, en definitiva, cuando me encuentro con obras imperfectas de escasa calidad, me siento fatal. Es como si me mareara al subir a un vehículo. Posiblemente sea por eso por lo que no voy a conciertos y apenas leo novelas.

—¿Porque detestas encontrarte con obras que no guardan cierto equilibrio?

—Sí.

—¿Y para evitar ese riesgo ni lees novelas ni vas a conciertos?

—Exacto.

—Pues, no sé. Me parece una idea muy radical, la verdad.

—Es que soy Libra. Y no puedo soportar las cosas desequilibradas. Más que no soportarlas, es que... —Aquí ella enmudeció, buscando las palabras apropiadas. Pero no las encontró. A cambio, lanzó un suspiro—. En fin, dejémoslo. Lo fundamental es que a mí me da la impresión de que tú, alguna vez, escribirás novelas más largas. Y que, haciéndolo, te convertirás en un escritor de mayor peso. Claro que quizá tardes algún tiempo.

—Yo, en principio, soy un autor de relatos. No estoy hecho para las novelas de largo recorrido —dijo Junpei con voz seca.

—A pesar de ello.

Junpei no manifestó su opinión al respecto. Enmudeció y se quedó escuchando el rumor que hacía el aire acondicionado. La verdad es que había intentado en varias ocasiones escribir una novela larga. Sin embargo, en cada una de ellas había desistido a medias. Porque era incapaz de mantener, a lo largo de un dilatado periodo de tiempo, la fuerza de concentración necesaria para escribirla. Al

principio le daba la sensación de que estaba creando algo magnífico. La prosa era viva, el futuro le parecía prometedor. La historia fluía espontáneamente. Sin embargo, conforme iba avanzando, le iban fallando poco a poco pero a ojos vistas, el vigor y el brillo necesarios para proseguir. Y al final se le agotaban del todo, como un tren que va reduciendo la velocidad hasta detenerse por completo.

Ambos yacían sobre la cama. Era otoño. Tras un acto sexual largo y lleno de intimidad, los dos estaban desnudos. Kirie apretaba el hombro contra los brazos de Junpei, que la rodeaban. Sobre la mesilla de noche había dos copas con vino blanco.

—Oye —dijo Kirie.

—¿Sí?

—Tú quieres a otra mujer, ¿verdad? Hay una mujer a la que no puedes olvidar.

—Sí —admitió él—. ¿Te has dado cuenta?

—Claro —dijo ella—. Las mujeres somos muy receptivas a este tipo de cosas.

—No creo que lo sean todas, la verdad.

—Tampoco yo digo que *todas* las mujeres lo sean.

—Ya —dijo Junpei.

—¿Y no puedes estar con ella?

—No, hay circunstancias que lo impiden.

—¿Y no hay absolutamente ninguna posibilidad de que esas circunstancias dejen de existir?

Junpei hizo un breve y resuelto movimiento de cabeza.

—No.

—O sea, que son razones de peso.

—No sé si son de peso o no, pero ahí están.

Kirie tomó un sorbo de vino.

—En mi vida no hay nadie así —dijo ella en un susurro—. Y tú me gustas mucho. Me atraes muchísimo y, cuando estoy así, contigo, me siento increíblemente relajada y feliz. Pero en absoluto tengo ganas de llegar a algo más serio. ¿Qué? ¿Te sientes más tranquilo?

Junpei introdujo los dedos entre los cabellos de ella. Y, sin responder a su pregunta, le hizo otra a su vez.

—¿Y eso por qué?

—¿Que por qué no tengo ninguna intención de llegar a nada contigo?

—Sí.

—¿Te preocupa?

—Un poco.

—Porque yo no puedo establecer una relación profunda, cotidiana, con nadie. No sólo no puedo contigo, no puedo con nadie —dijo ella—. Quiero estar centrada por completo en lo que hago. Si viviera junto a alguien, si me involucrara

emocionalmente de un modo muy profundo con alguien, quizá no podría seguir haciendo lo que hago. Así que a mí ya me va bien seguir como estamos.

Junpei reflexionó un poco sobre ello.

—Es decir, que no quieres que te desorienten.

—Sí.

—Porque, si te desorientaran, perderías el equilibrio y eso, tal vez, representaría un gran obstáculo para tu carrera.

—Exacto.

—Y para eludir ese riesgo, no quieres vivir con nadie.

Ella asintió.

—Al menos, mientras me dedique a este trabajo.

—¿Y no piensas decirme en qué trabajas?

—Adivínalo.

—Ladrona —dijo Junpei.

—No —respuso Kirie con expresión seria. Luego hizo una mueca divertida—. Es una hipótesis muy interesante. Pero los ladrones no trabajan desde primeras horas de la mañana.

—¿Asesino a sueldo?

—Será asesina —corrigió ella—. Pero la respuesta, en ambos casos, es no. ¿Por qué se te ocurren cosas tan horribles?

—¿O sea, que es un trabajo que está dentro del marco de la ley?

—Exacto —dijo ella—. Está perfectamente dentro del marco de la ley.

—¿Agente secreto?

—No —dijo ella—. Mira, dejémoslo por hoy. Prefiero hablar de tu trabajo. ¿Te importa que hablemos de la novela que estás escribiendo ahora? Porque estarás escribiendo algo, supongo.

—Estoy escribiendo un relato —dijo Junpei.

—¿Qué tipo de relato?

—Aún no he llegado hasta el final. Ahora estoy a medias, tomándome un descanso.

—Si no te importa, me gustaría que me contaras la historia, hasta donde has llegado.

Junpei enmudeció. Tenía como norma no hablar jamás del contenido de las novelas que estaba escribiendo. Era una especie de superstición. Hay cierto tipo de cosas que, una vez traducidas en palabras, se desvanecen como la niebla matutina. Los sutiles matices se convierten en delgadas bambalinas. El secreto deja de serlo. Pero, en la cama, mientras pasaba los dedos por entre los cortos cabellos de Kirie, Junpei decidió que a ella sí podía contárselo. De todos modos, estaba bloqueado y, durante los últimos días, no había dado ni un solo paso hacia delante.

—La novela está escrita en tercera persona y la protagonista es una mujer. Se encuentra a principios de la treintena —empezó a contar Junpei—. Es una internista muy buena que trabaja en un gran hospital. Está soltera, pero mantiene

una relación en secreto con un cirujano, que ronda la cincuentena, empleado en el mismo hospital. Él está casado.

Kirie se imaginó el personaje.

—¿Es atractiva?

—Mucho —dijo Junpei—. Pero no tanto como tú.

Kirie sonrió y besó a Junpei en el cuello.

—Respuesta correcta.

—Yo siempre intento dar la respuesta correcta cuando he de darla.

—Especialmente en la cama.

—Especialmente en la cama —repitió él—. La doctora se toma unas vacaciones y se va de viaje. Justo en la misma época del año en que estamos ahora. Se aloja en un pequeño balneario entre las montañas y pasea tranquilamente siguiendo el curso de los arroyuelos. A ella le gusta mucho observar los pájaros. Sobre todo al martín pescador. Y un buen día, caminando por el cauce seco de un río, se encuentra una piedra extraña. Es de tonalidad negro—rojiza, lisa, con una forma que le resulta familiar. De repente se da cuenta de que le recuerda a un riñón. No te olvides de que estamos hablando de una especialista en medicina interna. Tanto en el tamaño como en la tonalidad y en el grosor es idéntica a un riñón de verdad.

—Y entonces ella recoge la piedra con forma de riñón y se la lleva a casa.

—Eso es —dijo Junpei—. Se lleva la piedra a su despacho del hospital y decide utilizarla como pisapapeles. Tiene la medida justa para sujetar papeles y, también, el peso adecuado.

—Y, además, su imagen cuadra mucho con un hospital.

—Exacto —asintió Junpei—. Pero, unos días después, ella se da cuenta de que sucede algo extraño.

Kirie permanecía en silencio, esperando a que él prosiguiera. Junpei había hecho una pausa como si con ello pretendiera avivar la curiosidad del oyente. Pero no era algo intencionado. Lo cierto es que todavía no había escrito la continuación de la historia. Se había quedado en ese punto. Se encontraba plantado en un cruce sin poste indicador alguno y miraba a su alrededor estrujándose los sesos. Pensó en cómo debía proseguir el relato.

—Cada mañana, la piedra había cambiado de posición. Antes de volver a casa, ella la dejaba sobre su escritorio. Tenía un carácter muy metódico y siempre la ponía exactamente en el mismo lugar. Pero, por la mañana, se la encontraba sobre el asiento de la silla giratoria. O al lado del jarrón, o tirada por el suelo. Al principio pensó que se equivocaba. Luego, sospechó que tal vez le sucediera algo a su memoria. Porque la puerta estaba cerrada con llave y nadie podía entrar en la habitación. El guarda tenía una llave, por supuesto. Pero hacía mucho tiempo que trabajaba en el hospital y era una persona de toda confianza que no se dedicaba a entrar por las buenas en los despachos. Además, ¿qué sentido tenía que cada noche irrumpiera en su despacho y le cambiara el pisapapeles de sitio? En los demás

objetos de la estancia no se apreciaba nada anómalo. No faltaba nada, nadie había tocado nada. Sólo que la piedra cambiaba de posición. Ella se sentía desconcertada. ¿Y a ti qué te parece? ¿Por qué crees que la piedra cambiaba todas las noches de sitio?

—Porque la piedra con forma de riñón tenía sus propios designios —dijo sencillamente Kirie.

—¿Y qué designios eran éstos?

—La piedra con forma de riñón quería hacerle sentir una sacudida. Ir sacudiéndola poco a poco. A lo largo de un periodo de tiempo. Ésos eran los designios de la piedra con forma de riñón.

—¿Y por qué la piedra con forma de riñón quería hacer sentir una sacudida a la mujer?

—Pues, no lo sé —respondió ella. Luego soltó una risita—. *Ishi o yusaburu ishi no ishi*.*

—Eso no tiene ninguna gracia —replicó Junpei con voz de fastidio.

—Eres tú quien debe decidirlo. El escritor eres tú, no yo. Yo me limito a escuchar.

Junpei hizo una mueca. Por haber estado concentrado estrujándose el cerebro sentía un dolor sordo en las sienes. Quizás había bebido demasiado vino.

—Ahora mismo soy incapaz de ordenar mis ideas. Para desarrollar el argumento de una historia tengo que sentarme frente a la mesa y ponerlo por escrito. Espérate un poco más. Hablando he tenido la impresión de que la historia me va a salir.

—No importa —dijo Kirie. Alargó la mano, alcanzó la copa de vino blanco y tomó un sorbo—. Esperaré. Es una historia muy interesante. Me muero de ganas de saber cómo termina la historia de la piedra con forma de riñón.

Kirie cambió de posición y presionó sus senos de bonita forma contra el costado de Junpei.

—¿Sabes, Junpei? En este mundo, todas las cosas tienen sus propios designios —le dijo en voz baja, como si le hiciera una confesión. Junpei estaba medio dormido. No pudo responder. Las frases que ella pronunciaba perdían su estructura en el aire y, mezcladas con el aroma del vino, alcanzaban furtivamente los recovecos de su conciencia—. El viento, por ejemplo, tiene su voluntad. Nosotros vivimos sin darnos cuenta de ello. Pero, a veces, nos vemos obligados a advertirlo. El viento te envuelve impelido por sus propios propósitos y te sacude. El viento conoce todo cuanto hay en tu interior. Y no sólo el viento. Todas las cosas. Incluso las piedras. Ellos nos conocen muy bien. De arriba abajo. En ciertas

* Los designios de la piedra de sacudir al médico.» Aquí hay un juego de palabras entre tres palabras que suenan igual: *ishi* (médico), *ishi* (piedra) y *ishi* (designio). Cada una de las palabras se escribe, sin embargo, con un carácter diferente. (*N. de la T*)

ocasiones, nosotros lo recordamos. No tenemos otra solución que convivir con todo ello. Y, al aceptarlos, sobrevivimos y ganamos en profundidad.

Durante los cinco días siguientes, Junpei permaneció sentado frente a la mesa, sin apenas pisar la calle, escribiendo el relato de la piedra con forma de riñón. Tal como le había pronosticado Kirie, la piedra con forma de riñón iba sacudiendo en silencio a la doctora. Despacio, tomándose su tiempo, pero de forma certera. Un atardecer, durante un encuentro precipitado en una habitación anónima de un hotel, ella deposita con sigilo la mano en la espalda de su amante y va palpando con los dedos el contorno del riñón. Ella sabe que allí se oculta su piedra en forma de riñón. Es un informador secreto que ella ha introducido en el cuerpo de su amante. Bajo sus dedos, su riñón zumba como un insecto. Envía mensajes nefríticos. Ella conversa con el riñón, intercambia información. Puede notar su tacto húmedo y resbaladizo bajo la palma de la mano.

La doctora se va acostumbrando, poco a poco, a la existencia de la piedra negrísima con forma de riñón que va cambiando cada noche de sitio. Empieza a aceptarlo como algo natural. Deja de sorprenderle que se desplace durante la noche. Al llegar al hospital, encuentra la piedra en algún rincón de su despacho, la recoge y vuelve a ponerla encima de la mesa. No turba en absoluto su rutina diaria. Mientras ella está en su despacho, la piedra no se mueve. Permanece inmóvil en su sitio como un gato dormido al sol. Cuando ella sale y cierra la puerta con llave, la piedra abre los ojos y empieza a desplazarse.

Cuando tiene un momento libre, la doctora alarga la mano y acaricia con suavidad su superficie negra y lisa. Le cuesta cada vez más apartar los ojos de la piedra. Como si ejerciera sobre ella un poder hipnótico. Gradualmente, va perdiendo el interés por las otras cosas. Deja de leer. Ya no va al gimnasio. Aparte de la consulta, en la que consigue centrarse a duras penas, todos sus pensamientos están dominados por la inercia y la provisionalidad. Deja de interesarle hablar con sus colegas. No cuida su indumentaria. Pierde el apetito. Le produce fastidio que su amante la tome entre los brazos. Cuando no hay nadie a su alrededor, le habla a la piedra en voz baja y aguza el oído para escuchar lo que la piedra le cuenta sin palabras. De la misma manera que las personas solas les hablan a los perros y a los gatos. Ahora la piedra negra con forma de riñón controla la mayor parte de su vida.

«Esta piedra no debe de ser un objeto que proceda del exterior.» Junpei llega a esta conclusión conforme va escribiendo el relato. El punto esencial es algo que se halla dentro de ella. Y ese algo de su interior está activando la piedra negra con forma de riñón. E impulsa a la doctora a hacer unas acciones concretas. Con este objetivo, envía señales sin cesar. Cambiando de sitio todas las noches.

Mientras escribe este relato, Junpei piensa en Kirie. Ella (o algo que está en su interior) hace avanzar la historia. Él lo siente. Porque, en principio, él no tenía la intención de escribir un relato tan alejado de la realidad. La historia que Junpei

había esbozado en su mente era mucho más tranquila, un relato psicológico. Y en éste no tenía que aparecer, en absoluto, una piedra que se desplazara a su antojo.

El amor de la doctora por su amante, el cirujano casado y con hijos, posiblemente acabaría enfriándose, había imaginado Junpei. O tal vez ella empezara a odiarlo. Es probable que eso fuera lo que la doctora, inconscientemente, deseara.

Una vez tuvo una visión general de la historia, le resultó bastante fácil escribirla. Sentado ante el ordenador y escuchando sin parar, a bajo volumen, canciones de Mahler, Junpei escribió el final de la novela a una velocidad inusualmente rápida para él. Ella toma la decisión de separarse de su amante, el cirujano. Le dice que no pueden volver a verse. Él le pregunta si pueden hablar de ello. Ella le responde, tajante, que no. Un día libre, la doctora coge el ferry de la bahía de Tokio y, desde cubierta, arroja la piedra con forma de riñón al mar. La piedra se sumerge en las negras y profundas aguas y se hunde directa hacia el corazón de la tierra. Ella decide empezar una nueva vida. Siente un gran alivio al haberse desprendido de la piedra.

Sin embargo, al día siguiente, cuando acude a su despacho, la piedra la está esperando sobre la mesa. Está en su lugar exacto. Negra, pesada, con forma de riñón.

Al terminar de escribir el relato, Junpei llamó enseguida a Kirie. Tal vez a ella le apeteciera leerlo. Porque, en cierto sentido, ella le había hecho escribir la obra. Pero nadie se puso al teléfono. Sólo una voz grabada en una cinta: «La compañía telefónica le informa de que actualmente no existe ninguna línea en servicio con esta numeración».

Junpei llamó repetidas veces. Pero el resultado fue el mismo. No había ninguna línea con aquel número. Debía de haberle ocurrido algo al teléfono, pensó Junpei.

Junpei decidió quedarse en casa, esperando a que Kirie se pusiera en contacto con él. Pero no lo hizo. Transcurrió un mes. Luego transcurrieron dos, y después tres. Empezó el invierno, llegó Año Nuevo. El relato que había escrito Junpei se publicó en una revista literaria, en el número del mes de febrero. En la propaganda de la revista que salía en el periódico figuraba el nombre de Junpei y el título del cuento: «La piedra con forma de riñón que se desplaza día tras día». Quizá Kirie viera el anuncio, comprara la revista, leyera el relato y lo llamara para comentarle sus impresiones. Junpei confiaba en esa posibilidad. Pero sólo consiguió que el silencio se sobrepusiera al silencio.

La desaparición de Kirie de la vida de Junpei le supuso a éste un dolor mucho más intenso de lo que había podido prever. El vacío dejado por ella lo hacía

estremecerse. Muchas veces al día pensaba: «¡Si Kirie estuviera aquí!». Añoraba su sonrisa, las palabras que ella pronunciaba, el tacto de su piel cuando la tenía entre los brazos. Ni su música preferida, ni la lectura de las nuevas publicaciones de los autores que le gustaban conseguían consolarlo. Le parecía que todas las cosas pertenecían a un mundo remoto, muy alejado de él. «Kirie debía de ser la mujer número dos», pensó Junpei.

Volvió a encontrar a Kirie una tarde de principios de primavera. No, hablando con exactitud, no se la volvió a encontrar. Escuchó su voz.

Junpei se hallaba en un taxi. En medio de un embotellamiento. El joven taxista tenía puesto un programa de FM. Se oía una voz de mujer. Al principio, Junpei no estaba seguro. «Tiene la voz parecida», se limitó a pensar. Sin embargo, cuanto más la escuchaba, más se convencía de que era la voz de Kirie, de que aquélla era su manera de hablar. Su voz bien modulada, su tono relajado. Sus pausas características.

—Oye, ¿puedes subir un poco el volumen, por favor? —le preguntó al conductor.

—Sí, claro —dijo el conductor.

Era una entrevista en los estudios de una emisora de radio. Una locutora le hacía preguntas.

—¿Así pues, usted, desde pequeña, se ha sentido atraída por los lugares elevados? —le preguntó la presentadora.

—Sí, en efecto —respondió Kirie, o una mujer que tenía la voz idéntica a la de Kirie—. Desde que tengo uso de razón, me han gustado las alturas. De niña, cuanto más alto era el lugar, más a gusto me sentía en él. Así que siempre estaba pidiéndoles a mis padres que me llevaran a edificios altos. Debía de ser una criatura un poco rara. (*Risas*)

—Por eso empezó usted a hacer este trabajo.

—Primero trabajé como analista en una compañía de valores. Pero comprendí que aquel trabajo no estaba hecho para mí. Así que, tres años después, dejé la empresa y empecé a trabajar como limpiacristales de edificios. En realidad hubiera querido trabajar en la construcción, pero aquél es un mundo de hombres y no admiten fácilmente a las mujeres. Así que, de momento, empecé trabajando a media jornada como limpiacristales.

—Un gran cambio: de analista a limpiacristales.

—A decir verdad, esto último es mucho más fácil. A diferencia del mercado de valores, si te caes, te caes tú sola. (*Risas*)

—Por limpiacristales se refiere usted a esas personas que están subidas a una plataforma y que van deslizándose hacia abajo desde el tejado, ¿no es así?

—Exactamente. Estamos sujetos por un arnés de seguridad, claro está. Pero hay lugares en los que tenemos que soltarnos. A mí no me importa en absoluto

desatarme. Por más alto que sea el lugar no paso miedo. Por eso soy muy apreciada en mi trabajo.

—¿Hace usted alpinismo?

—Las montañas no me interesan especialmente. He intentado escalar en varias ocasiones, siempre porque me lo han propuesto, y no me gusta. Por muy alta que sea la montaña, no me divierto. Lo que a mí me interesa son las estructuras arquitectónicas de gran altura construidas por el hombre. Aunque no sabría decirle por qué.

—En la actualidad, usted dirige una empresa de limpieza especializada en rascacielos en el área metropolitana de Tokio, ¿verdad?

—Exacto —dijo ella—. Ahorré dinero de mi trabajo de media jornada y, hace unos seis años, me independicé y abrí una pequeña empresa. Yo también salgo a trabajar, claro está, pero ahora, ante todo, llevo la empresa. Ahora no tengo que recibir órdenes de nadie y puedo decidir las normas. Es muy práctico.

—¿Como poder soltarse del arnés de seguridad cuando uno quiera?

—En resumen. (*Risas*)

—¿A usted no le gusta estar sujeta al arnés de seguridad?

—No. Hace que me sienta como si fuera otra persona. Se parece a llevar un corsé ajustado. (*Risas*)

—A usted realmente le gustan las alturas, ¿verdad?

—Sí, me gustan. Estar en un lugar alto es mi vocación. No me imagino trabajando en otra cosa. El trabajo tiene que ser un acto de amor. No un matrimonio de conveniencia.

—Y ahora vamos a poner un poco de música —dijo la locutora—. *Up on the Roo*"; de James Taylor. Y, luego, seguiremos escuchando más sobre funambulismo.

Mientras sonaba la música, Junpei se inclinó hacia delante y le preguntó al taxista:

—¿Qué diablos hace esta mujer?

—Pues tensa una cuerda entre dos edificios altos y anda por ella —le explicó el taxista—. Lleva un palo largo en las manos para mantener el equilibrio. Es una especie de *performer*. Yo tengo acrofobia y, sólo con montarme en un ascensor de cristal ya me da algo. Realmente, en este mundo hay para todos los gustos. Pero ésa es un poco rara. Además, parece que ya no es muy joven.

—¿Y trabaja de eso? —preguntó Junpei. Se daba cuenta de que su voz sonaba seca, desprovista de todo peso. Parecía la voz de un extraño que se colara por una rendija del techo.

—Pues sí. Por lo visto tiene varios patrocinadores y va trabajando por ahí. Hace poco, en Alemania, lo hizo en una catedral famosa. La verdad es que quería cruzar unos edificios más altos todavía, pero, según ha dicho, las autoridades de allá le denegaron el permiso, porque, al parecer, llegada a cierta altura, la red de

seguridad ya no sirve para nada. Y ella quiere cruzar por lugares cada vez más altos, intentando superar su propio récord. Pero, como sólo del funambulismo no se puede vivir, tal como ha dicho antes, dirige su empresa de limpieza de cristales de grandes edificios. Dice que en un circo no le gustaría trabajar, porque sólo le interesan los edificios altos. ¡Mira que es rara esa mujer!

—Lo más magnífico de todo es que, cuando estás allí, se produce un cambio en ti como ser humano —le explicaba Kirie a la locutora—. Porque, si no cambias, no puedes sobrevivir. Cuando me hallo en lo alto de un edificio, allí sólo estamos el viento y yo. No hay nada más. El viento me envuelve, me sacude. El viento me comprende. Y, al mismo tiempo, yo lo comprendo a él. Y nosotros nos aceptamos el uno al otro, decidimos vivir juntos. El viento y yo. No hay lugar para nada más. Ése es el instante que más me gusta. No, no tengo miedo. Una vez piso un lugar alto y me sumerjo por completo en ese estado de concentración, el miedo desaparece. Nosotros estamos en un íntimo vacío. Ese instante lo prefiero a cualquier otra cosa.

Junpei no sabía si la locutora comprendía el sentido de las palabras de Kirie. Pero, en cualquier caso, Kirie seguía hablando con naturalidad. Cuando acabó la entrevista, Junpei bajó del taxi e hizo el resto del camino a pie. De vez en cuando levantaba la vista hacia los edificios altos, contemplaba las nubes que cruzaban el cielo. «Entre ella y el viento no hay lugar para nadie más», pensó. Y sintió un violento ramalazo de celos. ¿Pero de qué estaba celoso? ¿Del viento? ¿Quién iba a tener celos del viento?

Junpei se pasó unos meses esperando que Kirie se pusiera en contacto con él. Quería verla, hablar con ella de muchas cosas. De la piedra con forma de riñón, por ejemplo. Pero el teléfono no sonó. Si intentaba llamarla él, seguía sin «existir la línea». Al llegar el verano, él ya había perdido las esperanzas. Kirie no quería volver a verlo. Sí. Sin disputas, sin discusiones, su relación había acabado de un modo pacífico. Pensándolo bien, era así como él se había comportado con las mujeres durante mucho tiempo. Un buen día dejaba de llamar. Y todo terminaba de un modo apacible y natural.

¿Tenía que incluirla en su cuenta atrás? ¿Era una de las tres mujeres que significarían algo en su vida? A Junpei le torturó la duda. Sin embargo, fue incapaz de sacar una sola conclusión. Optó por aplazarlo medio año. Ya lo decidiría más adelante.

Durante ese medio año siguió trabajando muy concentrado y escribió una gran cantidad de relatos. Cuando, sentado ante la mesa, se disponía a depurar el estilo, pensaba que, tal vez, en aquellos instantes Kirie se encontraba en las alturas acompañada del viento. Que mientras él estaba allí escribiendo la novela, ella se encontraba en el lugar más alto que había alcanzado nadie, completamente sola. Sin arnés de seguridad. «Una vez me concentro, no tengo miedo. Sólo estamos el

viento y yo.» Junpei recordaba a menudo sus palabras. Y acabó dándose cuenta de que sentía por Kirie algo muy especial, algo que jamás había sentido por ninguna otra mujer. Un sentimiento muy profundo, de claros contornos, provisto de respuesta. Junpei no sabía cómo llamarlo. Pero, como mínimo, aquél sentimiento no podía cambiarse por nada. Aunque no pudiera volver a ver a Kirie jamás, ese sentimiento permanecería eternamente dentro de su corazón o, quizás, en la médula de sus huesos. Y él continuaría sintiendo siempre la ausencia de Kirie en algún lugar de su cuerpo.

Cuando se acercaba fin de año, Junpei lo decidió. Ella era la segunda mujer. Kirie había sido una de las mujeres que «significaban algo» para él. Segundo golpe fallido. Ahora sólo le quedaba una. Sin embargo, ya no tenía miedo. Lo importante no era el número. La cuenta atrás carecía de sentido. Lo importante era la determinación de aceptar a alguien sin reservas. Junpei lo había comprendido. Siempre es la primera vez y, siempre, ha de ser la última.

Por la misma época, la piedra negra con forma de riñón desapareció de la mesa de la doctora. Una mañana, ella se dio cuenta de que la piedra ya no estaba allí. Ya no iba a volver jamás. Y, eso, ella ya lo sabía.

A veces no lograba recordar su nombre. En particular, cuando alguien se lo preguntaba de improviso. Por ejemplo, en una boutique, cuando tenían que arreglarle las mangas del vestido que acababa de comprar y la dependienta le preguntaba: «Perdone, ¿me puede decir su nombre?». O en el trabajo, ante el teléfono, cuando al final de una conversación alguien le decía: «¿Podría repetirme su nombre, por favor?». En estos casos, su nombre se le borraba repentinamente de la memoria. Dejaba de saber quién era. De modo que, a fin de recordar cómo se llamaba, tenía que sacar el carnet de conducir de su billetero, cosa que, como es natural, hacía que su interlocutor pusiera cara de perplejidad o, si se trataba de una conversación telefónica, se extrañara ante el silencio perplejo que se había abierto al otro lado de la línea.

Nunca le ocurría cuando era ella quien daba su nombre primero. Si estaba prevenida, lograba recordarlo sin problemas. Sin embargo, con las prisas, cuando no estaba en guardia y se lo preguntaban de manera inopinada, era como si se le fundieran los plomos y su mente quedara completamente en blanco. No lograba acordarse de su nombre de ninguna de las maneras. Cuantos más indicios buscaba, más la engullía aquel vacío sin contornos.

Su nombre era lo único que no podía recordar. Nunca olvidaba el de las personas que la rodeaban. Ni olvidaba su dirección, ni su número de teléfono, ni la fecha de su cumpleaños, ni su número de pasaporte. Se sabía de memoria el teléfono de sus amigos, y el de los clientes más importantes. Nunca había tenido problemas de memoria. Lo único que no lograba recordar era su nombre. Hacía aproximadamente un año que había comenzado a sucederle. Antes no le había pasado nunca.

Se llamaba Mizuki Andô. Mizuki Ôsawa de soltera. Ninguno de los dos nombres podía ser calificado de original ni de dramático. Sin embargo, eso no quería decir que, con las prisas de la vida cotidiana, nombres así tuvieran que borrarse de la memoria. Además, y eso era lo principal, aquél era su nombre, el único que tenía.

Se había convertido en Mizuki Andô la primavera de hacía tres años. Pasó a llamarse Mizuki Andô al casarse con un hombre llamado Takashi Andô. Al principio le costó familiarizarse con su nuevo nombre. Le parecía que la combinación no acababa de ser armónica, ni en lo referente a los caracteres ni en lo referente al sonido. Sin embargo, a fuerza de pronunciarlo y de firmar una y otra vez, empezó a convencerse de que Mizuki Andô no estaba tan mal. Decidió que, comparado con los diversos juegos de palabras que podían muy bien darse, tales como «Mizuki Mizuki» o «Mizuki Miki» (de hecho, aunque fue por poco tiempo, estuvo saliendo con un hombre cuyo apellido era Miki), Mizuki Andô era una de

las mejores opciones. Y, gradualmente, fue aceptándolo como propio.

Sin embargo, desde hacía un año, el nombre había empezado a írsele de la memoria. Al principio, le sucedía una vez al mes, pero, con el paso del tiempo, le ocurría con mayor frecuencia. Y por aquel entonces le pasaba al menos una vez por semana. El nombre «Mizuki Ancló» se le escapaba y la dejaba a ella atrás en el mundo como «una mujer sin nombre», como un ser inexistente. Si llevaba el billetero, estaba salvada. Le bastaba con sacarlo y mirar el carnet de conducir. Sin embargo, de perderlo, podía muy bien acabar no teniendo la menor idea de quién era. Claro que, por más que olvidara momentáneamente su nombre, Mizuki estaba allí presente y, además, recordaba su dirección y su número de teléfono, o sea, que su existencia no quedaba anulada por completo. No era un caso de amnesia total como los que salen en las películas. Sin embargo, ser incapaz de recordar su nombre le producía muchos inconvenientes, y también le generaba ansiedad. Una vida que ha perdido el nombre es como un sueño que ha perdido los indicios del despertar.

Fue a una joyería y adquirió un fino y sencillo brazalete de plata donde hizo grabar su nombre: MIZUKI (ÓsAwA) ANDÓ. Sin dirección ni número de teléfono. «Igual que un perro o un gato», se dijo a sí misma con soma. Al salir de casa se lo ponía siempre. Y si no se acordaba del nombre, le bastaba con echarle una ojeada. De ese modo no tenía que sacar el billetero del bolso. Y nadie le ponía cara de extrañeza.

No le había contado a su marido que se le olvidaba el nombre. De haberlo hecho, seguro que éste le hubiese salido con que ella se debía de sentir insatisfecha, o incómoda, con su matrimonio. Era un hombre a quien le gustaba sacar a colación temas sobre los que poder discutir. Carecía de mala fe, pero enseguida teorizaba sobre cualquier cosa. Ese modo de ir etiquetando las cosas no era el fuerte de Mizuki. Además, como él tenía facilidad de palabra, la vencía fácilmente en cualquier discusión. Así que optó por callarse.

Pero, de todos modos, lo que habría dicho su marido no era cierto, pensaba Mizuki. Ella no se sentía insatisfecha con su vida de casada. No estaba descontenta de su marido —aunque a veces le aburría lo discudidor que era— y tampoco tenía una impresión especialmente negativa de su familia política. Su suegro era médico y pasaba consulta en la ciudad de Sakata, en la prefectura de Yamagata. No eran malas personas. Tenían una mentalidad algo conservadora, pero, como su marido era el segundo hijo, tampoco les ocasionaban demasiadas molestias. Ella era de Nagoya y le costaba soportar los fríos inviernos y el fuerte viento de Sakata, al norte del país, pero, tras algunas breves estancias, una o dos veces al año, decidió que el lugar no estaba nada mal. Llevaban un par de años casados y habían suscrito una hipoteca para comprar un piso nuevo en Shinagawa. Su marido tenía treinta años y trabajaba en los laboratorios de una empresa farmacéutica. Ella tenía veintiséis y trabajaba en un punto de venta de Honda en el distrito de Ōta. Allí contestaba al teléfono, recibía a los clientes, los acompañaba hasta el sofá y les

ofrecía té o café, hacía fotocopias cuando era necesario, archivaba los documentos y llevaba al día la base de datos de clientes introducida en el ordenador.

Tras graduarse por una universidad femenina de la ciudad de Tokio, Mizuki entró a trabajar en aquel punto de venta de Honda por recomendación de un tío suyo, ejecutivo de la compañía. Su trabajo no podía calificarse de excitante, pero le habían otorgado cierta responsabilidad y, a su manera, no estaba mal. Vender directamente coches no entraba dentro de sus funciones, pero, cuando los vendedores estaban ausentes, ella podía responder con libertad a las preguntas de los clientes que visitaban el punto de venta. A fuerza de observar cómo operaban los vendedores, las técnicas de venta habían dejado de tener secretos para ella y había adquirido, además, los conocimientos automovilísticos necesarios. Podía hablar convincentemente sobre la manejabilidad en la conducción del Odyssey, impensable en una furgoneta. Se sabía de memoria el consumo de todos los modelos. Era muy elocuente y su encantadora sonrisa disipaba las reservas de los compradores. Sabía distinguir en qué tipología se encuadraba cada cliente y diseñar una estrategia flexible adecuada a cada uno de ellos. Había llegado en muchas ocasiones hasta el paso previo a la firma del contrato. Sin embargo, en el último estadio, por desgracia, debía transferir la negociación al personal especializado de la empresa. Porque ella no estaba autorizada a hacer descuentos, a tasar el valor del coche usado y descontárselo del nuevo, a ofrecer opciones. Aunque ella hubiese hecho más de la mitad del trabajo, al final siempre aparecía el vendedor de turno y era éste quien se llevaba la comisión. Lo único que ella recibía a cambio eran ocasionales invitaciones a cenar por parte del vendedor en cuestión.

«Si me encargara yo de las ventas, seguro que se venderían más coches y que los resultados generales del concesionario subirían», se decía a veces Mizuki. Si se pusiera a ello, podría vender el doble que esos jóvenes vendedores recién salidos de la universidad. Pero nadie le dijo: «Oye, Mizuki, tienes talento. Es una lástima que pierdas el tiempo clasificando documentos o contestando al teléfono. A partir de ahora te encargarás de las ventas». Así es como funcionan las empresas. Las ventas son las ventas, y el trabajo administrativo es el trabajo administrativo. Una vez asignadas las funciones, es muy difícil salirse del marco establecido. Además, ella tampoco ambicionaba ampliar su campo de acción y progresar en su carrera. Por su carácter prefería hacer, de nueve de la mañana a cinco de la tarde, el trabajo que le asignaban, tomarse el mes entero de vacaciones pagadas que le correspondía y disfrutar tranquilamente de su vida privada.

En su lugar de trabajo continuaba usando su nombre de soltera. La razón principal era que le parecía muy pesado ir explicándoles uno a uno, a todos los clientes que la conocían de vista los pormenores de su nuevo estado civil. Así que el apellido «Ôsawa» continuaba figurando tanto en las tarjetas, como en la placa de identificación que llevaba prendida en el pecho, como en su tarjeta de fichar. Todos la llamaban «señora Ôsawa», «Ôsawa», «señorita Mizuki» o «Mizuki». Ella misma, cuando se ponía al teléfono, decía: «Aquí el concesionario *** de Honda.

Le habla Mizuki Ôsawa». Esto, sin embargo, no implicaba rechazo alguno hacia el apellido «Ancló». Ella continuaba utilizando su nombre de soltera porque le daba pereza darle explicaciones a todo el mundo.

Su marido sabía que en el trabajo ella seguía usando su nombre de soltera (alguna que otra vez la llamaba a la oficina), pero nunca había formulado ninguna objeción al respecto. Pareció creer que era sólo una cuestión práctica. Y el marido, si encontraba lógica una cosa, no se ponía pesado. En ese sentido era fácil de llevar.

Cuando empezó a borrarle el nombre de la cabeza, a Mizuki le inquietó la posibilidad de que se tratara del síntoma de alguna enfermedad grave. Del Alzheimer sin ir más lejos. El mundo está lleno de complicadas enfermedades mortales que pueden contraerse de modo inesperado. Como, por ejemplo, la miastenia, o la enfermedad de Huntington, males que ella no conocía hasta hacía cuatro días. Además, existían montones de enfermedades raras que ella ni siquiera había oído nombrar. Y, en la mayoría de ocasiones, los primeros síntomas eran insignificantes. Cosas curiosas pero nimias, como puede ser... olvidarse del nombre. Una vez que se le ocurrió esta idea empezó a sentir una preocupación atroz pensando que, en su interior, quizás existiera el foco de una enfermedad desconocida que iba extendiéndose de forma silenciosa pero inexorable.

Mizuki acudió a un gran hospital y explicó los síntomas que presentaba. Sin embargo, el joven médico que la visitó (aquel hombre tenía la cara de un color tan pálido e insano que más que un médico parecía un paciente) no se tomó demasiado en serio lo que ella le contaba. «Y, aparte de su nombre, ¿olvida usted algo más?», le preguntó. Ella le respondió que no. Que, de momento, lo único que, a veces, no lograba recordar era su nombre. «¡Hummm! Esto más bien pertenece al ámbito de la psiquiatría», dijo el médico en un tono tan desprovisto de interés como de simpatía. «Si empieza a olvidar cotidianamente otras cosas, aparte del nombre, vuelva. Y le haremos los análisis pertinentes.» El médico parecía querer decir que aquel hospital estaba lleno de gente con síntomas mucho más graves que los suyos y que ellos, los médicos, no daban abasto. Y que, en fin, tampoco era tan malo olvidarse del nombre de vez en cuando.

Un día, mientras leía un periódico del distrito de Shinagawa que le habían dejado en el buzón junto con el correo, sus ojos se posaron en un artículo que hablaba sobre un «gabinete psicológico» que abría el ayuntamiento. Era un artículo de esos tan breves que normalmente se te pasan por alto. Una vez a la semana, un psicólogo ofrecía una consulta individual por un precio módico. Podía acudir cualquier vecino del distrito de Shinagawa que tuviera más de dieciocho años. Se respetaba estrictamente la confidencialidad. Mizuki no estaba segura de hasta qué punto le sería de utilidad un gabinete psicológico organizado por el ayuntamiento, pero todo era cuestión de probar. «Total, no perderé nada con ir a ver de qué va»,

decidió Mizuki. En el punto de venta donde trabajaba, a diferencia de los sábados y domingos, entre semana podía tomarse, con relativa libertad, un día de fiesta y, además, podía ajustarse al horario que había fijado el ayuntamiento —un horario carente de todo realismo para la gente que trabajaba—. Había que concertar previamente la cita y ella llamó al número indicado. Una sesión de treinta minutos costaba dos mil yenes. Podía permitírselo sin problemas. Y le dieron hora para el miércoles a la una de la tarde.

Ese día, al llegar al segundo piso del ayuntamiento de distrito donde se había abierto el «gabinete psicológico», se encontró con que ella era la única persona que había acudido a la consulta.

—Este programa ha empezado tan de repente que la mayoría de vecinos todavía no lo conoce —dijo la mujer de recepción—. Cuando lo descubran, seguro que se llena. Tiene usted suerte de que ahora esté tan vacío.

La psicóloga se llamaba Tetsuko Sakaki y era una mujer bajita y regordeta, muy agradable, que rondaba la cincuentena. Llevaba el pelo corto, teñido de color castaño claro y, en su ancha cara, lucía una afable sonrisa. Llevaba un traje chaqueta de verano de tonalidad pálida, una blusa de seda brillante, un collar de perlas artificiales y unos zapatos planos. Más que una psicóloga, parecía una vecina del barrio, de carácter franco y abierto, siempre dispuesta a echar una mano.

—Mi marido es jefe del Departamento de Obras Públicas del Ayuntamiento de Distrito —se presentó afablemente—. Gracias a ello, hemos conseguido una subvención para abrir este gabinete de consulta destinado a los vecinos del distrito. Tú eres la primera que nos visita. Estoy encantada de que sea así. Hoy todavía no hay nadie esperando, así que las dos podremos mantener una larga y reposada conversación.

Su manera de hablar era extremadamente pausada. En su tono no había apremio alguno.

—Mucho gusto —dijo Mizuki. En su corazón, sin embargo, albergaba la duda de que aquella mujer pudiera ayudarla en algo.

—Con todo, poseo la titulación que me acredita como psicóloga y tengo muchos años de experiencia a mis espaldas, así que puedes estar tranquila. Confía en mí y ponte en mis manos —añadió sonriente la mujer como si estuviera leyendo la mente de Mizuki.

Tetsuko Sakaki se sentó ante un escritorio de acero y Mizuki, en un sofá de dos plazas. Un viejo sofá que parecía recién sacado de un almacén. Los muelles estaban vencidos y olía tanto a polvo que a Mizuki empezó a picarle la nariz.

—Lo cierto es que si dispusiéramos de una *chaise longue*, conseguiríamos crear una atmósfera más apropiada para una consulta psicológica, pero de momento sólo contamos con esto. Después de todo, esto es un ayuntamiento, o sea, que para conseguir cualquier cosa, tienes que hacer unos trámites muy engorrosos. No es muy agradable, pero te prometo que la próxima vez que nos visites tendré algo mejor. Así que te ruego que te conformes con esto.

Mientras Mizuki, hundida en aquella antigualla de sofá, le iba contando de forma ordenada a Tetsuko Sakaki cómo olvidaba cada día su nombre, ésta la escuchaba en silencio. No hacía preguntas, tampoco mostraba sorpresa alguna. Apenas dejaba escapar algún sonido que indicara que la estaba escuchando con atención. Estaba completamente absorta en lo que le estaba contando Mizuki y, de no ser por alguna mueca ocasional que se dibujaba en su rostro cuando pensaba en algo, la psicóloga hubiera esbozado, desde el principio hasta el fin, una vaga sonrisa parecida a la luna de los crepúsculos de primavera.

—Fue muy buena idea hacerte grabar el nombre en un brazalete —dijo, en primer lugar, la psicóloga cuando Mizuki acabó de hablar—. Tu reacción fue muy acertada. Lo principal es intentar minimizar los inconvenientes que te ocasiona el problema en la vida diaria. Enfrentarte a él buscando medidas prácticas en vez de sentirte culpable, de darle demasiadas vueltas al asunto o de dejar que te superara. Eres una chica muy inteligente. Además, el brazalete es precioso y te sienta muy bien.

—¿Cree usted que el hecho de olvidar mi nombre puede derivar hacia una enfermedad más grave? ¿Hay algún precedente? —preguntó Mizuki.

—No creo que haya ninguna enfermedad que tenga una sintomatología precoz tan concreta —dijo la psicóloga—. Lo que me preocupa es que, a lo largo del último año, los síntomas hayan ido apareciendo con una frecuencia cada vez mayor. Existe la posibilidad de que puedan convertirse en el disparador de otros síntomas más graves o que la pérdida de memoria se extienda a otras áreas. Es posible. Así que, ante todo, vamos a hablar tú y yo con calma e intentar descubrir de dónde surge todo esto. Porque a ti, que trabajas fuera de casa, olvidarte de tu nombre debe de ocasionarte muchos problemas, ¿verdad?

Tetsuko Sakaki, la psicóloga, le hizo, en primer lugar, unas cuantas preguntas básicas sobre el tipo de vida que Mizuki llevaba en el presente. Cuántos años hacía que estaba casada. De qué trabajaba. Cómo se encontraba físicamente. Y, después, pasó a preguntarle cosas sobre su infancia. Sobre la composición de su familia, sobre la escuela. Sobre cosas divertidas y no tan divertidas. Sobre lo que se le daba bien y lo que no se le daba tan bien. Mizuki fue contestando a todas las preguntas con sinceridad, rapidez y exactitud.

Había crecido en una familia normal y corriente. Su padre trabajaba en una compañía aseguradora, de seguros de vida. Su familia no era acomodada, pero Mizuki no recordaba haber padecido nunca dificultades económicas. Su familia la formaban sus padres y una hermana mayor. Su padre era una persona muy formal. Su madre tenía un carácter quisquilloso y era un poco pesada. Su hermana era de las que sacan siempre las mejores notas de la clase, pero (a ojos de Mizuki) era un poco superficial y aprovechada. Sin embargo, Mizuki jamás tuvo ningún problema en particular con su familia y había logrado mantener con ellos una buena relación. Jamás habían tenido una disputa grave. Ella había sido una niña que llamaba poco la atención. Estaba llena de salud, jamás había estado enferma, pero no tenía

grandes aptitudes para el deporte. No se sentía acomplejada por su físico, pero nunca la habían llamado guapa. Era inteligente, ella misma lo sabía, pero jamás había destacado en ninguna área concreta. Sus notas eran normales. Eso sí, su nombre estaba más cerca del principio que del final de la lista. En la escuela tenía varias buenas amigas, pero todas se habían dispersado al casarse y, ahora, apenas mantenía el contacto con ellas.

Tampoco respecto a su matrimonio tenía una sola queja concreta. Al principio tuvieron que aprender, ambos, de sus errores, pero habían logrado establecer una sólida vida matrimonial. Su marido no era perfecto, por supuesto (era discutidor, tenía mal gusto en el vestir), pero también poseía muchas virtudes (era un hombre cariñoso, responsable, limpio, comía de todo, no solía refunfuñar). Ella, en su lugar de trabajo, no tenía, en especial, ningún problema. Se llevaba bien tanto con sus compañeros como con sus superiores, tampoco sentía estrés. Evidentemente, a veces se producía algún incidente poco agradable, cosa difícil de evitar cuando varias personas trabajan juntas, día tras día, en un lugar pequeño.

Sin embargo, al responder a aquellas preguntas sobre su vida presente y pasada, Mizuki se encontró pensando, admirada: «¡Qué vida tan poco interesante tengo!». De hecho, su vida estaba desprovista, casi por entero, de cualquier elemento dramático. Si utilizáramos un símil cinematográfico, su vida sería uno de esos reportajes del día a día, hechos con poco presupuesto, cuyo propósito parece que sea el de invitar al sueño. Pálidas imágenes que se suceden ininterrumpidamente, sin más, en la pantalla. Sin cambios de espacio, sin primeros planos. Sin subidas ni bajadas, sin una sola secuencia que atraiga la atención del espectador. Nada presagia nada, nada sugiere nada. Sólo algún pequeño cambio de ángulo ocasional en la toma. Mizuki se encontró compadeciendo a la psicóloga. Por más que fuera su trabajo, ¿no se aburría de tener que estar escuchando con atención experiencias personales de semejante calibre? ¿No se le escapaban los bostezos? «Yo acabaría muriéndome de aburrimiento si me soltaran cada día estas historias. Seguro.»

Sin embargo, Tetsuko Sakaki escuchaba llena de interés, tomaba sencillas notas con un bolígrafo. Excepto alguna pregunta ocasional, intentaba intervenir lo menos posible y parecía totalmente concentrada en lo que le estaba contando Mizuki. Además, cuando hablaba, su voz calmada traslucía un verdadero y profundo interés. No había ni rastro de aburrimiento en ella. Sólo con escuchar aquella voz de tono pausado, tan característica, Mizuki se sintió extrañamente relajada. «No creo que nadie me haya escuchado nunca con tanta atención», pensó Mizuki. Cuando finalizó la hora y poco más de consulta, pudo constatar que el peso que cargaba sobre sus espaldas se había aligerado un poco.

—¿Quedamos, entonces, el miércoles que viene a la misma hora? —preguntó sonriente Tetsuko Sakaki.

—Sí, a mí me va bien —dijo Mizuki—. Pero ¿de verdad puedo volver a venir?

—Por supuesto. Si tú quieres, claro. Es que con estas cosas, ¿sabes?, tienes

que hablar muchas, muchas veces, para que avancen. Esto no es un programa de consulta de la radio donde te responden lo que toca, te sueltan un: «Eso es todo. ¡Ánimo!» y listos. Quizá nos lleve algún tiempo, pero nos lo vamos a tomar. Porque las dos somos vecinas de Shinagawa, ¿no?

—Entonces, ¿hay algún incidente que recuerdes relacionado con nombres? —le preguntó Tesuko Sakaki al principio de la segunda sesión—. Con tu nombre, con el de otra persona, con el de algún animal de compañía, con el de algún lugar adonde hayas ido, con algún apodo, con cualquier cosa que tenga algo que ver con nombres. Si tienes algún recuerdo relacionado con algún nombre, dímelo.

—¿Algo relacionado con algún nombre?

—Sí. Nombres, firmas, pasar lista... No tiene por qué ser nada del otro mundo. Mientras esté relacionada con nombres, cualquier cosa vale, por insignificante que sea. Intenta recordar.

Mizuki reflexionó durante largo rato.

—Pues no recuerdo nada en particular que tenga que ver con nombres —dijo ella—. Al menos, ahora, de repente, no se me ocurre nada. Sólo... Sí, creo que sí. Recuerdo una cosa sobre una chapa de identificación.

—¡Muy bien! Sobre una chapa de identificación. Sí, eso vale. —Pero no llevaba mi nombre —dijo Mizuki—. Era la chapa de otra persona.

—No importa. Háblame de eso —la animó la psicóloga.

—Tal como le conté la semana pasada, estudié secundaria y bachillerato en un colegio privado femenino —dijo Mizuki—. La escuela se encontraba en Yokohama y mi casa está en Nagoya, así que yo dormía en la residencia del colegio. Y todos los fines de semana volvía a casa. El viernes por la noche cogía el *Shinkansen* y me iba a casa, y el domingo volvía a la residencia. De Yokohama a Nagoya no hay más de dos horas y nunca me sentí sola.

La psicóloga asintió.

—Pero en Nagoya hay muchas escuelas femeninas buenas, ¿no? ¿Por qué tuviste que dejar tu casa e ir a Yokohama?

—Porque mi madre había estudiado allí. A mi madre le encantaba aquella escuela, siempre había querido que alguna hija suya estudiara allí. Además, a mí también me gustaba la idea de vivir separada de mis padres. Era una escuela de monjas, pero era bastante liberal, y allí hice algunas buenas amigas. Todas ellas venían de otros lugares de Japón, como yo. Y había muchas que, tal como me ocurrió a mí, estudiaban

Tren bala. (2V. de la E) en la escuela porque sus madres se habían graduado allí. Disfruté mucho durante los seis años que pasé en el colegio. Aunque tuve algunos problemas con la comida.

La psicóloga sonrió.

—Me dijiste que tenías una hermana mayor, ¿verdad?

—Sí, dos años mayor. Somos dos hermanas.

—¿Y tu hermana no fue a esa escuela de Yokohama?

—Mi hermana fue a una escuela en Nagoya. Mientras tanto, por supuesto, vivió con mis padres. A mi hermana no le gusta demasiado salir afuera. Además, nunca ha sido muy fuerte... Así que mi madre prefirió que fuera yo, la hermana pequeña, quien estudiara en aquella escuela. Yo era una niña muy sana, mucho más independiente que mi hermana mayor. Así que cuando al terminar primaria me preguntaron si me gustaría ir a la escuela en Yokohama, les respondí que sí. También me parecía muy divertido lo de volver a casa cada fin de semana en *Shinkansen*.

—Perdona que te haya interrumpido —se disculpó la psicóloga sonriendo—. Continúa, por favor.

—Los dormitorios de la residencia, en principio, eran dobles, pero al llegar a tercero de bachillerato, como privilegio del último año de estudios, te asignaban una habitación individual. El incidente ocurrió cuando yo ocupaba una de esas habitaciones. Como alumna del curso superior era, en aquellos momentos, delegada de los dormitorios. En el recibidor había un tablón con las chapas de identificación colgadas, cada alumna tenía la suya. En la placa figuraba nuestro nombre, escrito en caracteres de color negro en el anverso y de color rojo en el reverso. Cuando salíamos, teníamos, sin falta, que dar la vuelta a la placa. Al volver, la dejábamos como estaba antes. Es decir, que la cara escrita en negro indicaba que la alumna estaba en el dormitorio y la roja que había salido. Y cuando te alojabas fuera o te ausentabas por una larga temporada por suspensión de estudios, descolgabas la tarjeta. Los alumnos estábamos en recepción por turno, pero cuando llamaban por teléfono, por ejemplo, nos bastaba con echar una ojeada a las chapas para saber si la persona en cuestión se encontraba en el dormitorio o no. Era un sistema muy práctico.

La psicóloga asintió, alentándola a continuar.

—Era octubre. Antes de la cena, yo estaba en mi cuarto preparando las clases del día siguiente cuando me visitó una alumna de segundo curso llamada Yôko Matsunaka. Todas la llamábamos Yukko.

Era, sin duda, la chica más guapa de la residencia. Blanca de tez, con el pelo largo y las facciones como las de una muñeca. Sus padres tenían un hotel de estilo japonés, muy renombrado, en Kanazawa. Eran ricos. Yukko estudiaba en un curso inferior al mío y, no lo puedo asegurar, pero había oído decir que sacaba muy buenas notas. O sea, que era una chica que destacaba extraordinariamente. Muchas alumnas de cursos inferiores la admiraban. Pero, sin embargo, Yukko no era anti-pática ni engreída. Más bien era una chica tranquila que no solía exteriorizar sus sentimientos. Era simpática, pero yo, a menudo, no sabía lo que estaba pensando. Y podían admirarla tanto como quisieran, pero dudo que tuviera una sola amiga íntima.

Mizuki se encontraba ante su escritorio, escuchando música por la radio, cuando oyó que llamaban flojito a la puerta. Al abrir, se encontró con Yôko Matsunaka. Llevaba un jersey fino de cuello alto ajustado y unos tejanos. Le dijo que quería hablar con ella y le preguntó si la molestaba en aquel momento. Mizuki se sorprendió, pero le respondió que no. Que no hacía nada importante, que adelante. Hasta aquel día, Mizuki nunca había hablado a solas con Yôko Matsunaka y jamás hubiera imaginado que ésta la visitara en su habitación para tratar de algún asunto privado. Le ofreció una silla y le preparó un té con el agua caliente del termo.

—Mizuki, ¿has tenido celos, o envidia, alguna vez? —le preguntó sin más preámbulos.

Mizuki se sorprendió de que le hicieran esta pregunta de sopetón, pero reflexionó sobre ello.

—Creo que no —dijo Mizuki.

—¿Ni siquiera una vez?

Mizuki sacudió la cabeza.

—Al menos, ahora que me lo preguntas así, tan de repente, no logro recordar ninguna ocasión. Sentir celos, envidia... ¿Cuándo, por ejemplo?

—Cuando, por ejemplo, tú quieres a alguien y ese alguien quiere a otra persona. O cuando, por ejemplo, alguien consigue sin más lo que tú deseas con todas tus fuerzas. O cuando, por ejemplo, tú piensas: «¡Ojalá pudiera hacer esto!» y otra persona lo logra sin el menor esfuerzo, como si nada... A esto me refiero.

—Pues yo diría que nunca los he tenido —dijo Mizuki—. ¿Y tú? Muchas veces.

Al oírlo, Mizuki se quedó sin habla. ¿Qué más podía desear aquella chica? Era guapísima, su familia era rica, sacaba buenas notas, era popular. Sus padres la adoraban. Mizuki había oído decir que algunos fines de semana salía con su novio, un estudiante universitario muy guapo. A Mizuki no se le ocurría qué más podía desear una persona.

—¿Cuándo, por ejemplo? —le preguntó Mizuki.

—No querría dar muchos detalles, ¿sabes? Si no te importa —dijo Yôko escogiendo con cautela las palabras—. Además, me da la impresión de que tampoco tiene mucho sentido ir enumerando ahora ejemplos concretos. Sólo que, desde hace tiempo, te quería hacer esta pregunta. Si habías sentido celos alguna vez o no.

—¿Querías preguntarme eso desde hace tiempo?

—Sí.

Mizuki no entendía a qué venía todo aquello, pero decidió responder con sinceridad.

—No lo creo —dijo ella—. Desconozco la razón. Y no deja de ser extraño. Porque no es que tenga mucha confianza en mí misma, la verdad. Y tampoco poseo, ni mucho menos, todo lo que me gustaría. Más bien al contrario. Hay un

montón de aspectos con los que me siento bastante insatisfecha. Pero, a pesar de ello, nunca he envidiado a nadie. ¿Por qué será?

Una pequeña sonrisa afloró en los labios de Yóko Matsunaka.

—Me da la impresión de que la envidia no tiene nada que ver con las circunstancias reales u objetivas. Quiero decir que no es que las personas favorecidas por la fortuna no deban sentir envidia de los demás y que las menos favorecidas sí puedan experimentarla. La envidia no es así. Es como un tumor en nuestro interior, que nace a su antojo, en algún lugar desconocido por nosotros, y, sin atender a razones lógicas, se va desarrollando deprisa. Y, por más conscientes que seamos de ello, no podemos detenerlo. Y no es que la gente afortunada no tenga tumores y que a la gente desgraciada le salgan con facilidad, ¿verdad? Pues es lo mismo.

Mizuki escuchaba en silencio. En muy contadas ocasiones Yóko Matsunaka pronunciaba un discurso tan largo.

—Es muy difícil de explicar a una persona que nunca la haya sentido. Déjame decirte solamente que convivir, día tras día, con la envidia no es nada fácil. En realidad, es como ir acarreado contigo un pequeño infierno. Y tú, Mizuki, puedes sentirte muy afortunada de no haberla experimentado jamás.

Tras decir esto, Yóko Matsunaka se calló y miró de frente a Mizuki, que la escuchaba con una expresión casi sonriente. «¡Qué chica tan guapa!», pensó Mizuki una vez más. «Bonita figura, un busto precioso. ¿Cómo debe de sentirse una chica tan guapa como ella, tan guapa que llama la atención vaya a donde vaya? No puedo ni imaginármelo. ¿Debe de sentirse orgullosa por ello y encontrarlo, simplemente, divertido? ¿O debe de causarle, de alguna manera, alguna preocupación?»

Sin embargo, con todo, Mizuki nunca había envidiado a Yóko.

—Ahora me vuelvo a casa —dijo Yóko contemplándose las manos sobre las rodillas—. Un pariente mío ha muerto y debo asistir al funeral. Hace un rato, la profesora me ha dado permiso. No podré volver hasta el lunes por la mañana. ¿Podrías guardarme, mientras tanto, la chapa de identificación?

Tras pronunciar estas palabras, se sacó la chapa del bolsillo y se la entregó a Mizuki. Ésta no lograba entenderlo.

—No me importa lo más mínimo guardártela —dijo Mizuki—. Pero ¿por qué me pides que te la guarde? Bastaría con que la metieras en algún cajón.

Yóko Matsunaka se quedó mirando a Mizuki con más intensidad que antes a la cara. Mizuki se sintió incómoda al ser observada de aquel modo.

—Esta vez me gustaría que me la guardases tú —dijo Yóko Matsunaka con tono resuelto—. Hay algo que me preocupa y no quiero dejarla dentro en la habitación.

—De acuerdo —dijo Mizuki.

—No quiero que me la robe un mono mientras yo no estoy —aclaró Yóko Matsunaka.

—Me parece que en los dormitorios no hay ningún mono —comentó Mizuki alegremente. Hacer bromas tampoco era muy propio de Yóko Matsunaka. Luego, Yóko salió de la habitación. Atrás dejaba la chapa, una taza de té sin tocar y un extraño vacío.

—El lunes, Yóko Matsunaka no volvió al internado —le contó Mizuki a la psicóloga—. Cuando la tutora, preocupada, llamó a su familia, se enteró de que no había vuelto a su casa. No había muerto ningún pariente ni tampoco, por supuesto, se había celebrado un funeral. Ella había mentido, se había marchado a alguna parte. Encontraron su cadáver durante el fin de semana siguiente, yo me enteré al llegar a la residencia a la vuelta de Nagoya. Se había suicidado. Se había cortado las venas de la muñeca con una navaja de afeitar en las profundidades del bosque. La encontraron muerta, cubierta de sangre. Nadie comprendía las razones que podían haberla impelido al suicidio. No había dejado atrás ninguna nota, no había ningún motivo plausible. Su compañera de habitación dijo que no había apreciado ninguna diferencia en su comportamiento. Que no parecía atormentarla nada. Que estaba exactamente igual que siempre. Ella se había matado, simplemente, sin decir nada a nadie.

—Pero a ti, como mínimo, quizá sí intentara comunicarte algo, ¿no crees? —preguntó la psicóloga—. Por eso fue a tu habitación y te pidió que le guardaras la chapa. Y te habló de la envidia.

—Sí, es cierto. Yóko Matsunaka me habló de la envidia que sentía. Más adelante, se me ocurrió que quizá deseaba decírselo a alguien antes de morir. Claro que, en aquel momento, no le presté mucha atención.

—¿Le contaste a alguien que Yóko Matsunaka había ido a tu habitación antes de morir?

—No. No se lo dije a nadie.

—¿Y por qué?

Mizuki inclinó, dubitativa, la cabeza.

—Pensé que contarle sólo hubiera servido para confundir más a todo el mundo. Nadie lo hubiera comprendido y no hubiera representado ninguna ayuda.

—¿Decir que quizá la profunda envidia que sentía había sido la causa del suicidio?

—Sí. Seguro que sólo hubiera servido para que pensarán mal de mí. ¿A quién iba a envidiar una chica como Yóko Matsunaka? En aquellos momentos, todo el mundo estaba muy conmocionado, reinaba una gran excitación, pensé que lo mejor era callarme. ¿Puede usted imaginarse cómo es la atmósfera en una residencia de estudiantes? Hablar hubiera sido como encender una cerilla en una habitación llena de gas.

—¿Qué hiciste con la chapa?

—Aún la guardo. Debe de estar metida en una caja, al fondo del armario.

Junto con la mía.

—¿Y por qué continúas guardándola?

—En aquellos momentos, las cosas estaban muy revueltas en la residencia y perdí la oportunidad de devolverla. Luego, con el paso del tiempo, se me hizo cada vez más difícil devolverla, así, como si nada. Y tampoco era cuestión de tirarla, claro. Además, pensé que tal vez lo que Yóko Matsunaka quería era que yo me la quedara para siempre. Que por eso había venido a mi habitación antes de morir y me había pedido que se la guardara. Claro que no logro comprender por qué fue precisamente a mí a quien se lo pidió.

—Sí, es muy extraño. Porque tú y ella no erais tan amigas, ¿verdad?

—Vivíamos juntas en una residencia pequeña y nos conocíamos de vista. Nos saludábamos, habíamos intercambiado algunas palabras. Pero íbamos a cursos diferentes y jamás habíamos hablado de nada personal. Sólo que yo era la delegada de los dormitorios. Quizá fuera por eso por lo que vino a verme a mí —dijo Mizuki—. No se me ocurre otra razón.

—O quizá fuese porque Yóko Matsunaka, por alguna razón, sintiera interés por ti. Tal vez se sintiera atraída por ti. Quizás encontrara en ti algo especial.

—Eso, yo no lo sé —dijo Mizuki.

Tetsuko Sakaki permanecía en silencio, con los ojos clavados en el rostro de Mizuki como si estuviera considerando algo.

—Por cierto, ¿es verdad que no has sentido nunca envidia? ¿Nunca en toda tu vida? ¿Ni siquiera una vez?

Mizuki dejó que se hiciera una pausa. Luego respondió.

—Creo que no. Nunca.

—Es decir, que tú no comprendes lo que son los celos o la envidia.

—Lo entiendo más o menos. O sea, que puedo comprender cómo surgen. Pero la sensación real, ésa la desconozco. No sé lo fuertes que pueden llegar a ser, cuánto pueden llegar a durar, de qué manera sufre una persona poseída por ellos. Todas esas cosas.

—Pues sí —dijo la psicóloga—. Hay varias categorías. Como sucede, por otra parte, con todas las emociones humanas. Están los celos de baja intensidad, los que se conocen como celos o envidia. Éstos, en mayor o menor medida, los experimenta la mayoría de la gente de manera cotidiana. Es lo que sientes cuando promocionan a un compañero de trabajo por encima de ti, cuando el profesor prefiere a otro alumno de tu clase, cuando a un vecino le toca una gran cantidad de dinero en la lotería. Esto sólo es envidia. Piensas que es injusto y te enfadas un poco. En la psicología humana, ésta es una reacción natural. ¿Ni siquiera de éstos has sentido nunca? ¿Nunca has sentido envidia de nadie?

Mizuki reflexionó.

—Yo diría que nunca. Ya sé que hay muchas personas mucho más favorecidas por la fortuna que yo. Pero, sin embargo, no las envidio. Es que a mí me parece que cada persona es diferente.

—Y como cada persona es diferente, una no puede compararse con otra, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí, de eso se trata.

—Ya veo. Un punto de vista muy interesante —dijo la psicóloga con su voz calmada, entrecruzando, divertida, los dedos sobre el escritorio—. De todos modos, ésta no es más que la leve, la de baja intensidad. Pero cuando se intensifica, la cosa no es tan sencilla. La envidia es como un parásito que anida en el corazón de las personas. Y en algunos casos, tal como dijo tu amiga, se convierte en un cáncer que va carcomiendo su alma. Hay algunos casos en que llega a conducir a la persona a la muerte. Y como no hay manera de frenarla, supone una tortura para la persona que la sufre.

Al volver a casa, Mizuki sacó del armario la caja de cartón sellada con cinta adhesiva. La chapa de identificación de Yóko Matsunaka debía de estar guardada en un sobre, junto con la suya. Dentro de la caja había, sin orden ni concierto, viejas cartas de cuando iba a primaria, diarios, álbumes de fotografías, cartillas de notas y otros recuerdos. Mizuki llevaba tiempo pensando que tenía que ordenar todo aquello, pero, como estaba muy ocupada, la caja había quedado tal cual, intacta, de un traslado a otro. Sin embargo, por más que rebuscó en su interior, no logró encontrar el sobre con las chapas. Sacó todo el contenido de la caja y lo estudió minuciosamente, pero el sobre siguió sin aparecer. Mizuki se sintió desconcertada. Cuando se había mudado a aquella casa, había echado una ojeada al contenido de la caja y había visto el sobre con las chapas. Y había pensado, embargada por una profunda emoción: «¡Oh! Todavía están aquí». Luego, para que nadie las viera, había sellado la caja. Y aquélla era la primera vez que la abría después. Por lo tanto, el sobre debía estar dentro. No le cabía la menor duda. ¿Dónde diablos habría ido a parar?

Desde que había empezado a ir, una vez por semana, a ver a la psicóloga Sakaki al gabinete de consulta del ayuntamiento, Mizuki había dejado de conceder tanta importancia al hecho de olvidarse del nombre. Continuaba sucediéndole, y con la misma frecuencia, pero al menos los síntomas se habían estabilizado y las pérdidas de memoria no se habían extendido a otras áreas aparte del nombre. Además, el brazaletе la salvaba de las situaciones embarazosas. A veces llegaba incluso a considerarlo natural, como un aspecto más de su vida cotidiana.

Mizuki no le había dicho a su marido que iba a la consulta. En realidad, no es que pretendiera escondérselo, pero le parecía muy pesado tener que explicárselo todo. Su marido le pediría, sin duda, una explicación pormenorizada. Además, olvidando su nombre y yendo a la consulta una vez por semana, a él no le hacía ningún daño. Y la tarifa era irrisoria. Tampoco le contó a la psicóloga que, por más que la había buscado, no había conseguido encontrar la chapa del internado de Yóko Matsunaka. Porque no le pareció que aquello tuviera algo que ver con la

entrevista.

Pasaron dos meses. Todos los miércoles, Mizuki se dirigía a la consulta del segundo piso del ayuntamiento del distrito. El número de personas que acudía al gabinete, al parecer, había aumentado y el tiempo de la sesión se redujo de la hora que al principio le habían concedido como trato preferente, a los treinta minutos establecidos; pero por entonces la conversación entre ambas ya estaba muy bien encauzada y habían aprendido a hacer un uso más provechoso del tiempo de que disponían. Había ocasiones en que a Mizuki le hubiera gustado continuar hablando, pero, después de todo, eran sesiones a bajo precio. No podía pedir más.

—Ésta es la novena vez que vienes —le dijo un día la psicóloga cinco minutos antes de acabar la consulta—. La frecuencia con la que olvidas tu nombre no ha disminuido, pero tampoco ha aumentado, ¿verdad?

—No, no ha aumentado —respondió Mizuki—. Creo que me encuentro en una fase estacionaria.

—¡Fantástico! ¡Fantástico! —dijo la psicóloga. Luego introdujo su bolígrafo negro en el bolsillo de su chaqueta y cruzó estrechamente los dedos de ambas manos sobre el escritorio. Después, tras dejar que se produjera una pequeña pausa, dijo—: Es posible que la semana que viene, cuando vengas, quizá se produzca un gran avance respecto al problema que hemos estado tratando.

—¿Respecto a lo de olvidarme del nombre?

—Sí. Es posible que, si todo va bien, pueda especificarte la causa de una forma materializada y que te la pueda mostrar.

—¿De por qué olvido mi nombre? ¿La causa de por qué no lo recuerdo?

—Exacto.

Mizuki no acababa de entender lo que le estaba diciendo.

—La causa materializada... ¿Es decir, que es algo que puede verse?

—Pues claro que puede verse. Por supuesto —dijo la psicóloga y se frotó las manos con aire satisfecho—. Quizá te la pueda poner en una bandeja y decirte: «¡Aquí la tienes!». Pero, por desgracia, hasta la semana que viene no podré darte más detalles. Porque en la fase en la que nos encontramos ahora, todavía no estoy segura. Pero confío en que todo vaya bien. Y, si es así, entonces te lo explicaré todo con pelos y señales.

Mizuki asintió.

—En todo caso —prosiguió la psicóloga Tetsuko Sakaki—, lo que quiero decirte es que vamos hacia delante y hacia atrás, pero que, con todo, el asunto se está encaminando, de una manera segura, hacia una solución. Porque ya lo dicen, ¿no?, que en la vida se avanza tres pasos y se retroceden dos. No te preocupes. Todo va bien. Confía en mí. Así que hasta la semana que viene. Y no te olvides de pedir hora en recepción.

Y, tras decir eso, la psicóloga le guiñó el ojo.

La semana siguiente, a la una de la tarde, cuando Mizuki fue al gabinete psicológico, Tetsuko Sakaki la estaba esperando sentada ante el escritorio y lucía en su rostro una sonrisa más amplia que de costumbre.

—Me parece que he descubierto la causa de que te olvides de tu nombre —dijo con orgullo—. Creo que he encontrado la solución.

—¿Quieres decir con eso que ya no lo olvidaré nunca más? —preguntó Mizuki.

—Exacto. Ya no volverás a olvidarlo. La causa está clara, y el problema está resuelto.

—¿Cuál era, entonces, la causa? —preguntó, medio incrédula, Mizuki.

Tetsuko Sakaki sacó algo de un bolso de charol de color negro que había a su lado y lo depositó sobre la mesa.

—Me parece que esto es tuyo.

Mizuki se levantó del sofá y se acercó a la mesa. Encima, había dos chapas de identificación. En una ponía: MIZUKI ÓSAWA, en la otra: YÔKO MATSUNAKA. El rostro de Mizuki se quedó sin sangre. Retrocedió y se hundió en el sofá. Durante unos instantes, fue incapaz de pronunciar palabra. Se presionaba las palmas de ambas manos fuertemente contra la boca. Como si quisiera evitar que se le escapasen las palabras.

—No es extraño que te sorprendas —dijo Tetsuko Sakaki—. Tranquila, voy a explicártelo con calma. Tranquilízate. No tienes por qué sentir miedo.

—¿Cómo es posible que...? —dijo Mizuki.

—¿Cómo es posible que hayan ido a parar a mis manos tus dos chapas de identificación?

—Sí. Yo...

—No lo entiendes, ¿verdad?

Mizuki asintió.

—Las he recuperado para ti —dijo Tetsuko Sakaki—. Estas chapas te fueron robadas y por eso tú no podías recordar tu nombre. Y, para que pudieras recuperarlo, era preciso que las poseyeras de nuevo.

—¿Pero quién...?

—¿Pero quién robó de tu casa estas dos chapas? ¿Y con qué objetivo? —dijo Tetsuko Sakaki—. Esto, más que explicártelo yo, me da la impresión de que es mejor que se lo preguntes directamente a quien te las sustrajo.

—¿Pero es que el ladrón está aquí? —preguntó, atónita, Mizuki.

—Sí, por supuesto. Lo hemos atrapado y le hemos incautado las chapas. Bueno, no he sido yo quien lo ha hecho, claro. Han sido mi marido y unos subordinados suyos del departamento. Ya te lo dije, ¿no?, que mi marido era jefe del Departamento de Obras Públicas del distrito de Shinagawa.

Mizuki asintió sin entender nada.

—¡Adelante! Vayamos a ver al malhechor. Y cuando lo tengas delante, dile

cuatro verdades.

Guiada por Tetsuko Sakaki, Mizuki salió de la habitación donde tenía lugar la consulta, recorrió *el* pasillo, subió al ascensor. Las dos bajaron al sótano. Avanzaron por un largo pasillo desierto, se detuvieron ante una puerta que había al fondo y Tetsuko Sakaki llamó con los nudillos. «Adelante», le contestó desde dentro una voz masculina y Tetsuko Sakaki abrió la puerta.

Dentro había un hombre alto y delgado que rondaba la cincuentena, y otro, corpulento, de unos veinticinco años. Ambos vestían una bata de trabajo de color café claro. El hombre de mediana edad llevaba prendida del pecho una tarjeta que ponía «Sakaki», y el joven otra donde figuraba el nombre «Sakurada». Este último llevaba en la mano una porra negra de policía.

—Usted debe de ser la señora Mizuki Andó, ¿no es así? —preguntó el hombre llamado Sakaki—. Soy el marido de Tetsuko. Me llamo Yoshiró Sakaki y soy el jefe del Departamento de Obras Públicas del Ayuntamiento de Shinagawa. Éste es el señor Sakurada. Trabaja en mi departamento.

—Encantada —dijo Mizuki.

—¿Qué? ¿Está tranquilo? —le preguntó Tetsuko a su marido.

—Sí. Por lo visto se ha conformado y se ha quedado quieto —dijo Yoshiró Sakaki—. El señor Sakurada lo lleva vigilando desde la mañana y parece que no le ha ocasionado ningún problema.

—Sí, es pacífico —admitió Sakurada con cierto timbre de decepción en la voz—. Si hubiera armado alboroto, ya le hubiera enseñado yo un par de cosas, pero no ha habido necesidad.

—Sakurada fue capitán del equipo de kárate de la Universidad de Meiji. Es uno de nuestros jóvenes más prometedores —explicó el jefe de departamento, el señor Sakaki.

—Entonces, ¿quién robó las tarjetas de mi casa? ¿Y por qué lo hizo? —preguntó Mizuki.

—Bueno, vamos a dejar que hable con el autor del robo —dijo Tetsuko Sakaki.

Al fondo de la habitación había otra puerta, Sakurada la abrió. Le dio al interruptor, encendió la luz. Recorrió la habitación con la mirada, se volvió hacia los demás e hizo un gesto de asentimiento.

—No hay problema. Adelante, por favor.

En primer lugar entró el jefe de departamento, el señor Sakaki, luego, Tetsuko Sakaki, y por último Mizuki. Era un cuarto pequeño parecido a un almacén. No había ningún mueble. Sólo una silla pequeña y un mono sentado en ella. Para tratarse de un mono, era bastante grande. Su tamaño era inferior al de un hombre adulto, pero superior al de un niño de primaria. Tenía el pelo un poco más largo que los monos japoneses y se veían, aquí y allá, algunos pelos grises. Resultaba difícil precisar su edad, pero ya no parecía muy joven. Tenía los brazos y las patas fuertemente atadas a la silla de madera con una delgada cuerda. Su largo

rabo le colgaba, impotente, hasta el suelo. Cuando Mizuki entró en la habitación, el mono le echó una ojeada rápida y bajó la vista al suelo.

—¿Un mono? —dijo Mizuki.

—Exacto —dijo Tetsuko Sakaki—. Tus chapas de identificación te las robó, de tu casa, un mono.

«Para que no me la coja un mono mientras no estoy», había dicho Yóko Matsunaka. «¡No hablaba en broma!», pensó Mizuki. «Yóko Matsunaka lo sabía.» Un escalofrío recorrió la espalda de Mizuki.

—¿Cómo es posible que...?

—¿Cómo es posible que lo haya descubierto? —preguntó Tetsuko Matsunaka—. Pues porque soy una profesional. Ya te lo dije el primer día, ¿no te acuerdas? Tengo mi titulación y muchos años de experiencia. Las apariencias engañan. Una psicóloga que trabaje en el ayuntamiento por un precio reducido, como si hiciera una obra de beneficencia, no tiene por qué ser peor que otra que disponga de un consultorio maravilloso.

—No, claro. Eso ya lo sé. Pero estoy tan sorprendida que...

—¡Vale, vale! Hablo en broma —dijo Tetsuko Sakaki, y sonrió—. En verdad, yo soy una psicóloga un poco rara. Y no me llevo demasiado bien ni con las instituciones ni con el mundo académico. Prefiero trabajar a mi aire en un lugar como éste. Porque mis métodos son, como puedes ver, un poco especiales.

—Pero extremadamente eficaces —añadió con expresión seria Yoshiró Sakaki.

—¿Entonces, este mono me robó las chapas de identificación? —preguntó Mizuki.

—Sí. Se coló en tu casa y te quitó las chapas de dentro de la caja del armario. Hace un año aproximadamente. Justo cuando tú empezaste a no poder recordar tu nombre, ¿verdad?

—Sí, exacto. Fue justo en aquella época.

—Le ruego que me disculpe —dijo el mono hablando por primera vez. Tenía una voz vigorosa. Incluso se podía apreciar en ella cierta musicalidad.

—¡Habla! —exclamó Mizuki atónita.

—Sí, puedo hablar —dijo el mono sin cambiar apenas de expresión—. Tengo que pedirle a usted disculpas por otra cosa más. Cuando entré en su casa a robarle las chapas, también cogí dos plátanos. No tenía intención de quitarle nada más que las chapas, pero tenía mucha hambre y, pese a ser consciente de que era algo que no debía hacer, acabé llevándome dos plátanos que había encima de la mesa y me los comí. Es que tenían muy buen aspecto, ¿sabe usted?

—¡Desvergonzado! —exclamó Sakurada y le golpeó la palma de la mano con la porra negra—. ¡Vete a saber qué más habrá robado! ¿Le aprieto las ataduras un poco más?

—Espera un momento —dijo el jefe de departamento, el señor Sakaki—. Ha confesado libremente lo de los plátanos y no parece tan malvado. Hasta que no

esclarezcamos los hechos, más vale que no hagamos uso de la violencia. Si se supiera que en el ayuntamiento maltratamos a los animales, podríamos tener problemas.

—¿Y por qué me robaste las chapas? —le preguntó Mizuki al mono.

—Es que yo soy un mono que roba nombres —respondió el mono—. Es una enfermedad. A la que veo un nombre, experimento la necesidad de robarlo. Por supuesto, no me vale cualquier nombre. Hay nombres que me atraen. Hay nombres de personas que me atraen. Y, cuando los encuentro, no puedo evitar hacerme con ellos. Entro furtivamente en sus casas y los robo. Soy muy consciente de que está mal, pero no puedo contenerme.

—Eras tú el que quería robarle la chapa a Yóko Matsunaka en la residencia, ¿verdad?

—Sí, en efecto. Yo estaba perdidamente enamorado de la señorita Matsunaka. Enamorado como no lo he estado en toda mi vida. Pero ella jamás hubiese podido ser mía. Yo soy un mono, ya lo ve, no tenía esperanza alguna. Por eso deseaba poseer su nombre. Poseer, al menos, su nombre. Sólo con eso, mi corazón ya se hubiera sentido satisfecho. ¿Qué más podía pedir un mono? Pero, antes de que pudiera conseguirlo, ella se quitó la vida.

—¿No tendrás algo que ver con su suicidio?

—¡No! —gritó el mono sacudiendo violentamente la cabeza—. ¡No! Que ella se suicidara nada tiene que ver conmigo. A ella la acuciaba un negro dilema dentro de su corazón. Nadie podía salvarla.

—¿Y cómo acabaste enterándote, después de tantos años, de que la chapa de Yóko Matsunaka estaba en mi casa?

—Tardé mucho tiempo en llegar a esa conclusión. Después de que la señorita Matsunaka muriera, intenté conseguir enseguida su chapa. Hacerme con ella antes de que alguien se la llevara. Pero me encontré con que la chapa ya había desaparecido. Y nadie sabía adónde había ido a parar. La busqué por todas partes. Casi perdí la vida en el intento. Pero no logré descubrir su paradero. En aquel momento, no se me ocurrió que la señorita Matsunaka pudiera habérsela entregado a usted. Porque ustedes dos no eran particularmente amigas.

—Cierto —dijo Mizuki.

—Sin embargo, tuve una chispa de inspiración y empecé a pensar que era posible que la tuviese usted. Eso fue la primavera del año pasado. Pero hasta que descubrí que la señorita Mizuki Ôsawa se había casado, que se había convertido en la señora Mizuki Andó y que ahora vivía en una casa de Shinagawa tardé, una vez más, mucho tiempo. Porque, para un mono, es bastante complicado hacer investigaciones de este tipo. En fin, así fue como entré a robar en su casa.

—Pero ¿por qué te llevaste, de pasada, también mi chapa de identificación y no sólo la de Yóko Matsunaka? Eso me ha hecho sufrir mucho. Dejar de saber cómo me llamaba.

—Lo siento muchísimo —se disculpó el mono, avergonzado, bajando la

cabeza—. Cuando veo un nombre que me atrae, no puedo evitar robarlo. Me avergüenza confesárselo, pero también el nombre «Mizuki Ôsawa» cautivó mi humilde corazón. Tal como le he dicho, es una enfermedad. Ni yo mismo logro controlar mis impulsos. Pese a ser consciente de que es algo que no debe hacerse, sin darme cuenta se me escapa la mano. Lamento, desde lo más profundo de mi corazón, haberle ocasionado tantas molestias.

—Este mono vivía oculto en las cloacas de Shinagawa —dijo Tetsuko Sakaki—. Así que le pedí a mi marido que lo capturaran y los jóvenes del departamento así lo hicieron. Nos ha sido de gran ayuda que él sea el jefe del Departamento de Obras Públicas y que las cloacas se incluyan dentro de sus responsabilidades.

—El señor Sakurada, aquí presente, se ha esforzado mucho en atraparlo —dijo el jefe de departamento, el señor Sakaki.

—Al Departamento de Obras Públicas no se le puede pasar por alto, bajo ningún concepto, el hecho de que haya un sujeto sospechoso como éste oculto en las cloacas —dijo Sakurada con suficiencia—. Este tipo tenía su guarida provisional bajo el suelo de Takanawa y, desde ese centro de operaciones, se desplazaba por las cloacas hacia cualquier punto de la ciudad.

—En las ciudades no hay ningún lugar donde podamos vivir. Hay pocos árboles, durante el día es difícil encontrar zonas de sombra. A laque pisas el suelo, un tropel de gente quiere atraptarte. Los niños tiran a darte con el tirachinas o con las pistolas BB, enormes perros con pañuelos anudados al cuello nos persiguen desesperadamente. Cuando estás en lo alto de un árbol, descansando, viene una cámara de televisión y te enfoca. No podemos estar tranquilos en ningún lado. Por eso me oculté bajo el suelo. Perdónenme.

—Pero ¿cómo supo usted que este mono se ocultaba en las cloacas? —preguntó Mizuki a Tetsuko Sakaki.

—A lo largo de estos dos meses en los que te he estado escuchando atentamente, he ido comprendiendo varias cosas. Ha sido como si se fuera despejando la niebla —expuso Tetsuko Sakaki—. Supuse que debía de haber algo que robaba nombres y pensé que, tal vez, todavía estuviera oculto en el subsuelo de la zona. Y si se trataba del subsuelo de la ciudad, las posibilidades se reducían mucho. O bien el recinto del metro, o bien las cloacas. Entonces decidí pedírselo a mi marido. Que investigara si en las cloacas se ocultaba alguna criatura que no fuera humana, porque yo creía que existía tal posibilidad. Y, ¡bingo!, encontraron al mono.

Mizuki se quedó sin habla durante unos instantes.

—Pero..., sólo escuchando lo que yo le contaba, ¿cómo logró descubrirlo?

—No queda bien que lo diga yo, siendo su marido, pero mi mujer posee una capacidad especial que no tiene el común de la gente —dijo el jefe del departamento, el señor Sakaki, con expresión formal—. En los veintidós años que llevamos casados he visto muchas cosas que me han llenado de asombro. Por eso

me esforcé tanto en conseguir que el ayuntamiento abriera el gabinete psicológico. Porque estaba convencido de que si ella disponía de un espacio donde desarrollar su talento podría ser de gran ayuda a los vecinos del barrio de Shinagawa. En fin, lo que ahora importa es que el caso del robo de nombres haya quedado aclarado. Me siento muy contento por ello. Y también aliviado.

—¿Y qué van a hacer con el mono que han atrapado? —preguntó Mizuki.

—No podemos dejarlo vivir —dijo, como si nada, Sakurada—. Una vez se ha adquirido un vicio es imposible desprenderse de él. Diga lo que diga ahora, reincidirá en alguna otra parte. Acabemos con él. Es lo mejor. Si le inyectamos en la vena una alta concentración de desinfectante, solucionamos el problema en un abrir y cerrar de ojos.

—Espera un momento —dijo el jefe del departamento, el señor Sakaki—. Sean cuales sean nuestras razones, si se llegara a saber que hemos matado un animal, seguro que llegarían quejas y nos encontraríamos con un gran problema. Acuérdate de lo que pasó hace un tiempo cuando matamos aquellos cuervos. Recuerda el revuelo que se armó. Quiero evitar problemas.

—Por favor, no me maten —suplicó el mono, atado como estaba, haciendo una profunda inclinación de cabeza—. He cometido una mala acción. Lo que hice es reprobable, sin lugar a dudas. Eso lo sé perfectamente bien. He ocasionado un montón de problemas a los señores humanos. Pero, y no es que con ello pretenda quitarme culpa, también hay algo positivo en mi acción.

—¿Qué elemento positivo puede haber en robarle el nombre a la gente? Dime uno —le espetó, con tono duro, el jefe del departamento, el señor Sakaki.

—Sí, señor. Yo robo nombres, en efecto. Pero, al mismo tiempo, me llevo también parte de los elementos negativos que cada nombre conlleva. Quizá les parezca que me lo estoy inventando. Pero existe una pequeña posibilidad de que, si yo no hubiera fracasado en el intento de robarle el nombre a Yóko Matsunaka, ella no se hubiese quitado la vida.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mizuki.

—Porque si hubiera logrado arrebatarse el nombre, le hubiese sustraído, al mismo tiempo, parte de las tinieblas que ocultaba en su corazón. Y, junto con el nombre, me las hubiese llevado al mundo subterráneo —dijo el mono.

—¡Vaya un argumento para salir del paso! —exclamó Sakurada—. Como se está jugando la vida, este mono se exprime los sesos que es un contento y se saca de la manga el primer pretexto que se le ocurre.

—No lo creo. Quizá tenga parte de razón —dijo Tetsuko Sakaki, que estaba reflexionando con los brazos cruzados. Se dirigió al mono y le preguntó—: ¿Cuando robas un nombre te llevas junto con lo bueno también lo malo que éste conlleva?

—Así es. En efecto —respondió el mono—. Nosotros no podemos elegir, no podemos tomar sólo lo que nos place. Los monos nos llevamos también lo malo que hay en *el* nombre que robamos. Lo tomamos todo en conjunto. ¡Por favor! ¡No

me maten! Soy un estúpido mono que tiene un mal vicio, pero eso no quiere decir que no les pueda ser útil en absoluto.

—Entonces, ¿qué había de malo en mi nombre? —le preguntó Mizuki al mono.

—Eso no quiero decirlo delante de la persona a la que pertenece el nombre —dijo el mono.

—Dímelo —rogó Mizuki—. Si lo haces, te perdonaré. Y les pediré a los aquí presentes que te perdonen también.

—¿De verdad?

—¿Lo perdonarían ustedes si me lo explica todo con sinceridad?

—le preguntó Mizuki al jefe del departamento, el señor Sakaki—. El mono, en sí mismo, no es malo, y en estos mismos instantes ya está purgando su culpa. Si, tras aleccionarlo bien, lo lleváramos a las montañas de Takao y lo soltáramos allí, no creo que volviera a cometer ninguna mala acción. ¿Qué le parece?

—Si a usted le parece bien, no tengo nada que objetar —dijo el jefe de departamento, señor Sakaki. Luego se dirigió al mono—: ¡Eh, tú! ¿Prometes no volver a pisar nunca más el distrito veintitrés?

—Sí, señor jefe de departamento. Nunca más volveré al distrito veintitrés. A partir de ahora no les ocasionaré ninguna otra molestia. No volveré a deambular por las cloacas. Ya no soy joven y creo que ésta es una buena oportunidad para cambiar de vida —prometió el mono con expresión sumisa.

—Por si acaso, ¿no sería mejor marcarle la cola para, después, poder reconocerlo enseguida? —dijo Sakurada—. Creo que por aquí tenemos la placa eléctrica de las obras con el timbre del distrito de Shinagawa.

—¡No, por favor! No me hagan eso —exclamó el mono al borde de las lágrimas—. Si llevo una marca extraña en la cola, los otros monos recelarán de mí y no se me acercarán. Se lo voy a contar todo sinceramente, sin ocultar nada, pero no me marquen, por favor.

—Deja correr lo de la marca —intercedió el jefe de departamento, señor Sakaki—. Si lleva la marca del distrito en la cola, puede traernos problemas más adelante. Es como si nosotros asumiéramos la responsabilidad.

—Sí, señor. Como usted mande —dijo Sakurada con un deje de decepción en la voz.

—Entonces, dime. ¿Qué cosas malas llevaba consigo mi nombre?

—preguntó Mizuki mirando fijamente los ojillos rojos del mono.

—Es posible que mis palabras la hieran, señora Mizuki.

—No importa. Habla.

El mono, apurado, reflexionó unos instantes. Varias arrugas surcaron su frente.

—Tal vez sería mejor que no las escuchase.

—Es igual. Quiero saber la verdad.

—De acuerdo —dijo el mono—. En ese caso voy a decírselo sin rodeos. Su madre no la quiere. Jamás la ha querido, ni ahora ni cuando usted era niña. Desconozco las razones. Pero es así. Tampoco su hermana mayor la quiere a usted. Su madre la envió al colegio de Yokohama con la finalidad de sacársela de encima. Porque tanto su madre como su hermana preferían tenerla lo más lejos posible. Su padre no es, en absoluto, una mala persona, pero tiene un carácter muy débil. Y no fue capaz de protegerla. Por esta razón, usted, desde pequeña, ha estado falta de amor. En el fondo, usted siempre lo ha sabido, pero ha intentado ignorarlo intencionadamente. Ha desviado los ojos de esa realidad, la ha ocultado en el fondo de su corazón, ha puesto una tapa encima y ha intentado vivir sin pensar en cosas que puedan hacerla sufrir, sin ver las cosas desagradables. Ha vivido sofocando este sentimiento negativo. Y esta postura defensiva ha pasado a formar parte de su personalidad. ¿No es cierto? Debido a eso, usted ha acabado por no poder amar a nadie de verdad, incondicionalmente, desde lo más hondo de su corazón.

Mizuki permanecía en silencio.

—En el presente, su matrimonio parece feliz, sin problemas. Y tal vez lo sea en realidad. Sin embargo, usted no ama profundamente a su marido. ¿No es cierto? Y, si tuviera un hijo, de seguir las cosas así, sucedería lo mismo.

Mizuki no decía nada. Se acuclilló en el suelo y cerró los ojos. Tenía la sensación de que su cuerpo se había desmembrado. Su piel, sus órganos, sus huesos estaban desunidos, en piezas. Sólo le llegaba el sonido de su propia respiración.

—¿Quién se ha creído este mono que es para hablar así? —exclamó Sakurada sacudiendo la cabeza—. Jefe, ya no puedo aguantarlo más. Déjeme darle su merecido.

—¡Espera! —dijo Mizuki—. Tiene razón. Este mono dice la verdad. Y yo lo he sabido siempre. Pero pretendía no verlo, miraba para otro lado. Cerraba los ojos y los oídos. Este mono no ha hecho más que hablar con sinceridad. Así que les pido que lo perdonen. No digan nada y suéltelo en la montaña.

Tetsuko Sakaki depositó suavemente la mano en el hombro de Mizuki.

—¿Es esto lo que tú quieres?

—Sí. Con que me devuelva mi nombre, me doy por satisfecha. Y, de aquí en adelante, tendré que aprender a vivir con todo lo que conlleva. Éste es mi nombre y ésta es mi vida.

Tetsuko Sakaki le dijo a su marido:

—El próximo fin de semana podríamos coger el coche, acercarnos a Takao y buscar un lugar apropiado para soltar al mono. ¿Qué te parece?

—Muy bien. Perfecto —respondió el jefe del departamento, el señor Sakaki—. Está a la distancia justa para probar el coche nuevo.

—Les estoy profundamente agradecido —dijo el mono.

—No te marearás en el coche, ¿verdad? —le preguntó Tetsuko Sakaki al mono.

—No. No se preocupe. Ni les vomitaré encima de los asientos nuevos ni haré

allí mis necesidades. Me portaré como es debido. No les ocasionaré ninguna molestia —dijo el mono.

En el momento de separarse del mono, Mizuki le dio la chapa de Yóko Matsunaka.

—Esto es mejor que te lo quedes tú —le dijo Mizuki al mono—. Estabas enamorado de ella, ¿no es cierto?

—Sí, lo estaba.

—Entonces guarda bien esta chapa. Y no vuelvas a robarle nunca el nombre a alguien.

—Sí. Esta chapa será lo máspreciado que tenga. Y no volveré a robar nunca jamás —prometió el mono mirándola con expresión seria.

—¿Por qué debió de pedirme Yóko Matsunaka antes de morir que le guardase la chapa? ¿Por qué me lo pidió precisamente a mí?

—Eso yo no lo sé —respondió el mono—. Pero, en todo caso, gracias a ello hemos podido encontrarnos y hablar. Tal vez haya sido un designio de la fortuna.

—Sí, seguro que sí —dijo Mizuki.

—¿La ha herido lo que le he dicho?

—Sí —respondió Mizuki—. Creo que sí. Muy hondo.

—Lo siento mucho. La verdad es que yo no quería hablar. —No importa. En el fondo de mi corazón, yo eso ya lo sabía. Y en realidad tenía que enfrentarme a este hecho antes o después.

Me siento aliviado al oírlo —dijo el mono.

—Adiós —le dijo Mizuki al mono—. No creo que volvamos a vernos.

—Cuídese mucho —dijo el mono—. Y muchas gracias por haberme salvado la vida.

—Oye, tú. No vuelvas a poner los pies en el distrito de Shinagawa —espetó Sakurada dándose golpecitos con la porra en la palma de la mano—. Hoy te has salvado gracias a la consideración del jefe, pero si te vuelvo a ver, te aseguro que no saldrás con vida.

Y el mono sabía que no era una simple amenaza.

—¿Y qué, la semana que viene? —le preguntó Tetsuko Sakaki a Mizuki, de vuelta en el consultorio—. ¿Hay algo más de lo que quieras hablarme?

Mizuki negó con la cabeza.

—No. Gracias a usted, doctora, mi problema se ha solucionado por completo. Le estoy muy agradecida.

—¿Y no necesitas hablar conmigo de lo que te ha dicho el mono?

—No. Creo que podré sobrellevarlo sola. Antes que nada, tengo que reflexionar sobre ello con calma.

Tetsuko Sakaki asintió.

—Sí, creo que eres muy capaz de enfrentarte a ello sola. Si te lo propones, seguro que te fortalecerás.

Mizuki dijo:

—Pero, si me encontrara en un callejón sin salida, ¿podría volver? —Por supuesto —respondió Tetsuko Sakaki. Y una amplia sonrisa dividió en dos su rostro flexible—. Y, entonces, entre las dos, volveremos a atrapar algo.

Se dieron la mano y se separaron.

Al volver a su casa, Mizuki metió dentro de un sobre marrón la vieja chapa donde ponía MIZUKI ÓSAWA y el brazalete con el nombre MIZUKI (ÓSAWA) ANDE grabado, cerró el sobre y lo guardó dentro de la caja de cartón del armario. Había recuperado su nombre. A partir de aquel momento, volvería a vivir con ese nombre. Las cosas quizá le irían bien. O tal vez no. Pero, en todo caso, ése era su nombre, el único que tenía.

En los veinticuatro relatos que componen este volumen, Murakami introduce elementos fantásticos y oníricos, mezcla con calculada ambigüedad el sueño y la vigilia, se sirve de referentes como el jazz o permite que los cuervos hablen, pero, sobre todo, crea personajes inolvidables, enfrentados al dolor o al amor, o vulnerables y necesitados de afecto. Basta un detalle nimio para que algunos de esos personajes se suman en la melancolía tras atisbar de pronto el lado oscuro que ocultan los actos cotidianos. Unos, como el protagonista de «El séptimo hombre», intentan superar, muchos años después, la pérdida de su mejor amigo, acaecida en la infancia; otros sienten el impulso de pasear por el zoológico los días de fuerte viento. Preparar la comida puede ser la excusa perfecta para desentenderse de los problemas ajenos, como en «El año de los espaguetis», pero a veces la realidad se impone, como en «Hanalei Bay», donde una madre acude a recoger el cadáver de su hijo surfista tras morir atacado por un tiburón. En «Viajero por azar» la casualidad propicia la reconciliación entre un hermano y una hermana, enemistados durante diez años, y en «El espejo», un vigilante nocturno narra su terrorífica experiencia con un fantasma.